Ella le dio su aliento hasta el último momento

EN MIL PEDAZOS

LORENA MURIÉN

© 2024 Lorena Murién
SafeCreative © 2406028151553
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Lorena Murién
Corrección: Rocío G. Yuncal
Fotografías de portada:
unsplash.com / Lysander Yuen

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Esta novela contiene situaciones, escenarios y
diálogos que podrían herir la sensibilidad de
algunas personas.

Cada uno de los personajes creados y reflejados en el interior de estas páginas son de carácter ficticio. Cualquier parecido con personas y experiencias
reales, es producto de pura coincidencia.

LO QUE SEA QUE CAMINÓ POR AQUÍ,

NO SE MARCHÓ PARA SIEMPRE

A veces, el corazón ve lo que es invisible a los ojos.
H. Jackson Brown, Jr.

PALMA DE MALLORCA, SEPTIEMBRE DE 2016

Nunca quiso despertar y que todo hubiera acabado. Al menos, no de esa manera. Sus ojos empezaron a cerrarse, lo harían para siempre, y mientras tanto, contó cada una de las estrellas que vio junto a su hermana desde el faro, aquel lugar donde compartieron algo más que secretos entre hermanas. Laia dio una última bocanada de aire consciente de que dejarla sin un adiós iba a ser lo más duro, y mientras caía en la oscuridad, una lágrima se deslizó por su mejilla para unirse al mar que protegería su corazón a partir de ahora. El último latido lo sintió fuerte contra el pecho, como si Marina estuviera cerca del suyo; igual que en cada momento desde que nacieron, fundidas en los mismos sentimientos y emociones que corrían bajo su piel con una energía que ponía una sonrisa en su cara cada vez que se veían.

Después de tanta lucha, de tanto esfuerzo, llegó al borde del abismo y se giró un segundo para despedirse de la persona que le hizo ver colores ahí donde solo había oscuridad. Lo bonito de la vida se cruzó frente a sus ojos, con ellas por toda Palma, uniendo risas al enfrentar las dificultades del día a día, un escudo en el que resguardarse cuando todo parecía ir mal. Cómo iba a romperle el corazón y cuánto se odiaba por ello. Bastó un segundo para viajar al otro lado, a un mundo donde las cicatrices ya no le hacían daño, donde el dolor no tenía ningún tipo de significado y desde ahí, caminó para cruzar una puerta por la que ya no volvería. Ahora, solo tenía una cosa en mente: viajar junto a su hermana cada vez que ella se enfrentara a la oscuridad y sintiera la necesidad de una guía, de alguien que rompiera con el miedo como Marina hizo tantas veces con ella.

El universo está repleto de pequeñas partículas que pasan desapercibidas ante nosotros, motitas que no parecen tener significado alguno pero que, cuando se unen, tienen la capacidad de formar un arcoíris entre las nubes durante los días de tormenta. El mar se sintió furioso aquella noche, no podía entender por qué un alma con tanto brillo acabó en el fondo, abrazando la vasta oscuridad, un vacío que podía helarte los huesos. La muerte había hablado de la más cruel de las formas.

Sin embargo, Laia todavía no había dicho la última palabra.

1

MARINA

SIETE MESES DESPUÉS

MAYO DE 2017

El frío se arrastra por mi piel, me rompe los huesos. Estoy atrapada, observando impotente mientras ella se sumerge en el abismo, en la más profunda oscuridad donde no puedo alcanzarla, en un lugar al que no llego para darle la mano y hacer que vuelva a respirar. Sus ojos me miran una última vez, parece que sonríe, pero lo único que percibo es miedo, un horrible miedo a saber que se va a marchar y que mi corazón también dejará de latir. Laia sufre, aunque al final parece que sonríe, abrazándose a una paz que la buscaba, que dicen que quiso abrazar.

¿Cómo es posible si yo he visto la primavera crecer cada vez que sonreía? Ahora estamos aquí, con el frío calando mis entrañas, metidas en un juego donde ella me saluda en sueños y revolotea a mi alrededor, hablándome como si el mundo nos hubiera dado otra oportunidad, una que al ver el día se esfumará. Quiero quedarme en ese momento, cuando las pesadillas me llaman y ella dice mi nombre, dándome un abrazo antes de volver a verla marchar. Quiero imaginarla con los pies descalzos, danzando por la cocina hasta llegar al sofá y tirarse ahí a descansar, un segundo previo a comenzar a soltar maravillosas confesiones por su boca, sobre cómo ha ayudado a otra persona a dejar sus adicciones. «¿Por qué esto ha tenido que terminar?»

—Tú no querías esto, tengo que encontrar la forma de averiguarlo, de saber cómo empezar. —Me cruzo de brazos, mirando el paso de las calles, la gente corriendo, el sol brillante.

Un nuevo empezar.

—¿Con qué? —Me giro al oírla.

Mis pensamientos con Laia desaparecen, el sofá queda vacío y enfrento la mirada de mi mujer. Elena coge una tostada y le da un buen bocado, comiéndose casi la mitad. Lleva la chaqueta puesta por una sola manga y agarra el maletín con la que tiene libre mientras lucha por beberse el café que le he preparado sin tirar ni una sola gota a la encimera.

—Nada, ya sabes que estoy nerviosa por volver al trabajo —miento, llevando la vista al maldito vacío que me rodea. Esta casa… ya no puedo mirarla igual—. No tengo muy claro eso de querer enfrentarme a un grupo de adolescentes alterados en plena primavera.

Elena se ríe, había olvidado lo bonita que es su sonrisa.

—Va, si los adolescentes alterados son lo tuyo —ironiza—, seguro que irá rodado, aunque podrías haber esperado al nuevo curso, eso es verdad. —Se bebe el resto del café de un sorbo y se limpia con una servilleta; después, tira el maletín sobre la mesa.

Las prisas le hacen girar sobre sí misma y palparse los bolsillos en busca de unas llaves que muevo delante de sus narices. Siempre tan torpe, siempre tan olvidadiza y yo… No me da tiempo a pensarlo con claridad, porque ella se acerca y me estampa un beso, quitándomelas y

poniéndose bien la chaqueta de un traje de dos piezas que le queda de maravilla y hace juego con su pelo azabache.

—¿Me recoges cuando salgas? —Esta es una de mis preguntas favoritas, un ritual que hemos seguido al pie de la letra en los últimos nueve años, cuando todo era normal.

—Claro que sí —promete y se toma un momento en el que se apoya en el marco de la puerta de la cocina mientras me mira, quizá con algo de inseguridad por tener que irse, sobre todo hoy, en este preciso día. Siete meses desde que mi gemela se fue, la otra mitad de mi alma. Los dedos de Elena juegan con la madera y después añade—: Estoy muy orgullosa de ti.

—Te quiero —digo, intentando que no vea lo nerviosa que estoy.

—Yo también te quiero. —Me tira un beso con la mano y agarra con fuerza las llaves, dando media vuelta, marchándose por el pasillo, cerrando la puerta de casa poco después.

«No piensas decírselo, ¿verdad?». Ahí está otra vez esa vocecilla que no deja de advertirme que esto es un error.

Vuelvo a imaginar a Laia de visita, con sus vaqueros favoritos de color pistacho, el pelo cayéndole a la altura de la cintura y la camiseta blanca que le regale hace tres cumpleaños. Voy a la cocina y me sirvo una taza de café, como si esto no significara nada, como si continuar con semejante idea fuera un pecado mortal. En cuanto me siento en la banqueta me acaricio el collar, el mismo que llevaba puesto mi hermana cuando vieron su cadáver en uno de los acantilados de Cap de Formentor: un conjunto de estrellas que hacen juego con la luna que nos unía en un cielo nocturno y un corazón.

—¿Qué puedo decirle? —pregunto al aire, como si no supiera la respuesta.

La tostada se ha enfriado y pierde la gracia, pero tengo hambre y le unto un poco de queso con mermelada en un intento por llenar el estómago.

Cuando levanto la vista, recuerdo las veces que salíamos al balcón de mi piso a mirar el movimiento en el *carrer* de Cotoner, en una zona donde la gente ya debe estar desayunando en sus bares favoritos antes de ir a trabajar. Una costumbre que yo he ido perdiendo con el paso de las semanas, como la de salir con los amigos, o simplemente… vivir.

«Lo sabes, sabes que volver al trabajo para seguir indagando en lo que pasó es una idea terrible».

Claro que sí, pero algo dentro de mí vuelve a romperse, como si tuviera delante de mis narices los ojos color miel de Laia, observándome en la distancia, suplicándome ayuda. Estos se vuelven igual de oscuros que los que me observan entre pesadillas justo antes de que esa imagen cambie por la de ella en la morgue, tan pálida que la sangre se me hiela de solo pensarlo.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo —contraataco con el cansancio pesándome en la voz, luchando incluso contra mí misma.

Otra vez silencio. Un escalofrío recorre mi espalda cuando escucho el aire entrar por las ventanas a pesar de que están cerradas. De repente, mi alrededor se oscurece y unas manos se posan sobre mis hombros por detrás, clavando los dedos, y sintiendo incluso cómo me moja el cuello con su pelo empapado. Huele a sal y también… a muerte.

—Ya sabes lo que pasó —susurra a mi oído una voz, y viene un grito desgarrador.

«Señorita Mascaró, lamento informarle que su hermana ha sido encontrada sin vida en uno de los acantilados de Cap de Formentor. Aparentemente, se ha suicidado».

—¡¡Para!! —suplico con rabia y doy un manotazo que lanza la taza contra el suelo. El café se desparrama y forma un charco donde cae el reflejo de Laia—. Tú no te quitaste la vida, no pudiste hacerlo… —susurro y, sin poder evitarlo, empiezo a hiperventilar—. No te suicidaste, lo sé —continúo, intentando convencerme de una realidad que siempre ha estado en mi contra.

Esto es solo mi imaginación, esa parte de mi conciencia que quiere convencerme de algo que no es real. Aferro la mano al collar con tanta fuerza que me hinco las puntas de las estrellas y de la luna. Ojalá pudiera abrirme un montón de heridas y sangrar, unirme a ella para saber la verdad.

La policía investigó su muerte durante cuatro meses. No hubo un solo testigo ni encontraron más respuestas que la que dieron: una caída donde perdió la vida al instante. Cada vez que la noche me abraza veo su cuerpo sobre el metal, con parte de su cabeza hundida a pesar de que intentaron disimularlo todo lo posible con el pelo. Su cara sufrió el mismo destino, tenía la piel fría, llena de moretones y cortes provocados por las piedras. Ese cuerpo ya no era el de mi hermana, no lo sería nunca más. Ella, tan llena de vida, tan luchadora, se había quitado la vida. Se fundió con el mar deseando arrancarse el dolor en el pecho que sentía por un matrimonio casi fallido, por la imposibilidad de tener hijos.

Eso es lo que dijeron, pero yo… todavía no puedo creerlo, hay algo dentro de mí que no para de decirme que busque, que busque de verdad y no lo deje estar.

Las voces se enmarañan en mi cabeza luchando unas contra otras, la conciencia y el deseo por encontrar algo más y el dolor vuelve a atravesar las paredes dejándome sola, con el café en el suelo y una tostada fría a medio comer. Cojo un trapo y lo limpio todo, recogiendo la cerámica trocito a trocito, después tiro la comida y me voy directa a la habitación.

Una nota me sorprende pegada en el espejo del armario.

Espero que tengas un día maravilloso, estoy muy feliz porque vuelvas al trabajo, porque intentes ser tú de nuevo, porque desees que la vida tenga sentido otra vez.

Te quiero.

Acaricio el pósit amarillo y lo dejó ahí, sintiéndome fatal por haber mentido a mi mujer, a la única persona que ha seguido a mi lado tras semanas en las que no quise ver la luz, en las que apenas me levanté de la cama, en las que pedí a gritos que no dieran carpetazo a la investigación.

Me quedo mirando al espejo con el pelo enmarañado sobre los hombros y los ojos cansados. Abro el armario y cojo la silla del tocador, arrastrándola por el suelo, subiéndome a ella para llegar al altillo y buscar una carpeta que está escondida al fondo, metida entre mantas viejas que solo guardan polvo y recuerdos. El pellizco que siento en el estómago me hace pensar en Elena, en su nota y la sonrisa que ha puesto antes de irse a trabajar; no soy más que una decepción, un alma vacía que está empeñada en encontrar respuestas donde no las hay. Alguien que ha disimulado día tras día estar mejor con tal de que me dejaran en paz y llegar a este punto, a un montón de recortes de periódico y anotaciones que guardo con celo.

La carpeta cae al suelo y estoy a punto de perder el equilibrio cuando escucho la risa de Laia, el sonido de la última vez que hablamos, cuando todo parecía estar bien…

Tengo la ropa lista encima de la cama y faltan cuarenta minutos para que empiecen las clases. Con mucho esfuerzo me visto a pesar de que todo me hace daño, como si mi piel se hubiera convertido en tierra seca, con falta de riego. Tres minutos después me perfumo, me pongo un poco de maquillaje y me arreglo el pelo ondulado a la vez. Me echo un vistazo antes de

abandonar la habitación con la carpeta bajo el brazo y el miedo agarrándose con fuerza al interior de mi pecho, consciente de cuánto he mentido y de que estoy a punto de cruzar una puerta con pase directo a la oscuridad.

Y quién sabe lo que voy a encontrar nada más cruzar.

2

MARINA

He aparcado el Seat León en mi plaza habitual y, nada más salir del coche, las miradas se han puesto sobre mí con melancolía y esa tristeza que tanto he querido evitar. Los alumnos caminan hacia la entrada del instituto formando grupos, algunos se saludan dándose palmadas en la espalda y abrazos; pero también veo a otros que parecen solitarios, como si les costara un poco caminar, luchando contra las horas vacías o las almas huecas que tienen metidas en el pecho.

«¿Lo ves? Ella no fue la única, es más normal de lo que crees».

—Te equivocas, a Laia no le pasaba nada —respondo a esa maldita voz, que me acompaña a pesar de que no hay nadie a mi alrededor.

El malestar me palpita en las sienes y el corazón se me acelera. No sé por qué me cuesta tanto, pero soy incapaz de dar un paso; tengo los pies clavados en el suelo y me aferro a la carpeta, a lo único conocido que me acompaña y puede darme un poco de paz. Qué mala idea, creer que podría volver a mi vida como si la normalidad no doliera, como si los recuerdos de mi hermana no estuvieran por todas partes. Ella visitándome en su hora del almuerzo, o dando charlas a los futuros estudiantes de universidad.

Estoy temblando y siento un sudor frío por la espalda.

—Profesora Mascaró, ¿se encuentra bien?

Me cuesta un mundo volver a la realidad y fijarme que delante de mí está Alberto, uno de mis mejores alumnos, quien no tarda en mover la mano ante mis ojos con tal de que reaccione y cuando parece que no hay solución, susurra algo a los que van con él, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Hola, ¿no deberíais estar ya en clase? —digo de forma automática, no sé cómo soy capaz de sonreír, pero lo hago con tal de no suscitar habladurías.

Alberto se encoge de hombros y agarra las correas de la mochila, intentando decir algo que parece que se le ha quedado atascado en la garganta.

—Pensé que querría ponerse al día, profesora…

—Marina, ya sabes que no me gustan las formalidades —recuerdo y él asiente con algo de inseguridad, formando una mueca que me hace negar. Enseguida, pongo una mano en su hombro y le insto a caminar—. Vamos, el timbre va a sonar.

El gesto de Alberto me da fuerzas a pesar de que, como delegado, seguro que le han pedido que me vigile o averigüe cómo estoy. Lo que me encuentro al entrar es justo lo que esperaba: saludos con la cabeza en un intento por no decir algo que pueda recordarme lo que ocurrió, a cómo la ciudad entera se hizo eco de la muerte de Laia, sin nota de suicidio, sin nada más que su cuerpo encontrado por unos turistas que visitaban las cercanías del faro. Uno de nuestros lugares favoritos donde yo también querría descansar, pero no así, no de esa manera.

«¿No sientes como si nuestros cuerpos pertenecieran al mar? Una fuerza atrayente,

capaz de absorberte, de convertirte en parte de lo que hay ahí abajo».

Las palabras de Laia revolotean a través de mis recuerdos con convencimiento, intentando que me dé cuenta de una vez por todas que estoy equivocada al pensar en cosas que no tienen ningún sentido. Y aunque trato de alejar las tantas preguntas que tengo, es imposible dejarlas todas a un lado mientras doy clase o escribo en la pizarra esforzándome para que los chicos no vean lo débil y cansada que estoy, aferrándome a lo que sea con tal de volver a una normalidad que me dará la oportunidad de rebuscar en el fin del mundo si es necesario.

El timbre vuelve a sonar y tres clases después ya siento los músculos entumecidos, como si hubiera corrido una maratón. Los pasillos se llenan de alumnos que van a sus taquillas a coger los almuerzos y yo camino directa a la cantina, dispuesta a pedirme un café cargado y llevármelo a alguna sala que esté vacía para poder echar un vistazo a la carpeta que llevo conmigo.

—Me alegra que hayas vuelto, te echábamos de menos. —Juana, la dueña y camarera que nos lleva cuidando desde hace más de diez años, coge una de mis manos y la aprieta con cariño, diciendo más de lo que seguro quiere pronunciar.

—Yo también tenía ganas de volver a las prisas —bromeo, y echo un vistazo a mi alrededor. Algunos profesores cruzan la puerta y cuando me ven se detienen en seco sin saber muy bien qué hacer—. Supongo que tendré que ir a saludar, gracias, cariño —digo por el café y le dedico un guiño yendo hacia los demás, aunque algunos ya han procurado quitarse de mi vista.

Digamos que no a todos los he tratado muy bien durante estos últimos meses.

—Pensaba que volvías el lunes. —Esa es Luisa, profesora de ciencias sociales y de mis mejores amigas. Al menos, solía serlo. La veo carraspear y se ajusta las gafas por el puente de su nariz, algo insegura. No sabe qué añadir y tampoco puedo reprochárselo—. ¿Vienes con nosotros?

—Voy a la sala de profesores, tengo mucho con lo que ponerme al día. —Levanto la carpeta y sonrío hacia ella y también a Miguel, a quien parece que se le haya comido la lengua el gato—. ¿Hablamos luego? —digo dirigiéndome a él.

—Claro, cuando quieras podemos ir al bar de la otra calle —propone y yo asiento, aunque en el fondo sabe que no lo voy a hacer.

Los dos se apartan y salgo de la cantina, aunque antes de perderme por el pasillo giro la cara y los veo hablar entre ellos. Miguel se lleva una mano a la nuca y Luisa apoya la suya en la camisa de su chico. Sus miradas destilan una tristeza descorazonadora, no sé por qué les hago esto, pero tampoco doy un paso atrás para pedir perdón.

«¿Disculparte por qué, por no fingir que sigues destrozada por la muerte de Laia?».

Mi voz interna se asegura de darme una palmadita en la espalda y con esas, vuelvo a los pasillos y subo a la segunda planta, directa a la sala de profesores que hay allí. Que esté vacía me cae como agua de mayo y hasta sonrío después de soltar todo el aire que llevo en los pulmones. El café de Juana me reconforta y, antes de abrir la carpeta, miro a todas partes asegurándome de que estoy sola.

Los recortes se extienden sobre la mesa y cojo una libreta para anotar todo lo que se me ocurra. Según el informe que la policía me entregó, Laia murió sobre las once de la noche del dieciséis de septiembre, el cuerpo fue encontrado la mañana siguiente, movido por el oleaje, con múltiples fracturas y cortes tras una caída mortal. Nadie la vio por allí. Durante horas, ni Jordi ni

sus amigos, vecinos o compañeros de trabajo supieron de ella, aunque tacho el nombre de mi cuñado porque estaba de viaje de negocios.

No sé qué pretendo haciendo esto, pero continúo. Todo ocurrió un viernes, en ese día en concreto en que…

—Ella visitaba a algunos de sus antiguos pacientes —susurro y lo anoto en la hoja en blanco—. ¿Por qué no pensé en esto antes?

—¿En qué? —El sobresalto hace que casi tire el café como en casa y cuando levanto la mirada quiero que la tierra me trague. Mis manos se mueven rápido, intentando recoger lo que tengo sobre la mesa, pero Luisa ya lo ha visto y no puedo hacer nada. Primero observa los recortes y después fija la mirada en mí—. Miguel ha insistido en que te buscara por si necesitabas algo, supongo que, aunque hayas cambiado hay manías que no se van del todo. Sabía que estarías aquí.

—Yo no he cambiado —rectifico y enseguida siento cómo el enfado me sube por el cuerpo—. No tienes idea.

—No, no sé qué significa perder a una hermana, gemela además, pero sí sé lo que es ver como una de tus mejores amigas se va apagando poco a poco y que esta no te deje hacer nada para ayudarla. —Luisa se cruza de brazos y levanta una ceja, no puedo creerme que esté haciendo esto—. ¿Sabes? Yo también le tenía mucho cariño.

—¿De verdad me estás pegando la bronca? Porque te mando a la mierda ahora mismo y me da igual cómo te lo tomes.

La situación se tensa por momentos, hasta juraría que Luisa está a punto de darme un buen guantazo merecido, sin embargo, apoya las manos en el respaldo de una silla y niega cogiendo aire con lentitud.

—Solo intento ayudar, Marina, todos lo hacemos. —Se ve a mil leguas que habla con sinceridad, incluso con dolor. Su mirada está cansada y, por alguna razón, me cuesta ver ese brillo que siempre va con ella, puede que yo también esté apagando todo el que está a mi alrededor—. Estos meses sin ti han sido muy duros, no solo porque eres la que mejor sabe llevar a estos… uf, ni te imaginas lo pesados que están —bromea refiriéndose a los alumnos—, pero lo que más nos ha dolido es no tener a nuestra amiga aquí y me jode que no nos hayas dejado estar ahí, contigo.

—¿Y qué se supone que ibais a hacer, darme palabras de aliento, decirme que todo va a estar bien?

—No, simplemente estar, hacerte consciente de que nos tienes en las buenas y en las malas. —Aprieta los dedos, casi está a punto de rendirse cuando vuelve a echar un vistazo a la mesa y las pocas anotaciones que he puesto en la libreta—. ¿Elena lo sabe?

Niego, claro que no, esto es otra de mis tantas mentiras.

La resignación cae en su mirada, seguro que piensa que soy un caso perdido, y tengo claro que en cuanto salga de aquí va a hablar con mi mujer para intentar que entre en razón. «Estoy acabada», me digo. Todo el mundo sabe que siempre he querido buscar más allá, que he intentado mover cielo y tierra, querer saber lo que pasó, pero al final acabé por resignarme, dejarlo estar y convertirme en un fantasma. Ahora, no sé qué me jode más, si haber mentido o que me hayan pillado entre bandas.

—Si me dejas, preferiría ser yo…

—¿Qué buscas exactamente? —interrumpe, por primera vez alguien me hace una pregunta que no tiene ninguna respuesta porque ni yo misma lo sé.

Agacho la vista, mis ojos leen rápido el informe de policía y también todas las noticias que salieron con el tema durante semanas. Es escalofriante pensar que una persona tan viva pueda acabar así, y también muy triste, pero ese vacío, ese preciso silencio y que no haya nada que acompañe su muerte, es lo primero que encendió la llama de las dudas.

—Cualquier cosa, algo que me diga que no se suicidó de verdad. —Soy tan franca que hasta a mí me sorprende haberlo dicho en voz alta—. Pero no tengo idea de por dónde empezar. Todos coinciden en lo mismo, hasta la policía, nadie supo de Laia después de salir del trabajo; las horas están vacías y no sabemos qué hizo durante ese tiempo. Pero que no dejara ni una nota de despedida, es lo que me tiene así de… Ella jamás me haría eso.

—Puede que necesitara tiempo para… ya sabes. —Se calla enseguida y veo cómo traga saliva, pensarlo me pone los pelos de punta porque una parte de mí también dice que tiene razón.

¿Qué pasa si mi hermana sí lo hizo?, ¿y si saltó con la única intención de acabar con su dolor?

—No lo sé, pero está claro que no voy a encontrar nada en todo esto. —Echo la espalda hacia atrás y entrelazo los dedos en mi nuca.

Lo único que veo es información vacía, un tiempo muerto que no me dice nada de lo que ocurrió de verdad, del porqué de sus motivos. Dos preguntas toman forma en mi cabeza y en ambas llego a la misma conclusión: si le pasaba algo de verdad, yo lo hubiera sabido. Entonces, ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Qué oculta su muerte?

Suspiro y busco el vaso de café, dándole un sorbo e intentando despejar las ideas mientras el silencio nos rodea. Luisa aparta una silla y se sienta apoyando los codos sobre la mesa, dándole un vistazo a los recortes de noticias, como si de verdad estuviera interesada. Es extraño que no haya salido corriendo para contárselo a Elena, cerciorándose una vez más de que se me ha ido la cabeza.

—A lo mejor tienes que empezar por lo más sencillo —dice y levanto las cejas sin entender a qué se refiere—. Su casa.

Las dos nos miramos, ella se encoge de hombros y siento un pálpito en el pecho.

3

ELENA

Las vistas desde el edificio más alto de Son Castelló son increíbles, hasta parece que el cielo se ve distinto, y la verdad es que tiene una buena razón de ser. Durante semanas, venir a la oficina me ha dejado con un nudo en el estómago que ha seguido apretándose hasta hoy. Ver a Marina sonreír, bromear sobre el instituto y sus alumnos ha logrado que, por primera vez, pueda conducir sin pensar en dar media vuelta para quedarme con ella en casa. El teléfono sigue en silencio, no tengo ni un solo mensaje o una llamada perdida que tire de mí, obligándome a dejarlo todo con tal de darle consuelo. El lado egoísta de mi persona se siente en paz, hasta liberado, pero en realidad sé que repetiría una y otra vez cada paso del proceso con tal de verla bien.

Llevo la tercera taza de café a mis labios y bebo antes de girar la butaca y volver al trabajo, aunque hoy parezca que no tengo puesto el piloto automático.

—¿Dónde habré metido el último informe? —protesto, rebuscando bajo los papeles y en los cajones de mi escritorio, donde tampoco veo nada—. Mierda, mira que eres torpe, Elena.

A la vez que bufo alguien llama a la puerta y, cuando se abre, veo aparecer la cabeza de Salma seguida de una carpeta que me abre la boca de golpe.

—Te lo has dejado en mi mesa —anuncia con una sonrisa maliciosa, antes de abrirse paso por mi oficina y tirarse con cansancio en la butaca que hay delante de mí—. La verdad es que no sé cómo puedes ser dueña de esto, si siempre tienes la cabeza en otra parte.

—Digamos que no he estado en mi mejor momento —justifico encogiéndome de hombros, como si antes de lo de Laia el mundo hubiera visto otra versión de mí cuando todo el que me conoce sabe que soy el despiste hecho persona—. Pero ahora te tengo a ti, ¿no?

—Así que me utilizas, qué poca vergüenza, y yo que pensaba que éramos un buen equipo. —Salma chasca la lengua y niega entre risas, señalando con un gesto de la cabeza a mi taza de café—. ¿Por qué no nos tomamos un descanso? Todavía tenemos tiempo de echar un vistazo a las propuestas de la campaña publicitaria.

—Tú lo que quieres es escaquearte —suelto sin remordimientos y, como no lo niega, sonrío encantada por haber dado en el clavo, terminándome el café y ordenando un poco el papeleo que tengo por toda la mesa.

Las dos dejamos el despacho y vamos a la quinta planta, donde disponemos de una pequeña cafetería en la que poder tomar algo con tranquilidad. A pesar de que es casi medio día, está más o menos vacía, lo que me da la oportunidad de relajarme un poco y dejar a un lado el aspecto serio que muchos por aquí odian cuando estamos a punto de lanzar una nueva colección.

Me quito la chaqueta del traje y la coloco en el respaldo de la silla mientras Salma va a servir un par de cafés que acompaña con dos napolitanas de chocolate. Enseguida levanto una ceja y ella protesta con la mirada.

—¿Qué?

—Nada, es solo que un poco de fruta también te vendría bien en vez de tanto azúcar, luego soy yo la que tiene que aguantarte —protesto, pero no tardo mucho en coger la mía y pegarle un buen bocado, suspirando de placer por una delicia que nunca me canso de comer.

—Marina volvía al trabajo hoy, ¿no? —Asiento, y pensar en ello me hace sentir algo de nervios y preguntarme si lo estará llevando bien—. Eso es un gran paso, ha tenido que ser muy difícil estar con ella estos meses.

En cuanto lo dice, frunzo el ceño y me quedo mirándola, esperando que rectifique unas palabras que no son nada justas.

—Ha perdido a la persona más importante de su vida, no sé qué se esperaba la gente, ¿qué siguiera como si nada? Está esforzándose mucho, Salma.

—No he dicho lo contrario. —Se encoge de hombros y busca su taza intentando apaciguar las aguas—. Solo me parece que también ha sido un poco dura contigo. Se supone que eres el amor de su vida, su mujer, en quien debería apoyarse y no tenerte como saco de boxeo. Te he visto llorar, a punto de…

—Creo que nunca vamos a entender la clase de conexión que tenían Laia y Marina —interrumpo hasta ofendida. Los ojos marrones de Salma dibujan una especie de disculpa que desaparece al segundo, probablemente se cree con el derecho de opinar cuando no ha estado ahí de verdad—. Eran gemelas, más que hermanas, imagínate que un día te arrancan una parte esencial del corazón, tú tampoco volverías a ser la misma.

—Pero aun así no habría hecho daño a la persona que más debería querer. —Nada más decirlo, parece arrepentida y lo veo por cómo deja la taza y se lleva las manos al pelo, cogiéndose una coleta con la goma que siempre tiene en la muñeca. Algunos mechones de su pelo caen en su cara y los aparta con elegancia—. Yo no digo que no haya sufrido, no me lo puedo imaginar, pero tampoco justifica que te haya tratado como una mierda, y lo sabes.

¿Lo sé? Mi cabeza forma esa pregunta y mis ojos van a parar al teléfono. Los nervios me suben por el cuerpo, consciente de lo raro que es que todavía no me haya puesto a prueba para ver cuánto puedo aguantar en la oficina.

—En lo bueno y en lo malo, lo juré delante de vosotros —aclaro y bufo, mirando por la ventana—. No quiero hablar de esto. Ha sido difícil, sí, pero hoy ha dado un gran paso y estoy convencida de que las cosas van a mejorar, de que volveremos a reconectar.

—Supongo que sí… —dice, pasando las manos por su blusa.

De repente, mi teléfono vibra sobre la mesa y veo que es un mensaje de Marina. Salma se me queda mirando con un «te lo dije» que no necesito que pronuncie en voz alta, aunque cuando leo lo que mi mujer me ha escrito, casi sonrío.

> Marina: ¿Te importa volver a casa tu sola? He pensado que voy a hacerle una visita a Jordi. No te preocupes, Luisa viene conmigo.

—No me lo puedo creer —suelto casi sin pensar.

—¿Qué pasa? —El interés de Salma siempre ha estado presente, como si estuviera preparada para cada una de las situaciones en las que a mí y a mi mujer nos ha ido mal.

—Nada, dice que vuelve sola a casa, quiere ver a Jordi.

—Otro al que ha tratado de pena —suelta la lengua viperina de Salma y me dan ganas

de abofetearla, aunque me contengo porque estamos en el trabajo.

—¿Sabes? Creo que no quiero seguir con esto. —Me termino el café de un sorbo y cojo la chaqueta, pero al pasar por su lado ella me agarra de la muñeca con fuerza—. ¿Qué coño haces?

—Intento ayudarte, que te des cuenta de cómo se ha comportado Marina contigo. Parece que no te valores nada, Elena, tú no eras así.

—Ya, supongo que la muerte cambia a las personas. —Me suelto de su agarre y la dejo ahí con su puta hipocresía.

Un par de compañeros me saludan cuando entran a la cafetería y yo hago lo mismo con un gesto de la cabeza. Atravieso el pasillo haciendo ruido con mis tacones sobre el suelo de mármol y cuando estoy en el ascensor apoyo la cabeza ahí, cerrando mis ojos con tal de olvidar el mal trago que Salma me ha hecho pasar. La putada de esto es que algo dentro de mí le da la razón, porque estos últimos meses han parecido un infierno; han sido tan dolorosos que he estado a punto de tirarlo todo por la borda, incluso pedir el divorcio y dejar a Elena. Al pensar en ella abro la pantalla del teléfono y vuelvo a leer su mensaje. Esbozo una débil sonrisa, maltrecha por las circunstancias, y aunque siento algo de paz, no puedo evitar pensar en que ojalá esto sea cierto y que volvamos a ser las que éramos antes de perder a Laia.

> Elena: Seguro que se alegra mucho de verte. Te espero en casa para cenar, pediré comida china. Sigo muy orgullosa de ti.

Envío el mensaje y cojo aire, las puertas del ascensor se abren y otro pasillo de paredes negras con adornos verdes y un montón de cuadros con nuestras colecciones me dan la bienvenida. Vuelvo al trabajo y a los informes, olvidándome de todo lo que ha pasado, aunque no pueda apartar la mala sensación que sigue apretujándome en el pecho, como si esto fuera una mera ilusión, el polvo que se esfuma antes de que llegue todo lo malo.

4

MARINA

Las calles arboladas y amplias me dan la bienvenida, como si hiciera siglos que no pongo un pie en el Barrio Cumbre, y la sensación se mantiene cuando las residencias al puro estilo americano aparecen frente a mí, en una de las zonas más ricas en naturaleza de la ciudad. Nada más aparcar respiro aire puro y el estómago me da un pinchazo al recordar la cantidad de veces que fui con Jordi, Elena y Laia a recorrer el Parc de la Serra de Tramuntana. Las imágenes me azotan con desprecio y el odio que siento hacia mí por haber mentido a mi mujer al decirle que venía con Luisa es incalculable.

Delante se abre una enorme calle que separa a un montón de casas unifamiliares, iguales en arquitectura, con sus jardines y tejados pintados de un azul casi negro. Con mucho esfuerzo, me bajo del coche y veo el número veinticuatro, la puerta oscura me atrae como un imán, pero a la vez me cuesta dar un paso, algo que cambia en cuanto me recuerdo por qué estoy aquí.

«A lo mejor tienes que empezar por lo más sencillo. Su casa», me digo.

Las palabras de Luisa me dan el empujón que necesito para empezar a caminar y cruzar la entrada flanqueada por el césped. Mi dedo se queda paralizado a unos pocos centímetros del timbre y, de repente, tengo ganas de salir corriendo, como si tuviera miedo a lo que pueda encontrar tras esta puerta. No sé si soy yo quien toca o una fuerza sobrenatural, pero cuando Jordi abre se me queda mirando con los ojos bien abiertos.

—Marina… —susurra con esfuerzo, a lo mejor se cree que está viendo un fantasma.

Yo no podría pensar lo contrario.

—¿Puedo pasar? —pido, echando un vistazo a mi espalda con la sensación de que tengo un montón de miradas puestas sobre mí, incluso gente escondida tras las cortinas de sus ventanas siendo testigos de una vuelta que suscite habladurías.

—Claro, estaba a punto de abrirme una cerveza.

Jordi se aparta y me deja entrar. El recibidor me da la bienvenida con el mismo mueble de madera que Laia y yo compramos en el rastro hará unos seis años. La electricidad atraviesa mi cuerpo al acariciar la madera vieja con los dedos, pero lo que más me impacta es ver una fotografía suya junto al cuenco de las llaves. Recuerdo muy bien este día, era verano y dimos la bienvenida a la estación con una escapada a la playa.

Hago todo lo posible por avanzar e ir hacia el salón, donde dejo el bolso y la chaqueta vaquera antes de sentarme en el sofá, y veo unos cuantos botellines vacíos sobre la mesita que hay al lado. Mi cuñado se me queda mirando y hace una mueca, pero no sabe qué decir, ni yo tampoco tengo fuerzas de reprocharle la forma en la que lleva su duelo.

—He venido a decirte algo… —empiezo a hablar, con él de espaldas a mí, buscando en la nevera americana un par de cervezas que abre sin miramientos antes de volver.

La casa está igual de bonita que la recordaba, con sus columnas de ladrillo y paredes

blancas, aunque se nota el desorden y la falta de cariño que Laia ponía en cada detalle de la decoración. Jordi da un sorbo a la cerveza y se sienta con pesadez en el sillón que hay a mi lado derecho, ofreciéndome la mía. Sus ojos parecen cansados y lleva más barba que antes, aunque mantiene el mismo corte de pelo, nunca le ha gustado mucho el estilo *afro* a pesar de que le queda muy bien.

—¿Ha pasado algo? —pregunta sin muchas ganas, casi podría decirse que habla por obligación.

—Solo quería… —Las palabras se me atascan en la garganta y aprieto el vidrio con fuerza, entrelazando los dedos, intentando encontrar la forma de expresarme sin que parezca forzado—. Disculparme —suelto por fin y lo miro a los ojos intentando ser sincera—. Me he portado como una gilipollas, no te merecías las cosas que te dije.

—¿Como que yo tuve la culpa por dejarla sola? —me recuerda y el corazón se me parte en dos al recordar los gritos y reproches en el día de su funeral.

—Sabes que no lo decía de verdad.

—Puede, pero el daño ya está hecho —rebate sin ningún cariño, dejando el botellín apoyado en el brazo del sillón con indiferencia—. Que nuestra relación fuera mal no quita que la quisiera con locura, jamás le habría deseado algo así como tú dijiste ese día. También tengo el corazón roto, estar aquí sin ella es… como caer en un constante vacío lleno de oscuridad.

—¿Y no has pensado en mudarte? —digo con facilidad, como si pudiéramos dejar atrás lo ocurrido trasladando unas cuantas cosas de sitio.

—Me gusta este barrio y el ambiente que se respira por aquí, cuando compramos la casa, Laia y yo teníamos planes. La vida nos empezó a joder enseguida, pero no sé… no quiero desprenderme de esto, de lo que ha dejado aquí.

Recuerdo la ilusión con la que me contaron que se venían a Barrio Cumbre para criar a los futuros niños que querían tener, los que nunca llegaron, agotando poco a poco un amor que sigo viendo en los ojos de Jordi a pesar de todo. O eso es lo que me parece.

—Ella lo quería con todas sus fuerzas —aseguro—. Y tú eras el hombre de su vida, la única persona con la que hubiera tenido una familia.

—Ya… —contesta con ironía—, yo no estaría tan seguro.

Frunzo el ceño a punto de beber. Algo se abre paso dentro de mí, con la misma fuerza que el aire se ha colado en casa esta mañana a pesar de que las ventanas seguían cerradas. Ladeo la cara y espero encontrar las respuestas en las facciones de Jordi, pero no consigo averiguar a qué se refiere.

—¿Por qué dices eso?

—¿De verdad Laia no te lo comentó? Si vosotras os contabais todo. —Se le escapa una risilla que no me gusta y bebe como si nada, manteniendo un rato la incertidumbre—. Se veía con alguien.

—¿Qué? Ella jamás haría algo así. —La idea me espanta, y ahora es él quien levanta una ceja—. Además, me lo habría…

—¿Dicho? —Jordi se ríe con malicia, vencedor de algún juego imaginario—. Ahora va a resultar que no confiaba tanto en ti como creías, Marina. —No me gusta el tono que usa ni tampoco que me mire con este odio que no entiendo—. ¿Por qué has venido aquí de verdad? Te

conozco y sé que no eres de pedir perdón salvo que creas que de verdad estás equivocada y me parece que tú sigues pensando lo mismo de mí.

«Qué cabrón», me digo, desafiándole con la mirada, quedándome en calma y evitando que siga leyendo unas intenciones que parece que no han pasado del todo desapercibidas, aunque si le pregunto de manera directa lo que quiero, sé que no sacaré nada bueno de aquí. Tengo que improvisar, inventarme algo que sea convincente, que no lo ponga en alerta —no después de lo que me ha dicho— y ver cómo el desprecio lo llena por completo. «¿Hiciste algo para que ella diera ese paso?», formulo en mi cabeza y aunque quiero preguntárselo, consigo dejarlo estar.

—Me gustaría llevarme algunas cosas a casa, su chaqueta favorita, fotografías… ya sabes que no he podido hacerlo antes —admito y no miento al respecto—, pero si crees que he venido solo a reprocharte las cosas, no puedo hacer nada.

Me encojo de hombros, terminándome la cerveza, en un intento porque se vaya de la lengua, sé que cuánto le jode que vayan contra él.

—Hay cosas que no cambian, supongo. —Jordi me lleva la contraria, se queda como si nada y señala con la cerveza hacia el pasillo que va al fondo de la casa—. La mayoría de sus cosas están en el despacho, no quise tirarlas hasta que tú les echaras un vistazo.

La tristeza lo invade y me siento fatal por ser tan dura con él, sin embargo, me levanto sin decir nada y recorro el salón dejándolo a mi espalda y en completo silencio. Este no es el Jordi que recordaba, alguien que no se mordía la lengua, pero la muerte de Laia parece habernos quitado una parte importante de nuestra persona.

Antes de meterme en el despacho miro a mi alrededor. Varias cajas se acumulan delante de mí. Mi cuñado no ha quitado ninguna de las fotos que hay en las paredes y eso me llena de cariño y arrepentimiento. Enfrente veo el escritorio que Laia usaba cuando tenía informes de más que rellenar. Su trabajo en una clínica de rehabilitación era muy satisfactorio para ella, pero también duro, y todos sabíamos que había días en los que parecía no poder más, casi contagiada de un ambiente que la hizo más fuerte con el paso de los años y, también, un poco más fría.

«Pero de ahí a que no te contara algunas cosas…», la vocecilla aparece de nuevo y me deja con un malestar que no puedo apartar. Mis dedos nerviosos abren unas cajas y rebusco sin saber en concreto qué quiero encontrar. Lo primero que toco son varias camisetas y un par de pantalones que recuerdo perfectamente, están desgastados, pero Laia se negaba a tirarlos, solía decir que tenía una conexión especial con esas prendas. Saco uno y lo abro, con las ganas de llevármelos a casa y ver si a mí me vienen bien.

«Qué bonito, quieres tenerla cerca».

—Déjame en paz —respondo como si alguien lo hubiera dicho estando a mi lado.

Dejo el pantalón sobre una silla y sigo mirando por las cajas, encontrándome con más ropa, un par de bolsos, chaquetas y muchas carpetas que deben tener información sobre el trabajo. Los dedos me pican por revisar cada uno de esos papeles, aunque siento que estaría invadiendo la privacidad de personas que no tienen nada que ver en esto. El silencio me rodea y me giro con los brazos en jarras, mirando a todas partes y a ningún lugar en concreto. Todo está igual en este despacho, donde más de una vez tomé café con ella mientras trabajaba, pero cuando vuelvo al escritorio hay una cosa que llama mi atención, más bien la falta de algo.

«¿Dónde está la fotografía que había aquí?», digo para mí, mientras recuerdo el marco negro con una imagen donde estábamos ella y yo caminando hacia el puerto y con las vistas al

mar de fondo. Casi puedo sentir la brisa de ese día acariciarme la piel y los pelos se me ponen de punta. Quiero gritar y preguntarle a Jordi, pero algo me detiene, como si algo dentro de mí no quisiera conocer la verdad. Voy al escritorio y me siento en la silla abriendo el único cajón que tiene en el centro.

Dentro hay dos plumas, un bloc de notas, borradores, su portátil del trabajo lleno de polvo y un montón de fotografías más de ella con pacientes y compañeros de trabajo que Laia solía guardar ahí. Recuerdo a algunos en concreto.

No sé por qué busco entre los recovecos, palpando con las manos cualquier espacio secreto que haya por aquí, mis pies se apoyan con firmeza sobre el suelo y cuando hago fuerza para agacharme y mirar bajo del escritorio escucho una especie de crujido. La respiración se me corta y los nervios empiezan a controlar mis manos. «No puede ser», pienso, pero al golpear otra vez con la punta del pie compruebo que hay una tablilla suelta en el suelo.

—Piensa, Marina… —susurro, alejando la silla y levantándome de golpe, echando un vistazo a las cajas. Corro hacia algunas que hay vacías, donde descubro el peluche favorito de Laia y los pañuelos que siempre llevaba puestos en primavera. El corazón se me acelera por miedo a lo que estoy a punto de hacer, así que voy a la puerta y grito—: ¡Jordi!, ¿puedes buscar un par de bolsas de viaje para llevarme todo esto?

«Que no esté en el pasillo, por favor», rezo, con el pánico temblándome en los dedos por si pudiera verme escarbando donde no debo.

—¡Enseguida voy! —contesta y la lejanía de su voz me indica que sigue en el salón.

Sé que tienen las bolsas en el armario de la salita del piso de arriba y cuando escucho sus pasos subiendo por las escaleras, me meto bajo el escritorio dándome un golpe en la cabeza que acallo mordiéndome la lengua; mis dedos se mueven rápido, pero no soy capaz de abrir la tablilla, por lo que vuelvo al cajón. Mis manos palpan lo que hay dentro y hago un ruido terrible, pero cuando doy con un abrecartas soy capaz de respirar.

Me agacho otra vez y lo hinco contra la madera abriendo la tablilla con esfuerzo comprobando que no era tan difícil, y cuando la quito, abro la boca y me caigo de culo. Dentro hay una especie de diario que saco metiendo la mano para ver si hay algo más.

—Joder… —murmuro con los pulmones ardiendo y, al segundo, escucho los pasos de mi cuñado bajar por las escaleras—. Mierda, mierda, mierda.

Dejo el diario en el suelo y pongo la tablilla como puedo, sin comprobar que esté bien. Escucho el latido de mi corazón en los oídos, contando los segundos hasta que salgo de debajo del escritorio y me pongo de pie con el cuadernillo y una chaqueta en las manos. Jordi aparece por la puerta y lo escondo entre la tela, mientras siento la garganta seca.

Él se me queda mirando, sin decir nada, con los ojos bien abiertos. «Me ha pillado, joder».

—Su chaqueta favorita —dice y sonríe por primera vez desde que me ha abierto la puerta—. Seguro que querría que la tuvieras tú —añade, da un paso y me ofrece las bolsas que ha traído consigo—. ¿Has encontrado algo más que quieras llevarte?

—Sí… —titubeo con esfuerzo y noto las emociones disparadas—. Ya sabes que cuando podíamos nos dejábamos la ropa —le recuerdo y él asiente—. En las otras cajas hay algunas carpetas que son del trabajo, deberías contactar con la clínica para que vengan a por ellas o llevarlas a una trituradora, aunque si no te importa me gustaría tener su ordenador, ahí guardaba

la mayoría de fotos que nos hacíamos —miento en parte, poniendo mi mejor cara de nostalgia.

—Claro, lo que quieras. No había caído en lo de los papeles, hablaré con ellos —aclara con pesadez.

Aunque puedo ver en sus ojos que es porque no ha querido deshacerse de nada que tenga que ver con Laia, y lo entiendo, porque yo tampoco.

—Bueno… guardo las cosas y no te molesto más. —Alargo una mano, cojo una de las bolsas y meto la chaqueta sin doblar ni nada.

Levanta una ceja, pero enseguida asiente y se cruza de brazos, apoyándose en el marco de la puerta.

—Nunca me has parecido una molestia —confiesa con voz queda—, para mí has sido una hermana, y siempre lo serás. Muy a pesar de todo.

Sus ojos destilan una sinceridad que me duele de corazón. Aprieto los labios y asiento en un intento por dejar de lado las asperezas. Me giro y cojo un par de pañuelos y los pantalones junto con varias camisetas, otra chaqueta y el peluche de Laia. Una vez que he metido todo soy capaz de mirarle y suspirar.

—Y tú siempre serás el pesado de Jordi —bromeo, provocando que sonría antes de volver la mirada hacia el escritorio—. Por cierto, la foto que había ahí… ¿dónde está?

Señalo al lugar en concreto y él se queda mirando extrañado, casi hasta sorprendido.

—Pues la verdad… no tengo ni idea, es la primera vez que me fijo —dice y hay algo en él que no me termina de cuadrar.

¿Cómo puede no haberse fijado en algo tan importante? Si hasta yo sé cuándo faltan las flores en un jarrón o las llaves en un cuenco. Se lleva una mano a la nuca y después se rasca intentando recordar, pero seguro que va tan pasado de cervezas que ni siquiera puede pensar con claridad. Avanzo hacia él y pongo una mano en su pecho.

—Gracias por todo… espero que podamos tomar un café algún día, cuídate.

Estoy tentada de abrazarle, pero ninguno lo hacemos y, de repente, salir de aquí me resulta fácil. Cierro la puerta de su casa y me fijo en que me mira una de las vecinas, pero lo que hago es correr hacia el coche y tirar las bolsas en el asiento de atrás. Arranco el motor y pongo rumbo a casa esperanzada por llegar antes que Elena y poder esconder mi hallazgo, dispuesta a echarle un vistazo en cuanto vuelva a estar sola.

5

LAIA

VEINTE DÍAS ANTES DE SU MUERTE

AGOSTO DE 2016

El mes está a punto de despedirse y lo hace con lluvias. Ríos de agua chorrean por la luna del coche y se pierden por el capó bajo la oscuridad de un cielo iluminado solo por las estrellas que son testigo de mi estancia aquí y de las letras que escribo en páginas ocultas que son lo único que a veces me reconforta. «¿Seguro que estás bien? Te noto rara», Marina siempre ha tenido ese don especial para leer qué hay tras cada sonrisa o expresión, pero compartir esto con ella sería abrir una puerta hacia un infierno que no estoy preparada para cruzar.

Echo la cabeza hacia atrás y guardo el diario en el bolso, unas pocas letras que guardan secretos y preguntas que por ahora no puedo responder, aunque estoy segura de que lo haré muy pronto, cuando consiga dar el paso y tirar los dados de la ruleta.

Un relámpago cruza el cielo y un puño toca la ventana del lado del copiloto. El velo de tranquilidad se rompe de golpe y tengo que obligarme a sonreír cuando lo veo a él, bajo la lluvia, empapado y con los ojos suplicantes por entrar en calor. Tiro el bolso al asiento de atrás y quito el cerrojo, permitiendo que se siente mojándolo todo.

—No deberías haber hecho eso, ¿cómo se supone que voy a explicarlo?

—Pero si Jordi no se entera de nada —dice y, aunque la insinuación me duele, cierro los ojos y me dejo llevar cuando su mano acaricia mi mejilla y se acerca para besarme—. Te echaba de menos, odio que tengamos que vernos así. Estamos tan cerca y a la vez tan… lejos.

Nos separamos y veo la tristeza invadirlo todo, lo que me hace agachar la mirada y poner una mano sobre su hombro.

—Matías, yo…

—No lo digas —me corta y coge mis mejillas, mirándome bien—. Esperaré todo lo que haga falta, me da igual si tienen que ser días o meses, no pienso abandonar.

Vuelve a besarme y el sabor de su boca rompe con cada una de mis dudas, me aleja de la tormenta que vivo a diario para caer sobre una nube de algodón donde siento que todo puede ir bien de verdad.

—Tengo que volver —susurro, pegada a su boca.

Las gotas de lluvia le caen por la frente y me las llevo con la yema de mis dedos, limpiando el resto de su cara; después, le acaricio la barba de pocos días y unos labios por los que cometería un millón de pecados. Matías me sonríe y asiente sin decir una palabra, abriendo la puerta del coche para salir y encontrarse de nuevo con la lluvia. Corre calle abajo, intentando resguardarse bajo los techados de las casas y, mientras lo observo, pongo las manos en el volante, apretando los dedos e intentando serenar el latido de mi corazón a la vez que arranco el

motor.

En cuanto llego a la puerta de casa, busco la llave y abro dándome con el reflejo de una luz que viene del fondo del pasillo, concretamente de mi despacho.

Jordi aparece, tiene los puños apretados y se le nota nervioso.

—¿Qué hacías ahí? —pregunto, cerrando la puerta con el pie y avanzando a toda prisa, llevada por una electricidad que recorre toda mi espalda. Antes de que responda, veo el portátil abierto sobre el escritorio—. ¿Estabas rebuscando en mis cosas?

—No he llegado a ver nada, prefiero que me lo cuentes tú. ¿Por qué has agotado tus días libres?

—¡¿Por qué te empeñas en querer controlarlo todo?! —grito y, antes de que pueda decir algo más, su mano se estrella contra mi mejilla con una fuerza que me hace trastabillar.

Acabo contra el escritorio y apoyo las manos sobre este al borde de las lágrimas. Él me agarra del hombro y cuando está a punto de girarme, cojo la fotografía que hay encima y la estampo contra su cabeza. La sangre empieza caerle por la frente y sus ojos se abren por la sorpresa. Tiro el marco y el resto del cristal se hace añicos. Se lleva una mano a la herida y da un paso atrás, la sorpresa cambia por el enfado y me agarra de los brazos, arrastrándome por el suelo hasta golpear mi espalda contra la pared. Su cuerpo se pega al mío y me atrapa de las muñecas, llevándolas sobre mi cabeza a la vez que me arranca un beso no deseado.

—Vas a decirme ahora mismo qué coño estás haciendo —suelta con desprecio en mi oído—. ¿Quieres dejarme, eso es lo que quieres?

—Jordi… suéltame —suplico, intentando moverme y hacer algo para apartarlo, pero su fuerza toma el control y vuelve a besarme con devoción y un deseo por el dominio que nunca he visto en él.

Libera una de mis muñecas y lo primero que pienso es que tengo la oportunidad de hacer algo, como apartarlo y salir corriendo; sin embargo, no puedo, no me muevo un centímetro. Mi cuerpo responde a la caricia de su lengua cuando la pasea por mi cuello y, al notar cómo afloja el agarre de mi otra muñeca, le empujo y lo aparto, viendo las gotas de sangre resbalar por su piel de color, creando un contraste extraño. No sé si le duele o cuánto, pero no le importa porque en cuanto cae sobre mis ojos vuelve a besarme y le respondo como si hiciera años que no nos hemos tocado. La ropa vuela, él se convierte en un animal y yo en su presa al notarlo entre mis piernas, salvaje, tan posesivo que siento que me va a partir en dos.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —pide con voz ronca, separándose para mirarme e intentar descubrir una verdad a la que no pienso darle acceso.

—Cállate y fóllame. —Atrapo su cara entre las manos, rozando la sangre con los dedos, con una pierna alrededor de su cintura, y cuando le beso arrancándole un gemido, le rodeo con las dos.

Mi cuerpo va contra la pared y noto sus manos como bates golpeando una pelota de béisbol. El placer enfrenta al dolor y hay un momento en el que se une dejándome aturdida y sin poder espirar, inconsciente de lo que ha pasado en realidad, preguntándome qué ha sido esto y por qué se lo permito. ¿Es por miedo? ¿Pánico a que me haga algo peor o a que descubra con quién me estoy acostando cuando no estoy en casa?

Los dos acabamos en el suelo y Jordi pone las manos a cada lado de mi cara, los bíceps se le marcan y, al mirarlo, intento descubrir parte del amor que vi en sus ojos cuando le di el «sí,

quiero», pero ya no sé qué queda ahí ni sé si lo volveré a encontrar. Quiero hablar, decir algo que pueda sacarme de este lío; en cambio, empiezo a llorar y descargo un montón de lágrimas que corren por mis mejillas con la misma fuerza que la tormenta lo ha hecho sobre el coche.

—Cariño… —Jordi se mueve y coge mi cuerpo, abrazándome con fuerza, acunando mi cara sobre su pecho, acariciándome el pelo—. Perdóname, no quería hacerte daño. ¿Te he hecho daño?

La voz dura cambia por dulzura y vuelve a ser el hombre del que me enamoré hace ya muchos años, con quien empecé a construir sueños al llegar a esta casa, una columna en la que siempre he tomado apoyo. Los abortos se llevaron parte de esa luz, además de nuestro dinero y el amor que disminuyó con cada pérdida. Quizá fuimos los dos quienes empezamos a convertimos en extraños, lo que no llegué a imaginar es que él se volvería así y que yo me convertiría en el centro de una diana donde descargar sus frustraciones y la decepción que siente a diario con la vida.

—He estado yendo a terapia —miento, apartándome de él con tal de que no haga más preguntas.

El arrepentimiento cruza su expresión y vuelvo a mirar la sangre que empieza a secarse en su cabeza. Los labios le tiemblan, está a punto de llorar.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Intenta ir más allá, indagar a una parte de mi corazón que no le puedo abrir.

—Porque no quería preocuparte, y porque debemos tratar de sanar también por nuestra cuenta, volver a ser lo que éramos. —No me creo ni una de las palabras que suelto por la boca, esa es la realidad, aunque sonría mostrándome como la mujer que tanto le quería.

Mis dedos se mueven temblorosos hacia su frente y la acaricio mientras Jordi cierra los ojos. Ojalá tuviera un cuchillo en la mano para poder clavárselo en el corazón y acabar con esto de una vez por todas, escapar de una cárcel en la que yo solita me he metido. El dolor me palpita en el pecho y, al levantarme, me arreglo la ropa arrugada tendiéndole mi mano, dándole otra oportunidad. Porque es inevitable que bajo esa máscara de dolor no vea al hombre maravilloso que fue.

—No volveré a hacerlo —promete, tan falso como todas las veces que ya lo ha dicho—. Te prometo que esta será la última vez.

—Deja que te cure, ¿vale?

Asiente y entrelaza sus dedos con los míos. Media hora más tarde nos tomamos un té en la cocina como si nada y él se va a dormir dándome un beso, dejándome en mi despacho con la excusa de que tengo que terminar unos informes. Los cristales no han dejado una herida considerable en su cara, pero la mía ya está amoratada, lo suficiente para tener que disimularlo con un montón de maquillaje antes de que vuelva a trabajar. Todo esto es una rueda que no deja de girar.

Abro el ordenador y espero un rato en silencio, me da pánico que vea lo que hago de verdad, pero cuando pasa el tiempo suficiente, saco el diario de mi bolso y escribo.

> *Ella y yo somos dos copias exactas, personas que ocultan secretos en un pequeño baúl dentro del pecho. Nunca pensé que alguien como él pudiera ser así. Si me preguntaran ahora mismo, diría que es otro el que posee su cuerpo, el que lanza su puño contra mí, como lo hacen contra el resto de mujeres poseídas por el miedo, sumisas ante la vida y actos tan asquerosos como este. Lo veo a diario, ¿cuánto más lo podré soportar? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que haga algo de verdad…?*

Varias lágrimas caen contra las páginas mientras sigo escribiendo, descargando cada uno de estos miedos y dudas en un diario que escondo en el hueco que hay entre el suelo de aquí y el techo del sótano. Con cuidado pongo la tablilla, aparto la silla para sentarme y pongo los dedos sobre el teclado de mi portátil. En un suspiro vuelvo a cambiar las contraseñas y después, abro una carpeta oculta que tiene informes clínicos y fotografías, el reflejo de una terrible verdad.

Giro la cara y miro hacia el pasillo, comprobando otra vez que Jordi no está y, al momento, estoy de nuevo con lo que tengo en pantalla, grabándolo en mi memoria antes de borrarlo todo para siempre.

6

MARINA

No es que me aterrorizara contemplar cosas horribles, sino

que me aterraba la idea de no ver nada.
Edgar Allan Poe.

MAYO DE 2017

«Esto no… no puede ser verdad». Me he quedado paralizada mientras con las manos acaricio las páginas del diario intentando arrancar cada palabra, quiero destruirlas y que así no sean verdad. Los ojos se me empañan al ver una de las tantas fotografías de Laia y de mí puestas sobre mi mesita de noche, con ella siempre sonriendo, abrazándome, mostrándose fuerte. La tristeza y frustración pasan a un enfado que se arrastra por mi piel. Ahora mismo saldría corriendo y mataría a ese hijo de puta, a un hombre que me ha mentido en las narices y que tiene dos caras.

¿Por qué ella nunca dijo nada? ¿Qué quería mi hermana, protegerlo por encima de todo? Esa es una de las muchas preguntas que empiezan a tomar forma, porque al pasar varias páginas más, me doy cuenta de que el relato no seguía una línea continua de días, sino que parecía escribir conforme lo sentía en las pocas hojas que hay escritas. Voy a tardar días en saber qué es lo que le pasaba de verdad.

—¡Cariño, el café ya está! —La voz de Elena me sobresalta y meto rápido el diario en el bolso.

Dentro, también está la carpeta que no he podido volver a guardar por si ella se daba cuenta. La cabeza empieza a dolerme y mis ojos van a parar a las bolsas de viaje que traje de casa de Jordi y que todavía están sobre las butacas del dormitorio.

—¿Por qué no me dijiste nada, Laia? —pregunto al aire intentando encontrar una respuesta que nadie más que ella podría darme.

«Tú jamás lo entenderías», me dice una voz y no estoy segura de ser yo.

—¿Me has escuchado, amor? —Giro rápido y veo a Elena apoyada en el marco de la puerta con una bonita sonrisa, un gesto que cambia en cuanto me ve—. Eh, ¿qué pasa, estás bien?

Las palabras se me atascan en la garganta. Una parte de mí quiere contárselo todo, pero la otra me advierte una y otra vez que lo deje estar, que no se me ocurra abrir la boca, porque una vez que lo haga esto habrá terminado. Asiento y dejo que me abrace. Mis dedos se arrugan en la blusa que ha elegido hoy, de un color beis que permite ver parte de los lunares y pecas que se reparten por sus brazos y pecho. Cuando me separo, caigo en sus ojos, en ese intenso marrón casi chocolate, tan atrayente como sus labios pintados. Llevo las manos a su cintura y pego mi frente a la suya, cerrando los ojos y respirando un segundo de este momento.

—No sé qué habría hecho sin ti, me he estado portando fatal contigo —reconozco con el arrepentimiento carcomiéndome por dentro.

«Y lo seguirás haciendo», quiero acallar esa maldita voz, quiero hacerla desaparecer, borrarla por completo; aunque quien lo hace de verdad es Elena, que pone sus manos sobre mis mejillas, me besa y sonríe como hace mucho que no le veo hacer delante de mí.

—Juré estar contigo en las buenas y en las malas, y aquí estoy, sabes que no pienso dejar que te hundas. Haría lo que fuera por verte bien y estoy muy contenta de que por fin hayas decidido volver al instituto, a tu rutina normal, que desees dejar toda esta locura atrás y empezar a convivir con lo que nos queda aquí. —«Dios, ¿por qué se lo pongo tan difícil? No te la mereces, Marina, nunca lo harás», me digo, devolviendo una sonrisa que lleva una gran falsedad encima—. ¿Desayunamos o qué? Voy a llegar tarde al trabajo y no tengo ganas de aguantar a Salma con sus tonterías.

—Claro, enseguida voy —afirmo.

Ella me guiña el ojo y nuestros dedos se acarician antes de romper el agarre y ver cómo se pierde por el pasillo. Me tapo la cara y niego, intentando respirar con normalidad. El bolso sigue en la cama y lo único en lo que puedo pensar es en la suerte que tengo porque Elena no haya visto nada. Soy una persona horrible, y me merezco estar pasando este calvario, quizá por eso Laia no quiso contarme nada, a lo mejor me he vuelto una mujer en la que ya no se puede confiar. Abro el armario y busco una chaqueta, e intentando dejar las frustraciones atrás, me arreglo un poco el pelo y bajo hacia la cocina donde el desayuno me espera. Abro la boca por la sorpresa y mi mujer se encoge de hombros, encantadísima.

—Ya era hora de que yo madrugase y preparara algo decente —dice feliz.

«Joder, cómo la quiero», pienso, «y cuánto daño va a hacerle esto si se entera».

Se me queda mirando expectante y con una sonrisa agradecida me siento y me echo un poco de mermelada en la tostada. Bebo un sorbo de zumo de naranja y, sin darme cuenta, dejo escapar un suspiro agradecido por el que ella hace un ruidito musical, celebrando haber conseguido el objetivo. Por desgracia, la burbuja se explota pronto, justo cuando Elena coge las llaves de casa y se las guarda en el bolso después de ponerse unas de sus tantas chaquetas.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —Me intereso, quizá por primera vez en mucho tiempo, algo de lo que no me había dado cuenta.

—Tenemos que revisar las últimas propuestas de la campaña publicitaria, hay algo que todavía no me termina de convencer, ya me conoces, quiero que sea especial, que cale en las personas.

—Y no vas a parar hasta conseguirlo —apunto, uniéndome a sus pensamientos.

—Ya me conoces. —Sonríe y se encoge de hombros acercándose a mí—. Pero te prometo que cuando acabe iremos a desayunar juntas frente al puerto, ¿vale?

La cara se me ilumina y siento un cosquilleo en el estómago, diciéndome a mí misma cuánto he echado de menos salir por ahí, disfrutar de las mejores vistas mientras el sol cae sobre nosotras y el mar se mueve en calma mientras traslada una paz que se ha alejado de mí durante mucho tiempo.

—Más vale que ahora lo cumplas o tendré que ir a tu oficina y sacarte de allí a rastras —bromeo con una sonrisa. Me levanto un momento y al ir con ella, la beso—. Ten un buen día, nos vemos más tarde.

—Y a ti que no te saquen de quicio en clase —dice, ya de espaldas a mí, saliendo a toda prisa.

—¡Lo intentaré! —grito y me vuelvo a sentar.

Me termino el desayuno manteniendo a raya la tentación de volver a leer un poco más del diario, aunque el verdadero motivo por el que no continúo es porque me da miedo que Elena se haya olvidado de algo y me pille. Al pensarlo, llevo las manos a mis sienes y me las masajeo tratando de sacarme la tontería de la cabeza, pero, de inmediato, vuelvo a lo mío y me termino el desayuno.

Si llego temprano al instituto tendré unos minutos para poder leer un poco más, y eso es justo lo que quiero.

Tardo unos veinte minutos en llegar por culpa del tráfico, eso me deja quince más de estar tranquila antes de que suene el timbre. Sin embargo, las intenciones se esfuman cuando veo a Luisa acercarse a mí mirando a todas partes, como si estuviera a punto de cometer un delito.

—¿Y bien? —pregunta desesperada.

—Buenos días a ti también.

Carraspeo y le doy dos besos, desesperándola un poco más. Ella me coge del brazo y tira de mí llevándome bajo el techado de la entrada, para alejarme así de los alumnos que se agolpan a nuestro alrededor.

—¿Te sirvió ver a Jordi o no? —insiste, y le pido que baje la voz con un siseo—. He mentido a Miguel así que más vale que lo sueltes ya.

—¿Y por qué le has tenido que mentir? Si él no tiene nada que ver con esto —aclaro cansada y ahora es ella quien se desespera y se cruza de brazos, esperando una respuesta por la que suspiro antes de hablar—. Digamos que sí, encontré algo que no esperaba y él está distinto —añado, sin poder confesar todavía lo que sé.

—¿De verdad te importa? —recrimina Luisa y estoy a punto de protestar, hasta que me acuerdo de lo que he leído en el diario.

—No, pero sí me interesa saber si lo notaste raro antes de que Laia muriera, no sé, más controlador o algo.

—¿Controlador? ¿Se puede saber qué pasa? —Intenta por todos los medios no levantar la voz, pero parece imposible.

La agarro del brazo y me la llevo dentro, los alumnos corren por los pasillos y eso me permite un poco de libertad, no tengo ganas de que ningún profesor se meta en medio de la conversación. Faltan cinco minutos para ir a clase y por eso soy lo más concisa posible.

—Encontré un diario oculto bajo una tablilla, en el despacho de Laia. —La sorpresa le hace abrir los ojos y se queda paralizada—. No me ha dado tiempo a leer mucho porque no quería que Elena se diera cuenta…

—Espera, ¿no se lo has dicho tampoco? Joder, Marina, te la estás ganando y mucho —interrumpe, pero tarda poco en morderse el índice, queriendo saber más—. Bueno, y ¿qué pasa con ese diario?

—Que según lo que he leído… —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta y tengo que respirar antes de poder seguir—. Creo que Jordi le pegaba —le susurro al oído.

—¡¿Qué?! —Luisa grita a la vez que el timbre suena y eso nos evita miradas ajenas—.

Tienes que estar de coña, él jamás haría algo así. Nunca ha sido un…

—Pues eso es lo que me digo yo, pero esto… no puede ser un error. —Me encojo de hombros y bufo, mirando a todas partes—. Vamos a clase, si quieres nos vemos a la hora del almuerzo.

—En la sala de profesores —propone y asiento con la cabeza.

Se despide con una caricia en mi brazo y corro escaleras arriba para ir a la clase que me toca. Cuando entro, dejo el bolso y los libros sobre la mesa ante la atenta mirada de los alumnos, en concreto la de Alberto, quien sonríe haciéndome sentir más cómoda. Se lo agradezco con un gesto y cojo la tiza de la pizarra.

—Buenos días a todos. Página ciento ochenta y siete, pérdida de las colonias en América —anuncio y empiezo a escribir.

A mi espalda escucho el pasar de las hojas y algunos cuchicheos que, de pronto, se apagan y me dejan con un silencio sepulcral. El frío me hiela la espalda y vuelvo a sentir el aire entrar por las ventanas, cuando giro la cara veo una abierta y eso me hace sentir más tranquila hasta que en la cabeza se me mete la imagen de Laia, pálida, sobre la mesa de metal de la morgue, con la cabeza medio hundida. Sus labios están morados y me ponen los pelos de punta. «Ella y yo somos dos copias exactas», susurra una voz leyendo las palabras del diario. Los ojos de mi hermana se abren y la tiza se cae de mis manos cuando vuelvo a la realidad.

—Profe, ¿estás bien? —Alberto se levanta de la silla corriendo y viene hacia mí.

Se me ha secado la garganta y noto cómo el cuerpo entero se agita. Tengo todas las miradas de mis alumnos puestas encima y mis ojos van a todas partes queriendo buscar a Laia por la clase.

—Tra-tranquilo, no pasa nada —digo, él me coge del brazo y reacciono apartándolo con brusquedad—. Estoy bien, Alberto, joder… —Su cara lo dice todo cuando me ve y noto cómo su boca le tiembla. Quince años y parece que tengo delante de mí a un chico que ha vivido mil y una batallas—. Perdona, ha sido un mareo, no te preocupes, ¿vale? —Mis manos van a parar a sus hombros y, aunque pienso que no me cree, él asiente y vuelve a su mesa—. Poneos con los ejercicios de la página siguiente, quiero un resumen de lo que hemos leído hasta ahora, voy a por un poco de agua.

—Vale, profe —responde uno de los alumnos, pero no alcanzo a ver quién es.

Cuando salgo al pasillo, apoyo la espalda en la pared y pongo una mano en mi pecho notando cómo el corazón me va a mil por hora. «Ella y yo somos dos copias exactas», me repito y cierro los ojos con fuerza intentando regular la respiración, pero con la mente puesta en una sola pregunta.

¿A quién coño se refería mi hermana?

7

ELENA

Hace una semana que Marina volvió al trabajo y esta es la primera noche que salimos a dar una vuelta por Palma tras semanas de quedarnos en casa, soportando largos silencios y una tensión que ha estado a punto de acabar con todo lo bueno de nuestro matrimonio. Mientras la veo maquillarse, no puedo evitar echar la vista atrás y el dolor se pronuncia en mi pecho al recordarla llorando sin parar, fría, sin decir una palabra, apenas sin comer o metida todo el día en la cama. Ahora, parece que veo a una mujer diferente; no mejor que antes, pero sí distinta, dispuesta a esforzarse un poco más y a disfrutar de la vida, aunque no tenga a su alma gemela con ella.

Tengo metido en la cabeza la mañana en la que la policía vino a casa para decirle que habían encontrado a su hermana sin vida. Primero vino el *shock* y después la rabia con la que tiró cada uno de los jarrones que había en el salón. El dolor que sufrió se me mete muy adentro y, por más que Salma diga lo contrario, sé que ha merecido la pena soportarlo todo con tal de verla así, sonriendo frente al espejo cuando se da cuenta de que estoy mirándola.

—Como sigas así me haré una mierda de raya —protesta sacándome una risa.

—Qué romántica eres, de verdad —ironizo y niego con la cabeza acercándome a ella—. A ti no te hace falta, ya eres preciosa de por sí, ¿es que no lo sabes? —Beso su cuello y ella suspira, después pone una mano en mi mejilla y nos miramos—. Siento haber estado tan ocupada, es que si no lo tenía todo perfecto…

—Me gusta que seas así —aclara, concentrándose de nuevo en lo que hace—, acuérdate que es una de las cosas que más me enamoró de ti, no solo la ropa gratis.

—Oye, ¿de qué vas? —Le pego un manotazo y rompe a reír. Me abrazo a su cintura, apoyo la barbilla en su hombro y me enamoro otra vez de sus bonitos ojos color miel—. Da gracias a que hemos quedado con los chicos, o te juro que ibas a enterarte de lo que es bueno.

—A lo mejor soy yo la que te da su merecido por no dejar que me maquille en paz. —Marina acompaña su respuesta de un mordisco en mi mejilla con más dulzura que malicia.

Y así continuamos mientras nos terminamos de vestir: ella con unos vaqueros, una blusa y uno de mis *blazers*; y yo con un traje de dos piezas negro, con los pantalones anchos y unos zapatos que me regalan unos cuantos centímetros. Marina me mira y me besa. Las contraventanas de madera pintadas de verde oscuro dejan pasar los últimos rayos de sol y dibujan sombras en el salón de un apartamento que, de repente, se me queda pequeño para los sueños que empezamos a escribir cuando ella y yo nos conocimos; y aunque es un pensamiento que ha estado más presente últimamente, prefiero guardarlo en un rincón, darle la mano y salir de casa.

Estamos a veinte minutos del paseo marítimo por lo que dejamos el coche y vamos andando mientras saludamos a vecinos y algunos conocidos en un barrio que te traslada a un pequeño pueblo metido dentro de la ciudad con sus casas viejas y los árboles que adornan las aceras. Por el camino comparto algunas de las ideas de la nueva campaña, ya que nunca me gusta

hablar de eso hasta que lo tenemos todo claro. Marina tarda poco en pedirme que le regale un par de prendas y otra vez me hace reír, dejándome con un dolor de mejillas que hacía siglos no sentía.

—Qué bonita se ve la luna esta noche —digo en cuanto entramos al paseo.

Las palmeras toman el protagonismo y entrelazo con más fuerza los dedos de mi mujer. Ella se queda mirando al cielo y asiente, emocionada, quizá ha recordado algo que tenga que ver con Laia, como cuando vimos el anochecer en Cala Mondragó. Me gustaría poder decirle que echo de menos los veranos así, pero también sé que esto es parte del proceso y que ella será la que dé el paso cuando sea necesario. El bar donde hemos quedado está en una de las calles paralelas al paseo y, nada más llegar, las miradas van hacia nosotras. Yo saludo con una sonrisa mientras que Marina se muestra más dubitativa, sabe que se ha alejado de todo el mundo sin que ninguno lo merezca; pero nuestros amigos son de esa clase de gente que te lo perdona todo y lo compruebo una vez más, cuando levantan los brazos y vienen directos a donde estamos.

—¡Ya era hora! —grita César con su particular encanto.

—Llevamos siglos esperando esto —bromea Marta y no hay ningún tipo de maldad en su comentario.

De hecho, mi mujer rompe a reír y se abraza a ella, descansando la cara en su hombro. Las cervezas esperan en una de las mesas más apartadas de un local que tiene mezcla de bar de jazz y chiringuito de playa, encantador y a la vez muy acogedor. Las luces tenues adornan cada una de las paredes y cuando nos sentamos siento que vuelvo a una especie de hogar abandonado. Marta se arregla el pelo negro en una coleta y se quita su chaqueta mientras que su mujer, Noelia, ya está de brazos cruzados dispuesta a saberlo todo sobre la campaña que he estado preparando. Seguro que tampoco tarda en pedirme que le reserve algunas prendas y me lo anoto mentalmente, pero mi atención va a los ojos marrones de Aitana, quien parece muy cansada.

—¿Mucho curro?

—No tienes idea, ya no sé cuántas guardias dobles llevo este mes. Tía, Laia fue muy inteligente cuando rechazó la idea del hospital, ojalá yo hubiera hecho lo mismo. —Creo que no se da cuenta de la naturalidad con la que la nombra hasta que Marina la mira y la tensión nos rodea—. Perdona, no quería…

—Si estuviera aquí te diría que te jodas —responde mi mujer, con un humor que nos deja sorprendidos—. Pero yo no soy tan cruel —bromea y la forma en la que luego ríe acaba por contagiarnos—. En serio, si no te pones firme te van a pasar por encima todas las veces que les salga de las narices, deberías tener esa charla.

—¿Y quedarme sin nada? No sé yo.

—Siempre puedo hacerte un hueco en la empresa, nunca es tarde para empezar a coser —añado yo y Marina me pega un manotazo—. ¿Qué? A ti tampoco se te da tan mal. ¿Os imagináis a todos trabajando en el mismo sitio?

—Nos acabaríamos matando —interviene Noelia y se pasa el dedo por el cuello—. En serio, muertos. Creo que no os soportaría ni un minuto.

—Di más bien que nosotros no te soportaríamos a ti. —César se encoge de hombros cuando ella lo fulmina con la mirada y volvemos a reír.

Echaba tanto de menos estas noches que el estómago me duele de felicidad y cuando levantamos las cervezas y brindamos, tengo la sensación de que poco a poco vamos a volver a la

normalidad. A esa vida en la que planear salidas con los amigos y pensar en un futuro que toma forma delante de mí cuando vuelvo a mirar a los ojos de Marina y ella alarga la mano para acariciar mi mejilla.

—Gracias por esto, de verdad —dice con dulzura y después me besa.

Si esta escena hubiera tenido lugar hace unas semanas diría que miente, pero ahora sus ojos me dicen lo contrario, sé cuándo aprecia algo de verdad, y la manera en la que se emociona provoca que el corazón se me acelere, casi como al principio de nuestra relación. En una época donde ninguna teníamos claro que llegaríamos a casarnos, pero en la que nos tiramos a la piscina yendo a vivir juntas dos meses después de habernos conocido.

La conversación de los chicos queda en segundo plano y la beso. Las mariposas se mueven por todo mi cuerpo y ella debe estar sintiendo lo mismo porque deja ir el aire de manera tranquila, sin abrir los ojos hasta que César nos tira un cacahuete y nos mira con odio fingido.

—Dejad de dar hambre a los pobres.

—Yo no tengo la culpa de que las novias te duren dos días —ataca Marina y él coge otro cacahuete para tirárselo.

Este sale volando de su mano y le da en la frente, provocando que nos llevemos las manos a la boca. Seguro que mi mujer se lo hace pagar, aunque al mirarla me doy cuenta de que se ha quedado blanca, viendo un punto fijo. Me giro y llevo los ojos al mismo punto, y allí veo a Jordi abrazarse con uno de sus colegas del trabajo, lo recuerdo de alguna vez que Laia y él prepararon una barbacoa en su casa.

La mandíbula de Marina se tensa y cuando quiero preguntarle qué le pasa, se levanta como un animal enjaulado y camina llegando hasta él para darle un guantazo que me hace gritar, igual que al resto del bar. Un par de personas la cogen de los brazos cuando vuelve a lanzar la mano contra él.

—La hostia —musita Noelia y nos miramos entre todos—. ¿Qué le pasa?

Creo que la pregunta va hacia mí, aunque no lo sé porque ya he salido corriendo. Busco a mi mujer y la agarro de un brazo, apartándola de Jordi, que se lleva la mano a la boca donde se le ha abierto una pequeña herida.

—Eres un hijo de puta, ¿te enteras? ¡Un hijo de puta! —grita, formando un escándalo que deja a medio bar mirándonos con cara de no entender nada.

—Marina, cálmate, por favor —pido intentando mantener la compostura.

—¡Déjame en paz! Tú no lo entiendes —espeta, forcejea conmigo y me aparta de un empujón.

—Voy a denunciarte, Marina, ¡no vuelvas a aparecer por mi casa! —le grita Jordi, apuntándola con el dedo amenazante.

Quiero decirle algo, pero el comentario me ha dejado tan sorprendida como lo que acaba de pasar. Nuestros amigos me miran desde la mesa y niego, pidiéndoles que no vengan y, al salir del bar, veo a Marina llorando, a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

En cuanto rozo su chaqueta ella vuelve a apartarse y no puedo evitar que el cabreo me suba por el cuerpo.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —le pido guardando la compostura y las ganas de pegarle cuatro gritos.

Marina abandona la idea de irse y afronta la situación mientras deja caer los brazos a cada lado de su cuerpo. Hay un momento que titubea, como si algo de lo que vaya a decir fuera a decepcionarme por completo y, de hecho, lo capto en el momento en que me mira a los ojos, de la misma forma que ha estado haciéndolo durante los últimos meses.

Se da unos segundos de silencio y coge aire.

—Te he mentido —suelta, y la felicidad que he sentido durante toda la noche se esfuma por completo.

8

MARINA

La inspectora Raquel Valdez camina en silencio por el salón de casa con las manos en la cintura y los ojos puestos en sus pies. Seguro que está buscando la forma de decirme las cosas sin intentar sonar amenazante, algo que ya de por sí va en su expresión corporal. Es la segunda vez en meses que tiene que venir para advertirme que lo deje estar, que el caso de mi hermana está cerrado y que no hay nada que yo pueda hacer. La hartura que siente se le nota en la expresión, pero lo que más me duele es ver la decepción en los ojos de mi mujer, quien se mantiene callada en la cocina mientras prepara café.

Es sábado por la mañana y seguro que a todas nos gustaría estar tocándonos las narices, pero aquí estamos, tensando una cuerda que se rompe en cuanto la mujer que tengo delante se da la vuelta.

—Has tenido mucha suerte, Marina, Jordi ha decidido no denunciarte por agresión.

—¿Por un guantazo bien merecido? Pues sí que es llorón —arremeto en un tono que no le gusta nada.

Elena se me queda mirando y sé que no escupe lo que está pensando porque Raquel está aquí. Joder, esto no hace más que empeorar.

—Te la estás jugando. ¿Crees que puedes ir por ahí acosando a la gente, pegándoles cuando sabes que él no ha tenido nada que ver con la muerte de tu hermana?

—¿Estás segura, inspectora? Porque yo diría lo contrario, no es lo que he descubierto.

Me voy de la lengua y, enseguida, caigo en un error que me va a costar caro, porque al salir del bar confesé ante Elena que no fui a casa de Jordi solo para pedirle perdón, sino para indagar sobre la muerte de mi hermana; pero del diario no dije ni una palabra.

Raquel levanta una ceja y otra vez pone los brazos en jarras, dejándome ver su placa y la identificación de inspectora de policía. Su gesto me dice que o hablo ahora mismo o lo haremos en comisaría, así que me armo de valor e ignoro las consecuencias que va a tener esto.

—Encontré un diario en el despacho de Laia —suelto, y casi siento que he liberado una parte de mi interior—. Estaba escondido debajo de una de las tablillas y según lo poco que he podido leer, Jordi la molía a palos.

—¿Qué? ¡Estás loca, él jamás haría algo así! —exclama Elena, incrédula.

—¡Dejad de decir eso, joder! —Me encaro con ella y levanta las manos sin ánimo de añadir nada más.

No sé qué le duele más, si la insinuación o que le haya mentido otra vez.

—Un diario, entiendo —dice Raquel, con algo de indiferencia—. Y, según tú, ¿eso es suficiente para culpar a Jordi? Te recuerdo que él estaba fuera de la ciudad por negocios, ya comprobamos su coartada, está limpio. Marina, sea cual sea el motivo por el que tu hermana se suicidó, no tiene arreglo. Déjalo estar, será lo mejor y así te evitarás consecuencias.

—¿Qué más podría perder? —Me encaro sin pensar en lo que digo, me cruzo de brazos, poniéndola así más nerviosa de lo que ya está—. Lo único que hice fue dejarle claro que es un hijo de puta, nada más. Y sí, estoy convencida de que tiene que ver con lo que pasó; he leído muy poco, pero sé que encontraré algo más. Laia se comparaba con otra, quizás con una mujer que conocía.

—Conjeturas —evidencia la inspectora y la frustración me sube por la espalda—. Te voy a decir algo que no te va a gustar, y más vale que lo aceptes. Si Jordi la maltrataba y ella no denunció, si nunca se presentó en un hospital y dejó registro, no podemos culparlo de nada. Sin pruebas, no hay delito. —Raquel levanta las manos a modo de disculpa—. Así son las cosas.

—Eso lo tengo más que claro, vuestra incompetencia es evidente.

—¡Déjalo ya, Marina, por favor! —Mi mujer golpea la encimera con las manos y veo cómo el café se derrama de una taza, la situación le puede y está al borde del llanto.

—Yo ya he hecho mi trabajo, Marina, deja de meter las narices en cosas donde no hay nada que sacar o acabarás mal. —Raquel saluda a Elena con un gesto comprensivo y se va dejándome con la palabra en la boca y ganas de gritar.

Al cerrar la puerta, se forma un tenso silencio que me oprime y me mantiene estática, clavada en el sitio y sin saber muy bien qué hacer. No tengo manera de justificar lo que he hecho y lo sé, pero, al girarme, lo intento.

—Elena, de verdad que no estoy…

—¿Cómo tienes tan poca vergüenza? —espeta con un cabreo monumental, a punto de reír por la impotencia—. ¿Cómo tienes la sangre fría de mentirme, de decir que tienes ganas de volver a tu rutina cuando lo único que quieres es seguir con la misma historia? Ahora va a resultar que Salma tiene razón y que solo piensas en ti.

—¿Por qué la mencionas? Sabes que siempre está malmetiendo, lleva años queriendo follarte, no me jodas.

—¿Ahora vienes con esas? ¿Después de lo que has hecho vas a tener el valor de no decírmelo a la cara, de no asumir tus mentiras? Esto es increíble.

Elena niega con la cabeza y sale de la cocina a toda prisa, dispuesta a largarse de aquí, pero cuando pasa por mi lado la agarro de la muñeca. La inercia hace que ella se gire y me dé un empujón queriendo soltarse. Mis pies trastabillan, me caigo hacia atrás y me doy contra una de las mesitas que hay al lado del sofá. El golpe tira un jarrón y también el marco que hay al lado, los dos se hacen añicos contra el suelo y la casualidad hace que apoye una de las manos sobre un trozo que me corta enseguida.

El escozor me sube por el brazo, aunque lo que me duele de verdad es ver el marco roto con una fotografía de nosotras, todos nuestros amigos y Laia, mojada por el agua del jarrón. «Tú solita te lo has buscado», dice la voz y la imagen del cadáver de mi hermana se pasa por mi cabeza provocando que rompa a llorar.

—Lo siento, joder —balbuceo, y me llevo las manos a la cara.

Por un momento me parece que Elena va a dejarme aquí, sola, merecedora de ese gesto; pero lo que hace es ponerse a mi altura y abrazarme, acunando mi cabeza en su pecho con una delicadeza que termina de romperme por dentro. Lloro y ella se queda conmigo hasta que las lágrimas se agotan y empiezo a hipar, desconsolada, jodida por esta maldita situación en la que la he metido. Porque sí, sé cuánto perjuicio le hago y también sé que me merezco su desprecio y

que me deje de una vez.

—Solo te haces daño, ¿es que no te das cuenta? —pregunta con voz queda, seguro que se está aguantando las ganas de llorar—. Y me estás arrastrando a mí, Marina. No sé cuánto más voy a poder seguir así.

—Teníamos tantos sueños… —La afirmación abandona mi boca con añoranza, recordando la cantidad de veces que caminamos de la mano por Palma, hablando del futuro, convencidas de que íbamos a conseguirlo.

Pero Laia murió y dejó un cadáver en vida. Y, por más que he intentado cerrar el capítulo y meterlo en un cajón, descubro que cuando lo hago se abre otro con sus múltiples pesadillas y las ganas de arrancarme la cordura, de liberarme en mitad de un laberinto donde no encuentro salida.

Elena se aparta, coge mi mano, acaricia un corte que parece más exagerado de lo que es y por eso abandona un momento la idea de curármelo. Después me roza las mejillas, me mira a los ojos y me da un beso que no me merezco, antes de abrazarse a sí misma para llevar el peso de la situación, como ha hecho durante los últimos meses. Los labios me tiemblan y el corazón me da un vuelco, no puedo creerme que haya sido tan tonta, tan mala persona con ella después de haber aguantado tantas cosas.

—Tienes que hacerle caso, no solo por ti —susurra en mi oído y, aunque una parte de mí quiere rebatirlo y demostrarle que la inspectora Valdez está equivocada, asiento.

—¿Me dejas enseñártelo por lo menos? —suplico—. Solo quiero que lo veas y convencerme de que no estoy loca, de que Laia me escondía algo.

Elena suspira, está tan cansada de esto que no me extrañaría que me mandase a la mierda, sin embargo, aparta un mechón de mi cara con cariño y se levanta ofreciéndome su mano. La agarro y voy con ella, pisando algunos de los cristales que hay esparcidos por el suelo. La fotografía vuelve a llamar mi atención, aunque enseguida la ignoro mientras camino con mi mujer, en silencio, con muchas cosas por decir, pero sin saber cómo empezar. Lo único que tengo claro es que quiero liberar este peso, darle el diario para que ella misma lo vea, aunque al final, esto no signifique nada.

9

MARINA

Elena lleva diez minutos en silencio con la atención puesta en el diario, pasa las páginas con cuidado y acaricia las letras sin cambiar ni un poco su expresión. Me gustaría poder meterme en su cabeza y saber qué está pensando, si me cree o por el contrario lo va a dejar estar. La impaciencia hace que me rasque los brazos y estoy a punto de quitarme la tirita que llevo después de haberme curado. Su espalda se endereza y lo cierra dándose unos segundos y así poder mírame a los ojos. Sé que no se le ha pasado el enfado, pero algo ha cambiado en sus ojos, puedo notarlo y, de repente, siento ganas de sonreír.

—Deberías enseñárselo a la inspectora.

—¿Crees ahora que Laia no se suicidó? —titubeo y suelto el aire que llevo dentro.

—Yo no he dicho eso —me corrige, tensa la mandíbula y me da el diario—. Sinceramente, después de lo que Laia pasó con tantos abortos creo que estaba agotada, pero lo que hay ahí… si es verdad, podríamos saber algo más si conociéramos a la mujer de la que habla, en caso de averiguar quién es.

«Tómatelo como una victoria, no seas tonta, Marina», la voz de mi conciencia es clara, arremete con todo y provoca que asienta. Cojo el cuaderno entre las manos, acaricio las tapas y me quedo callada, sin dar réplica a la opinión de Elena, porque si lo hago, sé que vamos a volver a discutir.

—¿De verdad crees que va a servir de algo llevarlo a comisaría? —comento con toda la desconfianza del mundo. No me fio de Raquel ni de que vaya a mover un dedo, parece como si le importara poco lo que le pasó a Laia o la vida de las personas—. Ya la has visto antes, ni siquiera me ha dado la oportunidad de defenderme.

—Agrediste a Jordi, eso no tiene defensa alguna —aclara y, aunque abro la boca para protestar, se me adelanta—, aunque sea verdad que pegaba a Laia. No puedes ir por ahí estando a la altura de todo el mundo convirtiéndote en una justiciera, así solo vas a conseguir que te detengan y si eso pasa… ya no podré ayudarte.

Su expresión cambia a decepción total y, aunque me duela en el alma, la entiendo. Dejo el diario a un lado y me levanto de la butaca que hay pegada a la pared del dormitorio. Me siento en la cama a su lado y la abrazo. El perfume a naranja se pega a mi nariz y aspiro, sintiéndome en casa, volviendo al lugar donde siempre he querido estar. Elena lleva teniendo ese poder desde el día en que nos conocimos, y aunque en los últimos meses no he sido la mejor persona, ahora, quiero dejárselo claro.

—Perdóname, es que… ha sido muy difícil, todavía lo es ¿sabes? —confieso con voz queda—. A veces abro los ojos y siento que nada de esto ha pasado y que va a llamar a la puerta de casa con un montón de bollería como hacía los domingos. Es como si me hubieran arrancado la piel y nunca sanara.

—Ya lo sé, Marina, lo sé —habla con cansancio, un agotamiento que lleva consigo

desde que encontraron el cadáver de mi hermana. Se aparta, me mira a los ojos y pone una mano sobre mi pecho con la mirada anegada en lágrimas—. Nunca me atreveré a decir que no te duele o que vas a conseguir superarlo, pero necesito que te centres de una vez en los que estamos aquí contigo, porque no nos hemos despegado de tu lado ni un solo momento y tú…

—Os he tratado de pena, ya —admito por primera vez.

El jarro de agua fría cae sobre mí y me deja inundada en tristeza, como el agua que se ha derramado sobre la fotografía del salón. Mi atención va a parar un momento hacia el diario, pero enseguida vuelvo a mi mujer en quien apoyo mi frente y a quien beso en un intento por demostrar que lo que digo es verdad.

Vuelve a poner la mano en mi pecho y tengo miedo a que me aparte. Se queda así unos segundos y, al final, me atrae hacia ella para besarme con anhelo y melancolía. Siento cómo el corazón golpea contra mi pecho y, ante la necesidad de respirar, me separo y me fijo en su bonita mirada y en lo preciosa que siempre me ha parecido. El silencio nos rodea y soy capaz de escuchar el latido tranquilo del suyo, rescatando lo poco que queda del mío para sacarlo a la superficie y que vuelva a bombear con normalidad. Y lo consigue cuando me besa y, tras mover sus manos por mi espalda, me quita la ropa para acariciar todo lo que encuentra a su paso.

No puedo recordar la última vez que nuestras pieles se tocaron ni cuando sentí la calidez de su cuerpo y eso hace que los nervios tomen parte del control. Un mordisco basta para que vuelva al punto de partida, a un lugar donde no me importa el resto del mundo. Hacemos del dormitorio esa burbuja a la que nadie tiene acceso, donde nos amamos y recordamos cada uno de los motivos por los que nos queremos, por los que daría todo con tal de verla sonreír. Siempre, hasta el último de mis días. Mis dedos doman las curvas de su cuerpo y vuelvo a creer en la posibilidad de encontrar la manera de ser yo otra vez, de conseguir que sus ojos me miren como solían hacerlo y de olvidar lo cruel que ha sido la vida. Aunque me da miedo no poder conseguirlo y lo dejo ver en cada uno de mis besos, por más que ella logre echar todo eso a un lado, por más que este dormitorio vuelva a ser mi refugio.

Me dejo llevar por el movimiento de sus caderas, su mirada o cómo me arranca gemidos al acariciarme la piel; y, por unos minutos, vuelvo a sentir que estoy en un paraíso.

. . .

Han bastado dos horas para que las nubes se arremolinen y formen una tormenta con la que no deja de llover. Me gustaría quedarme en la cama, pero el aroma que viene desde el pasillo hace que me levante, me ponga el pijama y salga con los pies descalzos para ver qué me espera en la cocina. Elena bailotea moviendo las caderas y enseña los muslos bajo una camisa que apenas le tapa; no puedo evitar quedarme parada mientras la miro y disfruto de la felicidad que destila y que le hace sonreír cuando se da cuenta de que estoy aquí.

—Menos mal que te has despertado, ya pensaba que cenaría sola —bromea y coge la cuchara de madera para que pruebe la salsa que está cocinando.

—Napolitana —digo relamiéndome. Ella asiente y está a punto de volver a la cocina pero la detengo cogiéndola de la cintura, la beso y la pego a mi cuerpo mientras me hace suspirar —. ¿Te he dicho ya que cocinas de maravilla?

—No exageres, si esto es lo más sencillo del mundo —aclara como si nada—. Habría que verme con algo más elaborado.

—Lo sencillo y delicioso es lo tuyo.

—Tú siempre dices lo mismo. —Y es cierto, pero no pienso cambiar de opinión.

Entre las dos ponemos la mesa y nos sentamos a cenar con una copa de vino y el ruido de la tormenta de fondo. No necesitamos mucho para disfrutar de la vida, y es algo que parecía haber olvidado, como si durante estos meses otra persona hubiera estado en mi cuerpo, alguien muy distinto a mí.

Se escucha el trueno y siento un escalofrío en la espalda. Ahí está otra vez, la imagen de mi hermana cuando cierro los ojos dispuesta a llevarse la calma, convencida de poder hundirme, aunque esta vez soy más fuerte y lo único que logra es que el vino tiemble entre mis dedos. Le doy un sorbo y vuelvo el interés a la cena y a la bonita expresión de mi mujer. Tengo que avanzar por ella, debo dar un paso y dejar esto atrás. Llamo su atención alargando la mano y enredo sus dedos con los míos.

—Voy a darle el diario —digo, y la felicidad se esfuma a pesar de que Elena sonríe y consigue asentir. Después, aprieta mi mano, intentando no recordar el infierno que le he hecho vivir en los últimos meses—. Espero que al menos sirva de algo.

—Servirá, estoy segura, sabes que tu hermana no hacía las cosas en vano —recuerda y por mi cabeza se pasa la imagen de ella en su trabajo, dejándose la piel por las personas que más perdidas estaban.

—Lo sé… —susurro, rompiendo el agarre con su mano, mientras apoyo el tenedor en el plato e intento comer, a pesar de que la imagen sigue ahí, en mi cabeza, con una firmeza abrumadora—. Ahora solo tengo que convencerme de que todo irá bien.

Lo digo en alto, con las ganas de hacer una promesa en la que me cuesta mucho creer. «Ya sabes lo que pasó, en el fondo, lo sabes», pronuncia la voz que tengo dentro y el cuerpo se me hiela al pensarlo. La tormenta cae contra las ventanas y la imagen de Laia aparece cada vez que truena.

10

RAQUEL

—No sé cómo puedes beberte esa mierda. —Levanto la mirada de los informes y veo a mi compañero sentándose en la silla que hay frente a mi escritorio. Sus dedos golpean los brazos con nerviosismo y tarda poco en contagiarme—. ¿Has encontrado algo?

—Ya me gustaría, este caso nos va a traer más de un dolor de cabeza —protesto y me llevo el vaso de plástico a la boca. El *latte* de vainilla y miel siempre me ha aclarado las ideas, pero parece que hoy todo se ha puesto en mi contra—. Creo que tenemos que ir más atrás y empezar por el principio.

—Eso ya lo hemos hecho tres veces y no ha servido de nada.

—Pues lo haremos una cuarta, siento que nos estamos dejando algo. —Sus ojos van otra vez a mi vaso y pone una mueca que me hace suspirar—. Deberías de probarlo y dejarte de tanto café solo, solo te altera. —Le ofrezco mi *latte* y se levanta de la silla como si le hubieran clavado algo en el culo.

Sin mediar palabra vuelve a su escritorio y reordena los papeles que tiene sobre la mesa, haciéndome caso por una vez. La calma vuelve a mi zona de trabajo, aunque sigo teniendo una sensación rara en el estómago, una especie de advertencia que cobra vida al mirar hacia la puerta y ver aparecer nada más y nada menos que a Marina Mascaró. Varios agentes la saludan con la misma cara que yo debo de haber puesto; durante semanas no paró de venir día tras día intentando sonsacarnos información y cuando cerramos el caso, se personó para intentar que volviéramos a la investigación.

«Esto no puede traer nada bueno», me digo, aunque no tardo en poner mi mejor expresión, advirtiéndole a mi compañero con la mirada que se quede quitecito en su silla. Y menos mal que me hace caso, porque no tengo ganas de estar entre dos personas que se odian a muerte.

Manuel nunca fue muy delicado con la situación, a veces, los polis terminamos por cubrir el peso que la muerte deja sobre los hombros con una máscara de frialdad que no muchos entienden.

—Inspectora Valdez, ¿podemos hablar un momento? —Ver a Marina tan calmada, incluso hablando con respeto, me sorprende.

No tengo motivos por los que ser una borde y la verdad es que me vendrá bien un pequeño descanso. Enseguida me levanto, pidiéndole que me acompañe a una de las salas vacías que hay en comisaría. Me arreglo la chaqueta y guardo las manos en los bolsillos de mi pantalón yendo hacia allí, seguro que a mi espalda el resto nos está mirando e intentan cotillear qué puede querer una mujer que nos volvió locos durante semanas.

Al cerrar la puerta cuando ella pasa la veo nerviosa, hay algo en sus ojos que me dice que está arrepentida de la situación que vivimos en su casa hace un par de días y también de lo que ocurrió en el bar; y aunque me gustaría advertirle que no insista en pedirnos lo que no

podemos hacer, prefiero esperar a ver qué quiere.

—¿Estás mejor? —me intereso a pesar de que no debería de hacerlo.

Cada vez que veo su gesto no puedo evitar sentir pena, una empatía que a veces me gustaría dejarme en casa, pero que suele venir conmigo a todas partes. Una de las cosas que me ha hecho mejor agente en los últimos años.

—Más calmada sí, arreglé las cosas con Elena y le pedí perdón por haber sido una carga durante estos meses.

—Nadie podría reprocharte que lo hayas pasado mal o que te haya costado adaptarte a esta situación —comento sin relajar la postura—, aunque supongo que no habrás venido aquí por eso.

Marina niega; «lo suponía», pienso yo.

Mis manos no abandonan los bolsillos y estoy segura de que ella nota que espero el momento justo para echarla de aquí. Sin decir nada, rebusca en su bolso y saca un diario que me ofrece con manos temblorosas. Tengo el impulso de rechazarlo y pedirle que dé media vuelta, se vaya a casa y trate de volver a la normalidad lo antes posible porque esto se ha convertido en un tira y afloja que no voy a poder mantener más. Y me gustaría seguir los dictados de mi cabeza, pero aquí hay algo que va más allá, lo veo en sus ojos y me lo dice la intuición.

Ha sido tocar el diario y sentir que no me está dando unas simples páginas.

—Lo he fotocopiado todo, bueno, lo poco que hay, me gustaría que le echaras un vistazo —pide, y lo extraño en comparación a otras veces es que no veo exigencia sino verdadera preocupación—. No importa si crees que no vas a encontrar nada con respecto a su muerte, pero, al menos, hazle caso, tengo la sensación de que estaba metida en algo, que intentaba ayudar a alguien.

—Sabes que estoy ocupada, ¿verdad? Que hay un montón de casos reales ahí fuera que están sin cerrar —enfatizo las últimas palabras, dejándole claro que esto no va a ser una prioridad, que no pienso poner por encima de otras personas su cabezonería.

—Aun así, espero que lo hagas. Sé que eres buena en tu trabajo, por mucho que yo haya intentado demostrar lo contrario.

¿Eso es una disculpa? Marina aprieta los labios y asiente, coge el pomo de la puerta mientras se agarra al asa del bolso con cierto miedo a dejar el diario atrás, la última posesión de una mujer que jamás abandonará su alma.

Me da la espalda y se lo piensa dos veces antes de salir. Su mirada está perdida, como si alguien hubiera puesto en conocimiento todo lo que se encuentra en su cabeza y eso provoca que suspire y levante el diario, llamando su atención con un carraspeo.

—Le echaré un vistazo, pero mantente al margen, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, ya me ha quedado claro lo mucho que tengo que perder —admite y se despide con un gesto de la cabeza.

Tardo unos diez segundos en salir de la sala, escondiendo el diario con mi chaqueta y veo que camina hacia la salida, agarrada al bolso y cabizbaja, midiendo cada uno de sus pasos mientras las miradas del resto se posan sobre ella.

En cuanto vuelvo a mi mesa noto el *latte* frío y eso me saca un nuevo suspiro. Abro uno de los cajones y meto ahí el diario, procurando que nadie se dé cuenta, aunque al levantar la

mirada me encuentro con Manuel y su insistente curiosidad, dándome un susto que me saca un «¡joder!» por el que todos me miran.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Qué quería? Me tiene harto, ¿no tiene mejores cosas que hacer que perseguir fantasmas?

—Si tú hubieras perdido a tu hermana de esa forma también querrías saber qué es lo que pasó de verdad —arremeto, y él frunce el ceño confuso.

—¿Y a ti qué te pasa? Tú eres la primera que se ha quejado siempre de que es una pesada y que estás harta de que intente meter las narices en un suicidio más que evidente. Esa mujer estaba jodida, no podía tener hijos, abortó en muchas ocasiones y su trabajo no es que fuera el mejor. Se tiró por el acantilado, punto.

A veces odio que sea tan borde y pasota, que le den igual los sentimientos de la gente a la que intentamos proteger o dar un poco de la paz que buscan, pero supongo que eso es lo que le mantiene en esto: saber separar las cosas.

—No me pasa nada, solo intento ponerme en el lugar de alguien que ha perdido a la persona que más quería, tampoco es tan complicado y solo quería disculparse por lo de Jordi Marí, en su casa no estuvo precisamente amigable —miento, aunque moldeándolo con parte de la verdad—. ¿Volvemos a lo nuestro?

Manuel se me queda mirando con los ojos entrecerrados y apoya las manos en mi escritorio para intentar sonsacarme algo más que no va a conseguir. Tarda poco en afirmar y se levanta yendo a su mesa, después coge la taza de café que me enseña y se bebe tan tranquilo.

—No pienso dejar esta mierda —afirma y yo pongo los ojos en blanco.

. . .

No me puedo creer que alguien como a ella esté sufriendo esto, después de lo que ha luchado por estar bien, del esfuerzo que ha puesto en recuperarse e intentar buscar una vida mejor. Sus padres la han abandonado, también lo han hecho amigos y hermanos, ¿por qué el resto del mundo no puede hacerlo y dejarla en paz?, ¿por qué se empeñan en destrozarla? Ya no sé qué hacer, al principio pensé que no era real, fruto de la locura en la que había caído, pero ahora que estoy en su piel, Dios… ojalá pudiera hacer algo más, pero tengo miedo. ¿Y si él de descubre este diario? ¿Y si también le hace daño para que no lo descubran? ¿Y si…? Tengo tanto que decir, pero no encuentro la forma…

Vacío la copa de vino de un sorbo y me echo hacia atrás, con el estómago revuelto y esa sensación de angustia que muchas veces me ha palpitado con constancia en el pecho. Sé qué quiere decirme, de qué va, me está advirtiendo metiéndome en la cabeza las palabras de Marina, recuerdo sus ojos al dejar claro que aquí estaba pasando algo, aunque todavía no pueda confiar en que lleve razón.

Lo que acabo de leer solo manifiesta que es cierto, que el marido de Laia le pegaba a pesar de que no haya una sola prueba contra él, pero el resto es lo que me confunde, lo que me deja preguntando a qué viene tanto secretismo. ¿A quién intentaba proteger y contra quién?

—No puede ser que tenga razón —susurro, refiriéndose a Marina y sus mil intentos de reabrir este caso.

Convencida de nuestro buen hacer, cierro el diario con la única intención de dejarlo

estar, salvo porque algo dentro de mí me lo impide hasta el punto en que me obliga a salir de casa y volver a comisaría sin acabarme el vino ni probar bocado de la cena. Los agentes que están de guardia me reciben sin preguntas y, al pulsar el botón del ascensor, mis pies me guían solos hasta la sala de archivo donde busco en el cajón correspondiente y saco el caso de Laia Mascaró. Abro la carpeta sobre la cajonera de metal y veo las fotografías junto al informe forense y los testimonios de amigos, compañeros de trabajo y su marido.

Aquí no hay nada que indique lo contrario a su suicidio, todo está tan claro que podría decirse que ha sido uno de los casos más sencillos a los que me he enfrentado; pero cuando miro su fotografía con los labios amoratados, los cortes por su cuerpo y la cabeza con varias fracturas, me hago una pregunta que acompaña a sus palabras en el diario: ¿por qué ella acabó así?

11

MARINA

JUNIO DE 2017

Llevo aguantándome las ganas de llamar a Raquel varios días y, aunque Elena no ha dicho nada, sé que se ha dado cuenta por la manera en la que me mira cada vez que me quedo pensativa, nerviosa ante una expectativa que no sé hacia dónde me quiere dirigir. Entramos en el último mes de clases y algo dentro de mí evita que lo disfrute, que me centre en las lecciones o en las charlas sobre qué haré en verano. El timbre del recreo suena y miro el reloj sorprendida, como si el tiempo hubiera pasado sin que me dé cuenta. Guardo la tiza y los chicos recogen deseando respirar un poco de aire y planear lo que harán durante el fin de semana.

Suspiro al sentirlos tan afortunados, aunque la verdad es que yo misma soy la que se ha puesto límites durante estos meses, o eso es lo que dicen muchos: que ya debería estar más animada y que tengo que disfrutar de lo que la vida me ha dejado y no lo que me ha quitado.

«Como si eso fuera tan fácil», me digo guardando las cosas en el bolso, dispuesta a dejar estos malditos pensamientos atrás durante un rato. Cuando me giro veo a Luisa en la puerta y me pega un susto de muerte.

—Joder, ¿por qué coño no llamas? —protesto con el corazón a mil por hora.

—Ni que hubieras visto un fantasma —bromea y enseguida se da cuenta de que no ha sido buena idea—, perdona, no quería decirlo así —se disculpa y yo niego, tampoco es que pase nada—. ¿Desayunamos en la cantina? Miguel nos ha guardado sitio.

Quiero negarme, y la verdad es que tengo un «no» en la punta de la lengua, hasta que sus ojos me miran con súplica y no tengo más remedio que aceptar su petición.

Luisa me agarra del brazo contenta y me conduce a través de los pasillos y el patio mientras saluda por el camino a algunos de nuestros mejores alumnos. Nada más llegar, Miguel se levanta de la silla y nos recibe encantado, aunque conmigo es un poco más comedido y no me extraña, soy consciente de que no le he tratado bien. Debería disculparme, pero el pensamiento se queda en nada cuando me abraza y estrecha contra su cuerpo, curando cualquier herida que se haya abierto paso en mi interior.

No necesito decir nada, lo veo en la profundidad de sus ojos oscuros. Como todos, él ha estado a mi lado en todo momento y ha sido valiente al darme tiempo y, ahora, al pasar su brazo por mis hombros, evita que me siente hasta que no se quede a gusto.

—Ya va siendo hora de que nos dejemos de tonterías, ¿no? —comenta y yo afirmo, está claro que no ha cambiado nada, que he sido yo quien se ha empeñado en alejarse de todos los que conoce y hacen bien a mi corazón.

—¿Me estás echando la culpa? —bromeo y Luisa rompe a reír junto a su novio, aunque, en el fondo, veo cierta emoción que también estruja mi corazón.

No sé por qué me empeño en no querer disfrutar de esto, en estar a la defensiva, cuando es obvio que esto es justo lo que necesito. Igual que dar lo mejor de mí misma para mantener a flote un matrimonio que atraviesa aguas turbulentas.

—Voy a pedir algo, si no como ahora mismo, me desmayo. —Luisa besa a su chico en la mejilla y me dedica un guiño antes de ir hacia la barra y pedir nuestro desayuno habitual: tostadas con tomate y jamón y una buena taza de café.

—¿Cómo lo llevas? Dicen que le metiste una buena hostia a Jordi.

—Joder, ni que estuviéramos en un pueblo, aquí no se pueden tener secretos. —Finjo vergüenza y me llevo las manos a la cara antes de descansarlas sobre la mesa, aprieto los dedos e intento no pensar en el altercado con el que ha sido mi cuñado—. Ya le pedí perdón a Elena, pero no pienso retractarme, lo que he descubierto es… pero como siempre, no tengo pruebas.

—¿Pruebas de qué? —pregunta y, al ver mi expresión, baja la voz—. ¿Ha pasado algo malo?

—Encontré un diario en casa de mi hermana —confieso sin poder contener más tiempo el secreto, mis palabras fluyen como si me quemaran en la boca, con necesidad—. Jordi le pegaba.

—No puede ser… —Miguel se queda mirándome en silencio, sin saber muy bien qué añadir.

Es evidente que también piensa que no es algo que se pueda esperar de él, un tipo bastante simpático que siempre lo ha dado todo por la gente que quiere, incluso por vecinos desconocidos de la isla. Me gustaría poder gritar a los cuatro vientos lo que es, por qué le pegué en realidad, pero aquí no se necesita mucho para que los rumores corran, así que prefiero guardarme las espaldas y seguir indagando poco a poco.

«Tú no vas a cambiar», dice la vocecilla en cuanto ese pensamiento se me cruza por la cabeza.

—Le he dado el diario a la inspectora Valdez, pero lo fotocopié antes de llevarlo a comisaría. Creo que puedo encontrar algo, Laia estaba intentando ayudar a una mujer, pero no sé a quién y tampoco he podido entrar a su ordenador. Nunca usaba su móvil en cosas del trabajo, le daba miedo perderlo y que pudieran robarle información, hasta tenía un correo aparte. Si pudiera encontrar la forma de entrar y ver qué había ahí…

—A ver, espera un momento —pide Miguel y pone las manos sobre la mesa—. ¿No deberías dejarlo estar? Te puedes meter en un buen lío si te pillan metiendo las narices, yo que tú no lo haría. Si ya le has dado el diario a la policía, que hagan ellos el trabajo.

—¿De qué habláis? —Su chica nos interrumpe y en un santiamén llena la mesa con una bandeja que tiene los tres cafés y nuestras tostadas.

El estómago se me abre en cuanto huelo el jamón y noto cómo la boca se me hace agua. El recuerdo de una tarde de playa comiendo bocadillos se cruza por delante de mí, con una Laia que no dejaba de sonreír a pesar de parecer estar viviendo un infierno y el pensamiento me da una respuesta que hasta el momento no había encontrado.

—Por eso venía a casa más a menudo, quería estar lejos de él… —susurro sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—¿Quién? —Luisa llama mi atención y cuando abro la boca ella mira a Miguel sin

entender nada—. ¿Qué pasa?

—Tengo razón —apunto y le pego un bocado a mi tostada.

Me tapo con una mano y rumio el pensamiento hasta tenerlo claro, intentando recordar la cantidad de veces que Laia vino a desayunar o merendar después del trabajo. Incluso los viernes, cuando solía visitar a alguno de sus pacientes —en contra de la clínica— siempre venía a verme, estuviera donde estuviera. «Huía de él».

—¿Marina?

—Perdona, estaba… —Miro a mi amiga y después a Miguel, quien tiene levantada una ceja, queriendo saberlo todo y a la vez no—. Lo siento, pero tengo razón —repito—, Laia intentaba evadirse, alejarse de Jordi, incluso él me dijo que tenía un amante. Seguro que me mintió. Las últimas semanas siempre decía estar más ocupada e iba a un lado y otro de la isla. Solo tengo que averiguar… donde y por qué no quería que el supiera nada.

—Te estás metiendo en camisa de once varas —me regaña mi compañero, aunque lo que veo en sus ojos es la misma preocupación con la que me mira su chica—. En serio, no sé qué esperas encontrar después de tantos meses.

Suelta lo último con tanta facilidad que siento el puñal clavado en la espalda, quizás exagerando, puede que sea injusta, pero es suficiente para que deje la tostada y me levante de la silla sin mediar palabra.

—Marina, no te pongas así, sabes que solo queremos ayudarte.

—Todos decís lo mismo, Luisa, querer ayudarme, pero no sois capaces de poneros en mi lugar —espeto poniéndome el bolso que había dejado en la silla de al lado—. Ninguno tenéis idea de lo que he perdido, de lo que significa la muerte de Laia, de la cantidad de preguntas que tengo. Podéis decir que estoy loca, pero lo siento muy adentro. —Golpeo mi pecho con una mano—. Lo que nos unía va más allá, nunca lo vais a entender, y por eso sé que ella no se quitaría la vida como si nada. Me da igual si os importa o no, me da igual que no me habléis más, no vais a conseguir que lo deje estar.

Varias miradas se ponen sobre mí y parece que la cantina se queda en un silencio repentino que me juzga con ímpetu haciendo que me sienta incómoda y con ganas de salir corriendo de aquí. Luisa quiere decir algo, incluso ir conmigo pero Miguel la detiene poniendo una mano en su muñeca, dejándome claro que estoy sola, como cada uno de los últimos días.

…

Faltan cinco minutos para que empiece la siguiente clase después del recreo y ya quiero irme a casa, volver a una zona segura donde nadie se atreva a mirarme como lo han hecho todos hace un rato. A veces quiero volver a pedirme la baja y no aparecer por aquí nunca más. «Pero entonces, no vas a poder seguir con esto», dice la voz, obligándome a apoyar la cabeza en la pared del pasillo, en un intento por regular mi respiración a la vez que aprieto los dedos contra mi pecho.

—Profe, ¿estás bien? —Alberto se aferra a los tirantes de la mochila por miedo a lo que pueda responder, se lo veo en la cara.

—Sí, no te preocupes, está siendo un poco difícil volver a la rutina —aclaro sin compartir del todo la verdad—. Me alegra mucho ver cómo has ido con las clases, tus notas son impecables.

—Sí, aunque nadie da historia como tú, los demás profesores son un muermo. —La expresión de su cara me hace sonreír y me relaja al instante, casi podría decirse que hasta me siento bien de no ser porque la realidad me vuelve a golpear rápido—. Te he escuchado en la cantina…

—Eso ha sido… tengo que morderme un poco la lengua. No está bien pagarlo con el mundo entero.

—No es eso —titubea, como si quisiera encontrar las palabras correctas—. Sé lo que hay que hacer con el ordenador de tu hermana.

El corazón me da un vuelco y miro a un lado, comprobando que nadie le ha escuchado. No me lo pienso al agarrar su muñeca y entrar en clase arrastrándole, cerrando la puerta después. Me cruzo de brazos y veo su cara de arrepentimiento, sabe que puedo pegarle la bronca, no solo por meterse en conversaciones que no le conciernen sino por sugerir algo de tal magnitud. Debería reñirle, ponerle un parte, hacer cualquier cosa que un profesor y adulto responsable tiene como obligación, pero otro lado de mí abre una opción que estaba cerrada a cal y canto.

Miro hacia la puerta por si acaso hay alguien ahí y después, vuelvo con Alberto. Y aunque sé que me voy a arrepentir de esto, me lanzo a una piscina vacía.

—Dime cómo lo hago.

12

LAIA

DOS MESES ANTES DE SU MUERTE

JULIO DE 2016

La radio del coche interrumpe su emisión y ponen publicidad, dejándome en silencio con la vista al frente y las estrellas como único refugio. Todavía tengo en la cabeza los gritos de mi marido minutos antes de salir de casa convencida de que cuando vuelva, habrá cambiado. No sé por qué me gusta mentirme tanto.

Pensarlo me hace apretar los dedos contra el volante y noto el dolor de muñeca después de haber intentado defenderme de Jordi y sus malditos celos al decirle que quería visitar a uno de mis antiguos pacientes, en vez de mañana viernes. Van a dar las nueve y cuarto de la noche y una solitaria lágrima se desliza por mi mejilla, perdiéndose por ahí, lo mismo que mis fuerzas y la valentía con la que discutí frente a él, amenazándole con un divorcio que cada día veo más lejano.

«Como se te ocurra dejarme pondré una queja en la clínica, joderé a cada una de las personas que dices ayudar y toda Palma sabrá que rompes los códigos de médico-paciente», recuerdo sus palabras.

—Tienes que seguir por ella, por el resto… —susurro, convencida de que podré continuar como si nada—. Hasta que descubras toda la verdad.

Aparco el coche cerca del paseo marítimo y aunque apenas se ve nada por las aguas oscuras, puedo escuchar el balanceo de las embarcaciones, como testigos mudos de las historias que han surcado el Mediterráneo. El olor que viene de los restaurantes me tienta, pero mis pies se dirigen a un destino fijo, donde el tiempo parece detenerse en un eterno susurro entre mar y sal. Afronto las calles estrechas y empedradas en silencio dispuesta a ir más allá, a meterme de lleno en un laberinto del que a lo mejor no soy capaz de salir, aunque aquí, todo se vive diferente. Sobre todo al encuentro de las casas antiguas de pescadores pintadas en tonos pastel, exudando un encanto rústico que me invita a perderme dentro, en una atmósfera más serena y nostálgica, lejos del dolor que marca mi cuerpo desde hace algún tiempo. Quiero que sean un refugio, los brazos que te consuelan y te alejan del bullicio de la ciudad y la locura en la que se ha convertido esto.

Hay un segundo en el que respiro, metiéndome muy adentro la calma que me rodea, como si fuera una burbuja donde nutrirse de la cantidad de vidas que han pasado por este lugar. Pero la tranquilidad se rompe en cuanto Lola aparece delante de mí, por uno de los callejones entre las casas, con los nervios temblándole en el cuerpo y el miedo anclado a una mirada que ha sufrido mil y una decepciones.

—No deberíamos estar aquí —es lo primero que dice.

Intento tranquilizarla con una sonrisa y me acerco a ella despacio. Levanto una mano

para que la coja en cuanto estamos juntas, como si yo pudiera ofrecerle algún tipo de protección, cuando la realidad es que no soy capaz ni de protegerme a mí misma.

—Tranquila, Portixol es un sitio tranquilo, podemos pasear sin que nadie sepa qué estamos haciendo aquí. Cuando pasen unas semanas te darás cuenta de lo diferente que es vivir aquí —prometo, aunque una parte de mí sigue en alerta.

—¿Y tu vecina? Dijiste que te estaba acosando.

—Hoy cena con su marido, me lo ha dicho él mismo, de verdad. —Vuelvo a sonreír y, al poner las dos manos sobre sus hombros, Lola abre bien los ojos con el mismo pánico que ya he visto antes en ella.

Acaba de ver el morado que tengo en el pecho, asomando por la clavícula, después de salir de casa corriendo y sin que me diera tiempo a maquillarlo.

—Te ha…

—Estoy bien, no te preocupes por mí. Te he traído esto. —Tomo la precaución de echar un vistazo a mi alrededor antes abrir el bolso y darle un fajo con doscientos euros en billetes de veinte—. ¿Tendrás bastante hasta fin de mes?

Sus ojos se anegan en lágrimas y agacha la mirada, totalmente avergonzada, casi al borde de perder el equilibrio por el temblor en sus piernas. Estar en una casa de acogida la ha puesto a salvo, pero fuera de ahí, no tiene ningún tipo de ayuda ni nadie en la que se pueda apoyar.

—No sé cómo voy a pagártelo, Laia, lo que estás haciendo por mí es…

—Justo lo que mereces —aclaro con una sonrisa, instándola a que se guarde el dinero y camine conmigo—. Vamos a dar ese paseo, nos vendrá bien.

—¿Otra vez se ha puesto controlador? —Cuando afirmo, ella suspira y se agarra a mi brazo.

La camiseta de tirantes que llevo se mueve con la brisa que corre por el paseo marítimo y la siento como una caricia directa al corazón, nunca me cansaré de andar por aquí, de ver cómo se mueven las aguas o intentar indagar qué secretos esconde el fondo del mar.

—¿Tú cómo estás? ¿Has conseguido recordar algo? —Me da miedo preguntar por si se abre en ella una puerta que la lleve a querer huir, pero al hacerlo sigue a mi lado y eso me deja un poco más tranquila—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Está muy confuso, desde que conseguí rehabilitarme y salir de la clínica noto que tengo los recuerdos enmarañados y no logro encontrar el hilo conductor. Es… lo siento como si todo eso lo hubiera vivido otra persona, alguien paralela a mí. —Su relato me deja dubitativa, pensando en cualquier tipo de posibilidad—. Pero a la vez, tengo la sensación de que está ahí. Es… muy raro.

—¿No recuerdas una cara, algo que relaciones con alguien? —Lola niega y percibo que se pone nerviosa por la forma en la que sus dedos aprietan mi brazo. Sé que intenta revivir algo, pero el golpe contra una embarcación la asusta, acelerando su respiración—. Tranquila, te prometo que aquí no hay nadie.

—¿Y si no es así? ¿Y si te han seguido? No quiero que él me encuentre, Laia, tengo que irme, tengo que salir de aquí.

—Eh, eh, no te preocupes, ¿vale? Estás a salvo —prometo, aunque ¿de verdad lo está?

No puedo jurarlo y ella lo sabe enseguida. Sus ojos miran a todas partes y aunque quiera salir corriendo, consigo que se quede conmigo agarrándole de las manos.

—Perdón, es que la sola idea de encontrármelo por la calle... Da igual que tenga una orden de alejamiento, esas cosas no les importan —dice con los labios temblando, y tengo muy claro que el miedo es real.

—¿Por qué no vamos a cenar algo? No he comido nada y podría desmayarme aquí mismo —bromeo para desviar su atención de cualquier cosa que se mueva a nuestro alrededor.

Duda un momento, pero al final se convence de que no pasa nada y acepta más calmada tras coger aire y volver a andar. El perfume de las buganvillas trepando por las fachadas de las casas antiguas nos acompaña hasta que vemos Sa Roqueta, un local de aspecto modesto pero acogedor, situado de forma estratégica en una esquina tranquila donde nos metemos dispuestas a pasar un buen rato con el sabor del mediterráneo. Las dos pedimos dorada a la plancha y un par de tapas que disfrutamos con una cerveza. Por un segundo nos olvidamos de las personas que nos han hecho daño y charlamos como lo harían dos amigas, incluso reímos en varias ocasiones.

Dejamos atrás a los maltratadores, los moratones que cubren nuestra piel, a nosotras metidas en el cuarto de baño intentando disimular las marcas a golpe de maquillaje y, por una vez, sonrío encantada con la idea de tener una amiga, alguien con la que poder hablar de esto. Porque pensar en Marina y en la idea de que sufra y sienta una gran decepción, me estremece.

Media hora después —a la hora de cierre del restaurante—, nos despedimos y vuelvo al coche rumbo a casa. Al poner la radio, la música ha cambiado por la noticia de un horrible atentado que ha tenido lugar en el paseo de los Ingleses, en Niza, donde se celebraba el Día Nacional de Francia. Escuchar sobre las muertes y la cantidad de heridos que ha dejado un camión de carga conducido de manera deliberada hacia ellos me dan ganas de llorar. El mundo está lleno de gente malvada que solo vive para hacer daño, para arrancar la felicidad de las personas a toda costa, meterlos en un agujero y pisotearlos hasta romperle los huesos, los músculos, el alma.

Desearía poder hacer algo, dar consuelo o algo más que escuchar la radio mientras el mundo se viene abajo, pero entonces, me doy cuenta de que yo soy una más de las tantas personas que están bajo el control y los dictados de otras. Maltratada, presionada, acallada por alguien que juró amor eterno hacia mí.

13

MARINA

La incertidumbre es una margarita

cuyos pétalos no se terminan jamás de deshojar.
Mario Vargas Llosa.

JUNIO DE 2017

—«Prometo que te ayudaré, Lola, nos vemos el viernes a las seis en Portixol. Vas a salir de esta». —Leo en alto un mensaje que mi hermana envió a un correo electrónico que figura con ese nombre, acompañado de una G y sin ningún apellido.

La piel se me pone de gallina y enseguida bajo la pantalla por miedo a que alguien me vea y sepa lo que estoy haciendo. Al terminar las clases, Alberto y yo fuimos a la biblioteca y cogió el portátil para enlazarlo al suyo y conseguir averiguar su clave. «Solo necesitas algunos conocimientos básicos y saber por dónde tirar», se jactó mi alumno. La verdad es que no sé cómo lo hizo y prefiero no averiguarlo, eso solo nos metería en problemas que ahora no puedo enfrentar. El silencio me rodea y me quedo mirando las paredes de la sala de profesores, donde hay carteles con citas inspiradoras y mapas del mundo que invitan a la reflexión y exploración, aunque ahora, solo puedo pensar en ese correo y el nombre de Lola.

—¿Quién eres…? —pregunto al aire, como si alguien fuera a darme la respuesta.

Alrededor de la mesa rectangular, las sillas de diversas formas y colores muestran almohadones desgastados y apuntes olvidados que pertenecen a los que han sido compañeros desde hace años, amigos que estoy consiguiendo alejar hasta volverlos simples desconocidos. La luz entra con fuerza por las ventanas y algunas hojas tímidas asoman, testigos verdes del desgaste que llevo encima. En la esquina de la sala, la cafetera me llama y atrae con la única intención de despejarme las ideas. Fuera, los murmullos de las conversaciones se mezclan con algunas risas y siento un poco de envidia por no poder disfrutar de instantes como solía hacer meses atrás.

Me sirvo el café, tiro la cápsula y doy un sorbo que me hace suspirar de placer antes de volver al asiento, abrir el ordenador de Laia y ver el orden dentro de sus carpetas y las fotografías que contienen. Los dedos me pican cuando la idea se me pasa por la cabeza y enseguida me pongo a buscar a alguien con quien se haya visto en Portixol, a mi hermana siempre le gustaba sacar fotos de todo el mundo, es una evidencia que tengo presente en casa y una manía que yo he perdido con el tiempo.

No sé cuánto tiempo pasa de la hora que tengo de descanso, hasta que doy con una sola imagen de ella al lado de una chica rubia con raíces oscuras, un poco más baja y ojos muy cansados, como si el mundo le hubiera pasado por encima más de una vez. De fondo se ven los

botes de los pescadores y el corazón me da un vuelco al fijarme en la mirada color café, dándome la idea de lo que tengo que hacer.

. . .

ESA MISMA TARDE, BARRIO DE PORTIXOL

La brisa marina acaricia mi rostro mientras estoy sentada al borde del paseo marítimo, con los pies rozando la arena fina. Las aguas están en calma, serenas, pintando un lienzo infinito de azul y verde fundidos en armonía. Es una sensación de paz que envuelve mi corazón y cada uno de mis pensamientos, como si el mar quisiera llevarse consigo el peso de las preocupaciones y temores, disolviéndolos en sus aguas saladas.

«¿Es eso lo que Laia buscaba, quedar en paz?», el pensamiento se pasea frente a mí mientras veo el sol reflejado en la superficie del mar, creando destellos dorados que danzan sobre las crestas de las olas y se convierte en las manos de mi hermana buscando un abrazo que nunca le pude dar. Un suspiro se me escapa y, al final, soy capaz de sonreír con una chispa de gratitud al pensar en ella, en su calma, en la forma que ahora debe de estar conectada a algo más que lo terrenal, siendo parte de estas aguas, del universo que ninguno podemos tocar.

—¿Marina? —La voz se presenta a mi espalda y, por un momento, me imagino a mi hermana esperándome.

Cuando me giro y me levanto veo a una mujer algo distinta a la fotografía que encontré. Su mirada ya no está tan apagada y su piel tiene un brillo especial, está más… sana. Los labios le tiemblan y sé por qué es, está viendo la viva imagen de Laia, solo que con el pelo bastante más corto, ondulado y algunas motitas diferentes en el color miel de mis ojos. Ninguna sabemos bien qué hacer, hasta que ella toma la iniciativa y me abraza fuerte. Al separarnos se me queda mirando y, por fin, sonríe con nostalgia y una tristeza que ninguna podemos ocultar.

—Siento haberme puesto en contacto contigo así —digo, recordando el correo electrónico que le envié desde la dirección de mi hermana—. Te habré dado un susto de muerte.

—Un poco sí, cuando vi el nombre de Laia pensaba que estaba soñando, que había viajado en el tiempo. Ella era… —titubea y la emoción toma el control de sus palabras—. Le debo la vida, no estaría aquí de no ser por ella.

—Lola, ¿verdad? —afirma y la invito a caminar por el paseo marítimo, con el sonido del mar muy cerca de nosotras, es casi como tener a Laia acompañándonos, algo a lo que quiero acogerme y que me da fuerzas para continuar hablando—. Es extraño, ¿sabes? Nos lo hemos contado todo desde que tengo uso de razón, ella siempre ha sido la persona en la que más he confiado, pero los últimos meses antes de su muerte… siento que se alejó de mí por completo. Y lo extraño es que no fui capaz de darme cuenta.

—Solo quería protegerte, que siguieras orgullosa de ella. —La mirada de Lola va a parar al mar y regresa a mí un segundo—. Eres quien más le importaba y pensar en la idea de decepcionarte le causaba mucho dolor.

—¿Decepcionarme? Laia siempre fue mi ejemplo a seguir, hiciera lo que hiciera nunca me decepcionaría.

—Tal vez, pero ella no lo creía así, supongo que el dolor que sentía por dentro tras sus

abortos y lo de Jordi… se le hizo un cúmulo. —Me duele ver en sus ojos la tristeza tan profunda como la que yo siento—. Y luego estaba lo que hacía fuera de la clínica, nadie tenía idea, pero llevaba tiempo haciendo un seguimiento de las pacientes que estuvimos a su cargo durante nuestra rehabilitación.

—¿Por qué? —pregunto, notando cómo el corazón empieza a latirme más deprisa.

Lola se queda quieta y, de repente, su postura se tensa un poco más y siento que va a dejarme aquí, sin decir nada más. Su mirada se eleva al cielo y ese gesto habla por ella, dando alas a ciertos pensamientos que no deseo que tomen forma, porque entonces, será como acogerme a una esperanza que nunca ha debido estar ahí.

—La rehabilitación es solo el principio, algunas de las pacientes que pasamos por la clínica nos encontramos sin ayuda al salir, nuestras familias nos han dejado de lado, también los amigos… Empezar de cero no es fácil, ella nos echaba una mano con sus ahorros, buscándonos un buen alquiler o, en mi caso, una casa de acogida. También soy mujer maltratada —admite con cierta rabia en el tono de su voz. Jordi se me viene a la cabeza y tengo ganas de ir a por él, de matarlo por el daño que ha hecho—. Y, bueno, pasó algo que…

—¿Qué…? —indago, cogiéndola de la muñeca.

La insto a que responda a pesar de que sé que si lo hace abrirá una puerta que ya no se va a cerrar. Voy a recoger un testigo que no quiere darme y puedo verlo en cuanto la miro a los ojos.

—Me violaron más de una vez durante mi rehabilitación. Laia estaba intentando averiguar quién lo hizo. —La confesión me deja de piedra y noto cómo la piel me arde.

El siseo del mar cambia por el sonido de un relámpago en mis oídos y cuando cierro los ojos vuelvo a ver a mi hermana, solo que esta vez no está en la mesa de metal, sino de pie, con las heridas marcándole la piel, con el pelo húmedo, acercándose a mí, poniendo su mano en mi mejilla y suplicándome ayuda.

«Sabes lo que pasó», musita una voz.

—Si Laia lo averiguó… —Vuelvo a la realidad y la garganta se me seca a la vez que todo mi cuerpo empieza a temblar.

—Creo que no se suicidó. —Lola termina la frase y coge mis manos, con algo de miedo al mirar a nuestro alrededor—. Ella te quería mucho. Estaba dispuesta a divorciarse y seguir con su vida, iba a denunciar a Jordi. Me da miedo pensar que la silenciaron. Quizás, para ayudarme, metió las narices donde no tenía que hacerlo y cabreó a alguien.

—¿Por qué no fuiste a la policía?

—Te lo he dicho, soy una mujer maltratada. Aquí he encontrado un sitio en el que pasar desapercibida, ahora tengo un trabajo que me gusta y gente que me respalda, no quiero que mi ex se entere de nada. Si me pone una mano encima, no viviré para contarlo. Además, estoy segura de que me drogaron y no tengo manera de demostrar lo que pasó, así que no iba a servir de nada.

—Pero tienes que decirlo… Mira, hay una mujer, la inspectora Raquel Valdez, si hablas con ella podrá ayudarte y conseguiremos que reabran el caso. —La desesperación hace que apriete sus manos con fuerza y ella las aparta enseguida, viendo por donde voy.

Estoy poniendo su seguridad por encima de una persona que ya no volverá a la vida.

—No puedo hacerlo, lo siento. Quería mucho a Laia, pero tú no sabes lo que es esto,

tener que mirar a tu espalda todo el tiempo por miedo a que tu maltratador esté ahí. Por mucho que hagamos, no la vamos a traer de vuelta.

—¿Y qué pasa si se lo están haciendo a alguien más? Porque seguro que tú no eras la única. —Aprieta los labios y eso me da la respuesta que busco, y una razón más para intentar que me haga caso—. Yo misma te acompañaré, te quedarás a vivir en mi casa si hace falta, seguro que a mi mujer no le importa, pero tienes que venir. —Tiro de su mano con desesperación y ella la vuelve apartar.

De hecho, pone la otra en mi pecho cuando intento acercarme a ella de nuevo. La pena con la me ha mirado al principio cambia por otra cosa, por algo mucho más significativo, una determinación que yo misma he visto al espejo cuando me he mirado. No hace falta que diga que estoy sola en esto, que no piensa ayudarme, que va a dejar que mi hermana siga hundiéndose bajo el fondo del mar. Y aunque quiera echárselo en cara y gritarle aquí mismo, sé por qué Laia no me dijo nada de todo esto, puedo verlo en sus ojos.

Buscaba proteger a esta mujer a toda costa, por más que aquello le costara la vida. Por más que me mintiera o crease una barrera entre nosotras que se ha agrandado más con el paso de los meses y los secretos que ahora toman forma.

—Lo siento, Marina, de verdad que sí, pero no puedo hacerlo, ¿vale? No me busques más, no deseo tener que revivir esto, solo quiero seguir con mi vida ahora que estoy en paz.

—Vale, lo entiendo —aclaro, dejando caer mis brazos a cada lado y cuando ella está a punto de marcharse, añado—: ¿Sabes si te habló de alguien más, cualquiera con la que pueda hablar?

—Busca a Matías Aguilar, se veía con él.

Sus palabras van acompañadas de una débil sonrisa y cargan con la esperanza de que yo pueda averiguar algo más, sin morir también en el intento.

14

MARINA

No sé cómo he vuelto a casa sin parar en alguna parte e intentar coger aire y asimilar todo lo que me ha dicho Lola. Después de que se fuera, estuve más de quince minutos sentada en el coche, con las manos al volante sin ser capaz de arrancar. Mis ojos buscaron cada una de las olas del mar fundido con la arena, de la espuma blanca que volvía una y otra vez dejando pedacitos de universo en la tierra que pisamos. La idea de hablar con Raquel se me pasó por la cabeza, pero enseguida la deseché y lo único en lo que puedo pensar es en conseguir ponerme en contacto con ese tal Matías.

—Ya era hora, llevo un rato llamándote, ¿se puede saber dónde estabas? —Elena aparece por el pasillo y la veo con el pelo arreglado. La confusión hace que frunza el ceño y se da cuenta al instante—. Lo has olvidado, genial, es lo último que me faltaba para estar de los nervios.

—Joder, no he tenido un buen día.

—Hace mucho que no tienes un buen día, Marina —masculla y levanta las manos sin más, está tan cansada de discutir conmigo que ya no hace ni el esfuerzo—. Por un momento pensé que te centrarías, pero ya veo que es imposible. Tengo que estar en el restaurante en una hora, así que tú misma.

—Me cago en la puta… —me reprendo y tiro el bolso en el sofá.

Una parte de mí quiere pasar por completo de esto y ponerme a buscar a ese hombre y las claves de lo que pudo pasarle a mi hermana, pero el arrepentimiento hace un nudo en mi estómago y prácticamente corro hacia el dormitorio, donde Elena intenta maquillarse sin echarse a llorar. Una mano temblorosa va hacia su ojo intentando ponerse el rímel y en cuanto me ve sobre el espejo, lanza un suspiro.

—Todo va a ir bien, ya lo verás —prometo, me acerco a ella y la abrazo por la espalda, apoyando la barbilla en su hombro. El perfume de su cuello me atrae y dejo ahí un beso, centrándome en su reflejo—. Es que los chicos están insoportables, falta nada para acabar el curso y los exámenes finales alteran a todo el mundo, pero ya estoy aquí, contigo. Vamos a ir juntas a esa fiesta, estoy deseando ver qué sorpresas has preparado sobre la nueva campaña.

Mi sonrisa se refleja en el espejo y le dedico un guiño que la deja más tranquila. Elena se pone el rímel y va hacia el armario. Sus manos apartan vestidos y algún que otro traje hasta dar con dos que coge de las perchas y me enseña encantada.

—Ayúdame con esto, soy incapaz de decidir.

Uno de ellos lo compramos hace unos meses, aunque todavía no lo ha estrenado y el otro, lo llevó una vez, cuando su línea empezaba a ser más conocida fuera de Palma. Conozco tan bien a mi mujer como para acercarme a ella, besarla y coger el segundo. El color menta del tejido de raso *jacquard* es suave a mis dedos y enseguida traigo el recuerdo de aquella vez a mi

cabeza, con su piel bronceada por el sol y sus pecas asomando bajo la chaqueta.

Elena me mira, intentando averiguar qué se me está pasando por la cabeza, pero no tengo intención de decírselo. Abro la funda transparente que protege el traje de dos piezas y lo dejo sobre la cama. Mis pies se mueven hacia ella, sus ojos me atraen como un imán y acaricio sus labios maquillados con los míos. La queja en forma de suspiro no me detiene ni tampoco la mano que pone sobre mi pecho, ha dicho una hora y, según mis cálculos, tardamos en llegar unos quince minutos. El pensamiento se cruza por mi mente con picardía, la misma que uso cuando le rozo el cuello con la lengua. Me adueño de sus caderas y la muevo por la habitación hasta que la pared le impide dar un paso más.

—¿Puedo echarte una mano para vestirte? —siseo en su oído.

Mis dedos desatan el lazo de seda de la bata y acaricio su piel sin dejarme ni un solo centímetro, le quito la prenda por los hombros y la veo caer. Ella suspira y me encojo de hombros para disfrutar a continuación del sabor de su boca hasta que necesitamos respirar. Su mirada se pierde en mí, acaricia mi mejilla con los dedos, diciendo mucho más en ese gesto que a través de unas pocas palabras. Me ha echado de menos, nos hemos echado tanto de menos que duele pensar cuánta distancia se ha abierto entre nosotras; kilómetros que acortamos la otra noche, pero donde el alejamiento siguió presente. Ahora la puedo mirar a los ojos y fundirme con los mismos colores que me enamoraron la primera vez que la vi, con el pelo suelto caminando por Sa Calatrava, muy cerca de la catedral, tan despistada cómo lo sigue siendo ahora.

—Me voy a enfadar si llegamos tarde —susurra, ahogando un gemido que se le escapa cuando meto una mano entre su ropa interior.

—Pues entonces vete —la reto y vuelvo a sonreír con picardía mientras veo ese reflejo en sus preciosos ojos, justo antes de que me empuje, besándome con pasión, con el mismo deseo que se abre paso por todo mi cuerpo.

La ropa acaba por el suelo —a excepción de su bonito traje— y, un rato después, no puedo dejar de rememorar cada uno de sus besos y sus caricias, mientras corremos para subir al coche y ponernos de camino al restaurante.

Nada más llegar veo a Salma en la entrada con cara de pocos amigos y, cuando pone la atención en mí, sonrío a placer y me encojo de hombros como si no hubiera hecho nada malo. Elena suspira, busca mi mano y entrelaza los dedos con fuerza, signo de que está más nerviosa que antes. «Voy a tener que tranquilizarla», pienso, sin haber tenido bastante, pero con la seguridad de que voy a estar a su lado, acompañándola en una noche que estoy segura va a ser excepcional.

El restaurante Es Baluard y sus vistas espectaculares de la bahía de Palma nos reciben con ambiente sofisticado y moderno. Varios de los invitados van hacia la terraza del Museo de Arte Moderno y Contemporáneo, donde tendrá lugar la cena antes de que un proyector nos dé a conocer todo en lo que ha estado trabajando mi mujer.

—Si esto llega a empezar sin ti, te mato —amenaza Salma y aunque me quiero reír, consigo aguantarme y no hacer más tenso el ambiente.

—Yo también espero que sea una noche maravillosa, gracias. —La ironía de Elena no le gusta un pelo, pero todavía menos que yo esté a su lado, pegada a su cuerpo, casi apoyando la cabeza en el hombro abullonado de su chaqueta.

Para la ocasión también he elegido un traje de dos piezas, oscuro, digno de una noche

como esta, pero más cerrado que el de ella.

—¿Qué tal, Salma? —saludo y al extender mi mano la estrecha sin mucho afecto que digamos, cómo me divierte esta situación.

Elena se da cuenta y abre los ojos pidiéndome que no complique las cosas, aunque no es difícil ver que también se lo pasa de maravilla cuando se trata de molestar a una mujer que todavía no sé por qué sigue siendo su amiga. Supongo que en este caso lo profesional gana al lado personal.

El sol empieza a caer de manera tímida sobre el horizonte, pintando tonos dorados y rosados que se funden con la bahía con un encanto que siento no haber visto nunca. Me doy cuenta de lo mucho que lo aprecio cuando miro a los ojos de Elena y ella me sonríe antes de caminar hacia el interior del restaurante. A medida que los minutos pasan, la terraza recibe a un grupo selecto de invitados que empiezan a ponerme nerviosa y que me deja con una sensación agridulce en el estómago. Laia se cruza por mi cabeza, porque habría disfrutado mucho de este ambiente, de las copas que se mueven por el escenario gracias a los camareros y con un montón de canapés dispuestos a ser devorados. El restaurante, conocido por su cocina mediterránea de alta calidad no ha defraudado, ni tampoco Elena, a quien saludan y dan la enhorabuena por haber preparado una velada tan mágica, donde el sonido de la música ambiental flota en el aire, creando una atmósfera elegante, digna del evento.

—¿Me esperas un momento? —pide y, en cuanto suelta mi mano, vuelvo a sentirme vacía.

No lo comparto, porque mi misión es que disfrute de esta noche, de la recompensa por el maravilloso trabajo que hace, poniendo sus ideas y su alma en cada una de las campañas y prendas que llevan su nombre.

—Claro que sí —digo, pero antes de que se vaya, agarro de su chaqueta y la atraigo hacia mí para besarla—. Estoy muy orgullosa de ti.

Ella me sonríe, asiente y se va a saludar a algunos de sus socios y diseñadores, gente con la que no tengo mucho trato y con la que tampoco me gusta hablar.

Mis pasos me llevan al final de la terraza donde la visión de las murallas de la ciudad antigua se extiende ante mí, iluminadas por la suave luz de las farolas, dejando atrás mesas decoradas con centro florales y velas que titilan siguiendo el paso de los invitados. Un camarero me ofrece una copa de champán que bebo sin pensármelo, intentando sacarme de la cabeza la imagen de mi hermana y la conversación con Lola. «Me da miedo pensar que la silenciaron. Quizás, para ayudarme, metió las narices donde no tenía que hacerlo y cabreó a alguien». Cada palabra es un puñal que abre otra herida en mi cuerpo, dando la razón a una teoría que solo ha cogido fuerza en mí, y me doy cuenta de lo sola que estoy en esto cuando me giro y veo a Elena conversar. Porque la vocecilla dentro de mí sigue diciendo que nadie va a creerme y que soy la única que va a llegar al fondo de esto.

Aunque me cueste lo poco bueno que me queda en este mundo.

«Voy a encontrar a Matías», me digo y me centro en la copa, dispuesta a conseguirlo.

15

ELENA

Veo a Marina sola, bebiendo champán frente al horizonte de unas vistas que son maravillosas, pero que no parecen despertar en ella esa sonrisa que tanto me gusta y que he disfrutado antes de salir de casa. Parece perdida, metida a propósito en este mundo que últimamente no consigue atraparla por más que se esfuerce en lo contrario. Sé lo que le ha costado dar este paso, vestirse con un traje bonito, poner buena cara ante gente que sigue susurrando el nombre de su hermana como si fuera un tema tabú, apoyándome en cada uno de los pasos de una campaña que también me ha alejado de ella con tal de buscar algo de soledad con la que poder respirar y recomponerme. Los últimos meses han sido tan duros que, al pensarlo, siento como si alguien me estrujara el corazón y lo hiciera pedazos.

Varios grupos de invitados charlan entre sí antes de que demos paso a la presentación de la campaña, y aunque estoy deseando hacerlo, ahora mismo solo quiero estar con mi mujer, abrazarla por la cintura y ver las luces de Palma desde ahí. Doy un paso y Salma se pone en mi camino con esa sonrisa petulante que a veces me dan ganas de quitarle. Otra vez consigue que suspire de frustración y me pregunte por qué motivos seguimos siendo amigas.

—Ven, quiero presentarte a alguien —comenta y sigue mi mirada hacia Marina—. Seguro que está bien, tiene mucho en lo que meditar después de lo que me has contado y ya sabes que estas fiestas no le van mucho.

—Por eso mismo debería estar con ella.

—Estamos trabajando, ¿cómo vamos a conseguir dar el gran salto si no ponemos nuestro empeño? Anda, ven, seguro que te alegras cuando sepas quien es.

Salma se toma el atrevimiento de cogerme por la muñeca y tirar de mí, dejándome un poco incómoda, sensación que se disipa al centrarme en las miradas de algunos de los invitados que saludan a nuestro paso.

La mujer a la que se refiere está de espaldas a nosotras, con un canapé de queso de cabra y granola que mira como si estuviera a punto de revelarle un secreto. No tarda mucho en comérselo y emite un gemido que Salma y yo escuchamos acercándonos a ella, un gesto que me hace sonreír antes de que repare en nuestra presencia.

—Esto es superior a mis fuerzas, si sigo así, nadie más los prueba —bromea y, en cuanto se gira, la reconozco perfectamente.

Es Nuria Vidal, editora de moda y una gran influencia que ayuda a diferentes firmas en el mundo de las redes sociales. Creo que la impresión me ha hecho abrir la boca sin darme cuenta por la manera en la que me mira y se ríe, presentándose sin que yo haya dado un solo paso.

—Y tú debes ser Elena Fuster, estoy deseando ver con qué nos sorprendes este año, el concepto de la última campaña me dejó impactada.

—¿Ves? Te he dicho que ibas a alucinar. —Salma habla con tanta calma que no soy

capaz de procesarlo del todo.

—¿Vosotras…? —titubeo, seguro que voy a arrepentirme de parecer tan tonta ante una mujer de esta clase.

—Conozco a su madre desde hace mucho. Salma y mi hija se han criado juntas. —Antes de prestarnos atención exclusiva alarga la mano y atrapa otro canapé, degustándolo como si fuera el último manjar de la tierra—. Tú tienes la misma edad que ellas, ¿verdad? —pregunta refiriéndose a su hija y a mi compañera.

—Algunos más —respondo con una sonrisa y noto que empiezo a relajarme después del impacto de conocerla.

—¡Cualquiera lo diría! —exclama y me hace un guiño con complicidad.

Sus ojos destilan placer y vuelve a hacerme sonreír, la verdad es que tenía una impresión muy distinta de ella, alguien que empezó trabajando para las diferentes revistas más influyentes de moda del país y que se ha ido reformando, actualizándose al mundo de las redes sociales y los blogs especializados. Digamos que dentro de este universo es un planeta en el que cualquier diseñador o creador querría aterrizar. La presencia de Nuria Vidal aquí solo puede significar una cosa. «Es la oportunidad que llevas esperando desde hace mucho», me digo, y Salma parece leerme mis pensamientos por la forma en la que asiente cuando la miro.

—Creo que nunca me había alegrado tanto de que alguien conociera a la madre de Salma —bromeo y las tres rompemos a reír. Un camarero pasa por nuestro lado y cojo varias copas de champán con las que poder brindar antes de que llegue el gran momento de la noche—. Espero que más tarde podamos hablar, me gustaría comentarte algunas ideas que a lo mejor te interesan, ¿suena atrevido si digo que llevo años queriendo colaborar contigo?

—Para nada —asegura Nuria, dando un sorbito al champán. Sus ojos observan cada detalle de una decoración que ha sido escogida de manera especial para la temática de la línea y alguien tan intuitiva como ella es capaz de darse cuenta de ello—. De hecho, no creo que haga falta ver lo que tienes. Quiero que estés en la semana de la moda de Madrid el próximo enero y no voy a parar hasta conseguirlo, en cuanto hable de tu línea van a querer tenerla allí.

Mi compañera está a punto de saltar de la alegría y yo no sé cómo me contengo de hacerlo con ella, coger sus manos y ponerme a gritar como una loca, aunque eso signifique quedar en ridículo delante de todos nuestros invitados. El corazón me da un vuelco y la piel se me pone de gallina al imaginarlo. Madrid es el estrellato para cualquier director creativo, es llevar las ideas a otro nivel, salir de una burbuja que nunca pensé que conseguiría a pesar de que nuestros trajes ya se venden en tiendas muy conocidas de España.

—¿Te vas a quedar sin decir nada? —me reprende Salma y no disimula nada con el codazo que me da.

—Es que… ahora mismo no me lo creo, o sea, esto parece un sueño.

—Pues no lo es —afirma Nuria y levanta la copa de champán—. Un brindis, por esta noche y nuestro futuro. Juntas llegaremos muy lejos, donde mereces estar.

—Por esta maravillosa colaboración. —La alegría me hace coger a mi amiga por el brazo y la pego a mi cuerpo, ella se me queda mirando aunque no dice nada.

Las tres chocamos el cristal y bebemos. Ahora mismo tengo muchísimas preguntas; tantas, que forman un revoltijo en mi cabeza y no soy capaz de decir ninguna con claridad. Nuria levanta el brazo y saluda a un hombre que se acerca a nosotras con un impecable traje negro y

una pajarita que hace juego con el vestido de ella, como si lo hubieran elegido así a propósito.

—Por fin has venido, pensé que ibas a dejarme tirada —bromea ante él, quien parece sacado de una película inglesa por la elegancia que destila—. Este es Guillem, mi querido hermano y mano derecha, protege lo que hago con uñas y dientes.

—Señorita, un placer. —Su voz es dulce y se funde acorde con la música ambiente que nos rodea—. ¿Cómo está la pequeña Salma? Hacía mucho tiempo que no te veía.

Se funde primero en un abrazo con ella y, después, sus ojos castaños brillan de alegría cuando coge una de mis manos y se la lleva a los labios como si de verdad fuera un galán sacado de su tiempo. De hecho, cualquier persona en la fiesta podría convertirse en su futuro ligue si así se lo propone.

—No sabía que tuvieras un hermano tan…

—¿Caballeroso? —me interrumpe y enseguida le acaricia el brazo—. Yo siempre le digo que este mundo no se lo merece.

—Es que tú ves todo lo que hago con buenos ojos, querida. —«Vaya», pienso en cuanto le escucho, dándome cuenta de que no debe tener ni cincuenta años como para hablar así—. ¿Ya te ha hecho la gran propuesta?

—Ahora mismo —contesta Salma por mí—, y ya te digo que desde mañana mismo nos vamos a poner a trabajar.

—En realidad mañana voy a descansar —aclaro, y eso no le sienta nada bien—. Tengo algunas cosas pendientes que quiero hacer con mi mujer. De hecho, voy a pedirle que venga y así os presento, esta línea no habría existido sin ella.

Esta es la puntilla que faltaba para que a Salma le cambie la expresión de pura alegría a decepción, hecho que ignoro en cuanto me centro en la figura de espaldas de mi mujer.

—Marina Mascaró, ¿verdad? —Asiento ante la pregunta de Guillem y su semblante se ensombrece un poco, cubierto por una tristeza que es habitual ver en aquellos que saben lo que pasó con Laia—. Deben de haber sido meses muy duros, me alegra que de tanto dolor y oscuridad haya nacido algo tan increíble como esto, ojalá yo tuviera tanta mano con las ideas que tenéis.

—Tu trabajo es igual de importante, Guillem, no te quites crédito —defiende Nuria, él levanta las manos y sonríe con tranquilidad.

—Ha sido duro, pero de las peores batallas nace lo mejor de la humanidad, y yo estoy orgullosa de la mujer que es ahora. Voy a por ella.

Me termino el champán y dejo la copa vacía en la bandeja de uno de los camareros que pasa por nuestro lado. Esbozo una última sonrisa y les doy la espalda, caminando con tranquilidad hacia Marina, quien parece anclada en el suelo como si no fuera capaz de andar. Conforme acorto la distancia, más soy capaz de conectar con su corazón. Lo escucho en mis oídos a pesar de que es imposible y siento un cosquilleo en los dedos porque soy capaz de tocarlo incluso en la distancia. Ella se gira cuando estoy a punto de llegar y la manera en la que me sonríe consigue derretirme otra vez. La gente que nos acompaña esta noche se esfuma en cuando nuestras miradas se encuentran y cualquier preocupación que hubiera estado presente en su cabeza también desaparece.

Camina hacia mí haciendo ruido con los tacones. De nuevo provoca que mi suelo

tiemble, como la primera vez que me agarró por la cintura y me besó sin importarle qué o quienes pudieran prestarnos atención. Su boca me transporta a la sal del mar, a los surcos blancos que forman en la piel cuando te bañas, a las olas que bailan con tu cuerpo marcando el ritmo de tu corazón. Y, al verme en sus ojos, quiero zambullirme con ella en esas aguas, una y otra vez, hasta que los veranos se nos agoten.

—Todo ha quedado precioso —dice tan pegada a mí que puedo beber de su aliento—. No irás a hacerme llorar esta noche…

—Sabes que no puedo prometerlo —aclaro, apartando un mechón de su cara. Acaricio su mejilla y sonrío, viendo el reflejo de mi felicidad en sus propios ojos—. Pero sí quiero presentarte a alguien, sé que no te gusta ser el centro de atención, sobre todo si se trata de mi trabajo, pero no me gusta que estés sola. ¿Vienes conmigo?

Marina parece titubear, de hecho, veo cómo traga saliva con dificultad, aunque yo diría que tiene miedo a las posibles preguntas que puedan hacerle o a tener que pensar en la ausencia de Laia; pero, al final, aparta todo eso y me sonríe. Después me agarra de la mano mirando hacia donde está la pantalla del proyector, dispuesta a olvidarse de cualquier cosa que pueda impedirle ser feliz esta noche.

—Contigo iría al fin del mundo —contesta y entrelazamos nuestros dedos.

Antes de andar, me giro y vuelvo a besarla, guardando el sabor del champán en mis labios, soñando con una normalidad que se nos ha negado desde hace tiempo y con que esta noche podamos volver a empezar.

16

RAQUEL

ESA MISMA NOCHE

Mis pies descalzos rozan la hilera de fotografías que se extiende en la mitad del salón. Las imágenes de la autopsia de Laia, junto a las que la policía científica sacó del lugar donde se encontró su cuerpo, forman dos líneas perfectas que no dejo de mirar mientras me bebo el segundo *latte* en la última hora. Me he pasado los últimos días leyendo el diario que Marina me dio de su hermana y, aunque sigo creyendo que es un relato hacia el maltrato que sufrió por parte del que fue su marido, algo se ha despertado en mi interior diciéndome que esas palabras tienen otro trasfondo que no reveló a viva voz. En ningún momento nombra a la mujer a la que se refiere en sus escritos y eso me hace pensar que no es fruto de la casualidad, después de todo un diario no es más que un conjunto de hojas en blanco dispuestas a guardar tus secretos.

—Entonces, ¿por qué no dice quién es? ¿Por qué no habla abiertamente de todo lo que se supone que le estaba pasando? —pregunto al aire, poniéndome de cuclillas para ver las fotografías más de cerca, y al mirar los moratones de su cara llego rápido a la conclusión—. Temía que alguien lo encontrara y supieran que tenía contacto con ella, joder. Por eso dejó de escribir de imprevisto. —Pongo la taza a un lado y me llevo las manos a la cara para aclarar las ideas sin morir en el intento—. Venga, Raquel, sabes que si esto es así tendrás que darle la razón…

Pienso en Marina y en la insistencia de estos meses. En su mirada cuando estuve en su casa y me habló de lo que había encontrado, en la desesperación que siempre ha caminado con ella cada vez que venía a comisaría a pedirnos que indagáramos un poco más, que era imposible que su hermana se hubiera suicidado porque solo… lo sentía.

Los dedos de mi mano derecha acarician el semblante tranquilo de Laia sobre la mesa de autopsias. Los cortes, fracturas y golpes que presentaba no dejaron lugar a dudas, la caída por el acantilado fue letal; pero, al mover una de ellas, me fijo más de cerca en una de las hendiduras de su cabeza y ante mí aparece una especie de proyección, como si la fotografía quisiera enseñarme su cuerpo cayendo al vacío, dándose de lleno contra las rocas hasta acabar movida por la marea.

Me levanto y busco el teléfono con el que llamar a Manuel. Van a dar las once de la noche, por lo que espero que conteste, eso o soy capaz de plantarme en su casa.

—Venga… coge el puto móvil.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, con claras ganas de no haber descolgado el teléfono.

—Necesito que vengas a comisaría conmigo, quiero que veas algo.

—¿El qué? Llevamos semanas sin tener una noche tranquila, ¿es que no puedes esperar a mañana?

—Coño, Manuel, que es importante, si no, no te lo pediría. Sabes que no confío en nadie más que en ti para las cosas serias. —Me lo camelo un poco, aunque sin falta de razón, porque es el mejor compañero con el que he trabajado y sé que será capaz de ver los mismos detalles que yo—. ¿Vienes o no?

—Sí, hostia. Dame veinte minutos y estoy allí. Pero no se te ocurra…

Cuelgo sin dejarle terminar, recojo las fotografías y los informes y los meto en una carpeta. En cinco minutos estoy subida en el coche y me zambullo entre las calles de Palma en un viernes noche que tiene aires de fiesta. La gente se ríe y canturrea de camino a bares o discotecas, la zona del paseo marítimo también se llena dispuesta a hacer de la noche algo inolvidable. El estómago me cosquillea al recordar tiempos en los que me dedicaba más a mí misma, hasta que el trabajo se convirtió en prioridad y fui dejando de lado lo divertido que es vivir sin más. Por el trayecto, miro varias veces el teléfono preguntándome si sería buena idea hablar con Marina de esto, pero enseguida lo deshecho, no quiero darle esperanzas hasta que no tenga algo concreto, y así no menos motivos para que siga haciendo de las suyas.

Quiero encender la radio y poner algo de música, aunque al final llego a comisaría en silencio, pensando en la pequeña posibilidad de que su caso no tenga nada que ver con un suicidio. Y, si es así, en el gran error que cometimos solo porque Marina no dejó de volvernos locos.

Cuando llego, aparco y veo a Manuel en la puerta con cara de pocos amigos, seguro que su marido le ha pegado la bronca por volver al trabajo en su noche libre; y aunque debería de arrepentirme por joderle, paso de consideraciones y voy hacia él con la carpeta en la mano, dispuesta a indagar en algo que, seguro, me traerá problemas si no tengo razón.

—Más vale que sea importante, porque Raúl está harto de que sea tu perrito faldero, así me lo ha dicho.

—Yo no tengo la culpa de que eligieras ser poli, Manuel, así es el curro.

—Ya… sobre todo si tienes a una compañera que no deja de dar por culo —protesta y me hace poner los ojos en blanco, no pienso entrar en discusiones con él. Pone los brazos en jarras y estrello la carpeta que he traído contra su pecho—. ¿Qué es esto?

Al leer «Laia Mascaró» en la etiqueta abre la boca y quiere decir algo, pero se lo impido entrando y dándole la espalda.

—Vamos al archivo, quiero comprobar una cosa —anuncio, y él sigue mis pasos con torpeza, sin poderse creer que voy en serio.

Los agentes de guardia nos saludan, pero no preguntan qué hacemos aquí. Mejor, así no tendré que dar más explicaciones que no servirán de nada. Tenemos suerte y no hay nadie en la sala de archivo, lo que me permite unos segundos buscando el resto del expediente, donde están las declaraciones de los que vieron a Laia por última vez.

—Mira las fotografías —exijo a Manuel y señalo la mesa que hay a nuestra espalda.

—¿Qué se supone que tengo que ver? —Que siempre esté preguntando todo, o más bien juzgando lo que le pido hacer, provoca que suspire y cierre de golpe el cajón.

Tardo poco en ir con él y abrir las declaraciones sobre la mesa, pero lo primero que hago es coger la fotografía de la cabeza de Laia y apuntar con el dedo.

—Dime que ves ahí.

—Un traumatismo de la hostia, se tuvo que pegar de cabeza contra las rocas al caer —presume como si nadie hubiera sacado esa conclusión—. Al menos murió en el acto.

—¿Y no te parece raro que haya más de una zona fracturada, como si se hubiera dado dos golpes? —Frunce el ceño y se me queda mirando sin saber bien por donde voy. Me cruzo de brazos y vuelvo la atención a la fotografía.

—Eso es lo que dice el informe de la autopsia, ¿te acuerdas?, que puede que lo hiciera entre dos rocas —me recuerda y estoy a punto de darle un meneo con tal de que se centre. Mi silencio le frustra y suspira cogiendo la fotografía entre sus manos, observándola bien—. Está claro que es una caída extraña, la más honda indica que dio la espalda al mar, aunque si fuera yo… no sé, si tuviera muy metido en la cabeza querer quitarme la vida, lo habría enfrentado de cara. Pero al caer hacia atrás…

—Nadie podría jurar que otro golpe le causó el traumatismo en la cabeza, salvo que tengas testigos claros de sus últimos momentos de vida —apunto sin miramientos, dando alas a esa posibilidad—. Tú lo has dicho, ¿por qué Laia se preocuparía en darse la vuelta para tirarse al vacío? ¿Y cómo es posible que haya un traumatismo tan diferente del otro?

—Porque… —Las palabras se le quedan atascadas en la garganta y los dos sabemos que cuando le pasa eso es porque no está convencido de lo que tiene delante—. No tenemos nada con qué demostrarlo, Raquel, nadie la vio desde que terminó la jornada, pudo estar en cualquier parte de la isla hasta ir a Cap de Formentor.

—El caso es que sí tenemos algo, un diario. Su hermana me lo trajo el otro día —confieso y no sé si es sorpresa o enfado lo que veo en su cara—. No quería enseñártelo hasta estar segura de que iba a servir de algo.

—No me jodas, ¿otra vez? ¿Me estás diciendo en serio que te ha convencido de volver a investigarlo?

—¿Y tú me puedes asegurar después de verlo con perspectiva que se tirara de verdad?

—No vayas por ahí, Raquel…

—Su marido la maltrataba —suelto sin querer guardármelo y vuelve a abrir la boca sorprendido—, pero no es eso lo que más ha llamado mi atención. En sus últimos días de vida escribió que iba a dejarle, que se alejaría de él para siempre y que volvería a empezar. No tiene sentido que poco después se suicidara —añado golpeando con el dedo otra de las fotografías—. Lo dimos por hecho y creo que el estrés del caso y la presión de Marina nos jugó una mala pasada.

—A lo mejor lo has entendido mal y se estaba despidiendo.

—No es solo eso, también habla de otra mujer, alguien que era como ella, una antigua paciente de la clínica en la que trabajaba. La estaba ayudando, intentando protegerla de algo, no puede ser casualidad.

—Madre mía… —Mi compañero se lleva las manos a la cabeza y abre los brazos echando un vistazo a todo lo que hay encima de la mesa—. ¿Te das cuenta de lo que significa que eso sea verdad?

Sus ojos se mueven rápido por cada una de las imágenes y las palabras que puede leer en los informes, donde todos coincidían en que no la vieron al salir del trabajo. Su hermana, amigos, compañeros, incluso su marido estando de viaje; ninguno pudo decirnos algo que diera sentido a otra teoría. No hubo llamadas, salvo un WhatsApp que Marina recibió y que recuerdo

muy bien.

«Estoy deseando volver a tener esa sensación de libertad», deletreo en mi cabeza y devuelvo la atención a la mesa.

—¿Recuerdas el mensaje que le envió a su hermana? —Manuel afirma y busco la copia del informe donde dice que encontraron su teléfono dentro del coche, aparcado en las cercanías de su casa—. Creo que no lo escribió ella, cualquiera daría por hecho que fueron sus últimas palabras, que así se despidió, pero si solo en el diario habló del maltrato por parte de Jordi…

—Quien la mató también lo sabía —deduce y apoya las manos sobre la mesa dándole vueltas a algo—. Hay que hablar con las últimas personas que la vieron con vida, asegurarnos de que lo contaron todo, pero… no sé si tenemos suficiente con lo que reabrir el caso.

—Lo haremos por nuestra cuenta. —Sé que la propuesta suena descabellada y su cara me deja claro que estoy loca por proponerlo, pero le conozco y sé que no podría dormir sabiendo que cometimos un error—. Hacemos fotocopia de esto y nos ocupamos cuando estemos fuera de servicio.

—Si el comisario se entera nos jode vivos, lo sabes, ¿no? —Me encojo de hombros sin intención de cambiar de opinión. Él asiente y guarda las fotografías en la carpeta, después busca la información que nos va a hacer falta y se la lleva para fotocopiarlo todo, pero antes de salir se gira y dice—: Creo que sé por dónde empezar.

17

MARINA

TRES SEMANAS DESPUÉS

JUNIO DE 2017

Con las clases terminadas, el silencio que me rodea en casa se está volviendo insoportable por momentos. He prometido a Elena que iríamos a comer, pero no sé si voy a poder aguantar un segundo más estando sin hacer nada, salvo mirar las fotografías que Laia tenía en el ordenador. Desde la fiesta de presentación en Es Baluard los exámenes finales me tuvieron tan ocupada que me fue imposible buscar a ese tal Matías, y en el diario de mi hermana no dice nada de él. El secretismo que la envolvía en los últimos meses me descorazona y me lleva a pensar si en el fondo la conocía de verdad.

«Sabes que ella nunca te haría daño», me aclara la voz y tengo que darle la razón, porque Laia jamás actuaría a conciencia ni me ocultaría nada si no tuviera un buen motivo y lo que me contó Lola es más que suficiente.

—¿Cómo puedo buscar las respuestas que necesito? —digo en voz alta como si mi hermana fuera a aparecer y así dármelas a conocer.

En muchos momentos he pensado en presentarme en la clínica, pero todavía no he dado con la excusa perfecta para ir allí sin despertar sospechas o llamar la atención de Raquel, quien se mantiene en un silencio que me está volviendo loca. Si insisto en ponerme en contacto con ella no servirá de nada, así que vuelvo a lo que sí puedo controlar y continúo buscando en el ordenador.

Aunque el corazón me pide no hacerlo entro en el Facebook de Laia y me voy directa a sus mensajes donde tecleo el nombre de Matías. Nada. «Sí que era cuidadosa», me digo, y vuelvo a su perfil donde amigos y conocidos dejaron mensajes de condolencias tras su muerte. El alma se me hace pedazos al leer todo esto y estoy a punto de tirar la toalla y dejarlo estar. Mi salud mental me lo pide, pero decido dar una última oportunidad y mirar en las fotografías que tenía subidas desde que se mudó a Barrio Cumbre. La sonrisa de Jordi mientras la mira me deja con un vacío enorme y una rabia que no sé si voy a poder controlar en caso de que me cruce otra vez con él. Se veían tan felices que no sé cómo las cosas pudieron acabar así, o si es que él ya era un maltratador que supo ocultar bien sus cartas.

Las preguntas se forman en mi cabeza con disgusto y, de repente, encuentro una publicación en la que leo «Con los mejores vecinos del mundo» y, al ver la etiqueta, suelto un grito.

—Tiene que ser una broma —digo en voz alta, viendo el nombre de Matías encima de la fotografía.

Los pelos se me ponen de punta y miro a mi espalda por miedo a que Elena aparezca por la puerta antes de dar clic y entrar en su perfil, donde no hay mucho rastro de Laia, salvo

algunas publicaciones de mediados de 2016. Recuerdo que me habló de sus nuevos vecinos, una pareja que llegó en febrero de ese año, pero había borrado el hecho de que se llamara así, o quizás es que no le di importancia. «No tardaron mucho en empezar su aventura».

Cotilleo un poco más su perfil y descubro que trabaja en un concesionario cerca del centro. Apunto los datos y busco en Google Maps la ubicación exacta antes de recogerlo todo, llevarlo al altillo del armario y ponerme un poco decente para ir a hablar con él. Después iré a comer con mi mujer.

Los nervios me acompañan durante todo el viaje y aparcar se vuelve casi imposible cuando llego, por lo que meto el coche en un *parking* y reviso mi teléfono con la dirección. El sol cae con fuerza en las calles adoquinadas del casco antiguo y la plaza Mayor está a rebosar de vecinos y turistas que pasan el rato en las terrazas de las cafeterías o charlando cerca de los edificios de piedra dorada. Mi estómago se revela al ver algunas de las tapas que muchos disfrutan por la zona y me dan ganas de estar en su pellejo, pero enseguida lo ignoro y sigo mi camino por los alrededores, llegando a el Passeig des Born. La avenida está bordeada de árboles que dejan sombra y a mi mente viene el recuerdo de muchas tardes con Laia, paseando por aquí o compartiendo cotilleos mientras descansábamos en algún banco.

Puedo imaginármela por aquí, a mi lado, mientras recorremos la arteria comercial de la ciudad, paramos en un bar a tomar una cerveza o nos metemos en las múltiples tiendas en las que nos probábamos de todo y a veces no comprábamos nada. La nostalgia toma el control de mi cuerpo y detiene mis pasos al final de la avenida, justo en el cruce que da a la calle donde está el concesionario.

Tardo unos segundos en recoger el valor que necesito, abrir la puerta y entrar. Varios clientes son aconsejados sobre el futuro de sus coches, pero mi atención se centra en un hombre que me da la espalda, alto y delgado, de pelo castaño, que se gira y se queda blanco nada más verme. Supongo que nunca podré librarme de esa sensación cada vez que alguien me mira, viendo una réplica exacta de Laia. A pesar de la distancia, noto cómo se emociona y traga saliva antes de disculparse ante otro hombre y venir conmigo.

Los nervios me hacen querer dar media vuelta y me agarro del bolso con fuerza. Matías apenas sonríe, pero al llegar extiende su mano sin la necesidad de presentarnos.

—Marina, es un placer conocerte —dice como si fuera una cliente más.

Sus ojos castaños destilan tristeza, como si los recuerdos estuvieran pasando por delante de él. Al darle la mano veo que todavía lleva el anillo de casado y deduzco que después de la muerte de Laia ha seguido con su vida tal y como estaba.

—¿Podemos hablar un momento? —pido y él asiente echando un vistazo a su espalda.

—Acompáñame, estaremos más tranquilos en mi despacho.

Nada de lo que me rodea logra disipar los nervios que siguen removiéndose por mi estómago mientras caminamos. Matías cierra la puerta y, queriendo evitar que nos vean desde fuera, cierra las cortinas de los cristales, y observo que le tiemblan las manos.

—Perdona por haberme presentado así —digo sentándome en la silla que me ofrece.

—¿Te apetece un café, un té, agua?

—No hace falta, no voy a tardar mucho —aclaro deseando abordar la conversación, pero sin saber muy bien cómo empezar—. Te preguntarás que hago aquí y por qué no nos hemos conocido antes, ¿verdad? Porque yo sí.

—A tu hermana le asustaba la idea de que te dieras cuenta, siempre decía que eras capaz de saber lo que le pasaba con solo mirarla.

—Solía ser así. —Matías frunce el ceño, todavía sin sentarse, poniéndose un café para él—. En los últimos meses siento que no la conocía, ni siquiera sabía lo de…

—¿Jordi? —suelta, y sus ojos se ensombrecen—. Nunca quiso admitirlo, siempre decía que se había dado algún golpe o que eran cosas de la clínica. No tendría que haberle hecho caso, joder, si lo hubiera denunciado ahora estaría… viva. Se supone que yo iba a traer cosas buenas a su vida y lo único que hice fue hundirla más.

—Eso no es cierto. —Se me queda mirando sin entender a qué me refiero, y por eso abro el bolso y saco una de las páginas del diario, donde hay un pequeño texto que le entrego.

> *Puede que la vida sea un infierno los días en los que su rabia se profundiza más contra mí, pero fuera de estas cuatro paredes tengo un ángel guardián, alguien que me cuida por las noches, que me da aliento cuando no encuentro ni un poco de oxígeno, que me hace pensar en los buenos momentos que vendrán…*

—¿Qué…?

—Al principio pensé que era en sentido figurado, pero cuando supe que tenía una relación contigo me quedó claro que se refería a ti. Siempre he sabido cuando Laia quería a alguien de verdad y ten por seguro que te amaba muchísimo. Ojalá hubierais podido tener la oportunidad de estar juntos. —Su mirada no se despega de esas palabras, aunque hace todo el esfuerzo posible por volver la atención a mí.

—Todavía no entiendo por qué no hice nada.

Quisiera decirle que sé cosas, que tengo claro que Laia no se suicidó, pero no quiero despertar más dolor en él.

—Descubrí ese diario hace unos días y creo que estaba intentando ayudar a alguien que conoció en su trabajo, ¿tú sabías algo de esto?

Matías se queda en silencio, da un par de palmaditas al papel y se queda un rato pensativo.

—Me dijo que había problemas, que alguien no trataba bien a los pacientes pero que no tenía ninguna prueba que pudiera presentar a sus jefes. Creo que era un limpiador o algo así, no lo recuerdo muy bien. —Se silencia bebiendo y frunce el ceño de nuevo en un intento por recordar algo más—. Una noche la recogí de la clínica, llovía, salió bastante agobiada, como si hubiera averiguado algo, me pidió que arrancara y nos fuimos de allí pitando, pero ya no volví a saber nada más del tema.

—¿Nunca te dijo un nombre? —Él niega sin hablar y empiezo a sentir un fuerte dolor de cabeza.

—Lo único que sé es que trabajaba de forma permanente en su turno, como si quisiera estar siempre con ella.

Alguien toca la puerta y alguien se asoma, llamando la atención de Matías mientras que yo intento procesar la información.

—El señor López está a punto de llegar para la reunión de las dos, ¿vienes?

—Claro, enseguida estoy ahí —le confirma.

Al mirar el reloj me levanto de un salto.

—Tengo que irme, ¿puedes hacerme un favor? —Busco un bolígrafo con el que apunto mi número de teléfono en el papel que le he dado—. Si consigues recordar algo más, llámame, por favor, es importante.

—De acuerdo.

Matías extiende la mano y yo se la estrecho, quisiera darle un abrazo por todo lo que hizo por mi hermana, pero las prisas me hacen salir rápido de su despacho y correr hacia el coche. Si llego tarde a mi cita con Elena volverá a sospechar y, ahora mismo, no puedo decirle nada de esto.

18

MARINA

En cuanto aparco veo a Elena esperándome en la entrada del restaurante Rafa, un paraíso donde los bocadillos son una especialidad que te invitan a venir más de una vez. Levanto la mano y aunque me gustaría que el llegar quince minutos tarde pasara desapercibido, sé que no le hace mucha gracia por la manera en la que me mira. «Ya puedo inventarme una buena excusa», me digo.

—¿Dónde estabas? —inquiere sin tomarse la molestia de saludar.

—Sé que te cabrea mucho que llegue tarde, pero me he quedado dormida —miento, no me puedo creer que haya soltado algo tan ridículo como esto. Elena me mira con una ceja levantada y me encojo de hombros poniendo mi mejor cara de vergüenza—. Te lo juro, no sé si ha sido peor querer volver antes de que terminara el curso, el último mes en el instituto se ha vuelto un intensivo de regreso a la normalidad, creo todavía me pasa factura. Me he preparado un café y, de repente, ¡puf! el sofá me atrapó.

Dejo ir una risilla que acompaña al tono bromista de mi voz y mi mujer se relaja al segundo. «Menos mal».

—Esos chicos agotarían a cualquiera —bromea y me besa, haciéndome suspirar—. Hoy te he echado mucho de menos, Salma está insoportable y creo que la cabeza me va a explotar.

—Tú sí que tienes que aguantar mucho. —Bufo y hago un chasquido con la lengua, la verdad es que no sé cómo soporta trabajar con ella—. ¿Estás así por lo de Nuria Vidal? —pregunto dándole la mano y la acompaño al interior del local, donde varias de las mesas ya están ocupadas.

El restaurante es visitado de manera habitual por la mayoría de los empresarios que trabajan en los diferentes negocios del polígono industrial y aunque el menú del día que ofrecen hoy tiene una pinta exquisita, no puedo evitar pensar en su bocadillo de magro con tomate.

Elena busca mesa sin responder a mi pregunta y al llegar allí suelta el bolso y se quita la chaqueta con pesadez. Después se hace un recogido usando el coletero que lleva en la muñeca para quitárselo de la cara, y se deja caer en una silla con un cansancio que también se ve en las ojeras que aparecen tras el maquillaje. No necesita que diga en voz alta que está nerviosa.

—Esta es la oportunidad de nuestra vida, pero desde que hablé con ella y su hermano en la fiesta, siento que algo no va a ir bien. No sabría decirte el qué.

—¿Y no será que simplemente estás asustada? —empatizo con ella, apretando sus manos con fuerza, en un intento porque se relaje. Uno de los camareros se acerca y nos da las buenas tardes dejando la carta sobre la mesa—. No hace falta, pediremos dos bocadillos de magro con tomate y dos jarras de cerveza, gracias. —Elena abre la boca y yo le guiño un ojo.

—Enseguida lo traigo, ¿quieren tomar algún aperitivo?

—Lo que haya en el menú del día —pide Elena y espera a que el chico se vaya para

volver la atención a mí—. A lo mejor sí tengo miedo, de que el resto del mundo vea los diseños de la firma, tantos años esperando esta oportunidad y ahora, mírame, parezco una chiquilla recién salida de la universidad.

—Es normal, además, con lo pesada que es Salma…

—Uf, ni la menciones, que no hemos tenido la primera reunión con Nuria y ya quiere juntar a los diseñadores para ver diferentes conceptos, con ella no puedo estar en paz. —Echa la cabeza hacia atrás con cansancio y se lleva las manos a la cara en un intento por sacárselo de golpe—. Pero no quiero hablar de eso ahora, ya veré qué hago con ella más tarde —añade, volviendo la atención a mí y la sonrisa tranquila que esbozo.

Tengo los codos sobre la mesa y apoyo la barbilla en mis manos en un gesto tranquilo que echa a un lado las prisas y la charla que he tenido con Matías antes de venir. Por un segundo hasta podría olvidarme de todo y vivir tranquila en esta paz, con mi mujer mirándome así y yo enamorándome otra vez de sus ojos.

—Si te soy sincera, creo que lo vas a hacer de maravilla, si Nuria quiere trabajar contigo no es por pura casualidad. Llevas años luchando porque la marca sea más conocida, tus líneas han encantado a muchos compradores y revistas pequeñas, cree en ti y disfruta un poco de todo esto, sin miedo al éxito. —Vuelvo a guiñarle el ojo y me aparto en cuanto veo aparecer otra vez al camarero con las cervezas y dos platillos de pan con alioli y aceitunas.

—Que aproveche —dice con amabilidad y las dos le saludamos encantadas.

El estómago se me abre enseguida y me doy cuenta de que no he probado bocado desde el primer café de la mañana. Elena me dedica una sonrisa y no puedo evitar caer en la cuenta de lo mucho que la estoy defraudando, de la cantidad de mentiras que sigo sumando a una pila de sucesos que en algún momento acabarán mal. Sin embargo, la calma que nos rodea es el motivo por el que peor me siento, porque estoy disfrutando de algo tan normal como una comida con mi mujer mientras ahí fuera, Laia sigue sin tener justicia.

—Quizá solo estoy nerviosa, un poco ansiosa tal vez. Estas semanas han sido muy duras y pensé que podría relajarme un poco después de lanzar la campaña y enviar los pedidos a las primeras tiendas, pero ya veo que no. Lo de Nuria ha venido de golpe. —Su mirada se pierde en la calle un momento y percibo un aire de tristeza que no me gusta.

—¿Por qué no nos tomamos un par de días en Porto Cristo? Sin estrés ni nadie que nos moleste.

Mi propuesta le sorprende tanto que la cerveza se le atasca y empieza a toser como una loca. Al momento, busca una servilleta y se limpia la boca. No sé cómo puedo aguantar la risa después de ver lo roja que se ha puesto.

—¿Lo dices en serio? —pregunta sin creérselo todavía, seguro que cree que está en un sueño.

—Llevamos mucho tiempo sin hacer cosas que nos gustan. Podemos estar allí un fin de semana y después quedar con los demás, seguro que también lo celebran —bromeo y se me queda mirando entre la sorpresa y una tristeza que no puede evitar que se vea—. Sé que no he sido justa contigo durante estos meses y, aunque me va a costar volver del todo a la normalidad, quiero empezar a recuperar esas costumbres que teníamos.

«Lo único que haces es intentar desviar la atención de lo que de verdad te preocupa, darle una excusa para que te deje en paz», la voz se presenta en mi cabeza y odio que tenga

razón. Los bocadillos llegan sin que ella haya podido decir una sola palabra, hasta creo que está a punto de echarse a llorar por la sorpresa o por una mezcla de ganas de volver a la vida que solíamos tener.

—Me gustaría muchísimo —logra hablar poco después, busca una de mis manos y la agarra con fuerza—. Estaba deseando hacer algo así contigo, pero la verdad es que no sabía si estabas preparada, me daba miedo proponértelo; aunque ahora voy a tener que darle la razón a Noelia, no ha parado de insistir en que lo hablara contigo.

—No hace falta que nadie me diga que he estado un poco perdida —aseguro, y aunque no me gusta que nuestros amigos opinen de algo que no tienen idea, una parte de mí es capaz de agradecer la preocupación—. Prometo que lo vamos a pasar de maravilla.

—Yo no necesito un lugar para ser feliz, tú eres todas las playas de Palma, cada uno de los rincones que piso de esta ciudad.

Ahora soy yo quien se emociona, me levanto un poco y la beso. Podría detener el tiempo, quedarme en este momento para siempre, en una realidad paralela donde mi corazón es capaz de recomponerse con la sola presencia de Elena; pero, al volver a mi sitio y escuchar el bullicio a mi espalda, comprendo que ya nada será igual, no hasta que averigüe qué le pasó a mi hermana. Aunque no pare de mentir o de fingir que lo demás está bien.

—Eres maravillosa, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Unas poquitas, pero me gusta cuando lo repites. —Me sonríe, busca su bocadillo, le quita el papel y ya lo saborea sin haberle dado ni un bocado—. ¿Está mal si me pido uno para luego, aunque no estés?

—No lo dirás en serio… —Desenvuelvo el mío y me quedo mirándola a punto de reír, pero no podría reprochárselo, yo haría lo mismo—. ¿Qué te parece si nos llevamos dos y me quedo en la oficina? Si no te parezco una molestia, claro.

—¿Molestia tú? ¿Puedo usarte y que me quites a Salma de encima? —Su pregunta nos hace reír y muerde el bocadillo, degustándolo con un placer por el que siento envidia. Cómo me gustaría que ahora mismo me hincara el diente así—. Claro que puedes venir; incluso mañana, me vendría bien tener una opinión externa sobre algunos detalles de la campaña. Además, ya sabes que tú tienes algo especial con el taller, siempre te ha gustado mucho estar ahí, y se nota.

—Mañana le había dicho a Luisa de vernos, pero puedo cancelarlo…

—No, no, ve con ella. —Coge una servilleta y estira el brazo, quitándome un poco de tomate de la barbilla—. Seguro que está encantada con la idea de que hayas vuelto a trabajar, tendréis mucho con lo que poneros al día, ¿por qué no le dices lo de Porto Cristo?

—Pues mira, sí, es una gran idea —afirmo devorando un poco más de mi bocadillo. La cerveza también me entra de maravilla y eso me hace sonreír—. Le diré que se lo comente a Miguel también. Pero prometo que por la noche tendrás una cena digna en casa.

—Cómo te quiero —suelta encantada con la idea—. Me alegra que estés recuperando la relación con ella.

—Y a mí.

La sonrisa se me borra al centrarnos en los bocadillos, aunque en realidad no es por eso, sino porque mañana no tengo pensado salir con Luisa ni mucho menos. Al mirar hacia la calle recuerdo la búsqueda que hice antes de coger el coche —tras hablar con Matías— con una idea

fija en la cabeza: ir allí y acercarme un poco más a lo que pasó con Laia.

19

RAQUEL

El paseo por Dalt Murada me transporta a la calma de este barrio amurallado cargado de historia y callejuelas que parecen guardar miles de secretos. El laberinto de piedra y sombras me prepara para lo que está a punto de venir y aunque Manuel no dice nada, sabe que después de esto no vamos a poder dar un paso atrás. Si nos equivocamos, podríamos jugarnos nuestras carreras; pero, si conseguimos averiguar algo, daremos un giro tremendo a un caso que nunca debimos meter en el cajón, no después de repasar cada una de las pruebas y darnos cuenta de lo negligentes que fuimos en su día.

He estado tentada de llamar a Marina, pero mi compañero me ha convencido de tomarnos esto con discreción hasta que estemos seguros de que nuestras teorías son ciertas. Ver mi silueta dibujada en las paredes de piedra no me deja un buen sabor de boca, siento como si Laia estuviera a mi espalda siguiendo mis pasos, diciéndome lo mal que lo he hecho y pidiendo una justicia que ya no sé si le voy a poder dar. Hay varias enredaderas que acaricio con los dedos y también el musgo que se ha formado en los recovecos cubiertos de historias antiguas que se han impregnado entre los muros, como si por aquí también caminaran las almas de todos los que han perdido la vida en Palma.

—¿En qué piensas? —Manuel se detiene, poniendo las manos en su cintura.

Sabe que hay algo que me carcome y que no quiero compartir con él.

—Siento que he vuelto a esos primeros años donde tenía las inseguridades a flor de piel. No quiero pensar que nos equivocamos, que dejamos pasar algo tan importante como un asesinato y la gracia es que lo que menos me preocupa es que nos pongamos en riesgo. Hay otra persona que está destrozada.

—Marina —pronuncia, y parece como si le cansara decir su nombre—. Mira, puede que nos hayamos equivocado, pero acuérdate de lo que pasó, no hubo un solo día en que nos dejara trabajar en paz. Esa mujer no sabe dónde están los límites y, aunque hayan pasado meses, si la llamas va a ser exactamente igual.

—Pero eso no evita que me sienta fatal. —Me encojo de hombros y echo un vistazo a nuestro alrededor.

La vida cotidiana empieza a despertar y aunque me gustaría pararme a disfrutar de las vistas al Parc de la Mar, sigo caminando al encuentro de la clínica, fundida entre los edificios antiguos de Sa Calatrava. Cada metro que avanzamos atrae una sensación extraña a mi estómago, esa especie de advertencia que no me ha dejado en paz durante los últimos días. Sé que vamos a averiguar algo importante, pero no tengo claro hasta qué punto van a cambiar las cosas a partir de ahora.

Manuel y yo estamos metidos de lleno en otra investigación y hacer esto a espaldas del comisario, en horas que no nos corresponde, solo añade un estrés que me agobia por momentos.

—Ahí está —anuncia él, señalando al frente con la cabeza.

El edificio de varias plantas se erige con elegancia y la verdad es que no da imagen de ser un centro de rehabilitación donde sé que muchas personas han conseguido cambiar sus vidas. Respiro hondo y llevo las manos a mi coleta ondulada, la aprieto un poco más y me quito algunos mechones rebeldes que me cosquillean en la frente y en las sienes.

Estoy a punto de dar un paso cuando veo una silueta conocida en la lejanía. Mi mano va directa al brazo de Manuel y nos paramos en seco para ver cómo Marina agarra con fuerza el asa de su bolso y se da unos segundos para recoger fuerzas antes de abrir la puerta del edificio y desaparecer de nuestra vista.

—Me cago en la puta… —mascullo sin poder creerlo—. Tiene que ser una jodida broma.

—¿Qué te decía? No conoce los límites.

—¿Y cómo coño sabe…?

Hay varias preguntas que se me pasan por la cabeza, aunque la parte irracional de mi cerebro dice que tal vez esté aquí por pura casualidad, visitando a algún viejo amigo de su hermana o alguien que ella misma conozca. Sin embargo, tardo poco en darme cuenta de que pensar en esto como algo casual no tiene ningún sentido, no después de conocer a Marina como yo lo hago.

—¿Vas a dejar que haga lo que quiera? —El cabreo se refleja en Manuel y temo no poder seguir sus pasos cuando se dispone a cruzar la calle, por lo que voy a por él y me pongo delante impidiendo que siga—. ¿Qué coño haces?

—No se te ocurra ponerte como un toro, ¿vale?

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? Esa mujer… Joder, ¡me saca de quicio! —protesta y echa todo el aire que tiene en los pulmones—. Si fuera por mí la metería entre rejas ahora mismo, no hace más que interponerse.

—Te recuerdo que esto no es una investigación en curso, Manuel, si quiere puede jodernos la vida —aviso, y pone los ojos en blanco, desesperado—. Quizá sepa algo que nos sea útil, ahora mismo no podemos jugárnosla. Por favor, compórtate y déjame encargarme de esto.

—No me gusta nada, esto no me hace ni pizca de gracia.

Le entiendo, claro que sí, pero somos nosotros quienes ignorarnos a Marina todo este tiempo, quienes nos convencimos de que no había nada que hacer cuando teníamos las pruebas delante de las narices.

Doy una última advertencia a mi compañero y después vamos a la clínica. El silencio que se respira nada más entrar cambia por una tensión que sube por las paredes cuando Marina se da cuenta de nuestra presencia. Sus brazos caen a cada lado de su cuerpo y desde aquí puedo ver el gesto de arrepentimiento que pone, seguido de una inseguridad que le hace suspirar. Si no fuera porque pongo una mano en su pecho, Manuel se habría ido contra ella.

—Habla con la recepcionista, que vuelva a darte los datos de quienes trabajaron aquel día, dile que es una actualización rutinaria de datos, que hemos tenido algún problema con los ordenadores y necesitamos compilar información perdida. No quiero que nadie sospeche nada.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No te preocupes por mí, le dejaré las cosas claras, ¿vale? —Es una promesa que hago al aire, hasta yo misma lo sé, y aunque temo que se dé cuenta, mi compañero lo deja estar y se va

directo hacia la recepción.

Marina sigue quieta al final del pasillo y sin saber bien por dónde tirar. No tengo claro que sepa a lo que ha venido, pero eso no me impide ir con ella mientras intento relajar mi expresión, no ser tan dura como debería dadas las circunstancias. «Tú le fallaste», me recuerdo, y esa es la clave para quedarme callada y no pegarle una bronca de campeonato.

—¿Vas a encerrarme? —pregunta, aunque hay un toque irónico en su voz, como si supiera la razón exacta por la que estoy aquí—. He estado esperando a que me llames.

—Sabes que no hago las cosas a la ligera, Marina —espeto. Esta mujer tiene una habilidad extraordinaria con la que sacarme de quicio—. Y al parecer, tú tampoco.

—Solo hago lo que tengo que hacer, sobre todo después de que nadie me haya hecho caso —dice con firmeza, aunque enseguida veo ese cúmulo de tristeza que suele aparecer en sus ojos miel cada vez que recuerda a Laia y cómo fueron las cosas—. He querido contártelo, pero, sinceramente, ya no sé si puedo confiar en ti.

Frunzo el ceño, no dolida con ella, sino sorprendida por la forma en la que habla. Enseguida veo que sabe algo importante que yo desconozco y eso es suficiente para hacer a un lado a la policía que llevo dentro y sacar a la mujer que debería empatizar con alguien que ha perdido a su hermana en circunstancias horrorosas.

A su espalda aparece un limpiador y cuando Marina se gira, me deja aquí sola y va hacia él.

—No hagas ninguna tontería, joder… —susurro en voz muy baja.

Al momento, me siento como un perrito faldero.

—¿Eres Raúl? —Marina no se anda con rodeos. La expresión del chico, quien no tendrá más de veinte años se enfría y hasta parece sentir miedo de lo que pueda contestar—. Solo quiero hacerte un par de preguntas, tranquilo.

—Yo no he hecho nada, te lo puede decir mi agente de la condicional —balbucea mientras aprieta el palo de la fregona con fuerza. Sus nudillos se ponen blancos y ya puedo ver el sudor cayéndole por la frente—. Po… Podéis hablar con él si queréis.

Esta vez me mira a mí, se nota a mil leguas que soy poli y no tengo necesidad de enseñarle mi placa. Marina abre la boca, dispuesta a indagar un poco más, pero estoy segura de que no tiene idea de por dónde empezar, así que improviso, como he tenido que hacer muchas veces a lo largo de mi carrera, sin importar el interrogado o la persona a la que haya tenido que hacerle unas cuantas preguntas.

—No estamos aquí por ti, sabemos que no has hecho nada —finjo, y enseguida respira con total tranquilidad—. Pero necesitamos que nos cuentes si has visto algo raro en los últimos meses, ¿tenías turno el día que Laia Mascaró murió?

El chico se queda mirando a Marina casi con miedo, como si estuviera viendo a un fantasma que ha llegado de visita. Su nuez sube y baja al tragar saliva y después mira hacia mi espalda por temor a que alguien pudiera vernos aquí. Todavía sin decir nada, mueve el cubo y lo deja a un lado, invitándonos a ir con él.

Las dos lo seguimos por un pasillo en el que puedo ver una sala de descanso con varias estanterías llenas de libros y un mueble con muchos juegos de mesa. Por aquí se respira un ambiente tranquilo, incluso se escuchan los susurros que provienen de otro pasillo, al que me

quedo mirando con interés.

—Son las clases, mucha gente que viene a rehabilitarse empieza a estudiar o prepara exámenes que quieran hacer una vez salgan. Yo también estuve en ese pellejo, aunque no soy muy bueno memorizando datos —lo aclara con una sonrisa triste en los labios, como si hubiera tirado por tierra otra parte de su futuro y él se da cuenta de cómo le miro—. Tampoco me quejo, tengo un trabajo y un techo donde refugiarme, Laia tuvo mucho que ver con eso.

La emoción recorre la expresión de Marina y, al entrar en otra de las salas, siento que está a punto de echarse a llorar. No quiero imaginarme en su pellejo, ni verme siendo ella, aunque tengo que ponerme en su lugar para entender por qué está aquí, sin importar que se esté jugando la libertad. Quiere respuestas y no puedo quitarle ese poder, no después de lo que hemos averiguado en las últimas horas. Cada segundo tengo más claro que a Laia le pasó algo más y por las venas me corre el arrepentimiento de no haber hecho nada en su día.

—¿Qué hizo ella en particular? —pregunto refiriéndome a lo que ha dicho antes.

Raúl sonríe con nostalgia y se abraza intentando no dejar ver los nervios que deben estar encogiéndole por dentro.

—Laia solía echar una mano a los que no teníamos un hogar. Nos buscaba un piso, incluso nos traía comida o nos daba dinero si hacía falta. Siempre tiraba de sus ahorros, incluso rechazaba viajes o vacaciones con tal de ayudarnos.

Al ver a Marina me doy cuenta por su expresión que esto ya lo sabía. «Conoce a alguien más», me digo, pero aparto las preguntas y me centro en lo que tengo que hacer.

—¿Y eso estaba permitido? Tengo entendido que una vez que los pacientes salen de aquí tienen que buscar apoyo o ayuda a través de organismos oficiales.

—Ella lo sabía, sabía que ponía en riesgo su trabajo —comenta titubeante, bajando el tono de su voz. Teme a alguien de aquí y daría todo lo que tengo ahora mismo por meterme en su cabeza y saber qué es lo que pasa—. Eso no la achantó, ¿sabéis? Decía que no podíamos esperar meses a obtener esa ayuda, que haber decidido rehabilitarnos ya era suficiente para demostrar que nos merecíamos una oportunidad.

—¿Y qué pasó ese día en concreto? ¿Hablaste con ella?

—Recuerdo que llegué una hora antes, tenía que hacer algunas gestiones y aproveché que tenía trabajo atrasado, a veces se nos juntan muchas cosas. Laia y yo… —Las palabras se atascan en su garganta y mira a Marina, quien se mantiene en un extraño silencio mientras echa un vistazo a los muebles y las estanterías, como queriendo encontrar a su hermana por aquí—. Estaba muy nerviosa, nos cruzamos un momento y le pregunté si necesitaba algo, la vi muy pálida, como si no hubiera comido o dormido en días. Hacía muchas guardias de más, pasó muchas noches por aquí, solíamos coincidir bastante.

—¿No te dijo si estaba buscando algo? —Ella da un paso adelante y busca la mano de Raúl con desesperación, un error común entre personas que no están en nuestra piel—. Alguien hacía daño a algunas de las mujeres que venían por aquí, ¿lo sabías? ¿Laia consiguió averiguarlo?

—Yo… yo… —La boca del chico tiembla y sé que a partir de ahora va a cerrarse en banda, puedo verlo en sus ojos—. Solo sé que nuestros jefes le echaron la bronca una vez, la pillaron en los archivos de personal, pero ese tema… ya está cerrado.

—Mientes, sé que mientes, Raúl, estás mirándome a la cara, la ves a ella. ¿Qué le pasó

de verdad?

—¡Que no sé nada!

—Está bien —intervengo y los separo poniendo una mano en el pecho de él—. Ya nos ha quedado claro, no te preocupes, puedes volver al trabajo.

—Pero… no, Raúl, ¡espera! —Él nos da la espalda y va hacia la salida—. Sabes lo que pasó de verdad, ¡lo sabes!

La puerta se cierra de un portazo y poco después escucho el carro de limpieza por el pasillo. Marina está a punto de ir a por él pero la detengo agarrándola de la muñeca.

—Tienes que calmarte, así no vas a conseguir nada. —La obligo a quedarse quieta y, aunque me mira con ganas de darme un puñetazo, logro que no se mueva ni un centímetro. Después la llevo al final de la sala y pongo las manos en sus hombros—. Que estemos aquí ya complica las cosas, te pido que intentes respirar y no presiones la situación.

—Lo has visto, ¿verdad? ¿Te has dado cuenta de cómo me miraba y cómo hablaba? Estoy segura de que lo sabe, sabe qué estaba haciendo mi hermana.

—Pero eso no hará que hable, recuerda lo que ha dicho: es un exconvicto, ha estado en la cárcel y no querrá volver. Estamos metiendo las narices en un caso cerrado y eso nos puede joder la vida, a ti y, sobre todo, a mí.

Quiere protestar, pero al final acaba por hacerme caso y las dos salimos de aquí recorriendo un pasillo que ahora está vacío. Suspiro de alivio, pero el sentimiento se esfuma en cuanto veo a Manuel hablando con la directora de la clínica, la recuerdo muy bien y no es una mujer que se ande con tonterías. Improviso y cojo a Marina del brazo con fuerza, tirando de ella como si yo misma estuviera echándola de aquí.

—Directora, qué placer volver a verla. Hemos venido por ella, nos han dicho que casualmente también estaba haciéndoles una visita.

—Ya lo veo, siete meses y hay cosas que no cambian. —La mujer protesta subiéndose las gafas por el puente de su nariz aguileña. Sus ojos destilan odio y un cansancio que paga con Marina, pues la mira como si fuera un despojo y con un aire de superioridad que me pone en alerta—. ¿Por qué sigues viniendo aquí? ¿No va siendo hora de que pases página?

—¿Que pase página? Usted…

—Nosotros nos encargamos, solo ha sido una casualidad desagradable.

—Solo te voy a decir una cosa: tu hermana era buena enfermera, pero le encantaba meter las narices donde no la llamaban. —La mujer pasa sus manos por el jersey marrón que lleva puesto y, después, se lleva un mechón canoso tras la oreja—. Todo el mundo sabe que esta es una clínica respetable y no voy a permitir que quieras manchar el nombre de la gente que trabaja aquí. Siempre que alguien ha pasado los límites lo hemos despedido. Lo hicimos en el último año y Laia se libró porque la gente la quería mucho, pero nada más. Nosotros no tenemos la culpa de que se quitase la vida.

—Serás zo…

—Ya está bien, Marina, nos vamos —aviso poniendo las manos en su pecho.

Como es de esperar se resiste y Manuel está a punto de ir a por ella y retenerla, hasta que niego y le pido con la mirada que salgamos de aquí sin montar un escándalo. Las miradas de la directora y un par de trabajadores más se ponen sobre nosotros, aunque, al menos,

conseguimos irnos sin que la situación se haya puesto peor.

Mi compañero se lleva las manos a la cabeza y camina intentando calmar sus nervios, algo que no sirve de nada cuando vuelve a mirar a Marina.

—¿Tú quién te crees que eres?

—Alguien que, al parecer, se interesa más por una muerte que tú. —La respuesta filosa de ella me deja tan asombrada que no puedo evitar abrir la boca, como si delante de mí estuviera viendo a una mujer muy diferente, alguien con agallas que sería capaz de ir a por todas con tal de averiguar la verdad—. ¿Te crees mejor que yo por llevar una placa?

«Joder, la mata», me digo, y Manuel no tardar en encararse con ella.

—Te vienes a comisaría ahora mismo.

—¡Basta! —grito, llamando la atención de las personas que pasean por aquí—. Vais a calmaros los dos, ahora mismo. —Agarro del brazo a mi compañero y lo alejo de Marina—. Tú te vuelves, yo me encargo de esto.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loca?!

—Ya me has oído, y no te atrevas a discutírmelo. —Aunque no está de acuerdo, Manuel levanta las manos y se quita la chaqueta de cuero marrón con un cabreo monumental—. Después hablamos —añado, y me giro mirando a Marina—. Y tú, te vienes conmigo.

Ella abre la boca, dispuesta a protestar, pero enseguida se da cuenta de que no pienso dejarle pasar una por lo que asiente y se queda callada. Sabe que, a partir de ahora, será mejor colaborar.

20

MARINA

Manuel cruza la calle, sin perder la oportunidad de mirar una última vez a su espalda y clavar sus ojos en mí. Cuando lo veo, siento que se está prometiendo meterme entre rejas y cierta sensación de miedo me trepa por la piel, queriéndome atrapar como alguna vez lo hizo en el pasado. Raquel suspira, se lleva las manos a la frente y se da unos segundos con los que aclarar las ideas antes de enfrentarme, aunque esta vez no veo ningún tipo de calma en su expresión. Es evidente que la he cabreado, y mucho.

—No tienes idea de lo que haces, Marina, ni idea.

—¿Vas a dejar ya ese rollo de poli que se está jugando la placa?

—¡Es que me la estoy jugando! —grita y al ver cómo llamamos la atención vuelve conmigo y me insta a caminar—. ¿Te crees que eres la única hermana en el mundo que ha perdido a alguien y no ha conseguido justicia?

—Puede que no lo sea, pero tengo motivos para cambiarlo y lo sabes.

Raquel aprieta los labios y se mete las manos en los bolsillos de su chaqueta, para evitar hacer algo que nos ponga en evidencia. Agacho la vista y veo la placa en su pantalón vaquero, deslumbrando encima de una camiseta sencilla y blanca. Esa es la única razón por la que ella tiene el poder de actuar y yo tengo que quedarme callada y quieta en casa, dejando que los días pasen mientras Laia sigue metida en su urna sin recibir el descanso que tanto merece.

Sa Calatrava es un barrio precioso que te invita a pasar aquí todo el día. Ella siempre decía que tenía la capacidad de calmar su espíritu, de darle energías cuando salía el sol, en esos momentos donde el trabajo en la clínica era más duro.

Siempre me he sentido orgullosa de ese trabajo, por tener la capacidad de ayudar a tantas personas y, desde que Lola me dijo lo que hacía fuera de la clínica, no he podido evitar sentir ganas de abrazar a mi hermana, decirle lo maravillosa que era, lo feliz que me hace saber que el mundo era mejor gracias a ella. El pensamiento cruza por mi cabeza y, de repente, noto que está muy cerca de aquí, paseando por las calles empedradas como solía hacer minutos antes de entrar al trabajo, cuando me llamaba por teléfono para preguntarme si quería almorzar en mis horas libres o cuando planeaba una de sus tantas escapadas, menos habituales en el último par de años atrás.

—Necesito que me digas lo que sabes y con quién has hablado.

Estoy a punto de decir que con nadie, pero sé que la negativa solo me va a meter en problemas. El entorno medieval nos rodea y los edificios con sus bóvedas anchas sobre las entradas me abrazan y dan fuerzas para recolectar cada una de las palabras que tengo que admitir ante Raquel. Hay un momento en el que me imagino a mi hermana y a mí tomando café en uno de los patios verdes reconvertidos por los propietarios, como si una de estas casas fuera nuestra, viviendo de esa paz de la que tanto hablaba.

—Cuando fui a casa de Jordi, además de coger el diario, también me llevé el portátil de

Laia. Sé que nunca usaba el teléfono personal para cosas importantes del trabajo, tenía ese cuidado. —Sonrío con tristeza, sin ser capaz de mostrar el orgullo que me recorre al pensar en mi hermana—. Alguien me ayudó a acceder a este y vi algunos *e-mails* que envió a una mujer, una antigua paciente de la clínica.

—¿Cómo se llama?

—Lola, pero no sé su apellido. —Al revelarlo, me quito un peso de encima, pero también me doy cuenta de que podría meterla en problemas. A continuación, agarro el brazo de Raquel y la obligo a girarse—. No quiere líos, todavía hoy sigue huyendo del hombre que la maltrataba.

—Esto no funciona así, Marina, y lo sabes —me recuerda, y aunque lo tengo muy claro, no pienso fallar a la promesa de Laia—. Supongo que hablaste con ella.

Afirmo, mordiendo mi labio inferior. Las dudas me asaltan de repente y miro a mi alrededor como si hubiera alguien vigilando nuestros pasos o lo que digo. «¿Qué más tienes que perder, Marina?». La voz se instala en mi cabeza y la ignoro al ver la fachada de Mocaro, un bar donde sirven un *brunch* muy famoso de la zona y que me atrae por la pura necesidad de estar en un lugar tranquilo donde poder hablar.

—Necesito un café —digo, y aunque Raquel pone los ojos en blanco, no tarda en afirmar y seguir mis pasos hacia la cafetería.

Una vez entramos, mis ojos recorren el local, echando un vistazo a las personas que allí se encuentran. El corazón me late a toda prisa pero no siento nada que me haga girar sobre mis pasos y salir por donde he venido. Raquel habla por mí y se va directa a la mesa que hay al fondo de un espacio que no es muy grande, donde la pared tras la barra se decora con un papel floral que combina de maravilla con la piedra que dibuja un arco en la pared de la entrada, dando cobijo a la puerta y a otra barra en la que poder tomar algo en compañía.

Las dos pedimos un café y Raquel se arregla la chaqueta, con este calor no sé ni cómo puede llevarla, supongo que son cosas del trabajo. Con tranquilidad, apoya los codos sobre la mesa y descansa la barbilla en sus manos; me mira fijamente, está claro que no va a irse de aquí sin saberlo todo, por lo que me deshago del bolso, lo dejo en la silla de al lado y apoyo bien la espalda.

—Mi hermana estaba metida en algo —comento pasándome la lengua por los labios, su mirada no revela nada, por lo que continúo—: Lola fue violada en repetidas ocasiones por una persona de la clínica, incluso después de salir. Laia intentaba averiguar quién era, estaba convencida de hacer algo y evitar que hubiera más víctimas. Desconozco si hasta el momento las hay.

—Y esa tal Lola… ¿lo denunció a la policía? —Cuando niego, Raquel suspira mientras afirma, como si ya se lo esperara—. ¿Qué más?

—Según me contó, la drogaron. Le pedí que hablara contigo, pero el miedo que siente por su ex la persigue, no creo que vaya a comisaría.

—¿Dónde te viste con ella?

La firmeza con la que lo pregunta me abruma, si no se lo digo encontrará la manera de averiguarlo, no va a servir de nada que lo deje estar. El café llega y procuro coger la taza entre mis manos y así evitar que los nervios que siento se vean reflejados en un temblor que mueve el líquido de camino a mi boca. Frente a mí tengo a una mujer que no se inmuta, que sigue

mirándome en silencio, mientras analiza cualquier gesto que le indique que miento, quizás intentando averiguar qué más escondo. Beber me da el respiro que necesito para coger aire y no desfallecer.

—Vive en Portixol, llevará allí un año según he podido saber por los correos que mi hermana tenía en su ordenador, pero eso no es todo… —Raquel levanta una ceja y da un sorbo a su café en absoluta calma, dándome espacio—. También me contó que Laia tenía una aventura con su vecino, Matías.

—Joder —suelta y deja la taza en el platillo—. ¿Cómo es posible que no lo supiéramos?

—Ni siquiera yo lo sabía, fue muy discreta al respecto; de hecho, siento que en los últimos meses no la conocía nada. —La tristeza me invade y el dolor se pronuncia en mi pecho, la emoción acude a mis ojos, pero consigo hacerla a un lado—. Él me contó que fue una noche a recogerla al trabajo y que la vio bastante nerviosa, que sospechaba de alguien del turno de noche que hacía daño a las mujeres. Mi hermana quería separarse de Jordi, ¿entiendes?, empezar una vida distinta, lejos del maltrato y del daño que él le hacía. El final… lo sabemos todos.

—¿Y no encontraste algo más en su ordenador que tenga que ver con el trabajo?

Niego y vuelvo a coger la taza, el amargor llena mi boca y, de repente, me aclara las ideas.

—Puede que lo hubiera averiguado pero que la silenciaran, ¿y si tenía la información cuando la mataron?

—Podrían ser solo conjeturas, no podemos tirarnos de cabeza a esa teoría. —Raquel pone una mueca y se queda pensativa un rato acariciándose la barbilla—. La directora ha dicho antes de irnos que si alguien actuaba fuera de sus estándares era despedido y que así lo hicieron en los últimos meses. Tengo la sensación de que no quiso revelar esa información.

—¿Crees que podría estar relacionado con lo que mi hermana averiguó?

—Intuyo que alguien se dio cuenta de lo que pasaba y que podría haber querido ocultarlo, desviar la atención a otra parte, al menos, si ese despido sucedió antes de su muerte. ¿Cómo has dicho que se llamaba su amante?

—Matías, vive en la casa de enfrente. Se mudaron unos meses antes de lo que pasó, creo que conectaron enseguida; cuando hablé con él me di cuenta de que mi hermana encontró un refugio, alguien con quien podía ser feliz de verdad. Jordi le estaba haciendo pasar un infierno.

—Siento que no podamos hacer nada con eso… —El arrepentimiento baña sus ojos con una sinceridad que me hace afirmar en silencio, porque yo también lo siento; tanto, que el dolor jamás va a desaparecer de su cuerpo.

—Ahora entiendo porque a veces iba de manga larga a pesar de que hacía buena temperatura. Laia siempre fue muy calurosa, pero se excusaba con que el cuerpo le había cambiado… Pensar que pude hacer algo para evitar todo esto, me deja noches y noches sin dormir.

—Sé que va a sonar duro, pero hay ocasiones en las que el resto no podemos hacer nada si la víctima no tiene fuerzas para denunciar, y aunque sientas que tú se las podrías haber dado, nunca podemos ponernos en la piel de alguien que sufre de esta forma. El miedo, lo que vayan a pensar los demás o nuestra familia, te puede paralizar por completo —se explica como si supiera justo de lo que habla y eso me pone los pelos de punta. Quisiera preguntar, pero siento que es

algo demasiado personal—. Lo que tenemos que hacer ahora es centrarnos en lo que sabemos y empezar por ahí.

—¿Vas a poder reabrir el caso? —La esperanza se esfuma en cuanto vuelve a mirarme y yo suspiro, sé que no puede prometerme nada—. ¿Y qué vamos a hacer?

—¿Vamos? Marina, esto es demasiado serio como para dejar que te involucres.

—No sé si lo sabes, pero ya lo estoy, hasta el fondo. Me he pasado los últimos meses mintiéndole a mi mujer, la he mirado a la cara y le he dicho que estoy bien y que he dejado esta locura. No pienso rendirme ahora que siento que hemos llegado a algo claro.

—¿Y vas a permitir que eso destruya tu matrimonio? Porque Elena está muy cansada, no sé si te has dado cuenta. —Su advertencia me cabrea, no quiero que se meta donde no la llaman, pero en el fondo sé que tiene mucha razón.

—Necesito saber qué le pasó a Laia, y no voy a parar hasta conseguirlo, me da igual si Manuel me acaba deteniendo o me jode de cualquier otra forma, me importa una mierda si lo que tengo a mi alrededor se derrumba… solo necesito saberlo, y puedo ayudarte. —Me llevo la taza a la boca, odio el café frío así que me lo bebo de un trago y busco la mirada de Raquel—. Si no vais a reabrir el caso ahora, al menos, quiero hacer todo lo posible para que el juez se lo piense. Y sé por dónde empezar.

21

LAIA

TRECE DÍAS ANTES DE SU MUERTE

SEPTIEMBRE DE 2016

El silencio reina en los pasillos acompañado de la oscuridad que ha seguido mis pasos hasta la segunda planta de la clínica, donde muchos de nuestros residentes descansan en un intento por poner a raya a la abstinencia. Todavía siento en las manos el temblor del cuerpo de uno de ellos, ingresado en la clínica hace tres días, pasando por la fase del *crash*, donde el deseo por consumir puede nublar los sentidos de muchas personas. El corazón me late a mil por hora y me cuesta un mundo respirar. Una parte de mí desea salir de aquí, correr hacia el mar de Palma y zambullirme en sus aguas y conseguir que este dolor desaparezca; sin embargo, me debo a la estabilidad de estas personas y ahora, al bienestar de una mujer que sigue sufriendo las secuelas de sus adicciones y decisiones.

Me tomo un momento y pongo la mano en mi pecho. Escuchar cómo bombea mi corazón me calma y pensar en las personas que quiero también ayuda, aunque no puedo evitar mirar al final del pasillo por miedo a que alguien esté siguiendo mis pasos. Salvo que aquí solo hay silencio.

—Puedes hacerlo… —susurro y, al mirar el reloj, veo que solo tengo quince minutos antes de que Matías venga a recogerme.

Al pensar en él siento un cosquilleo en los labios, estoy deseando besarle; pero aún más poder deshacerme de las garras de mi marido para irme con el hombre que sigue curando mis heridas a pesar de que no es consciente de toda la realidad que rodea a mi matrimonio.

Los ojos se me anegan en lágrimas al pensar en cómo han acabado las cosas con Jordi, y siento una punzada en el estómago que reaviva el dolor en mi pecho, donde un moratón se oculta bajo una capa de maquillaje. «¿Seguro que estás bien? Hoy te noto un poco rara», las palabras de Marina se instalan en mi cabeza y odio mentirle de manera continua, mirarla a los ojos y decirle que todo está bien. ¿Por qué no puedo contárselo? ¿Por qué me cuesta tanto admitir que esto no va a cambiar y que tengo que alejarme de este tormento cuanto antes?

La idea se ve firme, aunque sigue habiendo algo que me lo impide. Pero ahora, echo todo esto a un lado y camino hasta el final del pasillo, a la sala donde se guardan los informes de los medicamentos que se suministran a la clínica, con los contratos de los diferentes trabajadores que han pasado por aquí, desde limpiadores, hasta cuidadores, médicos y demás enfermeros. Hace un par de meses que hubo un despido sonado, pero nadie compartió las circunstancias por las que echaron a un hombre que entregó más que las horas de su trabajo por nuestros pacientes. Al pensar en él siento un pálpito en el pecho, como si algo dentro de mí tuviera muy claro que no hizo nada malo, al contrario de lo que escuché por los pasillos o en cuchicheos, me da que fue una medida extraordinaria con la que desviar la atención. Sé que no me equivoco, que alguien ha

cometido actos horribles, que ha violado a Lola drogándola, aprovechándose de su vulnerabilidad, y vete tú a saber a quienes más.

Los pelos se me ponen de punta y, al cerrar la puerta de la sala, mi respiración se acelera otra vez.

—Venga, seguro que lo encuentras —me animo y lo primero que hago es buscar en los cajones que hay al fondo, iluminándome solo con mi teléfono.

Durante un rato saco carpetas y las abro dándome cuenta de que todo está en orden. La combinación de desesperación se mezcla con las dudas de mi propia paranoia, de pensar en si estaré equivocada. Pero eso da un giro cuando descubro unos cuantos informes donde hay registros sin firmar de fallos de entrega de un medicamento en concreto, el principio activo del somnífero más vendido en España durante los últimos años. Al leer «Zolpidem» se me enfría la espalda, pues no recuerdo que ningún enfermero lo haya suministrado a algún paciente, a pesar de que muchos han sido tratados con diferentes tipos de medicación contra el insomnio y así conseguir superar las primeras fases de la rehabilitación, siempre siguiendo los parámetros que indica cada caso.

Lo que se sabe de este medicamento es que una dosis de diez o veinte miligramos basta para anular la capacidad de resistirse y voluntad de la persona. Su rastro desaparece del organismo en veinticuatro horas y su efecto es tan diabólico que puede dejar una secuela amnésica, justo como Lola lo describió, como si su cuerpo hubiese actuado solo, fuera de control. «Hubo noches en las que no me enteraba de nada, y a la mañana siguiente todo daba vueltas, balbuceaba, como si tuviera los efectos de la droga dentro de mí a pesar de llevar aquí días, pero nadie me hizo caso, lo vieron como algo del proceso».

El Zolpidem actúa como agonista del receptor ácido gamma-aminobutírico (GABA), lo que resulta en efectos sedantes e hipnóticos que han podido ayudar al agresor a inducir el sueño de sus víctimas, aprovechando su vulnerabilidad al entrar en el programa de la clínica. Con el miedo recorriéndome la piel, saco varias fotografías de los papeles y los guardo rápido otra vez en su sitio por temor a que haya alguien a mi espalda que esté mirando, pero, cuando me giro, la soledad es plena y eso me permite respirar.

Al devolver un pedido que no corresponde con lo que la clínica necesita, el albarán lo habrá firmado la contrata, por lo que necesito acercarme a esta información de otra forma y hablar con los enfermeros o cualquier miembro del personal que estaba en el turno de Lola cuando pasó todo esto. Comentárselo al director médico o la directora de la clínica solo puede traerme problemas por lo que salgo de aquí y me guardo el teléfono. «Tengo que encontrar otra manera de averiguarlo», me digo, dispuesta a todo hasta que choco con la presencia de alguien nada más salir.

—Joder, qué susto me has dado, Raúl. ¿Qué haces aquí, no se supone que no volvías hasta mañana?

—Ya no aguantaba no hacer nada, cuando estoy solo no hago más que darle vueltas a las cosas así que he adelantado el turno, ¿qué hacías ahí dentro? —Estira el cuello y mira directo a la puerta, volviendo a mis ojos enseguida.

—Ah, es que juraría que había puesto en el pedido que me faltaban algunas gasas y suero, pero al parecer no. —Me golpeo en la frente fingiendo torpeza y sonrío como si nada—. Últimamente estoy muy distraída, supongo que necesito unas vacaciones.

—No paras de pedir turnos dobles y anular días libres, yo diría que sí —admite y,

enseguida, su semblante cambia a uno más alegre—. Yo voy a repasar todos los pasillos, están hechos un asco —añade sin apartar la mirada—. ¿Seguro que estás bien? Puedes contarme lo que haga falta.

—Sí, sí, no te preocupes, creo que voy a irme ya a casa, son casi las diez y Jordi ya debe de estar esperándome. No te líes con esto que te conozco, siempre quieres dejar todo como los chorros del oro.

—Lo intentaré, pero ya me conoces. —Raúl se rasca la nuca, se encoge de hombros y camina conmigo hacia el carrito de limpieza.

Cuando agarra el palo de la fregona le dedico un guiño y ando rápido; después, bajo las escaleras y voy al vestuario para cambiarme de ropa. Ficho y saludo a los compañeros que se van a quedar de guardia durante toda la noche, dos enfermeros que harán compañía a Raúl en su turno mientras salvaguardan la seguridad de los residentes.

El teléfono me suena de camino al coche y, por un segundo, temo que sea Jordi; pero, al leer el nombre de Matías, el corazón me da un vuelco y el temor por lo que he encontrado cambia por una absoluta calma.

—¿Cómo ha ido el turno, preciosa? —pregunta con algo de ruido de fondo, seguro que está en su bar favorito tomando unas copas con sus compañeros.

—Bastante tranquilo para lo que es habitual cuando empiezan con el programa, esta es la parte más dura del trabajo. A veces… me gustaría dejarlo todo.

—¿Y por qué no lo haces? Llevas tiempo diciendo que necesitas un cambio de aires, que sientes que esto va a acabar contigo y yo también te lo noto, a pesar de que te vea menos de lo que me gustaría. —La última anotación me deja con un enorme sentimiento de tristeza.

Abro la puerta del coche y me siento. Al ponerme el cinturón de seguridad noto una punzada en el pecho por el dolor del moratón y eso me hace suspirar. Las lágrimas acuden a mis ojos y, dentro de mí, la mujer a la que han encerrado en una habitación del pánico golpea la puerta una y otra vez con la intención de despertarme, de darme las fuerzas suficientes y dejar a Jordi, a esta locura y volver a empezar.

—No es tan fácil, la mayoría de esta gente no tiene más ayuda que las personas que estamos en la clínica y sé que no debería crear un vínculo con ellos, pero no puedo evitarlo. Es importante.

—Ya lo sé, pero deberías de tomarte un descanso de vez en cuando, disfrutar un poco de la vida y también de nosotros. —Su voz adquiere un tono entristecido que no me pasa desapercibido y solo me dan ganas de ir con él, abrazarlo y olvidarme del resto del mundo—. ¿Laia?

—Perdona, ya sabes que me cuesta apagar el piloto automático, estaba pensando en uno de los chicos de la clínica. —Bufo y, con el cinturón puesto, dejo el teléfono en su sitio y arranco el motor—. Jordi se va unos días fuera por trabajo, podríamos aprovechar y hacer algo. —Sé que lo que le pido es muy injusto, siempre haciendo promesas de que el vernos a escondidas cambiará; pero, al acariciarme el pecho por encima de la ropa, donde mi marido me pegó, siento un profundo dolor y un miedo que toma el control de mis emociones—. Cogeré un par de días en la clínica.

—Me gustaría creer que lo vas a hacer, pero los dos sabemos que no haces más que trabajar, me conformo con que demos un paseo por el puerto. —Matías se queda en silencio y lo

escucho alejarse del bullicio, como si buscara un lugar más tranquilo en el que poder hablar—. Sé que en algún momento tendrás las fuerzas suficientes para dar ese cambio a tu vida que tanto te mereces y yo estaré aquí, cogiéndote de la mano Laia, no te olvides, ¿vale?

Las lágrimas empiezan a surcar mis mejillas y tengo que hacer un esfuerzo enorme para evitar que él se dé cuenta de que estoy llorando, aunque es tan intuitivo que seguro que ya se ha dado cuenta. No tengo idea de si se ha creído cada una de las veces que le he dicho que me he dado un golpe o que los pacientes han perdido el control en la clínica. Ni siquiera sé por qué me intento convencer a mí misma de que todo esto va a acabar, si la única que puede dar ese paso soy yo.

—Jamás lo haría —aseguro entre lágrimas, carraspeo e intento que no se note en mi voz —. Te prometo que vamos a estar juntos, que vamos a tener esa casita frente al mar, que vamos a ser felices.

—Lo sé, siempre lo he sabido —responde y también suspira—. Tengo que volver con los chicos, no quiero que hagan preguntas innecesarias.

—Yo también voy a casa, mañana quiero ir a desayunar con una amiga, a ver si puede ayudarme con algo. Estoy deseando verte, te quiero.

Matías pronuncia esas mismas palabras y cuelga dejándome con mis pensamientos. El camino a casa me lleva unos quince minutos. Una vez que llego, cojo el teléfono y echo un vistazo a las fotografías que he hecho en la clínica. Los pelos se me ponen de punta y la sensación aumenta cuando miro hacia la puerta y veo que Jordi está esperándome, apoyado en el marco, dispuesto a lanzar cualquier dardo que se le ocurra.

«Voy a cambiar las cosas», me juro en silencio, pero sé que esta noche no va a ser ese momento.

22

MARINA

Las cicatrices tienen el extraño poder de

recordarnos que el pasado es real.
Cormac McCarthy.

JULIO DE 2017

Sobre la isla de la cocina hay un plato con varias tostadas, dos vasos de zumo, un par de cafés, el bote de mermelada y algunas cosas más a la espera de que Elena aparezca por la puerta con sus prisas habituales. Esta vez no pienso dejar que se vaya al trabajo sin haber probado bocado y espero con ganas a ver cómo se queda viendo el festín con la boca abierta. Sus ojos se fijan en toda la comida y aunque sé que me va a decir que no tiene tiempo, interrumpo ese pensamiento yendo hacia ella y besándola. «Ambas sabemos qué estás haciendo», dice la voz, «algún día te va a explotar en la cara». Acallo esas palabras con otro beso, obligando a mi mujer a venir conmigo para sentarnos juntas y desayunar.

—Salma me va a matar si vuelvo a entretenerme, tenemos un millón de cosas que hacer y Nuria viene a eso de las once, todavía tengo mucho papeleo que poner en orden.

—Por eso tienes que desayunar bien y darte un respiro. —Pongo mi dedo índice en sus labios y ella suspira, rindiéndose por completo—. Entiendo lo importante que es esto, pero también que tienes que cuidarte y comer bien, después seguro que no te acuerdas y no voy a permitir que te mueras de hambre.

Le dedico un guiño divertido que la hace reír, Elena niega y al segundo se encoge de hombros alargando la mano, pillando una tostada que llena de queso de untar y mermelada. Al primer bocado se le escapa un gemido que se me queda grabado durante un buen rato en la cabeza, llenándola de recuerdos de nosotras dos en momentos así y en otros donde su piel es el ingrediente más exquisito para descubrir mi felicidad.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunta con verdadero interés y esa curiosidad que es muy habitual ver en sus ojos marrones—. Si quieres podemos ir a cenar algo cuando salga del trabajo, me voy a volver loca si sigo yendo de la oficina a casa.

—Pues lo hacemos —digo antes de probar una tostada con jamón y tomate—. He quedado con Luisa para dar una vuelta por el centro, quiere ir a comprarle algo a Miguel y ya sabes cómo es, se pone muy nerviosa con los regalos importantes.

—Es verdad, su cumpleaños está a la vuelta de la esquina, me pregunto qué hará este año.

Recuerdo muy bien la fiesta del 2016, en el *chalet* de sus tíos, con la piscina, barbacoa y

cine al aire libre. Fue una de las últimas veces que disfruté de un tiempo valioso con Laia antes de que el trabajo la consumiera. «Y ahora sé por qué», me recuerdo con una pesadez que me revuelve las tripas. La tostada se queda en el aire y Elena se da cuenta de lo que me pasa enseguida. Su semblante cambia de la felicidad a una tristeza que odio ver en ella, por lo que niego con un gesto de la cabeza, antes de que pueda decir nada que ensombrezca más este momento.

—Está bien, ahora puedo ver esos recuerdos con otra perspectiva, seguro que van a hacer todo lo posible porque lo pasemos bien. Me gustaría ver más a menudo a los chicos, no quiero que sigan pensando que los aparto de nosotras, pero es que te juro que los exámenes me han agotado. —Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás con cansancio. Cuando vuelvo a ella, ya está sonriendo otra vez y el gesto se me contagia—. Podríamos organizar una fiesta en casa, como solíamos hacer antes, aunque esta vez seré yo quien cocine, nada de pedir la comida a un cáterin.

Sabía demasiado bien que eso era justo lo que ha pensado por cómo se echa a reír. Levanta su vaso de zumo y me pide un brindis que hago sin pensármelo dos veces, no está tan bueno como el natural, pero, en momentos así, me vale. Sobre todo, porque estoy en compañía de una mujer maravillosa que se concentra con comerse otra tostada, tomarse el café y untarse otra que llevarse de camino al coche.

—Me gustaría mucho quedarme, pero no tengo ganas de…

—Discutir con Salma, lo sé, no te preocupes, ve al trabajo y luego me cuentas que tal ha ido con Nuria, aunque seguro que de maravilla. Además, algo me dice que ya sois buenas amigas.

—La verdad es que sí, ha sido del todo inesperado, pero es una mujer increíble, se interesa por las cosas más comunes del día a día antes que por el trabajo y sabe cuidar a la gente con la que colabora. Eso me gusta mucho de ella —comenta dejando la tostada en el plato antes de colocarse el bolso y arreglarse la coleta alta que lleva—. Algún día tienes que venir a una de nuestras reuniones y así comemos juntas, te aseguro que vais a conectar enseguida, la noche de la fiesta apenas os dio tiempo a hablar.

—Seguro que sí, pero por ahora me conformo con verte así de feliz. —Me levanto y voy con ella; y, al estampar un beso en sus labios, me quedo ahí un segundo, saboreando la mermelada que se ha quedado impregnada en los míos—. Ten cuidado con el coche, y avisa cuando llegues, ¿vale?

—Claro, te quiero. —Me dedica un guiño y cuando está a punto de perderse por el pasillo que da a la salida, se gira llamando mi atención—. Lo estás haciendo de maravilla.

«Qué orgullosa, ¿eh? A ver cuánto le dura». La voz vuelve a meterse en mi cabeza con malicia y tengo que hacer un soberano esfuerzo para sonreír sin que mi mujer se dé cuenta de nada. Cuando la puerta se cierra, veo lo que ha quedado del desayuno y me siento en la silla, llevando las manos a mi cabeza. Estar mintiéndole de esta forma empieza a crear un agujero en la boca de mi estómago y se me mete un veneno que, poco a poco, se mueve por todo mi cuerpo corrompiendo cada rincón, mi alegría, la vida que hemos construido, los recuerdos que tengo con Laia y una felicidad que podría tener al alcance de las manos si quisiera.

—No podré serlo hasta que no sepa la verdad… —susurro como si quisiera responder a alguien en concreto.

«¿Estás segura? Quizá sea peor cuando lo descubras».

Me levanto de golpe, de repente he perdido el apetito, así que tiro todo lo que ha sobrado y friego los platos y las tazas antes de ir a arreglarme.

He quedado con Raquel en media hora y no es mujer de esperas, elijo una camiseta sencilla de tirantes y unos vaqueros cortos que acompaño con unas Converse y el bolso al que siempre me agarro cuando siento que las cosas van a ir mal. No he tenido ganas de maquillarme y me he recogido algunos mechones de mi pelo con horquillas haciéndome un peinado sencillo. El cansancio se profundiza en unas ojeras que veo incluso antes de mirarme en el espejo que hay en la entrada de casa, pero lo ignoro por completo cuando me quedo mirando la fotografía de Laia, tan feliz que se me rompe el alma de pensar en todo lo que le han hecho.

Nada más abrir, veo a la inspectora Valdez apoyada en mi coche, de brazos cruzados, mascando chicle y con unas gafas de sol que parece que también ocultan las pocas horas sin dormir. En una de sus manos sujeta un vaso de plástico y tiene el pelo tan desordenado que eso me dice mucho, aunque me da miedo preguntar si tiene algo que ver con mi hermana.

—¿De verdad no tienes calor con la chaqueta puesta? —Es lo único que se me ocurre preguntar.

—Es fina, además, me quemo mucho al estar todo el día en la calle, prefiero pasar un poco de calor. ¿Elena ya se ha ido? —Sé por dónde va con su pregunta y, cuando afirmo con gesto serio, ella da un sorbo tranquilo a su vaso antes de contestar—: Deberías hablar con ella cuanto antes, créeme, será mejor que si se entera por sí misma.

—Le he dicho que salía con una amiga, no creo que tenga ningún problema. Y tú has venido… sola.

—Manuel no quiere saberse nada de esto, ya está bastante comprometido después de haberme ayudado en la clínica y con alguna información. Estamos tú y yo solas, pero no creas que vas a ser su sustituta.

Levanto una ceja sin ánimo de decirle nada y pulso el mando automático para quitar el cierre del coche e invitarla a entrar. Una vez que estamos dentro me pongo el cinturón de seguridad y arranco, con decenas de preguntas revoloteando en mi cabeza. Sé que me dijo que era mejor si íbamos en el mío, por el GPS que llevan instalado, y es una de las cosas mínimas por las que tengo los nervios a flor de piel.

—¿A dónde vamos?

—A Monti-Sion, allí vive la mujer del trabajador que despidieron en la clínica hace unos meses, se quitó la vida poco después por la presión. —Doy un frenazo cuando habla y Raquel me coge del brazo entre alterada y sorprendida, a punto de que se le caiga el vaso—. ¿Seguro que estás para conducir? Tendríamos que haber ido andando, coño.

—Perdona, es que no me lo esperaba…

—Ya, supongo que yo tampoco —aclara con disgusto.

El recorrido apenas nos lleva diez minutos y, al llegar, no puedo evitar querer seguir mis deseos y recorrer el Carrer del Sol, considerada la puerta de entrada al emplazamiento más importante de la judería de Palma. Mis ojos van al final de una calle empedrada y veo la silueta de una mujer que me sonríe, alargando su mano, hasta que Raquel toca mi brazo para llamar mi atención.

Sigo sus pasos en silencio, cabizbaja, con la única intención de escuchar lo que tienen que decirnos; pero cuando la mujer nos recibe en su casa soy capaz de ver la misma tristeza que

a mí me carcome en su mirada. «No lo ha superado», dice la voz y yo tiemblo. Nada más entrar percibo un rico olor a canela que impregna las paredes antiguas de esta casa, escrito con pequeñas grietas donde se esconde la misma historia que puedo ver a través de fotografías.

—Estaba preparándome un café, ¿quieren tomar algo?

Yo lo rechazo, pero Raquel le agradece una taza y se quita las gafas de sol para convertirlas en una diadema. Las dos nos quedamos mirando la estantería que hay encima del televisor, donde hay un par de fotografías de una pareja que sonríe en plenitud.

—Alberto era muy feliz en su trabajo, y fuera de él, siempre traía alegría a todo el mundo, incluso cuando peor te sentías conseguía contagiarte —nos comenta la mujer con un temblor en la boca—. Fue muy injusto lo que pasó.

—¿Tu nombre era…?

—Teresa —informa, y deja la bandeja con el café y unos rollos de hojaldre y azúcar sobre la mesa de centro que hay frente al sofá. Aunque me he negado a pedir nada, el estómago me ruge por no haber terminado de desayunar y eso saca una sonrisa a la mujer—. Iré a por otro café para ti.

—Gracias, de verdad.

Me he quedado tan bloqueada que no soy capaz de soltar el asa del bolso y ya siento los dedos agarrotados. Raquel se muestra más tranquila, se nota que está hecha para esto, y espera con paciencia a que Teresa vuelva y se siente en el sillón que hay al lado derecho del sofá. Enseguida se da cuenta que lleva el pelo rubio alborotado y no tarda en arreglarse la coleta, escondiendo un par de mechones tras sus orejas. Los nervios la invaden y lo noto por la manera en la que se acaricia las manos y mira hacia el suelo, un gesto que yo he repetido muchas veces cuando estoy ante situaciones que no me gustan.

—Cuéntame qué es lo que pasó en realidad, ¿por qué Alberto no denunció?

—Tenía miedo a perjudicar a sus padres y a nuestros hijos, trabajan en el extranjero y no quería que lo dejaran todo, además… —Titubea unos segundos hasta recoger las fuerzas necesarias para continuar—. No sé si lo saben, pero en esa clínica se mueve gente influyente, no lo digo solo por el dinero que manejan los directivos, sino por la gente que busca rehabilitarse. Es una parte que se lleva más en secreto, así los periódicos no se hacen eco. Un escándalo de esas características les habría manchado para siempre, por eso le ofrecieron una buena suma de dinero y se encargaron de tapar el resto con su despido.

Raquel y yo nos miramos conscientes de a qué se refiere y aunque tengo un montón de preguntas, prefiero quedarme en silencio.

—¿De qué lo acusaron exactamente?

—Acoso, tocamientos… —La voz se le atasca y echa la cabeza hacia atrás—. Él sabía que pasaba algo, y se aprovecharon de la cercanía que tenía con los pacientes para acusarlo de algo que jamás hizo. Les juro por la vida de mis hijos que mi marido jamás haría daño a una mujer, estoy segura de que una de sus compañeras también se fue porque tenía claro que ahí pasaba algo grave. Solían taparlo con la excusa de las primeras fases de la rehabilitación, pero sé que era mentira.

—¿Su marido tenía buena relación con Laia Mascaró? —Teresa me mira, intentando encontrar las diferencias que tengo con mi hermana y entonces sonríe con una luz especial iluminando sus ojos.

—Su hermana era muy buena compañera, Alberto siempre tenía palabras buenas hacia ella y la dedicación con cada uno de sus pacientes. —Hace una pequeña pausa—. Me llegó a comentar alguna vez que también los ayudaba cuando salían de la clínica a pesar de que podía costarle el trabajo, era como un secreto bien guardado entre ellos y la gente a la que echaba una mano. Fue la única que se pasó por aquí cuando le echaron.

—¿Y no le dijo nada? ¿Laia no le contó a su marido si consiguió averiguar algo de lo que ocurría? —Las palabras salen de mi boca de forma atropellada y Raquel tiene que calmarme poniendo una mano en mi muñeca, evitando que acabe suplicando más de la cuenta—. Es muy importante.

El café se enfría en la bandeja y solo cuando la barriga me vuelve a rugir soy capaz de coger la taza y darle un pequeño sorbo.

—Dijo que estaba cerca de algo, que tenía que revisar unos informes y que iba a limpiar el nombre de mi marido, pero él no lo pudo soportar. Le pedí muchas veces que fuera a la policía, que lo aclarara todo, supongo que hasta el último momento quiso cuidar de toda su familia.

—¿Qué sabe de lo que podía estar ocurriendo en la clínica? —Raquel también se lo toma con calma absoluta y se bebe media taza de café del tirón.

—Había rumores de un par de mujeres que podían haber sido violadas. Alberto me contó que no recordaban mucho por la mañana y que balbuceaban, pero que lo acusaban a esos primeros momentos del *crash*. —La duda aparece en sus ojos y otra vez acaricia sus manos con cierto nerviosismo—. Tenemos amigos en común que han sido adictos y son momentos de confusión, algunos sufren alucinaciones si consumen drogas psicodélicas que afectan al sistema nervioso central, también hubo pacientes que se llegaban a autolesionar... Si alguien quería abusar de esas mujeres, sabía bien cómo hacerlo.

—Tuvo que ser alguien que llevase tiempo en la clínica —comento en voz baja, como si hablara para mí misma, aunque Teresa afirma mirándome a los ojos—. ¿Sabe quién es la compañera que dejó la clínica?

—Rafaela Cuevas, ya no vive en la capital, creo que ahora reside en Camp de Mar, se marchó bastante antes de que pasara todo con mi marido, no sé hasta qué punto podrá serles de ayuda.

—Muchas gracias por todo Teresa, ha sido muy útil. —Raquel se levanta y extiende su mano antes de desviar la atención a los rollos—. ¿Podría llevarme unos cuantos para el camino? Huelen de maravilla.

—Claro, aquí hay de sobra. —Ella también me saluda y suspira volviendo a mirar una de las fotografías donde está toda la familia junta—. Si consiguen averiguar algo más… ¿me lo dirán?

—Será la primera en saberlo —asegura la inspectora y guarda los rollos en una servilleta.

—Espero que encuentres la paz, Marina, y que tu hermana también pueda descansar tranquila.

Me giro y asiento sin poder decir nada. Raquel se muestra complaciente, acaricia mi brazo y camina conmigo escaleras abajo, volviendo a un barrio donde se respira algo más que historia. Al mirar al final de la calle ya no veo esa silueta, sin embargo, sé que esto es otro paso

más que nos acercará a la verdad.

23

ELENA

La Seu toma más protagonismo de noche, sobresaliendo por encima de las palmeras en un recorrido donde las farolas del Passeig Sagrera dejan luces y sombras sobre la piedra, siguiendo la estela y alegría de los muchos turistas que han multiplicado la población de Palma como suele ser habitual cada verano. Estoy apoyada en el muro de Es Baulard, observando la magia que transmite el rosetón de la catedral, como si pudiera tocarlo con mis propias manos; pero ese atisbo de calma se esfuma en cuanto giro la cara y veo a Marina llegar, con paso rápido y una sonrisa que me produce un sinfín de sensaciones. Nada más verme me saluda con la mano y se da más prisa para llegar hasta mí y besarme con ganas, firmando así que me ha echado de menos.

—Menos mal que existen los *parkings* o me hubiera tirado dos horas buscando un hueco —protesta, y echa un vistazo a nuestro alrededor dándose cuenta de lo mismo que yo, en verano la ciudad se convierte en algo distinto por completo, con otro ambiente gracias al turismo y la mezcla de culturas que se reúnen entre estas calles—. ¿Me has esperado mucho? ¿Qué tal ha ido la reunión con Nuria?

—Muy bien, la verdad, hacía tiempo que no disfrutaba tanto de trabajar con alguien, es una mujer maravillosa. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido la búsqueda del regalo?

La expresión de Marina cambia a puro agotamiento, como si hubiera estado todo el día yendo de un lado a otro, tras los pasos de una mujer que es indecisa por naturaleza.

—Una locura, ya sabes cómo es Luisa, siempre busca la perfección y a veces se pierde el encanto de los regalos más sencillos. —Se encoge de hombros, se agarra al asa del bolso y me mira a los ojos dispuesta a caminar e ir a tomar algo a uno de los tantos restaurantes que hay por esta zona.

—La verdad es que sí, lo gracioso es que me ha dicho que hace semanas que tiene el regalo comprado y que hoy no ha ido a ningún sitio contigo —añado sin moverme un solo centímetro. Me abrazo y siento que estoy a punto de llorar por la rabia y el dolor que siento—. No sé cómo puedes tener tan poca vergüenza de seguir haciéndome esto.

—Elena… no es lo que crees. —Marina intenta acercarse a mí, pero enseguida doy un paso atrás.

—¿No? ¿Qué te vas a inventar esta vez? ¡Dime, qué mentira vas a contarme! —grito y varias personas se nos quedan mirando.

La vergüenza hace que me agarre del brazo para apartarme del tumulto, y me pega a la pared de piedra. Nerviosa, aprieta los labios, sé que está buscando las palabras correctas con las que justificarse, pero a estas alturas, ya no hay nada que pueda hacer.

—Joder, no sé por dónde empezar… Tú me presionaste para que lo dejara, para que lo hiciera a un lado cuando yo sabía que no estaba equivocada.

—Vaya, así lo estás mejorando, con creces. —Levanto las manos y me entran ganas de irme.

De hecho, me doy media vuelta, pero ella me lo impide atrapando mi muñeca y otra vez me dan ganas de abofetearla. Cuando me giro veo un sincero arrepentimiento en sus ojos, aunque ni eso ni la tristeza que siente van a cambiar el hecho de que ha vuelto a mentir.

—No solo me llevé el diario de Laia cuando fui a casa de Jordi, ¿vale? También cogí su ordenador y…

—¿Ese que guardas en el altillo de nuestro armario con todas las fotocopias de su puto diario?

—¡No hables así de algo que le pertenece! —Su boca tiembla y se da cuenta rápido del error que está cometiendo por gritarme. A pesar de estar rodeadas de gente parece que nos metemos en una maldita burbuja donde solo existimos nosotras: ella poniendo las manos en mis brazos y yo con intención de salir corriendo—. Elena, encontré algo de verdad, Laia estaba ayudando a una mujer que violaron, alguien de la clínica. Se empeñó en averiguar quién fue su agresor y creo que por eso la…, tienes que creerme, Raquel también lo hace. Ella está… hoy hemos ido a hablar con alguien.

—Esto es increíble… —mascullo llevándome las manos a la cara antes de dejar caer los brazos a cada lado de mi cuerpo. Quisiera no hacerlo pero no puedo evitar encararme con ella poniendo un índice en su pecho, golpeando una y otra vez—. Durante todos estos días has seguido con esto por tu cuenta, haciendo lo que te daba la gana.

—¡Y mira para lo que ha servido! —Marina se atreve a levantar la voz y yo ladeo la cara sin ánimo de seguir esta conversación—. Yo tenía razón, Elena, sabía que era imposible que Laia se quitara la vida y por fin estoy cerca de conocer qué le pasó de verdad.

—No es eso lo que más me duele, darme cuenta de que yo me equivocaba… podría haberlo admitido perfectamente, en el mundo se cometen errores peores. Lo que me duele es que después de todo lo que he pasado, sigas mintiéndome a la puta cara. —Aprieto los labios y miro un segundo a nuestro alrededor, dando una bocanada de aire que me entregue fuerzas y así decir lo siguiente—: Quiero que te vayas de casa, tienes la maleta hecha, cuando vuelva no quiero verte por allí.

—Tienes que estar de broma. —Abre la boca y vuelve a por mí cuando me ve dar un paso.

Al girarme de nuevo, la empujo y la aparto de mí con un desprecio que jamás pensé que sentiría por la que siempre ha sido el amor de mi vida.

—No vuelvas a tocarme ni me dirijas la palabra. Tienes dos horas, me importa una mierda donde vayas.

Me giro y empiezo a caminar, cerrando los ojos y queriendo no sentir nada. El corazón se me rompe en pedazos cada vez que doy un paso y hay una parte de mí que quiere dar media vuelta y darle otra oportunidad, pero el daño ya está hecho y yo ya no puedo más.

—¡Pero no puedes dejarme así! ¡Elena, joder, vuelve!

Marina grita varias veces más y no sé cómo soy capaz de seguir adelante y retener las lágrimas que se han formado en mis ojos. Al final del Passeig me espera Salma, de brazos cruzados, mirándome con un «te lo dije» que no hace falta que pronuncie en voz alta. Tampoco hace preguntas, aunque sí se da la vuelta antes de poner la atención en el coche que tiene aparcado en doble fila. Me subo sin mediar palabra y me pongo el cinturón de seguridad deseando que arranque. Cuando lo hace, mi cobardía hace que mire hacia donde se ha quedado

Marina, agarrada de su bolso y quizás llorando, no puedo verlo desde aquí.

La cabeza me grita una y otra vez que vuelva con ella, pero mi corazón se encarga de dejarme aquí sentada viendo la carretera una vez que Salma gira el volante. Tengo que cerrar los ojos para evitar llorar y todavía no me explico cómo lo consigo, a lo mejor es que estoy tan decepcionada con ella que ya no tengo más lágrimas que derramar. Puede que lo haga cuando esté sola, me da igual.

—¿Quieres venir a mi casa? No me fio de que esté allí cuando vuelvas y tengas otra bronca con ella. —Sé que las intenciones de Salma son buenas, aunque su forma de hablar también me recuerda que siempre ha odiado a Marina.

Niego y apoyo el codo en la ventanilla, dejando caer la cara en mi mano.

—No, seguro que cuando llegue se habrá ido, la conozco y no creo que se atreva a llevarme la contraria.

—Pues después de lo que ha seguido haciéndote yo no diría que la conoces tan bien. —Cuando la miro se encoge de hombros, sé que no se arrepiente de hablar así.

—Déjalo estar, no me ayudas con tus conjeturas. Vamos a cenar algo y luego me llevas a casa.

—Tranquila, ahora no pagues conmigo tus problemas maritales con una mujer que nunca te ha apreciado. —Se da cuenta de que si vuelve a decir algo malo de Marina me bajaré del coche y suspira poniendo la atención en la carretera—. Ya me callo. No pienso decir nada más en toda la noche. ¿Dónde te apetece ir?

—Me da igual, solo quiero acabar con esto cuanto antes.

Ya no dice nada, solo conduce entre las calles donde tengo un montón de recuerdos con mi mujer, ya sea paseando, comiendo, yendo al cine o corriendo cuando llegábamos tarde al autobús cuando no nos apetecía conducir. Cada una de esas imágenes se me instalan en la cabeza con fuerza, hasta que estas cambian por la de los últimos meses donde he visto a una Marina derrotada que se ha encargado de llevarme a un abismo con ella. Su mirada arrepentida se clava en mí y temo haber cometido un error, pero cuando pongo una mano sobre mi pecho para escuchar el latido de mi corazón sé que ya no late con normalidad, porque sus mentiras se han encargado de alejarnos hasta un punto en que ya no nos reconozco.

24

MARINA

Noelia me trae un té mientras que su mujer intenta preparar un sándwich sin resultado. Las dos están en silencio y se miran de vez en cuando, hablándose mentalmente, con miedo a preguntar en voz alta. Sé lo que es esa conexión porque lo he vivido a diario con Elena a pesar de que solita me he encargado de joderlo todo. Las manos me tiemblan y no soy capaz de beber sin tirar el contenido de la taza. Apenas dan las once de la noche y ya siento que llevo una eternidad fuera de casa. La expresión de odio que tenía mi mujer vuelve a dejarme helada y con unas tremendas ganas de llorar; de hecho, varias lágrimas se deslizan por mis mejillas, aunque intento limpiarlas rápido y así evitarme la vergüenza.

Nada más ver cómo se iba con Salma fui a por el coche y volví a casa para llevarme mis cosas. Después conduje hasta aquí sin haber pedido permiso o avisarlas de mi llegada. Marta todavía no ha cambiado la cara desde que me ha visto en la puerta de su piso en Passeig des Born con la maleta y todavía espero que pregunte.

—¿Qué has hecho ahora, Marina? —«*Voilà*», pienso, y Noelia le pega un codazo—. Qué, ¿es que no puedo preguntar?

—Pero no así… —La escucho susurrar y dejo la taza en la mesita.

—No pasa nada, me merezco todo lo que podáis decirme —comento en voz baja, casi derrotada, mirando la maleta que sigue al lado del sofá y la bolsa que también he traído con las fotocopias del diario y el ordenador de Laia. «Le has destrozado la vida a tu mujer, pero sigues con esto. Eres increíble», me dice la voz, aunque consigo ignorarla por completo—. Supongo que lo de siempre, mentir una y otra vez.

—Por Laia, ¿verdad? —Cuando asiento, Marta suelta un suspiro y viene con el plato a mi encuentro—. Toma, seguro que no has comido nada y tú no eres de hablar con claridad si tienes el estómago vacío.

Ese comentario me hace sonreír y su mujer pone los ojos en blanco sin poder creerse que sea capaz de bromear en una situación como esta. Me gustaría pasar de la comida e irme a la cama o esconderme en un armario, pero mi amiga tiene razón y por eso tardo poco en pegarle un buen bocado al sándwich de chóped con mayonesa, uno de mis favoritos. El estómago me ruge y hasta suelto un gemido que hace reír a Marta.

—Cómo odio que tengas razón —le dice su mujer y, en este momento, no puedo evitar sentir envidia dela manera en la que se miran.

«Tú tenías todo esto y lo has echado a perder», escucho una risilla en mi cabeza que se mantiene durante unos segundos, incluso mientras sigo comiendo y doy un pequeño sorbo al té. Mis amigas se sientan en el sofá y esperan en silencio a que les cuente lo que ha pasado, con pelos y señales, porque con lo cotillas que son no voy a poder dejarme nada. Un par de bocados más y me chupo los dedos encantada en un gesto que borra durante un segundo el malestar que siento, hasta que vuelvo a la realidad y noto cómo el latido de mi corazón se acelera sin remedio.

Busco la bolsa y saco el ordenador de mi hermana mientras Marta frunce el ceño y Noelia se desespera, tamborileando los dedos sobre su muslo izquierdo.

—Ya sabéis lo de Jordi, pero tras eso había mucho más. Me llevé de su casa el portátil de mi hermana y ahí descubrí que se comunicaba con una mujer que estuvo en la clínica de rehabilitación, se llama Lola. La violaron durante su tratamiento. —Noelia suelta un grito agudo y se lleva las manos a la boca. Su mujer le vuelve a dar un codazo para que se calle y yo prosigo —: Laia estaba intentando averiguar quién pudo ser, cuando hablé con esta mujer me comentó que ella se lo había dicho, igual que a Matías, su amante; él también sabía que pasaba algo raro.

—Espera, ¿Laia tenía un amante? No tenía ni puta idea.

—Ya… no es novedad, yo tampoco sabía nada —comento, sintiendo todavía una enorme tristeza porque mi hermana no confiara en mí—. El caso es que cuando le di el diario a Raquel, la inspectora Valdez —rectifico—, ella también notó algo raro. Me pilló en la clínica cuando fui a ver a uno de los compañeros de Laia y esta mañana hemos ido a hablar con la mujer de otro trabajador al que despidieron por supuestos tocamientos y acoso a las pacientes. Pero su mujer jura que es mentira.

—Joder… entonces, como pensaba, lo del suicidio ya no se sostiene —aclara Marta y su manera de decirlo me hace levantar una ceja—. Es que, coño, siempre me ha parecido muy raro que Laia lo hiciera así, no sé, tirarse de esa manera al mar y sin un solo mensaje de despedida hacia el resto.

—Todos la conocíamos, sabemos que si hubiera estado en el extremo habría pedido ayuda, era una de las cosas que siempre tenía en cuenta con las personas de la clínica —añade Noelia.

—¿Y por qué no me apoyasteis cuando yo lo pedí? Estuve días yendo a comisaría, suplicando que no cerraran el caso, ¡podríais haber hecho algo! —les reprocho sin cortarme ni un pelo en hacerles saber que eso me jodió mucho.

—La policía fue muy clara, Marina, por más que nosotras hubiéramos dicho lo que teníamos en la cabeza tampoco habríamos conseguido nada. Y tu estado no es el de ahora, tu obsesión por encontrar respuestas te convirtió en una persona muy distinta a nuestra amiga, Elena estaba destrozada y con razón. —No sé si Marta pretende echarme la bronca o reconfortarme, pero está claro que no se muestra indulgente y eso me pone de mala leche, hasta el punto en que dejo la taza en la mesa y hago el amago de levantarme—. No lo hagas —pide en cuanto me ve—, deja de ser tan terca y de pensar que estás sola.

—¡Pero es que lo estoy! —grito de manera inesperada y veo asomar la tristeza en sus expresiones. La respiración se me acelera y noto la manera en la que los nervios empiezan a tomar el control de mi cuerpo. «Ahí lo tienes, nunca se van a poner en tu lugar», la voz me hace suspirar y empieza a dolerme la cabeza. Sin embargo, basta con volver a mirarlas para saber que solo tienen intenciones buenas hacia mí—. Perder a Laia… ha sido lo más duro de mi vida, y creo que nunca voy a poder recuperarme de esto.

Me dejo caer en el sofá y enseguida tapo mi cara al borde del llanto. Apoyo los codos en las rodillas y me quedo así un rato, intentando poner en orden todo lo que siento, pero cuando una de ellas viene conmigo y me abraza, el resto del mundo se viene abajo y empiezo a llorar desconsolada. El pecho me sube y baja a toda prisa, cada vez que cojo aire siento que mi interior se va a partir en pedazos y que no voy a encontrar la manera de recomponerlo, por mucho que yo intente hacer algo al respecto. He perdido a mi hermana, a mi alma gemela, y esta noche también

al amor de mi vida. Supongo que nada puede ir a peor.

«Claro que sí, todavía no has visto nada». La voz en mi cabeza se vanagloria y me gustaría saber a qué demonios está jugando, por qué muestra esa tortura hacia mí, por qué insiste tanto en que siga cuando soy consciente de que solo destruyo lo que hay a mi alrededor.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites —comenta Noelia, rodeándome con los brazos y apoyando mi cabeza en su pecho para dejarme llorar—. En un rato preparamos la habitación de invitados y te podrás instalar ahí, deberías darte una ducha en intentar dormir, seguro que mañana lo ves todo con otra perspectiva.

—No sé si voy a poder recuperar a Elena, la he cagado de verdad. —Sorbo por la nariz y me limpio la cara con las manos como si eso fuera suficiente para llevarse lejos esta sensación que me encoge el pecho.

—Eso ya lo veremos, por ahora vamos paso a paso, ¿quieres que hablemos con ella y decirle que estás aquí? Seguro que está preocupada.

Afirmo ante la propuesta de Marta e intento respirar hondo, olvidarme un segundo de lo que ha pasado esta noche para centrarme en lo que hay que hacer, aunque no tenga idea de qué. Ella busca su móvil y deja el salón. Mi corazón desea escuchar la voz de mi mujer, pero al final sé que no es buena idea, así que agarro una servilleta y me limpio la nariz. Mis dedos arrastran parte del maquillaje que llevo en los parpados y eso me hace resoplar, se supone que esta noche iba a ser perfecta y yo solita me he encargado de estropearlo todo.

La conversación entre Marta y Elena no dura mucho, nuestras miradas se encuentran, aunque no me dice nada y lo prefiero así, por más que pregunte, ahora mismo no voy a poder hacer nada y por eso prefiero levantarme del sofá y llevar lo que he traído a la habitación.

—Iré a darme esa ducha mientras vosotras arregláis el dormitorio. Gracias por todo, de verdad.

—Siempre nos has tenido —aclara Marta y a pesar de que sé que no quiere que suene a reproche no puedo evitar sentirlo de esa manera, algo justo después de lo mal que me he portado los últimos meses.

Los minutos pasan y el agua caliente empieza a deslizarse por mi cuerpo. La dejo caer un rato, limpiándome la cara, los brazos, las piernas, cada poro de mi piel. Quisiera que se llevara el cansancio que siento, el dolor, el recuerdo de los abrazos con mi hermana y el polvo que se ha ido acumulando en un cuerpo que tiene pinta de flor marchita por más que hayan querido cuidarlo cada día. Apoyo las manos en la pared y continúo así durante un rato, con los ojos cerrados y mis pensamientos tomando un solo camino: el de esa verdad que se esconde en una puerta al final de un pasillo que continúa haciéndose más largo conforme avanzo. Me gustaría poder viajar al pasado, meterme en la cabeza de Laia e intentar adivinar qué es lo que sabía, cuáles fueron sus últimos pasos, qué la llevó hacia Cap de Formentor y por qué no lo hizo en su coche si tanto quería acabar con su vida.

Intento meterme tanto en ella que, de repente, la siento a mi lado, respirando cerca de mí, tan presente que puedo escuchar su risa y el sonido de su voz.

—Ya sabes la respuesta… —susurra alguien que se parece mucho a ella y una mano se posa sobre mi hombro haciéndome abrir los ojos de golpe.

—Joder, su coche —digo, y aunque no hay nadie aquí, sé que ha sido Laia quien lo ha dicho, con la única intención de guiarme hasta la claridad.

25

MARINA

Algunos agentes se me quedan mirando como si recordaran bien cada una de las veces que vine a comisaría, suplicándoles que indagaran más a fondo en la muerte de Laia; pero esta vez no me siento amedrentada ni tampoco agacho la cabeza con vergüenza a pesar de que mi vida personal está más en riesgo que nunca, por no decir que rota. El calor a estas alturas de julio hace que todo el mundo busque el refresco de la sombra, sin embargo, a mí me reconforta sentir los rayos del sol sobre la piel, arrastrándose hasta llegar a la punta de unos dedos que tamborileo sobre los muslos a la espera de encontrarme con Raquel en algún momento.

Cuando la inspectora aparece en escena lo hace al lado de Manuel, quien me mira con cara de pocos amigos, hasta podría adivinar qué ha pensado por la manera en la que camina hacia mí antes de que su compañera lo pare. No sé qué le dice, pero otra vez levanta las manos y se da media vuelta, dejándome en paz.

Raquel se acerca a mí, esta vez sin la chaqueta que suele llevar puesta a pesar del calor y, cuando está a un par de metros, me doy cuenta de que tiene varias cicatrices cruzando sus brazos, como si en algún momento de su pasado se hubiera querido…

—¿Qué haces aquí? Lo tuyo no es la discreción, está claro —me interrumpe con su habitual mal humor y, aunque me parece divertido, procuro no sonreír.

—Anoche me di cuenta de algo, una cosa que pasamos por alto. —La inspectora levanta una ceja y se cruza de brazos, no está aquí para perder el tiempo ni escucharme hablar como si fuera un poli más, así que continúo—: Su coche, nunca iba a ningún lado sin él y no creo que lo hiciera el día que quería acabar con su vida, ¿por qué lo dejó en la ciudad? Y sobre todo lejos de su casa, no es algo habitual en ella.

—A menos que no fuese ella quien lo aparcara ahí. —Raquel descruza los brazos y habla entre convencida y sorprendida por no haber llegado antes a esa conclusión—. ¿Sabes si Jordi ha hecho algo con el coche?

—Todavía lo tiene en el garaje o, al menos, lo tenía hasta que hablamos la última vez.

—Muy bien, iremos a hablar con él esta tarde, intenta mantenerte al margen hasta que salga del turno, no quiero problemas —advierte y no da lugar a una negativa.

—Tranquila, con haber jodido mi matrimonio tengo bastante —suelto convirtiendo esas palabras en una especie de liberación sincera que no creía necesitar, dándome cuenta de cómo están las cosas—. Supongo que tengo que darte la razón.

—No me gusta vanagloriarme con esas cosas, además, cada relación es un mundo y, créeme, yo nunca te he deseado nada malo.

—No, solo que te deje en paz. —Me burlo sin mala intención y ella sonríe. Después, me encojo de hombros y estiro el cuello viendo a Manuel, de brazos cruzados, apoyado en un coche —. Y mejor lo hago ahora también, no quiero que haya problemas con él.

—Me gustaría tener su apoyo, pero tampoco puedo obligarle a hacer algo que no está aprobado por los de arriba, respeto que quiera proteger su trabajo y su vida personal. Nos vemos a eso de las seis, ¿sabes si Jordi estará en casa?

—Sí, suele salir a las tres y tiene el resto de la tarde libre.

—Perfecto, no te metas en líos mientras tanto —bromea y, por primera vez, la veo hablando casi como si fuéramos colegas.

Raquel se aleja dejándome con una pregunta en la cabeza: quiero saber por qué ella sí pone en riesgo su placa, años de investigación, la confianza que se habrá ganado de sus superiores y el resto de compañeros que colaboran con ella. Desde aquí puedo reconocer las miradas de hastío, el asco que algunas personas me tienen después de haberme convertido en una mujer muy distinta a lo que soy ahora, gritando frente a ellos, llorando, suplicando de rodillas que no lo dejaran estar. El recuerdo de esos instantes se pasa por mi mente y no es que me sienta orgullosa, aunque ahora quiera gritarles que yo tenía razón y que deberían de haberme hecho caso.

Me ato con más fuerza el nudo de la camisa que llevo alrededor de mi cintura y vuelvo al coche, deseando ir a ver a una mujer que tampoco debe de guardarme mucho cariño ahora mismo. Y, al arrancar el motor, me doy cuenta de la cantidad de cagadas que he hecho en poco tiempo, como si la muerte de mi hermana, solo me hubiera afectado a mí.

. . .

Cuando llego a casa de Luisa después de haber recorrido media ciudad su expresión no desprende simpatía ni mucho menos, hasta creo que tiene ganas de cerrarme la puerta en la cara; sin embargo, me deja entrar y voy hacia el salón con el arrepentimiento arrastrándose por el camino. Dejo el bolso en una silla y me arreglo algunos mechones sueltos que me caen sobre la frente y me dan excesivo calor, supongo que me siento así por los nervios que me embargan. Me giro y la miro a los ojos sin saber muy bien qué decir.

—¿Sabes qué me jode de ti, Marina? —No me sorprende que tarde poco en echarme una bronca que me merezco—. Que nunca pareces tener bastante cuando se trata de favorecerte a ti misma sin pensar en la situación que pones a los demás.

—Luisa, sabes que yo no…

—¿Qué? ¿No querías jugar conmigo, hacerme daño, mentir a tu mujer diciéndole que estabas conmigo para ponerme en una situación incómoda y muy injusta con ella? Te dije que se lo contaras, que tenías que hacerlo y ahora… ya no sé cómo mirarte a la cara, de verdad. Ni siquiera te reconozco.

En otro momento se lo habría rebatido, gritado o dicho que no lleva ninguna razón, pero cuando la miro a los ojos soy capaz de ver que es cierto, porque ni yo misma sé bien quien soy de verdad. La Marina que todo el mundo conocía ha quedado atrás, escondida tras una puerta que no soy capaz de abrir con la intención de traerme de vuelta, y cada vez que veo el daño que he hecho a los que quiero, se me parte el corazón.

—Supongo que con decir que lo siento no va a ser suficiente. —Agacho la vista un momento, dándome cuenta de lo decepcionada que está y de la cantidad de veces que he tenido la oportunidad de remediar las cosas. «Y, sin embargo, decidiste no hacerlo»—. No sé lo que me

ha pasado, Luisa, te prometo que no lo sé. Lo de Laia, todo lo que envuelve su muerte ha tomado el control de mis sentidos, de mis acciones. Sé que no puedo justificar lo que he hecho, pero es que siento un terrible miedo a descubrir algo de lo que no me voy a poder recuperar. Algo dentro de mí me grita que pare y quiero hacerle caso, hasta que sigo avanzando y me doy cuenta de que no estaba equivocada al pensar que no se quitó la vida.

—Hasta ahí llego, y te apoyo. Siempre te he apoyado a pesar de que te obsesionaste de una manera tan peligrosa, algo que te ha llevado a donde estas ahora. —Se cruza de brazos y no muestra indulgencia alguna, aunque tampoco lo disfruta, son muchos años de amistad que yo he tirado por la borda en cuestión de meses—. Pero, al final, tú has sido quien ha hecho estas elecciones, tengas razón o no en tus teorías, no tienes por qué mentir y usarnos como te dé la gana.

—No creo que os haya usado como dices. —Mis palabras van acompañadas del dolor que siento, de la decepción profunda que tengo hacia mí misma, aunque no pueda evitar querer defenderme en todo momento, como siempre he hecho.

—¿Ah, no? Cuando volviste al instituto dejaste claro que no ibas a cambiar. Buscaste una forma de estar lejos de tu casa, de Elena, para que ella no te viera meter las narices en un caso que ya estaba cerrado por la policía. ¿Quieres que te dé un aplauso porque ahora tengas razón, porque de verdad hayas descubierto algo útil? Pues no lo voy a hacer porque podrías haber elegido hacer las cosas de otra manera y lo sabes.

—Creo que ninguno entendéis la magnitud de esto, no sois capaces de poneros por un segundo en mi lugar. —El cabreo empieza a subirme por los brazos y sé que en cualquier momento voy a soltar algo de lo que después me arrepentiré. Intento evitarlo abrazándome a mí misma, buscando algo a mi alrededor que me distraiga—. He venido porque estoy muy arrepentida de esto, no me gusta en lo que me he convertido ni mucho menos haber mentido a mi mujer, a ti, a todos nuestros amigos. De verdad.

—¿Estás segura? ¿Si tuvieras solo dos opciones, si una de ellas fuera seguir mintiendo y la otra seguir jugando con nosotros con tal de averiguar lo que pasó, qué harías?

«Te ha pillado», se vanagloria la voz. Aprieto los labios y aunque he intentado ser clara, una parte de mí sabe que sería capaz de perderlo todo con tal de saber por qué mi hermana murió. Luisa suspira y muestra una tristeza que nunca he visto, ni siquiera el día del funeral de Laia o cuando nos reunimos un mes después para celebrar su vida. Todos vinieron a casa con la intención de demostrarme su apoyo y decirme que estaban conmigo, que lo estarían a pesar de las circunstancias, hasta el final.

Recuerdo mi llanto, el dolor que cargaban unas lágrimas que escocían y me abrieron la piel, que sangraron como si me hubieran clavado un puñal. Elena tuvo que contenerme para no romper lo que encontraba a mi paso mientras les gritaba a todos que se largaran y me dejaran en paz, que jamás podrían entender lo que sentía ni comprender el vacío que seguía profundizándose en mi pecho. Nunca pensé en lo que la muerte de Laia provocó en ellos, en personas que la querían igual que yo, que eran amigos, compañeros de trabajo, personas cuyas vidas también han cambiado a raíz de esta pérdida, igual que lo habrían hecho la de nuestros padres de estar vivos. Y supongo que ese ha sido mi error, algo que puedo ver en los ojos de Luisa y que me hace caminar hacia ella para darle un beso en la mejilla y rodearla con mis brazos, en un gesto que ella no corresponde.

Tampoco se lo puedo reprochar.

—Lo siento mucho, de verdad, nunca ha sido mi intención haceros daño por mucho que haya parecido así. —Me separo de ella y le dedico una sonrisa a pesar de todo—. Saluda a Miguel de mi parte, ¿vale?

Luisa se queda estática en el sitio sin pronunciar una sola palabra. Me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero el daño ya está hecho y no creo que pueda cambiar nada ahora mismo.

—Marina, espera —dice y me giro, está a punto de llorar—. Tienes que mejorar las cosas, no solo por nosotros, sino por ti. Espero que encuentres lo que estás buscando.

Intenta sonreír, aunque no le sale; sin embargo, sé que lo dice con sinceridad y yo se lo agradezco, siempre lo haré. Al cerrar la puerta apoyo un segundo la cabeza ahí, quisiera entrar y buscar mejores palabras que decir, pero, al mirar el sol en lo más alto, solo puedo pensar en una cosa. La imagen de mi hermana se me mete otra vez en la cabeza, y eso me da fuerzas para andar hacia el coche e ir a casa de Jordi en un intento por acercarnos más a la verdad.

26

RAQUEL

La última discusión con Manuel me ha dejado un tremendo dolor de cabeza y, aunque sé que tiene razón en parte al decir que me la estoy jugando, no pienso dar un paso atrás en la intención de saber qué le pasó a Laia Mascaró. Durante meses me he engañado a mí misma con este caso —y quizá con algunos más— al pensar que estaba resuelto, que no había nada más allá de un supuesto suicidio que ninguna de sus personas cercanas tuvo claro. Mirando atrás me doy cuenta de por qué ignoré la realidad, de por qué intenté por todos los medios hacerme a un lado. Acariciarme algunas de las cicatrices que tengo en las muñecas o los brazos me deja claro que tuve miedo de empatizar con su hermana, de meterme tanto en la piel de una muerta que vino con un sinfín de recuerdos que todavía me tamborilean en la cabeza.

La vergüenza me hace suspirar, pero intento poner buena cara cuando veo un coche aparcar delante de mí y a Marina salir de este con gesto cansado. No sé con cuantas batallas estará luchando en su interior, y las fuerzas me flaquean al considerar que tengo parte de culpa. Sé que involucrarla directamente en una investigación que no es oficial —y haberla llevado a interrogar a otras personas— es un error que roza la ilegalidad, pero algo dentro de mí me dice que solo así voy a encontrar las respuestas que busco.

—Perdón por llegar tarde, el tráfico es una locura. A veces odio los veranos, la gente va como loca por la carretera.

—El turismo es lo que tiene. —Le doy la razón y enseguida me doy media vuelta, encarando la casa de Jordi. Todavía no es de noche como para ver luz en el interior, pero estoy segura de que él está en casa y por eso avanzo sin pensármelo dos veces—. Intenta mantenerte al margen, ¿vale? No creo que le haga gracia que aparezcas por aquí.

—Tranquila, voy a comportarme. —Me gustaría creerla, aunque el tiempo me ha dado una forma curiosa de conocer a esta mujer, y no puedo evitar pensar que tiene algo guardado en su interior.

Soy yo quien llama al timbre y, aunque parece no haber nadie, al rato veo a Jordi correr la cortina de la ventana que hay en lo que debe de ser el salón. Saludo con la mano y le pido que abra la puerta. Marina está a mi izquierda, seguro que no la ha visto porque enseguida asiente. Sus ojos van primero a mí, pero cuando es consciente de quien me acompaña enseguida se tensa y puedo ver el odio atravesar su mirada.

—¿Podemos pasar? Me gustaría hacerte algunas preguntas.

Jordi no parece el típico hombre complaciente y me doy cuenta por la manera en la que sus nudillos se aclaran al apretar la puerta, todavía sin decir nada. Se aparta y nos deja entrar al interior de una casa que no parece haberse limpiado durante varios días. El polvo empieza a formar una capa clara en los muebles y fotografías que encuentro a mi paso. Hay un par de Laia, pero por las marcas sin suciedad que hay en las paredes o el mueble del recibidor que dejamos atrás, sé que ha quitado otras tantas.

Intenta pasar página, seguir adelante con su vida tras la muerte de su mujer, algo muy normal a estas alturas. Sin embargo, tengo una sensación extraña que se me mueve por el pecho. Aquí ya no se percibe el amor, sino un rencor que Jordi exuda por cada poro de su piel.

—He quedado con unos amigos, no tengo mucho tiempo —aclara nada más entrar al salón con nosotras.

Esbozo una leve sonrisa que no permito que vea y, al encararlo, le pido que se siente con un gesto simple.

La orden le crispa y lo hace notar en unos pasos firmes que golpean el suelo con rabia, la misma con la que me mira cuando saco una libreta y aparto una silla, mientras que Marina se toma la libertad de sentarse en el sillón que hay frente a él.

—Háble me de los últimos días que estuvo con Laia, ¿sintió en ella algo raro?

—¿Además de que se estaba tirando a otro tío? No, creo que no. ¿A qué viene esto? El caso está cerrado, no sé por qué tengo que volver a responder las mismas preguntas. —Su crispación va en aumento y se aprieta las rodillas con los dedos antes de entrelazarlos en un intento porque no note que el interrogatorio no le está gustando—. En los últimos meses solíamos discutir mucho, teníamos el sueño de ser padres y no pudimos conseguirlo, eso nos desgastó más de la cuenta —explica, más comedido—. Supongo que nos alejamos y ella buscó consuelo en alguien más, pero yo siempre quise intentar recuperarla, acepté ese viaje de trabajo con la intención de que se aireara un poco; tal vez un intento porque me echara de menos.

—¿A tus continuos golpes? Lo dudo mucho. —Marina lanza un dardo que no puede contener y tengo que pedirle con la mirada que lo deje estar.

Ahora no es el momento.

—No pienso caer en tus juegos, Marina, deberías estar agradecida porque no te denunciara por tu agresión.

—Mejor continuemos con esto —pido e intento desviar la atención a lo que necesito preguntar—. Entonces, no vio nada raro en ella, ni la notó más nerviosa por temas de trabajo.

—Laia ya no hablaba de eso conmigo, sé de buena tinta que tenía días muy difíciles en la clínica. Su trabajo era complicado, pero de ahí a notar algo raro… Lo único que hacía era ir allí y después verse en la calle con algunos de los pacientes que ya estaban rehabilitados —comenta con toda la facilidad del mundo—. Siempre supe que eso podía poner en peligro su puesto, pero era buena persona y por eso no la insté a que dejara de cometer locuras, algunos compañeros lo sabían y también la apoyaban, digamos que se cubrían las espaldas. Como he dicho, la quería mucho, quería que nuestro matrimonio funcionara, no soy una persona que se dedica a joder las cosas, más bien pongo todo el esfuerzo en mantener a la gente a mi lado.

Jordi sonríe mirando a Marina y disfruta de ese momento como si fuera un crío pequeño, algo que me deja muy claro la clase de hombre que es. Disfruta con hacer daño y me gustaría poder haber demostrado que también era un ser posesivo y maltratador.

—¿Todavía tiene el coche de su mujer? —A Marina no le gusta nada que use esta palabra, pero es un simple formalismo para hacer que Jordi colabore.

—Sí, está en el garaje cogiendo polvo, todavía no he decidido qué hacer con él.

—¿Podría ir a echarle un vistazo? ¿Tiene los papeles de registro y el seguro?

—Todo está en la guantera, tal y como lo encontré cuando fui a recogerlo el día que la

policía me lo indicó. Es todo suyo, busque lo que quiera. No creo que tarde mucho en ponerlo en venta y deshacerme de ese trasto.

—Muy bien, pues ahora volvemos.

Le pido a Marina que me acompañe después de que Jordi nos dé las llaves y juntas vamos hacia al garaje, encontrándonos con un Opel Corsa de color rojo. Cuando entramos dentro el silencio nos rodea durante un rato, segundos en los que echo un vistazo a cualquier detalle que pueda llamar mi atención. Además de una fina capa de polvo, me doy cuenta de que los asientos y el suelo del coche tiene algunas virutas de suciedad y eso me deja claro que Laia no murió aquí dentro. Porque lo habrían limpiado. Mi acompañante acaricia la guantera con delicadeza y, al abrirla, me da una carpeta donde está la información que necesito y con la que escribo algunos datos en mi libreta.

—¿Qué vamos a conseguir con esto?

—Iré a hablar con los fabricantes y la empresa de seguridad que gestiona el GPS antirrobo del coche, así podremos saber por dónde se movió Laia y, si tenemos suerte, saber el recorrido que tuvo por la ciudad el día de su muerte.

—¿Y cómo vas a averiguarlo?

—Si tiene instalado un sistema activo rastrea la ubicación del vehículo en cualquier momento, incluso apagado, es un método antirrobo que puede almacenar datos de ubicación utilizando sus propios medios de alimentación, pero tendría que hablar con el fabricante primero para ver si este modelo en concreto lo lleva. —Marina suspira y su semblante se transforma, como si hubiera perdido la confianza de repente, y no puedo culparla por ello—. Hay que creer en esa posibilidad, también tenemos que hablar con Rafaela, seguro que nos esclarece algunas cosas que no sabemos.

—¿Cómo puedes hacer esto todo el tiempo sin volverte loca? Porque yo siento que lo he perdido todo, incluso mi propio yo. —El sentimiento de tristeza la invade y se refleja en sus ojos de la misma manera que a mí me pasa cuando siento que estoy a punto de perder el control de las cosas.

—La experiencia te curte, pero no te voy a engañar, hay casos que se vuelven muy difíciles, es complicado no empatizar con la gente o con la misma víctima, no ponerte en su lugar cuando estas en la propia investigación. —Asiente y me mira los brazos, como si tuviera miedo a preguntar algo que ya sé que quiere saber. Le sonrío y yo misma acaricio alguna de mis cicatrices bajo la chaqueta que llevo puesta—. Cada vez que llega un caso de suicidio, no puedo evitar pensar en ciertos momentos en concreto de mi vida, puede que por eso lo de Laia me quedara grande. Todavía trato de averiguar qué me pasó.

Demuestro el arrepentimiento con mis palabras, por no haber indagado más en una investigación que se cerró demasiado rápido y que ha traído mucho dolor a la mujer que está sentada a mi lado. Sin embargo, ella sonríe y pone su mano en mi brazo, compartiendo una caricia silenciosa que dice mucho más que cualquier palabra en el mundo.

—Ahora estás aquí, y es lo que importa, espero que podamos averiguar algo más con lo del coche.

—Yo también, será mejor que volvamos, no quiero que Jordi venga a molestar, es evidente que no le gusta esta situación. —Bufo y me tomo un segundo, abandonando la seguridad del coche con la carpeta que me ha dado Marina, pero también con las anotaciones en

la libreta que he escrito por si acaso.

Al volver, veo que Jordi nos espera apoyado en el marco de la puerta que da directa al pasillo de camino al garaje. Su expresión refleja lo desencantado que está y al acercarnos a él, sonríe petulante.

—¿Ha encontrado lo que quería, inspectora?

—Lo veremos con el tiempo, pero ha servido de mucha ayuda. Gracias por dejarme revisar el coche de su mujer, espero que le encuentre un lugar mejor que ese garaje, es un buen coche, la verdad.

Jordi se aparta de la puerta y nos deja pasar a la cocina sin responder nada, aunque tengo la sensación de que no va a dejarlo aquí.

—Pues seguro que se lo venderé al primero que me lo pida, no quiero tener más recuerdos aquí de una persona que ya no conocía, es una vergüenza en lo que se convirtió todo. —El desprecio con el que habla no me pilla por sorpresa, aunque sí me pregunto si hablará así porque lo siente de verdad o por quien me acompaña.

—No me extraña que se viera con otro, eres un gilipollas —espeta Marina y no tarda en apuntarle con el dedo—. Nunca te mereciste a una mujer como ella, me das asco, ojalá te hubieras muerto tú.

—Eres una zorra. —La rapidez con la que Jordi se enciende provoca que se vaya a por ella con rabia.

La cocina se hace más grande de lo previsto pero la experiencia es un grado y antes de que la toque consigo atrapar su muñeca y hacerle una llave, empujándolo hacia la pared. No sé si es por la situación o la rabia que llevo acumulada por dentro al calar a un hombre como este, siempre amenazando o maltratando a cualquiera que considere por debajo de él, pero no me lo pienso cuando le estampo la cara contra el gotelé y pongo la rodilla entre sus piernas.

—Vuelve a hacer algo así y te juro que no pisarás la calle en años, maldito cabrón —mascullo a su espalda, haciendo más fuerza hasta que omite un quejido y le suelto, dejándole claro que no pienso permitirle una más.

Marina se ha quedado blanca y no sabe cómo reaccionar. Tengo que agarrarla del brazo y guiarla hacia la salida, sé que Jordi tiene la mirada puesta en nosotras, pero no hace nada y cuando cierro la puerta suspiro más aliviada. De camino al coche me fijo en la casa de enfrente, donde una mujer de nuestra edad nos observa a través de una ventana, mirando fijamente a mi acompañante, conforme nos acercamos al coche veo que hay cierto tinte de desprecio y no puedo evitar preguntarme por qué, aunque al despedirme de Marina no hago preguntas. Primero, tengo que ocuparme de esto y ya veré hacia donde nos llevan las nuevas pruebas que tengo en mi poder.

27

MARINA

UNA SEMANA DESPUÉS

—Elena, por favor, cógeme el teléfono, necesito que hablemos. Sé que no tengo justificación, pero de verdad que quiero intentar aclararlo todo. Espero que me llames, te quiero.

Cuelgo después de dejarle otro mensaje más de los muchos que se han quedado en su buzón de voz durante los últimos días. El café se me enfría en el salón de una casa en la que me han acogido con los brazos abiertos, pero en la que tengo muy claro que sobro. No quiero que Noelia y Marta se vean metidas en esto, ni mucho menos que tengan que pensar que seguirá así a largo plazo. Después de ir a casa de Jordi, Raquel y yo hemos compartido algunos mensajes que me han hecho reflexionar y poner un poco el freno. Todavía no hemos conseguido localizar a Rafaela, pero seguro que lo hacemos pronto y tal vez eso nos acerque un poco más a saber qué le pasó a mi hermana, aunque antes, tengo otras muchas cosas que solucionar.

Echo tanto de menos a mi mujer que ya no sé en qué día despierto o si de verdad estoy en Palma, porque no soy capaz de reconocer estas calles de la misma manera que lo hago estando a su lado. Y que no responda a mis llamadas y mensajes solo empeora las cosas. Cada vez que respiro siento que a mis pulmones le entra fuego en vez de aire y estoy empezando a creer que no voy a recuperar la vida que he dejado atrás.

«¿De verdad es lo que quieres?»

—Déjame en paz —musito respondiendo a la voz de mi cabeza y Noelia aparece por la puerta.

—¿Quién tiene que dejarte en paz?

—Nada, es que Elena sigue sin responderme y ya no sé lo que me digo. —Intento aligerar la situación y agradezco que no me preste atención mientras se sirve una buena taza de café.

Cómo me gustaría que las clases no hubieran terminado para tener algo que hacer y no estar pensando todo el rato en el desastre que he creado a mi alrededor. Ahora mismo me arrepiento de haber jodido las cosas con Luisa y no aceptar ningún proyecto educativo con el que estar ocupada durante algunas semanas en el verano.

—¿Por qué no vas a verla a la oficina? —propone Noelia, con la taza en una mano y una magdalena en la otra, mirándome con la cintura apoyada en la encimera de la cocina.

—No creo que le haga mucha gracia, Elena no es de este tipo de sorpresas, además si no quiere hablar conmigo por algo será.

—Para mí que te está poniendo a prueba, si estuviera en su lugar esperaría que mi mujer fuera la que moviera ficha, una simple disculpa por teléfono no me valdría. Yo cogería el toro por los cuernos e iría allí, además, no tienes más que perder. —Se encoge de hombros con

facilidad, como si esto fuese dicho y hecho, aunque no puedo evitar pensar en que quizá tenga razón.

Echar un vistazo a mi alrededor me sirve para ver algunas fotografías enmarcadas sobre el tono terroso de las paredes, dando un aspecto cálido a un rincón en el que ella y Marta han creado una bonita relación. Entrelazo mis dedos y los acaricio en silencio pensando en lo que ha dicho, no convencida del todo, al menos hasta que Noelia ve aparecer a su mujer y le da un beso.

Quiero esto de vuelta, con tanto fervor que me bebo el café rápido y salgo corriendo a la habitación.

—¿Qué le pasa? —escucho a Marta decir, pero no alcanzo a oír lo que responde Noelia, salvo por una risilla que llega hasta mí.

En la maleta no tengo mucho con lo que vestirme demasiado guapa, pero sí que me encuentro con una blusa blanca que combino con los vaqueros cortos. Los nervios también me juegan una mala pasada y tardo más rato de lo que pretendo en maquillarme, pero al acabar me miro en el espejo e intento poner en orden las ondas de mi pelo, ahora un poco más largo de lo habitual. No he tenido ni ganas de ir a la peluquería con todo lo que he estado viviendo durante las últimas semanas, y aunque sigo sin poder apartar la sensación de miedo que late con mi corazón, ahora estoy dispuesta a centrarme en Elena y solo eso.

Me despido de las chicas con un beso en la mejilla de cada una y enseguida me subo al coche camino a Son Castelló. Durante el trayecto me distraigo escuchando el programa de Los 40 Principales y, aunque no presto mucha atención a la música que suena, tamborileo los dedos en el volante intentando que los nervios no me invadan. Sin embargo, estos toman el control de mi cuerpo en cuanto aparco el coche delante del edificio donde Elena trabaja. Apago el motor y me quedo aquí dentro un rato, hasta que me atrevo a mirar los ventanales donde me gustaría poder verla a pesar de la gran distancia que nos separa. Soy capaz de sentir el latido de su corazón, la manera en la que respira o esos gestos habituales que descubrí en ella hace ya mucho tiempo. Cierro los ojos y visualizo las líneas de expresión que se forman en su cara cada vez que sonríe, como si el alma las estuviera pincelando para que otro sea consciente de los colores que mi mujer desprende cuando es feliz.

«Y tú solita te has encargado de destruir eso», me recuerdo, aunque ya no sé bien si soy yo la que habla.

Salgo del coche y cruzo la carretera casi corriendo directa a la puerta. La recepcionista me sonríe nada más entrar.

El ascensor sube más lento de lo que me parece y cuando este se abre estoy a punto de salir corriendo por el pasillo, pero mi mala suerte me hace chocar con una Salma que me mira con ese desprecio que es muy habitual en ella.

—¿Qué haces aquí? Sabes que a Elena no le gusta que la interrumpan cuando está en algo importante.

—Salvo que tú lo haces cuando te da la gana, ¿no? Mejor déjame pasar y no te metas. —No he cruzado la puerta del ascensor y cuando está a punto de cerrarse ella pone una mano, metiéndome más adentro—. ¿Te quitas o voy a tener que hacerlo yo?

—¿También vas a amenazarme, a tratarme como una mierda igual que has hecho con tu mujer? —Su atrevimiento me dan ganas de darle una buena hostia, aunque logro contenerme por el lugar donde estoy y también porque no quiero que Elena tenga problemas en el trabajo. Salma

se da cuenta y sonríe petulante, creyéndose que ha ganado una especie de guerra contra mí—. No quiere verte, mejor date media vuelta.

—¿Y tú qué coño sabes? No la conoces en absoluto. —Estoy harta de ella y no me lo pienso dos veces cuando avanzo y la empujo, quitándola de en medio, y dirijo mis pasos hacia el despacho de Elena; pero antes de que pueda caminar unos pocos metros me agarra de la muñeca y tira de mí—. ¡Que me dejes en paz, joder! —grito a pesar de que no lo pretendo.

Varios trabajadores que pasan por aquí se nos quedan mirando y me obligo a respirar hondo, aunque lo peor llega cuando veo a Elena aparecer por el pasillo.

—¿Se puede saber qué es este jaleo? —masculla mirándome a los ojos, antes de poner la atención en la que se supone es su mejor amiga—. Tienes trabajo que hacer antes de que llegue Nuria, ponte con ello, Salma; yo me ocupo.

—De acuerdo —susurra ella y se pasa la mano con elegancia por la blusa que lleva puesta atreviéndose a sonreír a mi mujer y dedicarle un guiño—. Ya sabes lo que hemos hablado, te dejo con… esta.

Echo la cabeza hacia atrás y aprieto los puños intentando controlar el cabreo que me sube por los brazos. Si estuviéramos en un lugar diferente le habría dejado unas cuantas cosas claras, pero lo que hago es respirar hondo y esperar a que la puerta del ascensor se cierre dispuesta a ir con Elena, quien manda a trabajar al resto de compañeros con una simple mirada.

El pasillo hacia su despacho se alarga más de la cuenta, sé que son los nervios, pero no puedo evitar pensar que cuando entremos me va a caer una bronca de campeonato, «o a lo mejor me pide el divorcio», me digo, pensando en una posibilidad que me deja totalmente fría y destrozada por dentro. Elena no me mira y cierro la puerta con cuidado, queriendo agarrarme a cualquier cosa con tal de no mostrar cómo me siento.

—Te he estado llamando… —apunto como si ella no lo supiera ya. Todavía me da la espalda y me cuesta mucho adivinar si está enfadada o no—. ¿No vas a decirme nada?

—¿Qué más quieres que te diga, Marina? Me he pasado los últimos meses intentando que te des cuenta de cómo han sido las cosas, de lo que estabas haciendo y has preferido seguir a la tuya.

Se gira y veo un profundo cansancio en ella, no solo por las ojeras que puedo distinguir desde aquí a pesar del maquillaje, sino porque parece agotada por completo. Su fortaleza habitual ha cambiado por el temblor de sus labios, por los ojos anegados en lágrimas, por el denso suspiro que se escapa de su boca sin saber qué más añadir. Cómo me odio por haberle hecho esto y ser yo quien más la ha traicionado. La he mentido durante todo este tiempo cuando en los últimos meses se pasó cada hora del día intentando darme consuelo, postrada de rodillas ante mí con tal de que yo no cayera más…

No puedo describir el arrepentimiento que siento, pero sí me acerco a ella a pesar del miedo que tengo de que me aparte o no quiera más que echarme de aquí.

—Lo lamento, de verdad, no tienes idea de cuánto me duele verte así, de cómo me siento por haber creído que era mejor llevar todo esto en silencio por miedo a que no me entendieras, cuando está claro que tú eres la única en el mundo que es capaz de ver lo que soy. —No me lo pienso y la abrazo, apoyo su cabeza en mi pecho y me agarro fuerte a su camisa.

Noto cómo su cuerpo tiembla y, aunque al principio se niega a corresponderme, al final también me abraza. Sube sus brazos poco a poco, con temor a quemarse, pero cuando noto los

dedos en mi espalda y cómo la distancia se rompe del todo, estoy a punto de echarme a llorar.

—No sé vivir sin ti, Marina, las horas del día se han convertido en un reloj de arena que nunca se agota y no tengo idea de qué hacer, pero…

—Déjame volver a casa —pido con la voz entrecortada y noto un gran nudo en la garganta. Me aparto, la miro a los ojos y atrapo su cara entre mis manos viendo el reflejo de mi expresión en su mirada—. Solo quiero estar contigo, adoro a Marta y Noelia, pero si sigo ahí una semana más, creo que voy a volverme loca.

La broma hace que sonría un poco y me siento genial, es como respirar aire fresco otra vez o caminar sobre la hierba con los pies descalzos. Siento que su corazón se abre de nuevo conmigo, que soy capaz de atravesar las capas que he ido construyendo durante los últimos meses, pero su semblante cambia en cuanto es consciente y pone las manos sobre mi pecho.

—No puedo permitir que vuelvas a hacerme daño, Marina —susurra con el mismo gesto de tristeza que le he visto al entrar—. Te quiero muchísimo, sé que nunca voy a dejar de hacerlo, te tengo tan adentro que estar sin ti es como vivir en un continuo vacío.

—¿Entonces? Podemos arreglarlo, te prometo que me esforzaré en volver a ser la de antes, a que las mariposas revoloteen en tu estómago como lo han hecho desde la primera vez que nos vimos.

El teléfono me suena en este momento y, aunque quiero ignorarlo, leer el nombre de Raquel hace que le pida un segundo a mi mujer para contestar la llamada.

—He localizado a Rafaela y ha dicho que puede vernos mañana mismo, si estás con tiempo.

—No tengo nada que hacer, ¿a qué hora nos vemos? —Los nervios provocan que me muerda el dedo pulgar, y siento que podría salir corriendo ahora mismo.

—Te recojo a eso de las nueve, mándame la ubicación y nos vemos.

Cuelgo y no puedo hacer a un lado el alivio que siento. Sonrío y ver ese mismo reflejo en la expresión de Elena me da unas esperanzas que se pierden en cuanto ella pone una mano en mi mejilla y la veo titubear, casi al borde del llano.

—¿Lo ves? Las dos sabemos que no vas a descansar hasta que sepas lo que pasó. Harás cualquier cosa, incluso hacerme a un lado si hace falta.

—Eso no es… —Me interrumpe con un beso y, después, se aparta de mí con esfuerzo y una determinación que nunca había visto en ella.

—Ya no puedo más, espero que lo entiendas. Cuando encuentres un sitio donde vivir ven a casa a por tus cosas, ¿vale?

—Pero… —Las palabras se me atascan en la garganta y me la quedo mirando como una tonta mientras coge el bolso y sale de su propio despacho sin decir nada más.

La puerta se cierra y me quedo aquí, rodeada de parte de lo que he conocido durante estos años, sola, alejándome mientras caigo al vacío.

28

LAIA

CUATRO DÍAS ANTES DE SU MUERTE

SEPTIEMBRE DE 2016

Desde que he salido de la clínica no ha parado de llover y, a pesar de que los limpiaparabrisas hacen su trabajo, me cuesta ver con dificultad. Llego tarde a casa y estoy segura de que a Jordi no le va a gustar que no le llame a la hora que acordamos, pero la verdad es que ahora mismo solo deseo ver a una persona, un hombre por el que quiero dejarlo todo, terminar con esta locura y buscar una vida mejor, aunque sea lejos de Palma y aquellos que puedan juzgar lo que el corazón me pide. Marina ha sido la última en decirme que me nota extraña, sabe que algo me pasa, pero todavía no puedo decirle las cosas ni lo que he estado haciendo las últimas semanas.

El pánico empieza a controlar cada uno de mis sentidos y tengo que detener el coche a un lado para respirar antes de volver a la normalidad. Odio mentirle, mirarle a la cara y decirle que todo está bien; pero lo peor es pensar que mi alma gemela va a sentir una profunda decepción cuando se entere de todo, lo que me hace no poder afrontar esa conversación todavía. Las lágrimas acuden a mis ojos y las dejo ir como liberación de dolor que llevo por dentro, un sentimiento que no igualan los golpes de mi marido o las marcas que hay por varias partes de mi cuerpo.

Noto un pinchazo en el abdomen y cuando me levanto el jersey veo el moratón oscuro que se empezó a formar ahí hace tres noches, antes de que Jordi se fuera a su viaje de negocios. Algunos compañeros de la clínica se han preocupado tanto por mis gestos de dolor que he estado a punto de acabar en el hospital, pero el miedo a que él haga algo más es tan real que no me he atrevido a pisar ese lugar a pesar de lo equivocada que estoy.

—Pronto se acabará —me prometo diciéndolo en voz alta, sellando esa promesa conmigo, a sabiendas de lo complicado que va a ser todo.

Sin embargo, esa desazón cambia en cuanto arranco y detengo el coche en la calle de atrás de nuestro vecindario, donde espero ver a Matías y su preciosa sonrisa, una silueta que no aparece por ninguna parte y que me deja con una tristeza más profunda de la que ha viajado conmigo en los últimos días. Su ausencia debe estar justificada, pero mi cabeza me sabotea con pensamientos que no quiero escuchar, como que está arrepentido o ya no quisiera verme más. La lluvia cae con más fuerza al girar el volante y al llegar a casa aparco delante de la puerta del garaje, sin ánimo de nada más.

Estoy a punto de salir del coche cuando alguien golpea la ventanilla y, por un segundo, sonrío al imaginar a Matías aquí; pero a quien veo me deja pálida y estática en el sitio.

—¿Pensabas que era él? —Silvia, su mujer, habla en cuanto bajo el cristal y nuestras miradas se encuentran—. No pienso dejar que te acerques a mi marido, maldita zorra.

—¿De qué hablas? No te montes historias, yo no tengo la culpa de que tu matrimonio

vaya como una mierda. —Hago el amago de salir del coche al quitarme el cinturón de seguridad, pero ella vuelve a cerrar la puerta con brusquedad, sin permitírmelo—. No hagas una escena, por favor, no tengo ganas de que los vecinos hagan preguntas tontas.

—¿Cómo las que yo he tenido que escuchar sobre que te estás follando a mi marido? Mira, te juro que como no desaparezcas de su vida te vas a arrepentir.

—¿Y qué coño vas a hacer tú? Matías ya es mayorcito para estar con quien le dé la gana, vete a casa y no pagues conmigo tus frustraciones. —Sus ojos azules se han oscurecido por la noche y también por el odio que destilan hacia mí. Ella se aparta un mechón húmedo de la cara y se quita de mi camino, dejándome salir del coche—. No vuelvas a hacer algo así o te denuncio.

—¿De verdad, y qué coño vas a decirle a la policía, que tu vecina ha venido a dejarte claro que eres una puta cazamaridos? Inténtalo.

Cierro la puerta de un golpe y agarro el bolso con fuerza, con ganas de estrellárselo en la cara y la verdad es que no sé bien por qué me contengo. Lo único que puedo pensar es en si Matías está bien, y lo primero que haré al llegar a casa es llamarlo por mucho que su mujer haya querido plantarme cara.

—No te vuelvas a acercar a mí, Silvia —pido con una tranquilidad sorprendente—. Si quedaba algo de nuestra amistad, se ha terminado.

Busco las llaves en el bolso y le doy la espalda de camino a la puerta.

—Las amigas no se follan al hombre de otra —recalca en voz alta, sin importarle que cualquiera de nuestros vecinos pueda escucharnos—. Más vale que me hagas caso o te prometo que acabo contigo, zorra.

Se gira y cruza la calle camino a su casa dejándome con una sensación horrible en el estómago. El dolor de abdomen se acentúa y tengo ganas de vomitar. Las llaves se me caen al suelo y tardo un buen rato en cogerlas por culpa del temblor que acusa mi cuerpo, desde las manos hasta mis piernas, como si estuviera a punto de desmayarme. Ni siquiera sé cómo entro a casa y acabo en el sofá, aunque tampoco me importa estar empapada y mojarlo todo.

Solo sé que necesito cerrar los ojos, olvidarme de esto, de mi marido, del tema de la clínica y lo que he averiguado, de las personas que dependen de esto para vivir en paz… de absolutamente todo. La oscuridad me abraza y las pesadillas se profundizan en mi cabeza durante unas pocas horas en las que siento como si alguien estuviera golpeándome sin parar. El crujido de mis huesos tamborilea en mis oídos sin descanso y la expresión dura de Jordi se planta frente a mí a la vez que siento como aplasta sus dedos contra mi garganta, quitándome el aire. La sensación es tan real que me siento a punto de morir, incluso cuando abro los ojos y me doy cuenta de que estoy a salvo.

—Joder… —balbuceo entre lágrimas y me llevo las manos al cuello, como si Jordi estuviera de verdad aquí.

Miro a mi alrededor y, aunque noto su ausencia, algo en el ambiente hace que me tense y se me pongan los pelos de punta.

Estoy tan helada que busco la paz del agua caliente, deseando que se lleve esa sensación y cada uno de los demonios que se han instalado dentro de mí. Me acaricio el abdomen con odio hacia mí misma por no hacer nada al respecto y, en ese momento, rompo a llorar con tanta fuerza que me quedo sentada en el plato de ducha, abrazándome las rodillas con la frente apoyada en ellas. Me pregunto una y otra vez cómo hemos podido llegar a esto, desde cuándo él se convirtió

en un monstruo o si es que siempre lo fue pero yo no lo supe ver.

No sé cuánto tiempo estoy así, pero, una vez que me recupero, consigo vestirme y salir de casa a pesar de que el miedo me invade. Por suerte, no hay ningún vecino que quiera saber qué pasó anoche y al ir hacia el coche me doy cuenta de que no lo cerré por culpa de mi discusión con Silvia. Siento un terrible pánico al pensar en haber perdido la carpeta que dejé en el asiento del copiloto —olvidándola también— pero, al entrar, respiro hondo al comprobar que está exactamente ahí, con varios folios asomando y los mismos informes que conseguí sacar de la clínica para llevárselos a Rafaela y que pueda confirmar algunas cosas conmigo antes de presentar mis sospechas a la policía con ella como testigo. Si lo consigo estará en mi mano evitar que más mujeres sufran lo que Lola, y aunque me hubiera gustado conseguir que alguien más hablara, creo que esto será suficiente.

Antes de arrancar el motor echo un vistazo a mi alrededor y me alivia no encontrar a mi vecina por aquí, aunque no puedo evitar sentir une norme vacío por no haber visto a Matías y las ganas de ir al concesionario antes de empezar la jornada, me hace girar el volante decidida.

Apenas me he puesto el cinturón de seguridad cuando suena el teléfono y veo que es Rafaela. Pongo el manos libres y sigo prestando atención a la carretera.

—¿Estás preparada? —pregunto levantando la voz.

—Hoy no voy a poder verte, mi padre ha tenido un problema de última hora en el trabajo y tengo que ayudarle, pero estoy deseando saber qué es lo que tienes. ¿Qué te parece si voy por allí el viernes? No voy a poder cuadrarlo con el curro hasta ese momento.

«Eso son tres días», pienso, y suspiro ante la idea de no acabar con esto antes de lo previsto.

—Genial, yo tengo turno hasta las cinco, podemos quedar después. Gracias por haber accedido, sé que no tienes un buen recuerdo de la clínica. —El silencio se hace al otro lado de la línea y me gustaría preguntar si de verdad conocía lo que pasaba o no.

—Tranquila, no todo fue malo, conocí personas maravillosas, incluyéndote a ti —aclara y ya me la imagino sonriendo, como cada vez que salíamos a tomar café juntas durante los descansos.

—Pues te dejo, quiero hacer algo antes de entrar a trabajar, estos días están siendo una locura, pero te llamo en cuanto esté a punto de salir el viernes y nos vemos en el bar de siempre. ¿Te parece bien? —pregunto sin apartar la vista de la carretera.

—Maravilloso. Ten un buen día, Laia.

Rafaela cuelga y me deja en un sepulcral silencio que se rompe con el claxon de un coche que me pasa por delante. Al levantar la mirada me doy cuenta de que el semáforo está en rojo y doy marcha atrás con los nervios temblándome en las manos. La imagen de Jordi vuelve a mi pensamiento, igual que ha estado presente en el sueño durante toda la noche y no puedo quitarme la sensación de ahogo que lleva conmigo desde que he abiertos los ojos. Me gustaría poder descargarme en el diario, escribir cualquier cosa que libere un poco mi corazón, pero tengo la sensación de que él sabe todo lo que hago, así que me abstengo sin intención alguna de sacarlo de mi escondite.

—Tengo que centrarme, ya no queda nada, solo son tres días —me repito como he dicho antes entre pensamientos, y así me doy las fuerzas que tanto necesito y las que me van a ayudar a terminar con esto y escapar de una vida que cada día se vuelve más cuesta arriba.

Lo único que quiero alejarme, dejar el trabajo y empezar una relación de verdad con un hombre maravilloso que en algún momento podré presentar de verdad a Marina, cuando la vergüenza se disipe y sienta que puedo decirle la verdad de lo que ha estado pasando en los últimos meses. La idea de contarle que Jordi me ha dado más de una paliza y que me ha amenazado de muerte me revuelve el estómago, y hasta me cuesta pensar en él como alguien así cuando siempre fue dulce conmigo, un ser que irradiaba luz allá por donde iba.

«¡Tú tienes la culpa, nadie más que tú! Eres un desperfecto con el que nunca me debí haber casado». Las palabras que me dijo una vez, cargadas de odio y también de asco después de mi tercer aborto vinieron acompañadas del primer tortazo y su intento por quitarme la respiración. La manera en la que me aprisionó entre sus manos fue como si alguien quisiera arrancarme el corazón de cuajo, y sé que en ese momento debí alejarme de él, huir o hacer cualquier otra cosa que quedarme en casa y perdonarle cuando lloró horas después.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas y arrastran ese dolor junto a la vergüenza que siento por ser tan cobarde, por no haber podido dar el paso, por creer que esto iba a acabar algún día, por creer que si me alejo de él va a pasar algo mucho peor. El concesionario donde trabaja Matías aparece frente a mis ojos y tengo ganas de pasar de largo, de no traerlo de nuevo a un mundo que es horrible, cerca de un cuerpo que no deja de temblar, de una mujer que es una cobarde. Sin embargo, me sostengo a nuestro amor, a la manera en la que me mira, a cómo mi corazón late cuando estoy cerca de él y, entonces, soy capaz de apaciguar ese dolor, de que la tristeza desaparezca y dejar a un lado los matices grises que van conmigo a todas partes.

Porque delante de mí tengo la salida que he estado buscando y no pienso parar hasta conseguirlo.

29

MARINA

Hay una grieta en todo, así es como entra la luz.
Leonard Cohen.

CAMP DE MAR, JULIO DE 2017

Los pelos se me ponen de punta mientras cruzamos la pasarela de madera que lleva al islote rocoso en el que está el restaurante Illeta. Puedo ver con claridad el fondo de las aguas de una bahía turquesa que trae a mí la risa de mi hermana, en momentos del pasado donde veníamos a la playa de Camp de Mar para despejarnos de la ciudad y el estrés del trabajo o la vida cotidiana. De repente, siento que ella camina a mi espalda en vez de Raquel, quien se ha puesto las gafas de diadema y mira a todas partes sin querer perderse el espectáculo que es estar en un lugar como este, donde los turistas vienen a raudales cada verano. Cuando llegamos al final intento respirar hondo, cierro los ojos y me dejo llevar por los recuerdos que tengo muy adentro de mi corazón, donde quiero atesorarlos siempre, porque cada día que pasa siento un miedo terrible a olvidarme de Laia.

La pasada noche fue una de las más horribles de mi vida, y aunque Noelia y Marta insistieron en que me quedara a hablar con ellas, terminé por dormirme en la cama tras horas de llanto. Todavía no puedo creerme que Elena y yo hayamos terminado, que esto sea verdad y, de solo pensarlo, siento que no voy a poder volver a respirar con normalidad.

«Ya sabes lo que pasó». Esa maldita voz vuelve a instalarse en mi cabeza y por un momento deseo gritar que me deje en paz. Lo único que me detiene es Raquel, que pone su mano en mi brazo y señala con un gesto al frente, donde una mujer nos saluda sin más esperas. Rafaela se anuda el trapo en el cinturón y se desabrocha el primer botón de la camisa de manga corta que lleva puesta. Su presencia destila esa alegría que es contagiosa y que parece estar impregnado en el ADN de un lugar como este. Primero saluda a mi acompañante y después se acerca a mí dubitativa, perdiendo enseguida ese pequeño malestar que aparece en las personas cuando se dan cuenta de lo parecidas que éramos Laia y yo.

Debo reconocer que me sorprende mucho no haber conocido a las personas más cercanas de su trabajo, o aquellos que formaban parte de su vida dentro de la clínica; sin embargo, mi hermana siempre fue muy clara en ese aspecto de no mezclar lo que vivía allí dentro con las personas que quería.

—Venid a sentaros, pediré una limonada para refrescarnos, ya se nota que estamos a finales de julio —comenta con amabilidad, invitándonos a ir a una de las mesas que están pegadas al mar.

El corazón me da un vuelco cuando nos quedamos en la cercanía de unas aguas en las

que me gustaría zambullirme hasta el fondo, perdiéndome en las maravillas de un mundo que no tiene nada que ver con lo que hay fuera. Porque el mar siempre es más bonito y especial que la tierra. Es imposible no sentir la conexión de la naturaleza, desear formar parte de estos colores o convertir el movimiento de las aguas en una cápsula protectora que encierre dentro las partículas más bellas de nuestra existencia, un lugar en el que las heridas no dejen las cicatrices que llevo conmigo desde que Laia murió.

Pensarlo me emociona y me giro a un lado, limpiándome las lágrimas que se empeñan en salir sin que ellas se den cuenta.

—Está buenísima —escucho decir a Raquel, volviendo a una realidad de la que me he alejado casi sin darme cuenta—. ¿Cómo es que has acabado trabajando aquí? Según he podido averiguar eras muy buena enfermera, todos estaban encantados con tu trabajo.

—Supongo que necesitaba un cambio de aires —afirma distraída—. Siempre me he sentido orgullosa de lo que hacía, conectar con las personas y ayudarlas en un proceso de curación es algo precioso, pero que también se te mete muy adentro. Y, en ocasiones, lo que más te gusta también puede destruirte. —Se encoge de hombros sin borrar la sonrisa de su cara—. Me vine aquí con la única pretensión de pasar unas vacaciones y al final se ha convertido en mi día a día. Los que llevan el restaurante son unos amigos y no dudaron en ayudarme a pesar de que al principio esto no era lo mío.

Un chico nos saluda a través de una ventana y yo correspondo con una afirmación, sin apartar la atención de su empleada.

—Te comprendo, a veces las cosas se ponen cuesta arriba y corremos el riesgo de acabar muy mal. —La sinceridad de Raquel enturbia la expresión tranquila con la que ha venido hasta aquí y la veo acariciarse los puños de la chaqueta con cierto nerviosismo, algo que deja a un lado cuando toma aire y saca la libreta que lleva en el bolsillo del interior—. Según dijiste a la policía, habías quedado con Laia el último día que se le vio con vida, ¿qué pasó?

—Las dos forjamos una bonita amistad mientras trabajaba en la clínica, aunque solo coincidimos poco más de un año, en ese momento yo ya estaba un poco cansada de todo y tenía muy claro que iba a dejarlo. Había escuchado los rumores, pero nunca pude confirmar nada. —Suspira y se aparta de la frente un mechón cobrizo que poco después vuelve al mismo lugar con rebeldía—. Antes de que despidieran a Alberto hubo un par de altercados que no coincidieron con nuestros turnos, la clínica echó a varias chicas del programa porque se supone que las habían pillado intentando robar medicamentos y material sanitario. No se formó un gran escándalo debido a que la directora y el director médico siempre trataban las cosas con mucha discreción, por eso no le di tanta importancia.

—Hasta que Laia notó algo raro, ¿me equivoco? —Asiente y se me pone un nudo en el estómago.

Desvío la atención al mar y observo las aguas calmadas y cristalinas antes de volver a la conversación, deshaciéndome del miedo que siento a acercarme a una verdad que va a ser bastante dolorosa.

—Me habló de Lola y de que tenía muy claro que la habían violado —comenta con cierta dificultad—. La verdad es que nunca me había dado cuenta, no sé, la rehabilitación no es dejar las drogas y ya está, todo depende de las sustancias que tomes y cómo hayan afectado a tu organismo. Ninguna de mis pacientes me comentó nunca que se sintiera mal o que alguien las hubiera tratado mal…

Rafaela se emociona y noto que se reprocha no haberse dado cuenta de nada. Puede que no sea nadie, pero me atrevo a alargar mi mano y buscar su muñeca con cierto cariño, como si estuviera en la piel de mi hermana y quisiera darle un consuelo que no sé si puedo entregar. Raquel anota unas cuantas cosas en la libreta mientras tanto y aunque quiero sonreír, no me veo capaz de hacerlo.

—No te culpes —digo y le doy un pequeño apretón—. Tú no eres la que actuó de esa manera.

—Pero podría haber hecho algo, no sé, tal vez estar más pendiente de esas mujeres como lo hizo Laia. Tenía tantas ganas de irme de allí que hacía mi trabajo como un robot, entraba y salía sin más, nunca debí ser así —vuelve a reprocharse y yo niego con la cabeza intentando que no se odie tanto, a pesar de que la procesión siempre va por dentro—. Ahora, cada vez que pienso en ella, tengo la sensación de que también pude actuar diferente.

—¿A qué te refieres? —Raquel da un sorbo a la limonada y apoya el bolígrafo en la hoja de la libreta.

—Su marido, sé que le pegaba. —Traga saliva con dificultad y tamborilea los dedos sobre la mesa rodeando poco después el vaso poniendo control a sus sentimientos—. Esa mañana me llamó desde el teléfono de la clínica, me dijo que Jordi tenía previsto adelantar su vuelta a casa y que la había amenazado de muerte y no quiso jugársela, no pensé que esa pudiera ser la última conversación que tendríamos. Le pregunté si quería que estuviera con ella y se negó. Hubo una vez que puse una denuncia anónima en la policía, pero ella acabó por negar lo que pasaba, tenía miedo.

—O sea que tampoco llegaste a ver lo que había descubierto.

Rafaela niega y veo una profunda frustración en la inspectora.

—Había encontrado unos informes antiguos de las mujeres a las que echaron del programa, quería comprobar conmigo si yo recordaba haber pedido una medicación en concreto, compararlo con unos pedidos que se devolvieron o algo así, pero eso es todo lo que sé. —Con la tristeza oscureciendo el bonito color verde de sus ojos, bebe un sorbo de limonada y respira tranquila—. La directora vino a verme una semana después, creo que quiso asegurarse de que todo iba bien, que nada mancharía la imagen de la clínica.

—¿Crees que ella podría haber matado a Laia? —Mi pregunta está fuera de lugar y mi acompañante me lo deja saber levantando una ceja, aunque no dice nada al respecto.

Rafaela suspira y traga saliva desviando la atención al mar, arrepentida de no haber podido hacer algo más por mi hermana.

—No veo a esa mujer capaz de matar a alguien, es la típica persona a la que le importa el dinero, el estatus y la buena imagen, pero también se mostró afectada. Todo el mundo quería a tu hermana por allí, hasta donde yo sé solo tuvo problemas con Raúl, el chico de la limpieza. Siempre se entrometía mucho en lo que hacíamos, solía curiosear e interesarse de más por nosotras, pero es el primo pequeño de Adrià, uno de los socios de la clínica, digamos que está protegido. Incluso gracias a él no tuvieron en cuenta sus antecedentes.

Raquel y yo nos quedamos mirando y, en ese momento, llaman la atención de Rafaela, susurrándole algo al oído.

—Te dejamos trabajar, gracias por tu tiempo, nos has ayudado mucho.

Ellas se despiden y yo me levanto, disfrutando de la brisa que corre por aquí. Al mirar

hacia el horizonte percibo la mezcla de colores que cobran vida bajo un sol radiante y una sonrisa aparece en mis labios. La mujer extiende la mano delante de mí, pero el corazón me pide abrazarla y eso es lo que hago.

—Gracias por haber estado ahí, por cuidar a mi hermana cuando yo no pude hacerlo, siempre lo voy a tener presente —digo sin perder la sonrisa, aunque no sea capaz de ocultar la tristeza que siento por todo.

—Ella te quería mucho, siempre hablaba muy bien de ti, eras su alegría en los días de tormenta. Puede que se haya ido, pero sé que siempre va a estar a tu lado, allá donde vayas, porque así lo quería.

«Y lo sabes», escucho en mi cabeza y estoy a punto de emocionarme.

Se aleja de nosotras sin añadir nada más y aunque deseo llegar al coche cuanto antes, me recreo un poco al cruzar la pasarela mientras acaricio la baranda con los dedos. Delante de mí el mundo sigue su curso, la gente juega en la arena y también en la orilla, y otros que se zambullen en las aguas cristalinas. Aquí hay descanso y felicidad por todas partes, y es una sensación que es capaz de renovar cada una de las capas de mi piel, al menos, hasta que Raquel suspira y me hace volver a la realidad.

—Jordi nunca dijo que hablara con tu hermana el día en que ella desapareció, nos ha estado mintiendo —anuncia y se guarda la libreta en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Vas a hablar otra vez con él? —La cabeza empieza a dolerme y las tripas se me revuelven al pensar en algo que no me quiero imaginar.

—Investigaré qué movimientos hizo durante ese día. Sabemos que no dejó el hotel hasta que la policía le informó de la muerte de Laia, pero podría haber vuelto en coche perfectamente, no se encontraba lejos de la capital.

Creer que Jordi pudiera haber matado a mi hermana me dan ganas de llorar. El enfado empieza a treparme por la piel y no sé si voy a poder contenerme de ir a su casa a verle, aunque sé que tengo que hacer un esfuerzo por frenarme y dejar que la inspectora haga su trabajo. Caminar hacia la playa me lleva a reflexionar en lo frágiles que son las cosas y cómo puede cambiar el curso de la historia. El corazón se me encoge al pensar en Elena, y ver las aguas del mar apaciguan el malestar que siento, dándome una visión clara de lo que quiero de verdad para el futuro.

30

ELENA

Parece como si la atención estuviera puesta en mí a pesar de que he intentado no traer mis problemas personales al trabajo. Aunque después de la visita de Marina los cuchicheos han llenado pasillos y la cafetería donde estoy ahora, por no hablar de que la actitud de Salma siempre empeora las cosas. Hace quince minutos que nos hemos despedido y desearía que el tiempo pasara más lento para no tener que volver a verla en unas cuantas horas, pero, al final, nuestro trabajo es lo más importante y me veo obligada a hacer como si nada.

Una y otra vez no paro de repetirme las palabras que le dije a mi mujer y ya no estoy segura de si es lo que de verdad quiero. Su mirada se me ha quedado grabada y no puedo evitar pensar si estoy siendo egoísta con ella por no apoyarla en algo tan importante como la búsqueda de una verdad que yo también habría perseguido de estar en su piel.

—Aquí tienes el café, ¿algo más? —No me entero de nada hasta que veo una mano moverse delante de mis narices—. ¿Elena?

—Ah, sí, perdona, dame una de esas galletas con caramelo.

Cuando la tengo en la bandeja junto a mi café voy hacia una de las mesas libres y, en ese momento, me doy cuenta de que mi cita de media mañana está entrando por la puerta.

Nuria sonríe a los compañeros que también han parado a tomar algo y levanta la mano con alegría. La elegancia con la que camina los deja boquiabiertos y la verdad es que los entiendo. De forma personal, podría decir que entre nosotras las buenas migas ya han pasado a un segundo plano y se están convirtiendo en una amistad que va más allá de las campañas publicitarias y el trabajo en los talleres. No me da tiempo a sentarme y le doy un abrazo que ella corresponde con dos besos en mis mejillas.

—¿No ibas a intentar dejar el dulce? El otro día me dijiste que te pone atacada. —Mientras me siento veo cómo levanta una ceja con diversión y tarda poco en quitarse el bolso que ha traído consigo—. Ya se me ha antojado, voy a pedirme lo mismo.

—Que conste que no pienso cargar con la culpa —me disculpo levantando las manos como si no hubiera hecho nada y Nuria rompe a reír.

Mientras camina de espaldas a mí me fijo en cómo se arregla el pelo que le cae más allá de los hombros, de un bonito tono chocolate que se cuida como si fuera su mayor tesoro. Los pantalones ajustados le estilizan las piernas y me encanta que no se tome a la ligera nada de su *look* o las joyas que acompañan cada prenda que, según me ha dicho, elige en cuanto se despierta. Todo el mundo sabe que Nuria es un gran referente en este mundo y que su opinión es determinante a la hora de que muchos quieran trabajar o no con una marca u otra, sobre todo porque a pesar de que los años siguen pasando, no se deja llevar por lo que debería dictar la moda en cuanto a su edad.

Mi admiración por esta mujer es total y tener la oportunidad de trabajar a su lado es algo que jamás pude llegar a imaginar, quizás es lo único bueno que me ha pasado en las últimas

semanas y aunque me pone triste pensarlo de esa manera, soy capaz de atesorarlo con una sonrisa.

—He estado a punto de pedir otra, te juro que la comida un día me mata —bromea, aunque ya sabe que a mí me gusta rodearme de personas que disfruten de comer tanto como yo lo hago—. ¿Cómo llevas la semana, te han dado muchos dolores de cabeza en el área de diseño?

—La verdad es que no, tenemos las ideas muy claras y han fluido con rapidez, hasta podría decir que nos hemos leído la mente unos a otros, creo que solo has traído cosas buenas con tu llegada a la línea, están todos entusiasmados. Luego pasamos por talleres para que veas cómo va todo, desde luego esto no es lo que va a estropear mi tranquilidad. —Rompo un trocito de galleta y me lo como deleitándome con el sabor del caramelo mientras ella me mira con una ceja levantada.

—¿Quieres hablarlo? Sabes que puedes contarme cualquier cosa, aunque no es que sea una gran experta en temas que no tengan que ver con la moda. Eso sí, Guillem dice que doy los mejores consejos del mundo.

—De hecho, lo haces —confirmo al recordar la primera vez que le hablé de que tenía problemas con Marina. Más bien fue porque me pilló llorando en el aseo y no pude desviar la conversación—. Ya sabes cómo iban las cosas con mi mujer, pero creo que ahora es definitivo, le he pedido que se marche de casa.

Nuria abre la boca sin poder creérselo y me encojo de hombros en un intento por quitarle importancia cuando en realidad el corazón se me rompe un poquito más cada vez que lo recuerdo.

—Creía que lo ibais a arreglar, siempre que hablas de ella se te ilumina la cara, ¿tan seria es la cosa? —Sus manos buscan la taza de café y da un sorbo, disfrutando después de su galleta con trocitos de chocolate blanco.

—Cuando volvió al trabajo pensé que intentaría empezar de nuevo y hacer a un lado su idea de averiguar lo que le pasó a su hermana. —Dejo ir un suspiro y rompo unos cuantos pedacitos más de la galleta que tengo en la bandeja, llenándolo todo de migas—. Me equivoqué, solo buscó una excusa con la que poder rebuscar en el pasado y, aunque al parecer tenía razón y sí hay algo más, que me haya echado a un lado de esa forma, que me haya mentido… no sé, no puedo con eso. Quizá solo esté exagerando.

—La confianza es muy importante en cualquier relación y, cuando se rompe, cuesta mucho dar un paso atrás, da igual si es con tu pareja, con un hermano o con un amigo. A mí también me han traicionado y me ha costado mucho perdonar, pero a veces también merece la pena dar segundas oportunidades.

—Marina ya las ha agotado todas, créeme, Nuria. He hecho todo lo posible porque nuestro matrimonio siguiera adelante, pero sería egoísta continuar con esto cuando me está haciendo tanto daño. —Siento que estoy a punto de llorar y por eso cojo la taza de café y la llevo a mis labios.

Tengo la sensación de que me están clavando un montón de cuchillos cada vez que hablo, y ya no tengo ganas de más.

—Lo siento mucho, parece una mujer increíble y me hubiera gustado conocerla más, aunque ahora esté un poco perdida. —Su mano acaricia la mía y me da un apretón que me consuela más que cualquier palabra—. También lo tiene que estar pasando fatal, sobre todo si es

verdad que su hermana no murió así.

—No entiendo cómo a la policía se le pasó algo tan importante, sé que la presión de Marina fue terrible por aquel entonces, también tenían a la prensa encima y cerraron el caso muy rápido, pero siempre lo tuvieron muy claro… No sé, es todo muy raro. —Pienso en el dolor que esto produce y me doy cuenta de que quisiera tener a Marina aquí para abrazarla y decirle que las cosas van a ir bien, aunque al final vuelvo la atención a Nuria—. Es increíble, ojalá al menos ahora lo hagan mejor y consigan reabrir la investigación.

—Espero que sí, al menos así podréis descansar en paz y seguir adelante, porque esto también te afecta a ti y sé que no te estará dejando dormir. —Me sonríe y afirmo, es la primera vez que alguien lo dice en voz alta, y me alegro de escucharlo.

—Pasará, como todo, ahora solo quiero centrarme en los diseños que necesitamos y en la selección de telas y colores, la producción está a la vuelta de la esquina.

—Menos mal que ibas a descansar después de presentar la nueva línea —ironiza y, a pesar de que es verdad que ahora trabajo el doble, sonrío más que encantada.

—La moda también es el amor de mi vida y esta oportunidad no se presenta todos los días. Pienso pasarme las próximas semanas a tope, me da igual si no duermo nada.

Nuria rompe a reír y lo celebra levantando los brazos con alegría. Se nota que le gusta trabajar conmigo y yo también estoy muy feliz, razón por la que brindamos, aunque sea con el café. Disfrutamos de una charla en la que las risas desaparecen cuando el teléfono me vibra en el pantalón y veo un mensaje que ensombrece el ambiente.

Marina: Ya he encontrado un sitio donde quedarme, el viernes iré a por mis cosas.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, no te preocupes —respondo y vuelvo a bloquear el teléfono.

El huracán Salma entra por la puerta de la cafetería y grita nada más ver quién está conmigo y llamando la atención de cada persona que se encuentra por aquí. Su actitud me hace poner los ojos en blanco, pero en cuanto estrella un beso en mi mejilla y se sienta a mi lado agarrándome del brazo, no puedo evitar sentir que me gusta tenerla conmigo, siendo ese apoyo que jamás se ha despegado de mi lado a pesar de las circunstancias complicadas que a veces hemos tenido que vivir.

—Espero que no hayáis hablado mal de mí.

—¿Nosotras? Pero si somos un par de corderitos, jamás haríamos algo así. —Nuria pone gesto de no haber roto un plato y volvemos a reír.

—Pues vengo a contaros algo de lo que me acabo de enterar y con lo que vais a flipar. —Se encoge de hombros y se apoya sobre la mesa con ganas de soltar el cotilleo.

A pesar de la diferencia de edad que hay entre las tres, esa barrera se rompe cada vez que nos mira a los ojos y se muestra interesada en nuestras vidas y trabajo. De hecho, no creo que nunca lo hayamos percibido y es una de las razones por las que me gusta trabajar con ella, porque me hace sentir en familia, como si fuera su hermana pequeña.

Una nueva amistad por la pérdida tan grande que estoy viviendo. Siempre una de cal y otra de arena, moviéndonos en mitad de una tempestad que después trae la calma. Me pregunto cuando vendrá la mía, aunque, por ahora, lo único en lo que me preocupo es en sentir que puedo

ser feliz teniendo lo que ahora estoy viviendo.

31

MARINA

AGOSTO DE 2017

A veces, los temores más simples tienen una capacidad especial para destruirnos, de cambiar las tornas y dejarnos expuestos en carne viva contra el resto del mundo, metidos en un tarro de cristal que, por más que golpeemos, no se rompe ni siquiera un poquito. He vivido con esa sensación durante todo el día, la de estar atrapada sin ninguna opción a otra cosa que no sea aceptar lo que ha pasado y marcharme de aquí sin mirar atrás. Pero no he podido, mis piernas han flaqueado desde el primer segundo que he entrado, viendo estas paredes tan reconocidas y reflejándome en las fotografías donde me veo, aunque sea otra versión distinta de mí.

Los sueños que empecé a construir con Elena han conseguido que el corazón se me acelere en más de una ocasión, solo con pasar los dedos y acariciar los muebles. La cocina está limpia y vacía, dispuesta a que encienda los fogones y me ponga a cocinar. Sin embargo, mi pensamiento batalla con las palabras que ha escrito en su último mensaje y ya no sé qué hacer. ¿Abandonar, dejarlo todo y decirle adiós?

En el dormitorio hay tres maletas vacías que debería llenar con mis cosas, a la espera de que Noelia me recoja cuando la llame. No he metido ni una sola camiseta, porque no soy capaz. He recorrido los pasillos y cada habitación convencida de que no puedo dejar que este sea nuestro final, y aunque pensarlo de por sí ya es una locura, no quiero arrepentirme por no haberlo intentado, por no haber derramado una última gota de sudor e intentar que Elena me vea igual que la mujer de las fotografías.

—No voy a irme de aquí —me digo y busco el teléfono que llevo en el bolsillo trasero de mis vaqueros cortos. Enseguida marco el número de Noelia y espero a que ella conteste—. Cambio de planes, no hace falta que vengas a por mí.

—¡¿Qué?! —grita y, al oírla carraspear, sé que está rodeada de gente—. ¿Y qué piensas hacer? ¿No será una locura?

—Locura no sé, pero tengo que intentarlo, aunque esto sea lo último que haga y Elena acabe por odiarme más de lo que ya lo hace.

—Elena no te odia, esa es una palabra muy fuerte. Solo está…

—Decepcionada, dolida, ya lo sé —la interrumpo y escucho como suelta un suspiro, el mismo que yo repito, pero más lento—. Si las cosas salen mal, de todas formas habré perdido y tú serás la primera en saberlo, ¿vale?

—Voy a decírselo a Marta porque ya me ha preguntado cuatro veces cómo estás. —Se forma un pequeño silencio entre nosotras con el que sonrío, consciente de lo afortunada que soy por tener a unas amigas como ellas—. Pon muchas velas, ya sabes que a tu mujer le vuelven loca.

—Eso haré —asiento esbozando una sonrisa y me alejo el teléfono—. Gracias por todo.

Cuelgo antes de que responda y me pongo manos a la obra. En la nevera no hay casi recursos y me obliga a ir al supermercado. Media después ha merecido la pena perder este poquito de tiempo porque ya tengo los ingredientes para hacer un lomo de salmón con salsa de limón y eneldo, uno de sus platos favoritos. También he comprado una buena selección de quesos, aceitunas y varias velas que he colocado de manera estratégica por el salón y la cocina con la idea de encenderlas poco antes de que vuelva a casa.

En el mensaje me ha dicho que llegará a eso de las diez, por lo que me da tiempo a subir al dormitorio y arreglarme. Al abrir el armario percibo enseguida su perfume y me quedo paralizada mientras acaricio cada una de sus prendas, llevándolas a mi nariz; es como una forma de traer a mi mente cada uno de los momentos que las dos hemos escrito a lo largo de estos años. Mi elección es un vestido sencillo de verano que cae por la mitad de mis muslos y que acompaño con maquillaje en tonos tierra. Estoy a punto de echarme mi perfume, pero acabo por usar el suyo en mi cuello y muñecas.

—Que no me odie, por favor… —susurro volviendo al salón y preparando las velas.

No sé a quién se lo pido, si a Dios o a mi propia hermana, quizás a nuestros amigos o las personas que tampoco están y han formado parte de nuestra vida. A los que están lejos como nuestras familias, o puede que a todo el mundo.

Puedo saborear la cena desde aquí, sentada en el sofá, esperando a que falten unos diez minutos para dar ambiente con un poco de música, aunque termino por encender el reproductor antes y poner en volumen bajo una de nuestras listas, con canciones que han viajado con nosotras durante las vacaciones o cuando hacíamos algo tan sencillo como ir a comprar. Los nervios escalan por mi piel, erizándola, y me dejan con el corazón martilleando contra mi pecho, fuerte, hasta el punto de que me cuesta respirar. «No vas a conseguir nada», dice la voz y se atreve a estrujarme la cabeza con su maldad. Sin embargo, lo ignoro y me intento quedar tranquila.

Elena llega cuatro minutos antes de las diez y, al escuchar las llaves, el suelo en el que estoy tiembla, o quizá sea yo, no lo sé. Lo que sí tengo claro es que verla aparecer provoca que mi interior vibre como lo harían las cuerdas de una guitarra que toca aquel que posee el alma de la música en sus manos. Nuestras miradas se encuentran y dejo caer los brazos después de haber estado acariciándome los dedos una eternidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin haberse percatado de nada, hasta que escucha la música y se detiene antes de entrar al salón—. ¿Qué es todo esto?

Sus ojos se mueven buscando la luz de las velas, que ahora son estrellas que titilan en una tenue oscuridad donde podemos vernos tal y como somos. Al momento, avanzo intentando sonreír, con los nervios en los labios y los ojos anegados en lágrimas. Estoy aterrorizada y sé que ella se ha dado cuenta, me da miedo alzar el vuelo y acabar estrellándome contra el suelo. Mi peor miedo está delante de mí, tiene forma de mujer, de alma, mi gran amor, el que quizá pierda esta noche. Las palabras se me atascan en la garganta y sé que no ayuda a la situación, y por eso agacho la mirada hasta que vuelvo a ella y rememoro el beso con el que sellamos estar juntas siempre.

—Me asusta tanto la idea de morir sin ti, de acabar en un lugar solitario, sin nadie que me deje flores… —Ella da un paso atrás al verme levantar una mano, incluso mira hacia otro lado, hasta que entrelazo nuestros dedos y la acerco un poco a mí—. No tengo idea de cómo encajar las piezas rotas de lo que una vez fui, pero sí sé que eres tú lo que necesito para

conseguirlo. —Los labios me tiemblan y siento que voy a quedarme sin voz, pero son nuestros anillos los que me dan más fuerza—. De todos los miedos que he sentido en mi vida, el mayor es acabar perdiéndote, Elena. Sé que te he hecho daño, que he sido una mujer horrible… pero jamás dudes de cuánto te amo y de lo mucho que te necesito. Ten por seguro que voy a solucionar esto y volveré a ser la mujer de la que una vez te enamoraste.

—Marina…

La voz se le atasca y está a punto de echarse a llorar. Mis manos la agarran fuerte y me arrodillo como ella lo hizo el día que me pidió que nos casáramos. Desde aquí abajo puedo ver las grietas que se han abierto en su pecho, el dolor que se profundiza en cada una de ellas y el vacío que se mezcla con el bonito color de sus ojos, donde las velas forman pequeñas motitas en las que me podría fundir sin ningún problema.

—Si me dices que me vaya, lo haré, y no volveré más; pero te pido una oportunidad, una última esperanza de poder sanar y vivir lo que nos quede siempre a tu lado.

Aprieta mis manos y tengo la sensación de que va a soltarme e irse por donde ha venido; sin embargo, hay algo en su mirada que cambia y la hace arrodillarse, quedarse a mi altura, lo bastante cerca como para darse cuenta de que llevo su perfume. Su mano derecha va a parar al punto exacto en el que lo he pulverizado y noto la caricia de sus dedos, suaves y delicados, necesitados. El pequeño recorrido que forma en la curva de mi hombro cierra una herida y empieza a unirme las piezas rotas, sellándolas con lo único que puede hacer que me recupere: su amor.

—Estos días he pasado un infierno, han sido los peores de mi vida, verte marchar… joder, en cuanto te dejé atrás quise volver contigo, besarte, abrazarme a ti —confiesa con voz queda, casi sin fuerzas—. Pedirte en la oficina que te fueras fue la peor decisión que he tomado nunca y por eso quiero que entiendas que no voy a poder pasar de nuevo por esto si tú decides hacerme a un lado.

Niego y entrelazo nuestros dedos con fuerza. Aguanto un segundo sin abrazarla y tan rápido como tomo aire estoy rodeando su espalda con mis manos, atrayéndola a mí y que así pueda escuchar el latido frenético de mi corazón. Sé cuál fue el momento exacto en el que se detuvo, pero ahora que estoy aquí, con el amor de mi vida, tengo claro que Elena ha sido y siempre será la única que podrá volver a conseguir que palpite con fuerza, como si el sol volviera a salir después de varios días de lluvia.

—Nada va a apartarte de mí, ya no. No me importa lo que pase, solo quiero estar así, contigo.

—Pues yo me estoy dejando las rodillas. —Su broma rompe un momento idílico y a la vez provoca que ría como nunca. Las mejillas me duelen y ella es muy consciente de lo feliz que acaba de hacerme. Sus manos van a mi cuello y me besa dejándome claro lo mucho que me ha echado de menos—. Te quiero, Marina; tanto, que no imagino los días sin ti. Es como si no tuvieran color, están siempre nublados a pesar de ser verano, y no quiero pensar en cómo es todo sin ti y acostumbrarme al vacío de nuestra habitación. Nunca más.

—Nunca más —repito y ahora soy yo quien la besa, abrazándola otra vez.

Disfruto de un rato así, envueltas en nuestro silencio mientras que Elena se vuelve otra vez ese caparazón con el que protegerme. Recuerdo muy bien el día que la conocí, esa misma noche le dije a Laia que se convertiría en mi mujer y no descansé en mi empeño hasta hacer que riera por mis ocurrencias y que su mirada brillara siempre que estuviera delante de mí.

El estómago le ruge y me saca otra sonrisa. Me levanto y le doy la mano para guiarla a la cocina.

—¡Has preparado salmón! —exclama y le dedico una sonrisa.

—Tu plato favorito —afirmo viendo cómo se le hace la boca agua—. Hay cosas que nunca se me olvidarán, por más años que pasen, por mucho que haya cambiado la vida.

Mi semblante se entristece por un momento y ella es consciente. No dice nada, pero es suficiente con que venga y me bese, recordándome que está aquí, conmigo, sanando cada una de las heridas que el destino ha abierto en mi corazón. Me sonríe y empezamos a emplatar la cena. Una vez más, me doy cuenta de que algo tan sencillo como esto es lo único que necesito para volver a ser la de antes, aunque tenga que vivir con una pérdida tan importante como la falta de mi hermana. Miro atrás, hacia una fotografía donde está ella y, por primera vez, sonrío a la vez que su voz se me mete muy profundo en la cabeza.

«Lo vas a conseguir».

32

MARINA

«Lo vas a conseguir», esas palabras se mantuvieron en mi cabeza durante toda la cena, pero no permití que mis propias dudas o los miedos que he estado arrastrando conmigo lograran estropear la noche que pasé con Elena. Su cara mientras se comía el salmón me ha hecho volver a sonreír nada más abrir los ojos. La luz empieza a entrar con fuerza y, aunque quiero vivir de esta tranquilidad todo lo posible, mi teléfono interrumpe esta paz con una llamada de la inspectora que me encoge el estómago. Tengo miedo a responder, no quiero volver a cometer el error de equivocarme con mi mujer; sin embargo, sé que si no lo hago voy a arrepentirme.

—Dime, Raquel —contesto en voz baja, intentando que Elena no se despierte, aunque al sentirla moverse, sé que es demasiado tarde.

—He conseguido acceder al GPS de Jordi, teníamos razón en nuestras sospechas, su coche estuvo algunas horas en la capital antes de volver a su hotel. —La sangre se me enfría y, de repente, siento náuseas—. Todavía no tengo la ruta exacta, pero voy a ponerme con ello en cuanto tenga un rato libre. Me he enterado de que ya ha vendido el coche de tu hermana y algunas de las pertenencias que había en su casa.

—No me esperaba menos de alguien como él, ya nos ha quedado claro la clase de hombre que es. ¿Piensas que…?

—Todavía tenemos que hablar con Raúl, sé que nos oculta información. No quiero hacer las cosas a la ligera, ni tampoco llamar demasiado la atención de Manuel, podría hablar con nuestros superiores y hasta que no tenga nada sólido no voy a poder conseguir que el juez reabra el caso. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

Me quedo en silencio y, al girar la cara, veo a Elena mirándome. Enseguida apoya el codo sobre la almohada y deja descansar la cara en su mano. Nuestras miradas se encuentran y es como si pudiera leerme la mente porque tarda poco en afirmar y hacerme una caricia en el cuello.

—¿Nos vemos a eso de las ocho? Podemos ver si tiene turno en la clínica o ir a su casa —propongo, y empiezo a sentir un nudo en el estómago.

—Vale, pues nos vemos en la clínica a esa hora, pero hablaremos con él en otra parte. Que tengas un buen día, Marina.

—Lo mismo digo. —Cuelgo y me quedo boca arriba mirando al techo. Llevo mi mano libre al pecho y noto lo nervioso que late mi corazón—. Puedo decirle que vaya ella sola si no te parece bien y dejar que se ocupe de esto, es lo que debería de haber hecho desde el principio.

—No… —Siento la caricia de sus dedos en mi mejilla y me obliga a mirarla—. Esto es importante para ti, y aunque las cosas no hayan ido bien, no puedo ser tan egoísta e impedirte que quieras conocer la verdad. —Se muestra arrepentida y se mueve poniéndose encima de mi cuerpo—. Perdóname por haber sido tan tonta, por no llegar a entender cuánto necesitas esto.

—Tú no tienes la culpa de nada, he sido yo la que ha mentido todo el rato. —Aparto un mechón de su pelo y los escondo tras la oreja. Quiero verla bien, poder observar su sonrisa de

cerca y deleitarme con el reflejo de mi expresión en sus ojos—. Espero que esto se acabe pronto, cada vez se pone más…

—Duro, lo sé, nunca llegué a imaginar que Jordi pudiera ser esa clase de hombre. Me siento fatal por tu hermana, por no haberme dado cuenta de nada. —Sus ojos se anegan en lágrimas y yo las limpio antes de que lleguen siquiera a caer.

Mis labios buscan los suyos y la beso, no quiero que la mañana se nos amargue con esto. Me quedo en silencio, con nuestras frentes apoyadas, encontrando en la otra la manera de ser feliz a pesar de que el camino está lleno de piedras.

—Jamás pienses que tienes la culpa por lo que Laia decidió ocultarnos —expreso en voz alta y tengo que obligarme a sonreír. Ella asiente y vuelvo a su cuello, a las caricias que comparto sobre su piel, erizándola, permitiéndome unos segundos entre caricias—. Ojalá no tuvieras que ir a la oficina hoy, odio tener que quedarme en casa sin nada que hacer.

—¿Y por qué no vienes? Estamos empezando el proceso de producción y ya sabes lo mucho que te gusta.

—Es que no quiero…

—¿Aguantar las tonterías de Salma? —Me lee el pensamiento y hasta ella suelta un suspiro al pensarlo—. Si no fuera porque es muy buena en su trabajo, ya la habría echado de la firma.

—Sabes que no podrías, es de tus mejores amigas y tu socia —reconozco y, aunque mi mujer afirma, se le nota que no está a gusto hablando de esto.

—Puede ser, pero antes estás tú y no voy a permitir que siga tratándote así por más que se justifique en cuidarme. —Se encoge de hombros y vuelve a ponerse seria, mirándome a los ojos—. Cualquiera en tu lugar no me habría dejado ni hablar con ella.

—Pero es que yo no soy como las demás, aunque a veces sí que me pongo un poco celosa. Se nota a la legua que le gustas y quiere intentar algo contigo.

—Suerte que para mí la única que existe eres tú. —Vuelve a sonreír y es el gesto más bonito que he visto en días. Se mueve y se pone entre mis piernas, mordiendo su labio inferior con picardía. En silencio, delinea mis facciones y sigue su dedo en un recorrido que me quita todo el aire de los pulmones—. Qué más da si hoy llego un poco tarde…

Susurra esas palabras cerca de mi oído y no tarda mucho en besarme por el cuello y la mandíbula hasta llegar a mi boca. Me hace suspirar y se vuelve mi fuente de vida, la llave hacia un mundo mejor. Sus labios acarician mi piel con ternura y una necesidad que enciende mi cuerpo al segundo. Noto cómo el calor me sube por el cuerpo y baja de nuevo instalándose en mi vientre y también entre mis piernas. Se mueve lento, clava los dedos en mis costados y, cuando se pone de rodillas, no puedo evitar mirarla, dispuesta a grabar esa imagen muy adentro. La forma en la que el pelo cae por sus hombros crea líneas que me recuerdan a las olas cuando pisan la arena. Su piel brilla gracias al sol que se cuela a través de las ventanas, todavía no está bronceada del todo, pero tiene ese color típico de nuestro verano, el que quiero besar sin descanso.

Apoyo las manos en la cama y me incorporo para quedar a su altura y besarla, deleitándome con el sabor de su boca, recogiendo su aire, convirtiéndolo en parte de mí, como la manera en la que me mira o vuelve a posar sus manos sobre mi cuello. Sus dedos acarician el pelo en mi nuca y me erizo por completo cuando me arranca un mordisco que me excita y

maravilla a partes iguales.

—Te quiero —susurro, echando la cabeza hacia atrás, mirándola a los ojos, bebiendo de este instante un poquito más, hasta que las palabras cambian por suspiros y ya no soy capaz de hablar más.

Me desnuda, abraza mi cuerpo y recorre mi espalda, clavando los dedos con una posesión que también se refleja en cada uno de sus besos, en cómo se sienta entre mis piernas y encaja las suyas alrededor de mi cintura con la única atención de pegarse a mí todo lo posible. Después se aparta un poco deleitándose en este silencio y delinea con las manos mis mejillas y mi nariz, iniciando un recorrido con su mano que va desde ahí hasta acabar en mi sexo, rozando la humedad que crece gracias a ella.

La primera caricia me arranca un gemido que no puedo contener y, aunque quiero tocarla también, agarra mi muñeca y niega con la cabeza, volviendo a mis labios, aumentando el ritmo de mi corazón. Mi interior se contrae al tacto y, al sentir sus dedos en mí, no puedo evitar apretar la boca en un intento por no darme a la locura. Cada uno de sus movimientos están escritos con esa ternura del echar de menos, con la necesidad de volver a ese punto donde éramos ella y yo, felices, construyendo algo más que una vida juntas. Pero también siento la pasión con la que me aborda, moviendo su cuerpo contra el mío deseando marcar cada trazo de mi alma que encuentre a su paso.

—No pienso dejar de hacer esto, nunca —promete en mi oído, rozando el lóbulo de mi oreja con la lengua mientras me hace el amor.

Nuestros cuerpos se unen y acaricio su sexo sin esperas, marcando círculos que poco a poco van a más. Movemos las caderas al ritmo de la otra, el sudor perla nuestra piel y nos buscamos con los labios, con las manos, con todo nuestro ser. Los gemidos se escapan de mi boca sin descanso y ya no quiero parar, no puedo despegarme de ella ni dejar de mirarla, de abordar su interior, de marcarle la piel con los dientes, de saborear la sal que recorre su cuello o ver el reflejo de mi placer en sus propios ojos. Al besarla vuelvo a sentir el cosquilleo que va de mi pecho hacia el vientre, formando mariposas que bailan en mi interior y explotan en fuegos artificiales cuando llego a un orgasmo que me hace gritar mordiendo su labio inferior y culpándola por volverme tan loca.

Elena se une a mí un momento después y su cuerpo tiembla entre mis brazos de la manera más increíble que he sentido jamás, como si esta fuera una primera vez, como si acabara de descubrir lo que significa de verdad el placer y amar a una persona.

—Eres maravillosa —puedo decir a pesar de que las palabras se mezclan con los nervios que siento, sin darme la oportunidad de hablar con claridad.

—Tú lo eres —aclara mientras acuna mis mejillas entre sus manos, besándome otra vez, lo que provoca que los fuegos artificiales exploten en mi interior y llenen las grietas de mis heridas con una luz nueva—. Agradezco a la vida que sigas aquí, conmigo.

Por primera vez la miro a los ojos y me doy cuenta del miedo que siente, de lo real que es ese sentimiento que a veces también se me ha pasado por la cabeza con una pregunta que no quiero tener que responder. ¿Y si hubiera sido yo quien hubiera acabado en Cap de Formentor, meciéndose con el agua, sin vida, vacía, terminando con la cordura de aquellos que nos aman? Una lágrima resbala por mi mejilla aunque quisiera no llorar en este momento, pero me da un beso y la limpia sin dejar de mirarme, sonriendo, mostrando ese amor que nunca ha desaparecido a pesar de haber estado a punto de destruirlo todo.

—¿Todavía está en pie la invitación para ir contigo?

—Claro que sí, siempre. —Sonríe y, al besarme, vuelvo a guardar lo que siento muy adentro.

. . .

Elena se agarra el pelo en una coleta y me deleito con la imagen de su pelo acariciándole el cuello, rozando su piel de la misma manera que yo lo he hecho antes de salir de casa. Ella se gira y me dedica un guiño, después entrelazamos nuestros dedos y caminamos juntas hacia un edificio que me produce ciertos nervios al recordar la última vez que estuve aquí. El corazón empieza a latirme deprisa y tengo miedo a estar viviendo un sueño, a abrir los ojos y encontrarme con que ella no está, sonriendo de la manera en que ahora lo hace.

—Que Nuria vaya a talleres en cuanto venga —indica mi mujer a la recepcionista una vez que cruzamos la puerta y atravesamos el espacio abierto del recibidor que va hacia los ascensores.

Las puertas se abren y pulsa el número cuatro donde se encuentra toda la zona de producción. Ver cómo los diseños toman forma es algo que me encanta y que me deja con la boca abierta. Estoy orgullosa de su trabajo y de cada uno de los compañeros que se encargan de dar puntadas, poner cremalleras y unir piezas que cobran alma al terminar trajes y vestidos. Estoy a punto de dejárselo ver cuando el ascensor se detiene en el segundo piso y veo a Salma frente a nosotras, con cara de sorpresa al darse cuenta de que vamos de la mano.

—Vaya, no esperaba verte por aquí —me dice y no sé si expresa sorpresa o asco. Los tacones resuenan y se coloca un poco delante de mí, dándome la espalda. Noto la tensión enseguida y aunque Elena me pide calma con la mirada, no puedo evitar querer decirle a su amiga unas cuantas cosas, aunque, como siempre, es ella quien se adelanta—. Nuria ha dicho que iba a llegar un poco tarde, tenía que ir a ver a su hermano, creo que era algo importante.

—Ya le he dicho a Natalia que cuando venga la envíe directa a talleres. ¿Ha llegado el pedido de las telas?

—Lo sabrías si hubieras venido a tu hora —suelta Salma con tono despectivo—. Ya veo que has estado ocupada en vez de centrada en lo que de verdad importa.

Estoy a punto de hablar cuando la puerta del ascensor se abre y ella sale disparada sin ni siquiera mirar atrás.

—No le hagas caso, quiere que te rebajes a su altura. —Elena se gira y pone las manos en mi cuello y, en cuanto afirmo, me da un beso—. Vamos, seguro que te va a encantar lo que tenemos preparado para el desfile.

—Todavía no me puedo creer que la firma vaya a ir a la semana de la moda. Estoy muy orgullosa de ti. —Llevo la mano de mi mujer hacia mi boca y deposito un beso sobre la palma, haciéndola sonreír—. ¡Seguro que lo haces de maravilla!

Las dos vamos hacia los talleres y el ambiente me hace sentir como en casa en cuanto las miradas se posan sobre mí y los compañeros de trabajo de Elena me saludan como si yo fuera una más de por aquí. ¡Ya tengo ganas de formar parte de esto! Después de años en los que

también han pedido mi opinión de colores o accesorios, no puedo sentir otra cosa y el primer pensamiento que se me cruza por la cabeza cuando acaricio una de las máquinas de coser es que ojalá pudiera contarle a Laia lo feliz que me siento por mi mujer.

Suspiro y ella se va a hablar con uno de los diseñadores mientras que yo camino sin ningún rumbo en concreto, hasta que Salma se cruza en mi camino.

—No sé lo que haces para atraerla siempre a tu terreno —dice nada más verme y se aparta un mechón rubio de la frente.

—Se le llama amor, algo que está claro que tú no conoces —comento agotada de esta estúpida situación—. Y ahora, si te parece, prefiero dedicarme a ver cómo van las cosas por aquí, y tú deberías de hacer lo mismo.

—Claro… —Salma chasquea la lengua y se acerca a mí. La piel se me pone de gallina cuando deja una mano sobre mi hombro y pega los labios a mi oído—. Algún día se dará cuenta del daño que le haces, y yo seré la que esté ahí para darle consuelo, como la última vez.

33

RAQUEL

El comisario me ha dejado claras un par de cosas antes de abandonar la oficina, donde Manuel se me quedó mirando de brazos cruzados, sin poder creer que esté poniendo en riesgo una carrera que me ha llevado a resolver muchos casos, pero también a dejar otros en el aire, sin opción al descanso de víctimas que todavía veo cada vez que cierro los ojos. Faltan quince minutos para que den las ocho y el movimiento en la calle de la clínica apenas existe, se nota que la ciudad está de vacaciones y que la concentración de gente se encuentra en el puerto marítimo y las playas.

Tengo la espalda apoyada en el coche y hace rato que me he quitado la chaqueta. En días como hoy odio ver las cicatrices en mis muñecas y brazos a pesar de que estas líneas no son otra cosa que un acto de supervivencia, representando la fuerza a la que me agarré para salir de un abismo sin fondo. Los recuerdos revolotean por mi cabeza y se empeñan en traer ese sentimiento de autodestrucción al que no quiero dar espacio, pero que se profundiza en esta época en concreto.

—¿Llevas mucho esperando? —La voz de Marina me sobresalta y me doy contra el coche en las manos—. Perdona, no quería asustarse.

Cuando me giro veo la diversión cruzar su expresión, aunque enseguida se da cuenta de que algo me pasa.

—No te preocupes, llegas temprano.

—He estado en el trabajo con Elena, pero ya no aguantaba los comentarios estúpidos de su mejor amiga —dice poniendo los ojos en blanco, expresión que cambia por una sonrisa que nunca había visto.

—Deduzco que os va mejor. —Marina afirma y no puedo más que alegrarme porque, a pesar de lo que ha hecho en los últimos meses, se merece la felicidad que la rodea—. ¿Sabe que estás aquí?

—Está todo aclarado, ya no habrá más mentiras. De hecho, le he prometido que me tomaré las cosas con más calma, aunque cada vez que veo tu nombre en mi teléfono no puedo evitar ponerme nerviosa. Siento que el final está cerca, pero una parte de mí no quiere llegar a eso.

—Va a ser duro saber qué le pasó de verdad, nada te prepara para esto. —Pongo una mano sobre su hombro y le doy un apretón—. Lo bueno es que tienes a gente que está contigo, y eso te será de mucha ayuda. No todos pueden decir lo mismo. —Quisiera no haber pronunciado estas palabras, revelar más de lo que suelo contar a las personas y ella se da cuenta de que he dejado ver que en parte me siento sola, que no tengo el mismo apoyo que ella.

Aunque en el fondo, sé que es por mi culpa.

Camino sola por este mundo de locura en el que a veces las cosas se salen de control. Hace mucho tiempo que di puerta a las personas que me rodeaban y convertían mi realidad en un

ambiente tóxico que no traía nada bueno, familia incluida. Y aunque fue la mejor decisión de mi vida, a veces no puedo evitar sentirme incomprendida, con ganas de largarme de aquí y volver a empezar en otro lugar.

—Ahí está —anuncia Marina dejando a un lado el tema, cosa que le agradezco. No soportaría tener que responder preguntas incómodas o disimular que todo está bien.

Raúl cruza la calle y mete las manos en los bolsillos de su pantalón. Lleva los auriculares puestos y no creo que se dé cuenta de nuestra presencia hasta que estemos cerca de él. Aprovecho la ocasión y camino con mi acompañante dejando la clínica a una distancia que nos permita hablar sin que nadie esté pendiente de nosotros, y cuando él se detiene en un semáforo me pongo a su lado y sonrío.

Su expresión cuando me ve no tiene precio y, aunque noto que su primer impulso es salir corriendo, apaga la música y traga saliva, prestándome atención.

—Podríais haber avisado —protesta y se lleva una mano a la cabeza rapada. Cada vez que mira a Marina siento que se va a desmayar y por eso sé que su presencia nos va a ayudar mucho—. ¿Qué pasa? Pensaba que ya había respondido a todo lo que querías saber.

—¿Por qué omitiste que eres el primo de uno de los socios? ¿Eres un acosador, Raúl?

Las mejillas se le encienden por la impresión y empieza a mirar a su alrededor por miedo a que alguien más pueda pillarle en esta situación. Algún par de ojos se ponen sobre nosotros, pero no creo que nadie haya escuchado lo que he dicho; sin embargo, sí ha causado un impacto en él y lo veo en el temblor de unas manos que vuelve a meter en los bolsillos.

—Eso fue hace mucho, era un crío y no sabía lo que hacía. Ya pagué por ello, por todos los errores que he cometido en el pasado, solo quiero trabajar y vivir en paz.

—¿Y por qué Rafaela dice lo contrario? —apunto cruzándome de brazos.

—Porque me odió desde el principio, nunca le gustó que empezara a trabajar en la clínica con mi historial. —El chico se encoge de hombros. La calle no es el mejor lugar para hablar de esto, se está poniendo más nervioso, lo veo en sus ojos—. Mi casa está en la otra calle, podemos hablar allí.

Cuando miro a Marina ella afirma, todavía sin decir nada. Los tres cruzamos hacia una calle más moderna, repleta de comercios y pisos de varias plantas, Raúl suspira varias veces y aunque sé que no va a salir corriendo, no dejo de estar alerta por si acaso. Su piso es pequeño y está desordenado, está ubicado en la segunda planta de un edificio que es de vieja construcción, un contraste visible con el resto.

Parece que no aplica su trabajo a la casa, tampoco tiene fotografías por las paredes o los muebles y apenas hay decoración. Un piso de soltero en toda regla, de alguien que ahora mismo no tiene otros menesteres que trabajar y procurar vivir la vida sin ningún sobresalto que lo devuelva a la cárcel.

—¿Qué tienes que decirme de tu relación con tu primo? Adrià, ¿verdad?

Raúl afirma y nos ofrece asiento en un sofá que no me inspira mucha confianza, aunque al final acabo sentándome junto a una Marina que parece analizar cada rincón al milímetro.

—Cuando tienes antecedentes enseguida te echan la cruz, pero él me ofreció una oportunidad de trabajo. Es con el único que tengo relación de mi familia directa, los demás no confían en mí y lo entiendo, les he quitado mucho dinero.

—¿Podríamos hablar con él? —Marina interviene por primera vez y esta vez no veo ningún tipo de incertidumbre o nervios en sus palabras.

—Si tenéis suerte de agendar una cita… —No parece muy interesado y se encoge de hombros—. Siempre está ocupado, es socio de muchas empresas. En la clínica siempre ha delegado el trabajo en la directora y a las enfermeras de turno, aunque tenga una presencia importante. Por eso Rafaela se cansó tan rápido, decía que no podía entender cómo alguien en su puesto podía tener un papel tan importante y no estar nunca allí, no llevar el control de lo que pasaba ahí dentro.

—¿Como qué? —pregunto al darme cuenta de que se ha ido un poco de la lengua—. Mira, la otra vez te libraste, pero, o lo sueltas, o hablo con tu agente de la condicional.

En cuanto lo digo se pone pálido y se lleva las manos a la cabeza. Se queda así un rato, meditando, tal vez buscando las palabras correctas con las que responder sin meterse en problemas. Sé que tiene miedo, pero también es consciente de que no hay otra salida. Lo primero que hace es mirar a Marina y después a mí.

—Ya lo saben, a algunas mujeres les pasaba algo…

—Eran violadas, ¿eso es lo que pasaba, Raúl? —Marina lo suelta sin remordimientos ni ningún tipo de tacto.

En otra ocasión la habría reprendido, pero los labios de él tiemblan y se levanta de golpe del sofá dándonos la espalda.

—Laia se había dado cuenta e intentó meter las narices más de la cuenta, pero no iba a conseguir nada, la clínica ya se encargó de eso.

—¿Estás hablando de Alberto? —Me cruzo de brazos y me apoyo en el respaldo del sofá, intentando conectar con su expresión, pero Raúl asiente antes de girarse.

—Tuve alguna que otra discusión con ella por no dejarlo estar, no paraba de insistir en que él no había hecho nada, que era inocente, pero nada más lejos de la realidad. Ese tío era un cabrón por más que tuviera cara de corderito, además, ya no ha pasado nada más desde entonces. Yo le dije que si seguía así iba a denunciarla a la directora y discutimos, me dolió mucho porque Laia siempre me prestó dinero y me ayudó a encontrar este piso a escondidas de todos. —Raúl se lleva las manos a la nuca y echa la cabeza hacia atrás, analizar su postura es difícil y aunque tengo la sensación de que aquí hay algo más, no digo nada—. Si queréis echarle a alguien la culpa de su muerte, preguntad a su marido, lo vi husmeando cerca de la clínica el día de su muerte.

—¿Estás seguro? —Marina se levanta y me observa sin poder creérselo—. ¿Por qué no lo dijiste la otra vez?

—¿Sabes lo que es estar en mi piel? Tu hermana sí, vivo con el miedo constante de cometer un error y volver a la cárcel, si lo hago no podré soportarlo. Mi vida allí dentro fue un infierno, no quiero tener que pasar por eso otra vez. —Se ve la desesperación en sus ojos y deja caer sus brazos muy agotado—. Adrià me dio una nueva oportunidad y pienso aprovecharla al máximo. Yo apreciaba mucho a tu hermana, pero los últimos meses estaba obsesionada con cosas falsas. Os lo repito, estáis mirando en el lugar equivocado.

—Está bien, lo dejaremos estar, pero si recuerdas algo más que pueda ayudarnos, llámame, no tengas miedo a encontrarte con problemas. —Saco la cartera de mi pantalón y le doy una tarjeta con mi número para que pueda ponerse en contacto conmigo—. Sentimos las

molestias.

Él afirma y sus ojos van a Marina, quien se acerca a él, dándole un apretón a su mano antes de abrazarlo. Puedo ver el gesto de dolor que aparece en su cara al sentirse tan cerca de Laia y a la vez tan lejos. Hay algo en este chico que me confunde, sin embargo, tengo que confiar en mi intuición como he hecho hasta el momento.

Al salir de su casa siento el peso de lo que hemos hablado caer sobre mis hombros y necesito de un rato en silencio. Estoy intentando procesarlo todo, reordenar cada una de las pistas que hemos conseguido junto a la información que ya teníamos antes de cerrar el caso y los puntos siguen uniéndose en torno a un nombre. La forma de hablar de Jordi, el odio en su mirada, su agresividad, que nos mintiera con respecto al último día de Laia, no hay nada que no apunte hacia él. No obstante, todavía hay cosas que se me escapan y, por más que las evidencias estén ahí, necesitamos indagar más.

—No entiendo por qué no nos lo dijo antes, ¿de verdad crees que Alberto fue el que hizo aquello? Ya viste a su mujer.

—Por desgracia no tenemos ninguna denuncia que pueda borrar su nombre de la lista y que esté muerto tampoco ayuda, podría haberse llevado ese secreto a la tumba. Y según la información que Manuel le sacó a la recepcionista antes de que se apartara contrasta con lo que ha dicho Raúl de que ya no ha habido ningún tipo de incidente.

—Me cuesta creer que mi hermana estuviera buscando en el lugar equivocado, esa obsesión que Raúl cita, no es propio de ella. —Suspira y saca una botella de plástico de su bolso. Niego cuando me ofrece agua y bebe en silencio antes de continuar—: Puede que estuviera pasando por un mal momento, pero sé que no haría algo así a la ligera y si dejó de escribir en su diario es porque estaba cerca de algo, lo intuyo.

—Ahora mismo todo apunta a Jordi, pero tampoco podemos descartar la posibilidad de que al final sí fuera un suicidio. —Aunque no le gusta lo que digo, afirma intentando convencerse de la idea—. Pudo tener una pelea con él y querer cortar por lo sano. A veces los demonios consiguen ganar la batalla.

—¿Qué te hizo seguir adelante a ti, no hacerlo de verdad?

—El caso es que sí lo hice. —Me encojo de hombros ante su sorpresa—. Eso fue lo que me hizo darme cuenta de que al final del túnel no había absolutamente nada. Cuando desperté en el hospital mi hermano me dijo que ojalá hubiera muerto de verdad, que estaban hartos de mí, de mis depresiones, de lo asquerosa que era. En ese momento decidí que yo no era el error, ni tampoco el problema.

—Eso es… joder, lo siento mucho.

El casco antiguo se abre paso frente a nosotras y mis ojos van a parar al camino de piedra que empezamos a recorrer. No sé qué tiene Marina, pero siempre consigue que pueda hablar sin temor a ser juzgada a pesar de que he intentado por todos los medios ser una mujer hermética, dedicada al cien por cien a mi trabajo.

—No elegimos la familia en la que nacemos, ¿no? Algunos tienen suerte y otros, como yo, no tanta; pero no importa, ahora tengo esto, a pesar de que hay casos que ponen mi estabilidad en peligro y me hacen replantearme las cosas. —Esbozo una sonrisa irónica y apunto al frente levantando la barbilla, hacia un pequeño bar que se encuentra entre las calles empedradas—. No voy a abandonar este caso hasta que averigüe toda la verdad, ya no. Pero

quiero que sepas que tenemos que ser conscientes de todas las posibilidades.

—Lo sé, aunque que Jordi mintiera… me da muy mala espina.

—A mí también, pero quiero tener algo más sólido con lo que enfrentarnos a él. Esta noche ahondaré más en la ruta de su GPS, estoy esperando a que me den acceso total, dejaremos que pasen unos días para que se sienta seguro. Hay una idea que me ronda en la cabeza y que seguro le pone nervioso.

—Está empezando a gustarme como piensas —bromea Marina y me da un codazo tras abrir la puerta del bar en cuanto cruzamos la calle—. ¿Qué tienes en la cabeza?

—Todavía no he hablado con Matías, y quiero saber cómo era su relación. Llamaré a su concesionario y averiguaré a qué hora vuelve a casa, tendrá un mejor efecto si nos vemos cerca de Jordi. —Marina abre la boca y me encojo de hombros. Las dos nos sentamos en un par de taburetes y apoyamos los brazos en la barra, esperando al camarero—. ¿Nos tomamos una cerveza? Yo invito.

Puede que al principio fuera reacia, incluso llegué a odiar a la mujer que tengo al lado solo por el hecho de verla tan convencida de algo en lo que yo no creía; pero ahora no puedo hacer otra cosa que darle las gracias porque, de no ser por ella, nunca habría indagado en un caso que, espero, ya no se quede en el cajón de los no resueltos.

34

MARINA

Llevamos en Porto Cristo poco más de dos horas y ya siento el corazón renovado. El plan inicial de venir con Luisa y Miguel ha cambiado por uno mejor y aunque me apena pensarlo de esa manera, tampoco puedo hacer nada si ella no quiere devolverme las llamadas o hablar conmigo. Las aguas calmadas nos ofrecen un horizonte cristalino de un bonito azul que pone los pelos de punta, y ahora siento que quiero quedarme aquí siempre, sobre todo porque tengo a mi lado a la única persona con la que quiero disfrutar de la vida. Elena se pone las gafas de sol sobre el pelo y se echa hacia atrás apoyando los codos sobre la toalla.

—¿Me ayudas con la crema? —pregunto encantada poniéndome delante de ella.

—Se lo están pasando pipa —comenta, mirando a César lanzar la pelota con la raqueta hacia Noelia mientras que Marta y Aitana ya disfrutan del mar—. Me alegro de que les pidieras venir, creo que nos hacía falta esto.

—Solo quería solucionar las cosas, sé que no he sido la mejor amiga del mundo, aunque no todos lo hayan entendido. —Me siento a su lado y me agarro las rodillas. Enseguida noto cómo me echa la crema y suspiro por el tacto de sus manos—. ¿Crees que volverá a querer hablar conmigo algún día?

—Dale su tiempo, Luisa es muy cabezota, pero seguro que entra en razón, lo que pasó no fue algo fácil de digerir.

—Más bien lo que hice, usarla para… mentirte —musito con voz arrepentida y unas tremendas ganas de llorar.

El dolor permanece y me cuesta deshacerme de lo que siento, pero ella lo soluciona poniéndose delante de mí y besándome, acompañando ese gesto con su mágica sonrisa.

—Deja de martirizarte, no quiero que el fin de semana se empañe por nada del mundo. —Asiento cuando roza mi nariz con la suya. Después, se levanta y me cede la mano—. Vamos al agua.

—Deberías dejar que la crema me haga efecto o luego voy a parecer un cangrejo—. Levanta una ceja y se encoge de hombros haciendo el amago de irse, pero enseguida atrapo su muñeca y voy con ella—. A veces no te aguanto, siempre llevándome a tu terreno.

—¿No fue esa una de las cosas que te enamoraron de mí? —Juguetea orgullosa con las palabras y sale corriendo hacia la playa arreglándose las braguitas del bikini.

—Lo hace para provocarme… —susurro y, aunque me encantan las vistas que tengo desde aquí, no tardo mucho en ir con ella.

«Disfruta todo lo que puedas, el infierno no se ha acabado», la voz me paraliza justo en la orilla y siento un escalofrío recorrerme la espalda. Cuando me giro me parece ver a Laia mirándome, con una expresión que dista mucho de lo que conocí en ella. El miedo se me anuda al estómago y estoy a punto de dar marcha atrás. Algo me golpea con fuerza en el pecho y el

dolor hace que vuelva a la realidad, una en la que Noelia corre hacia mí con cara de querer que la trague la tierra.

—¡Hostia!, ¿te he hecho daño?

—¡Eres una bestia, que no estamos en una competición! —le grita César, intentando no mearse de la risa.

—¿Marina? No jodas que te he dejado tonta. —Noelia me zarandea preocupada.

—Sigo viva, no te preocupes —aclaro con voz queda, esbozando una sonrisa forzada que no tengo idea de cómo aparece.

—Coño, qué susto, podrías haberlo dicho antes.

—¡Cariño, el agua está riquísima! —La voz de Elena nos interrumpe y afirmo con el frío recorriendo mi columna vertebral.

—Voy con ella, pero lleva cuidado, César tiene razón, te lo tomas muy en serio. —Le dedico un guiño cuando abre la boca sin poder creer que me haya puesto en su contra y beso su mejilla antes de meterme en el agua sin pensármelo más.

Sumerjo los pies en la arena y siento un frío desgarrador. Hay un momento en que me parece que algo me agarra de los tobillos queriendo dejarme aquí pegada, esperando el momento perfecto para hundirme y llevarme a un mundo muy distinto a este. Con cada paso inestable que doy, la respiración se me entrecorta y parece que veo a Elena muy lejos de mí; aunque al final es ella quien se acerca y rodea mi cuello con los brazos, me gira y me lleva al interior, de vuelta a la realidad. Me siento segura pegada a su piel, viendo mi reflejo en unos ojos que me observan con preocupación en cuanto se da cuenta de que me pasa algo.

—¿Qué te preocupa? —pregunta dándome un toque con su nariz.

—Supongo que es extraño estar aquí sin ella, solo eso —suspiro e intento centrarme en mi mujer y la manera en la que acaricia mi mejilla.

Varias gotas resbalan por mi piel uniéndose con el mar y dando sentido a lo que estoy viviendo. Elena se encarga con un beso de hacer que lo malo desaparezca. Su lengua se roza con la mía y me arranca un suspiro cuando se pega a mí, enreda sus dedos en mi nuca y me atrae más y más, hasta el punto en que puedo escuchar el latido de su corazón. La piel se me eriza y esta vez no es por la voz, sino por algo mucho más profundo: las mariposas que revolotean en mi interior creadas con los labios de mi mujer y unas manos que buscan ponerme nerviosa, provocando que suelte una risilla que a ella le encanta.

—¿Qué? —suelta desvergonzada, sin importarle donde estamos.

—Que te amo.

Sonríe encantada y la mano que tenía en mi nuca inicia un recorrido por toda mi espalda, hasta fundirse con el agua y quedar entre nuestros cuerpos. El aire se me escapa lento cuando la siento entre mis piernas y no puedo evitar mirar hacia la orilla, donde nuestros amigos siguen a lo suyo, en un mundo paralelo que nos aleja por completo. Hace rato que no tocamos el fondo y flotamos con el movimiento de nuestras piernas. La piel se me pone de gallina y tengo la sensación de que voy a quedarme sin aire, pero los labios de mi mujer provocan que recupere el oxígeno, la estabilidad y un millón de sensaciones que viajan por mis venas, trasportándome a una burbuja donde solo estamos ella y yo. Su boca me provoca, pero más lo hace ella, jugueteando por encima de las braguitas sin ningún tipo de pudor. Las sensaciones se quedan

conmigo un buen rato, trasportándome muy lejos de la voz y el malestar que esta ha producido dentro de mí.

Sé que las mejillas se me han encendido y por eso nos quedamos aquí un rato más, hasta que nuestros amigos nadan a nuestro encuentro y ella les sonríe como si no hubiera roto un plato en su vida. La vergüenza me revolotea en el estómago y las palabras se me atascan en la garganta. Marta me echa una de esas miradas, aunque hago todo lo posible porque no note nada.

—¿Qué os parece si vamos a ver las Cuevas del Drach? —propone César quitándose algunos mechones mojados de la frente—. Luego podríamos ir a comer por ahí.

—Yo me apunto, hace siglos que no voy. —Noelia nada hacia su espalda y se sube agarrándose de su cuello—. Pero te advierto que no es lugar para torpes, si te caes de culo me pagas la comida.

—¡De qué vas! —César se impulsa y la tira contra el agua, provocando que rompamos a reír, aunque en el fondo sabemos que sí puede pasar.

Las mejillas me duelen de tanto reír y hay un momento en el que Elena me mira con una sonrisa preciosa, más bonita que nunca. El peso que sentía en mi corazón se esfuma por completo y ahora doy sentido a todo, a los momentos sencillos como este, a pasar tiempo con nuestros amigos, a recuperar aquello con lo que siempre hemos sido felices.

. . .

La embarcación se mece en las profundidades de la cueva en un recorrido que hacemos en silencio, disfrutando de la temperatura interior y las formaciones rocosas. Atrás hemos dejado el Monte Nevado, denominado así por el color blanco que le da el carbonato de calcio filtrado por el agua. La visita me ha trasladado a un lugar muy distinto, incluso a un sentir que toma forma con cada latido de mi corazón. Elena entrelaza los dedos conmigo y se lleva mi mano a la boca para depositar un beso sobre mi piel a la par que me dedica una sonrisa que atesoraré siempre. Los chicos también están embobados mirando al agua, en la que según su color puedes adivinar la profundidad que tiene: tres metros si es verde, ocho si es azul y uno si es blanco.

Noelia es la que se encarga de hacer las fotografías de unas cuevas cuya iluminación las vuelve mágicas. El lago Martel aparece poco después, coronándose como uno de los más grandes del planeta, con ciento setenta metros de longitud y entre cuatro y doce de profundidad. Mirar hacia el fondo me deja boquiabierta, con el corazón latiendo a mil por hora y, aunque camino en modo automático para sentarme en el anfiteatro y disfrutar del concierto de música clásica que siempre interpretan aquí, siento una parte de mí lejana. El sonido de los dos violines, el chelo y el clave me separa de los chicos y lleva por el bosque de estalactitas al fondo, como si estuviera montada en la barca donde están los músicos. Puedo ver la emoción en las miradas de todos, pero ya no me siento aquí. La acústica de la cueva me atrapa, y cuando mis ojos van hacia las aguas, veo el cuerpo de Laia hundiéndose, alejándose de mí otra vez.

—¡Ayúdame! —grita una voz, el cuerpo se me paraliza y me meto de lleno en un trance donde ya no tengo el control de nada.

Escucho voces, pero no soy capaz de reconocer a nadie y, de repente, todo se vuelve oscuro.

35

MARINA

—¿Qué ha pasado? —pregunto desconcertada.

Me cuesta acostumbrar la vista. Siento un apretón en la mano y al rato puedo ver con claridad a Noelia con gesto preocupado. Me levanto y la habitación empieza a dar vueltas, acentuando el dolor de cabeza que tamborilea en mis sienes con fuerza abrumadora. Lo último que recuerdo es estar mirando al músico encima de la barca, tocando el violín con una melodía que acariciaba las paredes de la cueva, atrapándome por completo hasta que la oscuridad me abrazó.

—Te has desmayado, nos has pegado un buen susto. —En ese momento siento un pinchazo en la frente y, al tocarme, me doy cuenta de que tengo un apósito puesto—. Diez puntos.

—Joder… —musito y echo un vistazo a la habitación del hospital. Las paredes blancas me dan un escalofrío y quiero salir corriendo, pero si pongo un pie en el suelo sé que no voy a poder aguantar de pie. El corazón me late a toda prisa y empieza a faltarme el aire, como si estuviera otra vez en esa cueva—. ¿Dónde está Elena, le ha pasado algo?

Hago el amago de levantarme con la intención de ir a buscarla, pero mi amiga pone una mano en mi pecho y me tranquiliza con una sonrisa.

—Ha ido a por un café y a hablar con los médicos, querían tenerte hasta mañana en observación, pero los está intentando convencer de que nos vayamos antes. —Echo la cabeza hacia atrás y la hundo en la almohada, desesperada; me tapo la cara con las manos en un intento por aclarar las ideas e intentar averiguar qué coño me ha pasado—. Dicen que has tenido una crisis de ansiedad… —añade en lo que me parece un susurro, dando voz a los pensamientos que tengo en la cabeza—. Y esta vez ha sido grave, te quedaste un rato paralizada sin respondernos hasta que te desmayaste.

—No me acuerdo de eso… —digo e intento esclarecer cada una de esas imágenes, pero hay algo que me lo impide, una especie de pared que se interpone entre los recuerdos y la realidad de lo que he vivido—. He jodido el fin de semana, lo siento mucho.

Estoy a punto de echarme a llorar y su abrazo no me ayuda a contener las lágrimas. Sé que intenta darme consuelo y dejarme claro que no tengo la culpa de nada, pero es que en realidad no es así. Claro que soy la culpable, porque yo solita me he provocado esto por seguir las directrices de mi cabeza sin pensar en las consecuencias. Elena tiene que estar preocupadísima y lo veo en cuanto entra por la puerta y me mira a los ojos con alivio hasta que se da cuenta de que estoy llorando sin parar.

—Cariño… —susurra y deja el café en una mesa que hay pegada a la pared. Enseguida se sienta en la cama y Noelia rompe el abrazo dejando a mi mujer hacerlo. Nuestra amiga se marcha en silencio y noto el temblor de mi cuerpo de la cabeza a los pies—. No pasa nada, ya estoy aquí, ¿vale?

—Soy una continua decepción —balbuceo sin poder hablar con claridad—. Estropeo todo lo bueno que nos pasa.

—Has acumulado muchos nervios estos días, el médico ha dicho que tu cuerpo ha explotado en cuanto ha sentido un poco de calma, que es bastante normal, pero vas a tener que cuidarte a partir de ahora. Debes bajar el ritmo e intentar no someterte a tanto estrés. —Se aparta y limpia mis mejillas con caricias delicadas que acompaña con un beso. La manera en la que sonríe me transmite tranquilidad a pesar de que me duele estar así—. He hablado con Salma y le he pedido que se ocupe de la producción unos días.

—Pero no puedes hacer eso, tú eres quien más maneja los hilos. —Me llevo las manos a la cara por la culpa y la vergüenza, incluso siento cómo el odio empieza a escalar por mi cuerpo —. No quiero que renuncies a la parte más importante del trabajo y que luego salgan mal las cosas.

—Como si la empresa se hunde —suelta Elena, sorprendiéndome por completo—. ¿Todavía no entiendes que tú eres lo más importante para mí? Esto que te ha pasado… yo también he tenido mucho que ver, y no voy a dejarte sola.

—No tienes la culpa de que yo haya querido meter las narices en la muerte de Laia sin pensar en otra cosa, sin comer bien o dormir como se debe. Tú no has hecho nada.

—Pero tampoco te he estado apoyando, y es lo que ahora quiero hacer. —Se abraza otra vez a mí y la noto suspirar. El aire se escapa de sus pulmones con lentitud, la conozco tanto que sé que está esforzándose por no llorar y cuando miro sus ojos emocionados, doy la razón a mis pensamientos—. He sido una cabezota, me ha podido más lo que has hecho a ver cómo estabas en realidad, si te hubiera pasado algo peor… Te quedaste paralizada, Marina, no me escuchabas ni tampoco me respondías, pensé que…

Las palabras se le atascan en la garganta y el dolor le atraviesa como un cuchillo que se te clava directo al corazón. Ahora soy yo la que rodea su cuello con los brazos y la besa, con el perdón puesto en ese gesto y el amor revoloteando en mi corazón. «Ya sabes lo que iba a pasar», escucho la voz en mi cabeza, pero decido ignorarla y ganar la batalla contra ella, convencida de lo que debo hacer.

—Tengo que alejarme de esto, he estado a punto de destrozar nuestra vida, no sé cómo lo voy a hacer, pero voy a parar antes de que sea demasiado tarde. —Agacho la mirada y me observo las manos apartándome de mi mujer. Después, acaricio la sábana con vergüenza, intentando luchar con las armas que tengo en el corazón, en una batalla que no tiene fin contra mi cabeza.

—Sabes que ya no tienes por qué hacerlo sola, me tienes a mí y también a nuestros amigos. Todos están en la sala de espera, deseando entrar a verte. Intenta mirarlo por el lado bueno, sigues teniendo personas que te quieren muchísimo. —Me levanta la barbilla y mirarla a los ojos se convierte en una cura instantánea—. Y creo que te va a quedar una cicatriz que me va a volver loca —bromea guiñándome un ojo.

El dolor que hay dentro de mí va desapareciendo poco a poco, y sé que en cuanto salga de aquí voy a poder apartar a un lado cada una de las cosas que han estado haciéndome daño; porque, a diferencia de lo que yo pensaba, tengo un montón de escudos que me cubren las espaldas y que harían lo que fuera por protegerme. Incluso de mí misma. El mareo desaparece de golpe y ya me siento más tranquila a pesar de que las habitaciones de hospital me siguen poniendo los pelos de punta.

Le hago un hueco en la cama a Elena y se tumba conmigo, abrazándose a mi cintura. Sus labios se quedan pegados a mi cuello y lo besa tranquila, marcando círculos con los dedos sobre el camisón que me han puesto. Nos quedamos en silencio un buen rato, sin la necesidad de tener que buscar palabras que rompan este momento, cuidándonos la una a la otra a pesar de que soy yo quien está con un suero puesto. Puedo escuchar el latido de su corazón, lo lento que respira, la forma en la que su pecho sube y baja muy pegado al mío. Si cierro los ojos puedo darme cuenta de lo mal que lo ha pasado, y agradezco en silencio tenerla a mi lado y que no se haya rendido conmigo.

He querido por todos los medios saber lo que le pasó a Laia, hasta el punto de perder la perspectiva de las cosas; y aunque sé que todavía lo necesito, tengo muy claro que no dejaré que eso vuelva a superarnos.

. . .

—¡Ya tienes mejor cara! —Aitana entra como un elefante en una cacharrería y está a punto de darme un infarto.

Tiene una sonrisa de oreja a oreja y lleva entre brazos un oso de peluche que no sé de donde habrá sacado, pero que me parece demasiado exagerado. «Ella lo hace todo a lo grande, ¿no te acuerdas?», pienso sin poder aguantar la risa. Como recompensa, abro los brazos y no pierde la oportunidad de abrazarme repartiendo besos por mis mejillas. Aitana siempre hace diversión de los momentos más difíciles y lo mismo puedo decir de César, aunque esté plantado en la puerta sin haber dado un paso.

Se nota a la legua que esto le ha impresionado, igual que a Noelia y Marta, quienes entrelazan sus dedos entrando en la habitación. Elena las abraza y todos se reúnen a mi alrededor como si esto fuera una especie de encerrona pensada de forma meticulosa para cantarme las cuarenta.

—Sé lo que me vais a decir y no hace falta —empiezo, relajando las manos sobre mis piernas. Echo un vistazo a la bolsa con dos dedos de suero, quiero que se termine y que me den el alta—. Yo solita me he sometido a un estrés que no debería, os he mentido, he jugado con las personas que tengo a mi lado, y también he querido cargar sola con el peso de la muerte de mi hermana a sabiendas de que podía contar con vosotros. Ya me he disculpado, pero en el fondo siento que nunca va a ser suficiente —aclaro bajando el tono de mi voz y casi quedándome sin fuerzas al recordarlo todo. Agacho un segundo la vista por la vergüenza, pero, al final, me armo de valor para poder mirarlos a los ojos—. Lo que ha pasado hoy… es la gota que ha colmado el vaso.

—En realidad solo queríamos decirte que hemos ido a por el coche de alquiler y que el médico está preparando tu alta, pero aceptamos las disculpas. —Marta se encoge de hombros y forma una sonrisa traviesa que me hace abrir la boca y a ellos, romper a reír.

—Sabemos que lo sientes de verdad, pero no tienes que pedir perdón por lo que ha pasado hoy. Además, siempre te hemos entendido, lo que pasa es que necesitabas tu espacio y darte cuenta de que en realidad estábamos aquí, contigo, y no en tu contra. —La dulzura en las palabras de César me pone los pelos de punta, en el mejor de los sentidos. Y es que no puedo creer que tenga tan buenos amigos, personas que, después de todo, no me odian—. Ya verás cómo Luisa acaba por entenderlo también, solo tienes que darle tiempo.

Sonríe tanto que no tengo más remedio que creerle a pesar de que ya he perdido las esperanzas, pero cuando me abraza y miro al resto, hay algo que se despierta muy dentro de mí. Como si de verdad el mundo fuera a ponerse a mi favor.

36

ELENA

TRES DÍAS DESPUÉS

La pantalla de mi teléfono muestra la cuarta llamada perdida de Salma en lo que va de mañana y ya quiero mandarla a la mierda. Su desesperación está pudiendo conmigo y no sé cómo decirle que me deje tranquila, aunque sea un rato. Hace quince minutos que Marina se ha ido al supermercado a traer algunas cosas que nos hacen falta para la comida que vamos a preparar a nuestros amigos y la verdad es que no tengo ninguna prisa por volver al trabajo a pesar de que estemos en una fase importante de la colección.

Desde que salimos del hospital y volvimos a casa, llevo pensando con más seriedad el dar un par de ascensos y delegar trabajo a otras personas. Quiero que retomemos los planes que teníamos hace unos años, recuperar esa libertad de elección que mi horario laboral me ha robado y así, intentar enfocarnos en un sueño que mi mujer y yo hemos tenido desde siempre: formar una familia. Eso ha sido algo que hemos soñado y querido con fervor, pero las circunstancias han actuado por encima de nosotras.

Vacío la taza de café de un sorbo y la dejo en el fregadero mientras siento las mariposas en el estómago pensando en la ocasión perfecta para tener esta conversación, pero el timbre suena e interrumpe este momento y voy a abrir.

—Qué raro que se haya dejado las llaves… —musito, aunque enseguida me doy cuenta de que no están en la mesita que hay en la entrada, donde suele dejarlas. Cuando abro, veo a Salma, que se abre paso con un cabreo monumental—. Adelante… —susurro poniendo los ojos en blanco, porque ni siquiera me ha dado tiempo a saludarla como Dios manda.

—¿Se puede saber qué te tiene tan ocupada? Te he llamado mil veces.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —suelto con ironía y ella se cruza de brazos sin poder creer que sea capaz de bromear con esto—. Ya te dije que me iba a tomar unos días y que tú podías ocuparte de todo; se supone que estás muy capacitada, no entiendo por qué tienes que estar llamándome cada cinco minutos.

—No exageres, y ya sabes por qué lo hago. ¿No se te ha ocurrido otro momento mejor para tomarte unas vacaciones, Elena? —Su postura no se relaja y, de hecho, se muestra más desafiante que nunca—. Te recuerdo que yo fui quien te presentó a Nuria y que no tendrías esta oportunidad de no ser por mí.

—Vaya… habías tardado en echármelo en cara. —Levanto los brazos y llevo las manos a mi nuca, intentando pensar en algo que no sea echarla de aquí a patadas. Ella me sigue mirando, pidiéndome una explicación cuando ni siquiera debería de planteárselo; porque sí, estoy muy agradecida, pero tampoco me voy a postrar de rodillas y agradecérselo mil veces—. Sé muy bien que esta es la oportunidad de mi vida, de toda nuestra carrera, pero te recuerdo que estoy casada y que Marina no lo está pasando bien.

—Siempre Marina. Marina esto, Marina lo otro, Marina me ha roto el corazón, oh, a Marina le ha dado una crisis de ansiedad, qué novedad. —No me gusta el tono despectivo que usa y me voy a por ella sin pensármelo dos veces.

—Si vuelves a hablar así de ella, te juro que rompo nuestra sociedad y te vas de la empresa, ¿queda claro? —La apunto con el índice y, cuando estoy a punto de darle en el pecho, me agarra de la muñeca.

Al momento, me atrae hacia ella y estampa un beso inesperado, cargado de rabia y desesperación, de un sentimiento que yo no comparto y que me hace apartarla en cuanto tengo oportunidad. La sorpresa toma el control de mi cuerpo y también me deja plantada en el sitio, mirándola a los ojos. No sé por qué no puedo hacer nada, una parte de mí quiere abofetearla; pero, a la vez, no soy capaz de conseguirlo.

—¿Ahora vas a echarme de verdad? —Sonríe con arrogancia, tal vez se sienta ganadora de algo, pero no será de mi corazón.

Quiero pensar que es un error, una de sus tantas locuras, pero hasta su expresión corporal me dice que se siente bien con lo que acaba de hacer, sobre todo por dejarme así a pesar de no haberla correspondido. Un escalofrío recorre mi espalda y la tensión se palpa en el ambiente. Salma se da cuenta y vuelve a dar un paso dispuesta a repetir el beso. Mi cuerpo no se mueve, pero, cuando la tengo muy cerca, pongo una mano entre nosotras y la aparto, esta vez con firmeza.

—No vuelvas a hacerlo —advierto, y no doy lugar a réplica.

Aunque conociéndola, sé que no me va a dejar tener las de ganar.

—Las dos sabemos que te ha gustado y que de no ser porque tienes miedo, harías lo que fuera para dejar esta mierda de vida que tienes con Marina. —El poco respeto con el que la trata me pone furiosa y quiero abofetearla, es verdad, pero hay algo dentro de mí que en parte le da la razón, porque Salma ha sido testigo del daño que mi mujer me ha causado.

Sin embargo, hay algo que ella no conoce de nuestra relación, ni puede que lo haya hecho en la vida con otra persona. No solo se trata de amor, sino de lealtad, del juramento que haces ante una persona cuando le prometes estar en las buenas y en las malas, sobre todo en esos momentos donde tu pareja cae en la más profunda oscuridad. Ahí es cuando demuestras que de verdad eres su alma gemela, ese corazón en el que poder refugiarse, el escudo con el que cubrirse, la mano a la que acogerse. Y todo eso es lo que yo he sido durante los últimos meses, como Marina en los momentos más dolorosos de mi vida.

—Tienes que irte, Salma —pido y pongo a un lado sin pensármelo dos veces—. Si todavía quieres mantener nuestra amistad, no volverás a hacer algo así, y tratarás con más respeto a mi mujer. Nunca he sentido nada por ti, nunca podrías complementarme como lo hace ella.

Los labios me tiemblan, porque parte de ese primer «nunca» se empeña en decirme que no tengo razón, que, en lo inevitable, me he sentido querida y necesitada de ella; pero cuando la miro a los ojos, tengo claro que jamás llenaría esos huecos que tienen el nombre de otra persona: la misma mujer que abre la puerta del piso y se queda mirándonos con cara de sorpresa.

El cuerpo se me tensa y siento un terrible miedo a que Salma pueda hacer algo. Hay un momento en el que cierro los ojos y rezo porque no se vaya de la lengua, y es injusto que lo haga por miedo a que Marina se entere y se sienta traicionada.

—Solo he venido a informar a tu mujer de algunas cosas de la empresa, se toma muy en

serio los descansos. —Se encoge de hombros y se toma la libertad de girarse y mirarme a los ojos, dedicándome un guiño—. Acuérdate de lo que te he dicho, siempre hay una manera de hacer mejor las cosas.

Aprieto la mandíbula y dejo que se vaya en silencio. Cuando la puerta de casa se cierra, tengo la sensación de que voy a desmayarme y Marina levanta una ceja como si quisiera preguntar algo que no tengo idea de si voy a poder responder. Así que improviso y camino hacia ella, le quito las dos bolsas que carga y le planto un beso dispuesta a ir hacia la cocina sin más.

Cuando estamos allí empiezo a sacar los ingredientes, intento aclarar las ideas, me debato entre si decirle lo que ha pasado o no y, al final, cometo el error de guardarlo dentro de mí, a sabiendas de que enterrar las mentiras a veces no sirve de nada. Mi mujer y lo que hemos pasado es el claro ejemplo de ello.

—¿Seguro que solo ha venido a eso? Siempre la he visto muy capaz de no necesitar ayuda, sobre todo por lo orgullosa que es. —Marina no me mira cuando habla, porque también se pone a ordenar las cosas que ha comprado antes de ponerse a cocinar.

—Ya sabes cómo es, entra en pánico cuando no le cojo el teléfono y quiere decirme algo importante.

—Desde luego, nunca pierde la oportunidad de venir a verte —comenta con ironía y me obligo a tragar saliva—. Pero ahora estás aquí conmigo, disfrutando de unos días libres antes de volver al trabajo, porque es lo que vas a hacer, ¿vale? No quiero que te pierdas ninguna oportunidad con Nuria.

—Ella es muy comprensiva, además, me ha dado manga ancha para hacer lo que considere. —Me encojo de hombros y sonrío, ahora más tranquila, agradeciendo que Marina haya cambiado de tema—. Ya la viste el otro día, le gustaron los diseños y la elección de telas, aunque quiero que esté en todo el proceso creativo y decidir lo que vamos a presentar en sus publicaciones antes de que mi nombre aparezca entre todos los que irán a la semana de la moda. —Es la primera vez que pronuncio estas cuatro palabras en voz alta, consciente del logro que he conseguido—. Se me ponen los pelos de punta de solo pensarlo.

—Ese día voy a llorar —asegura con una sonrisa de oreja a oreja. El orgullo que veo en sus ojos no me lo merezco—. Y sé que, a partir de ahora, van a llegar cosas increíbles. Me muero de ganas por ver tu nombre estampado en diferentes tiendas en Madrid, incluso puede que en Barcelona o ¿quién sabe? Algún día también podría ser París o Londres.

—Calla, no creo llegar tan lejos. Es muy difícil abrir una firma y que esta tenga un impacto fuera de tus fronteras.

—Yo creo que puedes conseguirlo todo y seguro que Nuria también. —Mi teléfono suena y veo el nombre de ella en la pantalla, poniéndome los nervios en el estómago. Marina lo mira y me lo entrega enseguida—. ¿Ves? Esto tiene que ser una señal.

—Nuria, ¿cómo estás? ¿Va todo bien? —contesto tan rápido como puedo y me alejo un poco de la cocina hecha un cúmulo de nervios, dejando a mi mujer con todos los ingredientes.

—No te preocupes, que no ha pasado nada con los diseños. Solo quería saber cómo está Marina y decirte que te lo tomes con calma, tus empleados están más que preparados para hacerlo y si hace falta, yo iré a supervisar cómo van las cosas.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Está empeñada en que vuelva pronto, pero quiero estar un poco con ella. Ha decidido que va a tomarse las cosas con más de calma, ya sabes, dejar

el tema de su hermana en las manos correctas y no quiero dejarla sola en este proceso. Sé que le va a costar hacerlo, ya nos han dicho que cuesta mucho reabrir un caso, así que… veremos qué pasa. —Me giro y miro a mi espalda. Ver a Marina tan concentrada en lo que hace provoca que sonría—. Además, Salma es una máquina, seguro que puede con todo.

—Ya verás como va bien, hay que confiar en la justicia, aunque sea a paso lento. Y tú, más vale que cumplas con esa promesa y disfrutes del tiempo con tu mujer, o me presento en tu casa para cantarte las cuarenta. —Rompe a reír y yo lo hago con ella, encantada; de hecho, ya la estoy imaginando entrar por la puerta.

Y esta es una prueba de lo bien que me ha sentado su amistad y lo que agradezco tenerla tan cerca de mí y de todo el proceso creativo en la empresa.

—Te prometo que me lo tomaré en serio, así volveré con más fuerza al trabajo.

—En realidad, he pensado que podríamos celebrarlo, ya sabes, lo de ir a la semana de la moda. Mi hermano está empeñado en volver a veros y saber cómo va a ser todo el proceso, dice que nunca me ha visto tan entusiasmada y como buen socio que es, quiere estar al tanto. Así que, podríamos organizar una fiesta discreta. ¿Qué te parece?

—¿La verdad? Creo que es justo lo que necesitamos. —Los nervios me revolotean en el estómago y no puedo evitar sentirme feliz; tanto, que las mejillas me duelen de tanto sonreír—. Lo hablaré con Marina para ver cuándo lo hacemos; ahora voy con ella, que hemos invitado a nuestros amigos a cenar.

—Entonces te dejo, mañana me pondré al día con Salma y los demás. Te informaré de cómo van las cosas, cuidaos.

—Tú también —me despido y cuelga el teléfono—. ¿A que no sabes qué me ha dicho?

Marina levanta la vista de lo que está cortando y la alegría que dibuja su expresión al querer saberlo me deja sin respiración. El corazón me da un vuelco al volver con ella y poder besarla una vez más, viendo de cerca la felicidad que siente y que se refleja en sus ojos, dejando atrás lo que pasó en Porto Cristo y también la incertidumbre de las últimas semanas. Porque verla es suficiente para saber que esto es lo que quiero tener el resto de nuestros días.

37

RAQUEL

Esta noche me siento especialmente derrotada, tan cansada que no hay músculo del cuerpo que no se queje cuando doy un paso. Llevar una investigación paralela a las que enfrento en un día normal —además de hacerlo en secreto— está consumiendo las pocas energías que me quedan a última hora, y no puedo evitar pensar que ese mismo estrés es lo que ha afectado tanto a Marina. Cuando me llamó para contarme que había tenido una crisis de ansiedad y que estaba en el hospital de Porto Cristo se me hizo un nudo en el estómago. Los demonios se instalaron rápido en mi cabeza, diciéndome que yo tengo la culpa y que, si hubiera hecho bien mi trabajo, ella no estaría así: sin respuestas y al borde del abismo por tenerlas todavía.

Hace quince minutos que Matías me ha confirmado que está llegando a casa y, a pesar de que me gustaría estar tirada en el sofá, no he tardado mucho en venir. «Tengo que cambiar las cosas», pienso, aunque es más fácil decirlo que hacerlo. Sobre todo, por la dualidad en la que me debato de manera constante.

Desde aquí también puedo ver que Jordi está en casa. Las luces del salón llevan encendidas un buen rato y me dan ganas de enfrentarme a él de una vez por todas, dejarle claro que sé que nos mintió y que voy a demostrar que tenía aterrorizada a Laia. Todavía no tengo las pruebas que demuestren si él fue quien la mató o si tuvo algo que ver con su muerte, pero estoy segura de que pronto voy a tener toda la información sobre la mesa. Han pasado algunos días desde que pedí al fabricante del coche de ella la información sobre su GPS antirrobo y los datos tienen estar al caer. A partir de ahí, solo debo cruzar los datos y veremos qué pasa. Al pensarlo, un escalofrío recorre mi espalda. Estoy deseando poder cerrar este caso, presentar las pruebas suficientes al juez para que lo reabra y darle a Laia el descanso oficial que merece. Pero, a veces, veo ese momento demasiado lejano.

La frustración me hace salir del coche y quedarme apoyada en la puerta con los brazos cruzados, sin apartar la mirada del mismo punto que he estado mirando todo el rato.

—¿Inspectora Valdez? —La voz a mi espalda me sobresalta y, cuando me giro, temo encontrarme con el hombre al que he estado vigilando desde aquí, sin embargo, es otro al que veo—. Soy Matías, perdóneme por la espera, el tráfico da asco en pleno agosto.

—No te preocupes, y tutéame, por favor. —Le entrego mi mano y muestro una sonrisa tranquila. Marina tenía razón, sus ojos transmiten esa seguridad a la que querrías abrazarte en un día complicado—. ¿Te parece bien si entramos en tu casa?

—Claro, seguro que mi mujer ya está esperándome.

Afirmo y sigo sus pasos, aunque no pierdo la oportunidad de mirar a mi espalda y ver si hay algún movimiento en casa de Jordi. «Voy a joderte, cabrón».

La casa nos recibe con un rico olor a tomillo y me doy cuenta de que estoy muerta de hambre por el sonido que emite mi estómago. Matías se gira dedicándome una sonrisa, a lo que yo respondo con un carraspeo nervioso.

—¿Ya estás en casa, cariño? He preparado uno de tus platos favoritos. —La voz alegre de su mujer llega hasta nosotros, pero cuando repara en mi presencia la expresión le cambia por completo.

Su mirada va hacia Matías y no sé si soy yo, pero noto cierto cabreo que no pasa desapercibido. «Sabía que su marido tenía una aventura», me digo, sobre todo porque la postura de él también se ha tensado de repente y tarda un rato en poder hablar y presentarme. Ahora entiendo por qué no tuvo ningún problema por vernos en su casa cuando le comenté que quería hablar con él.

—Ella es la inspectora Valdez, ha venido a hacerme unas preguntas sobre Laia.

—Entiendo… —Su mujer se acerca a mí y me entrega la mano—. Supongo que ya te habrá dicho cómo intentó joder nuestra relación.

—Silvia, por favor —exige entre dientes y ella levanta las manos, con el paño de cocina en una de ellas.

—Si quieres podemos hablar en otra parte, no quiero causar problemas —aclaro, pero Silvia niega con la cabeza y me ofrece sentarme en el salón enseguida. Está claro que es orgullosa y que debe de haberlo pasado mal. Tampoco quiero ponerme en su pellejo, porque no sé si podría estar con alguien que me ha engañado con otra persona—. Tenéis una casa muy bonita, ¿cuánto lleváis en el barrio?

—Un año y medio más o menos, la verdad es que es un sitio muy tranquilo en el que vivir y poder tener hijos, lo estamos intentando. —Matías me sorprende con esa confesión y me quedo mirándole extrañada, al igual que a Silvia, quien se cruza de brazos sin todavía sentarse—. Las cosas no han ido muy bien, pero todo se arreglará.

Me cuesta creer que sea sincero con lo que ha dicho, sobre todo porque hablando con Marina —y leyendo el diario de Laia— me quedó muy claro que él estaba perdidamente enamorado de ella. Aunque ahora mismo, esto no es de mi incumbencia. La mujer se quita el delantal y se arregla la blusa que lleva puesta metiéndosela entre los pantalones vaqueros, creo que quería sorprender a su marido y yo les he jodido la noche.

—Háblame de Laia, ¿cómo la viste en los últimos días? —Me acomodo un poco en el sofá, no quiero que esto parezca un interrogatorio—. ¿Había algo que la tuviera abrumada o asustada?

—¿Además del bruto de su marido? —Silvia interviene y, al mirarla a los ojos, noto que no se arrepiente de forma especial por saber ese dato. Se ve que odiaba a Laia lo suficiente para querer que su infierno continuase—. Ella siempre se metía donde no la llamaban, quién sabe si la cagó en su trabajo.

Frunzo el ceño, guardándome este dato. La expresión corporal de Silvia me está diciendo más de lo que a lo mejor pretende contar.

—Intentaba averiguar quién trataba de manera indebida a las pacientes de la clínica. Nunca indagó demasiado en ello, no me dijo algo en concreto, solo que tuvo problemas con un limpiador, pero no me acuerdo si me dijo cómo se llamaba.

—¿Podría haberte mencionado a Raúl? —pregunto y observo a Silvia, centrándome en su gesto de enfado.

—Raúl… joder, creo que sí, un chico joven que ya había tenido problemas con la justicia, pero no creía que se refiriera a él porque… no, no creo que sea eso. —Se lleva la mano

al nudo de la corbata y lo afloja, está empezando a sentirse agobiado.

Quizás esté atando cabos.

—¿Qué no crees?

—Laia me dijo que ese chico fue acusado de acoso y agresión, pero que el juez retiró ese cargo por falta de pruebas a pesar de que sí lo metieron en la cárcel por otras acusaciones… —Se queda un momento en silencio, poniendo en orden sus recuerdos, frotándose las manos nervioso, dubitativo—. Una vez me contó que confiaba mucho en él, pero que últimamente no paraba de fisgonear, de acercarse demasiado a las mujeres. Hubo una noche en la que se sintió bastante incómoda porque la había visto en la sala de archivos y desde entonces tuvo miedo de seguir con su rutina normal.

—Leí sobre eso en un diario que escribió durante un tiempo —comento sin miedo a que su mujer pueda sentirse ofendida—. Quería dejarlo todo, la clínica, a Jordi… empezar una nueva vida. ¿Qué crees que le pudo frenar de hacerlo antes?

—Tal vez él, o la presión que ella misma sentía, no quería decepcionar a las personas que la querían, como a Marina.

—Pero sí que creía estar en el derecho de robarle el marido a otra —suelta Silvia, sin poder morderse la lengua. Su marido se gira y la tensión aumenta por momentos—. Lo siento, puede que yo también me acostara con alguien, pero al menos esa persona no estaba casada y lo hice una sola vez.

«Qué culebrón», pienso, intentando que no se me vea en la cara lo incómoda que me siento al ser testigo de esta pelea. Carraspeo e intento que la atención vuelva a mí; de hecho, Silvia se sienta al lado de su marido y le da un beso en la mejilla, una disculpa muy vaga que a mí no me serviría de nada.

—El miedo a decepcionar a las personas que más quieres llega a ser muy fuerte en ocasiones; tanto, que te puede bloquear y terminas por dejar las cosas como están. El cambio no es algo sencillo, sobre todo si a tu alrededor tienes un entorno que te amenaza con joder las cosas un poco más. —Miro a los ojos de ella cuando hablo con conocimiento de causa—. Entonces, se sentía amenazada con Raúl en el trabajo y en casa con Jordi, ¿alguna vez te comentó que sintiera peligrar su vida?

—En realidad nunca admitió ante mí que él la maltratara, me decía que discutían mucho, pero justificaba los golpes visibles que tenía con caídas o situaciones en el trabajo. Las cosas por allí no son fáciles. —La tristeza invade su expresión y, por un momento, lo veo al borde del llanto—. Sé que tendría que haber hecho algo, pero no quería demostrar que mis sospechas eran reales y meterla en más problemas. Ese hombre tiene pinta de cumplir con su palabra.

—Amenazas de muerte —afirmo, y él se encoge de hombros—. Claro, ¿y por qué lo mantuviste en silencio? —Esta vez miro a Silvia, que está con gesto arrogante, como si el tema no la incumbiera.

—Al principio pensé que seríamos buenas amigas, pero ya sé cuáles fueron sus intenciones. Si te soy sincera, lo que le pasara en su vida dejó de importarme.

—Pero eres consciente de que existía una pequeña posibilidad de que eso la hubiera salvado, ¿no? Que podría no estar muerta si hubieras hecho algo, no como vecina ni como amiga, sino como mujer. Imagina por un segundo que murió a causa de lo que vivía con su

marido. —Sé que no es buena idea reprenderla de esta manera. No debo cruzar una línea que tengo que mantener como inspectora de policía ni hacer conjeturas que no van con el caso, pero la situación empieza a poderme—. Me cuesta creer que no te pusieras en su piel, que no fueras tan empática como para ayudarla a pesar de todo. Esto no tiene nada que ver con la infidelidad de tu marido, sino con las mujeres que siguen muriendo a manos de hombres sin escrúpulos, como Jordi. ¿No habrías querido que hicieran lo mismo por ti?

La dureza de mis palabras provoca que los labios le tiemblen. Matías no puede creer que esté en medio de esta situación y, aunque siento que quiere defender a su mujer, veo en sus ojos la decepción que siente porque, efectivamente, no ayudara a Laia.

—Supongo que ahora ya no importa, ¿no? Tendré que cargar con ello toda mi vida —responde Silvia, con la voz temblorosa. Traga saliva y se levanta del sofá, pero a mitad de camino hacia la cocina se gira y me mira a los ojos—. Yo no fui quien la mató, ¿está claro? No fui yo.

La manera en la que lo dice habla de autoconvencimiento y eso me deja con la mosca detrás la oreja, pensativa, queriendo seguir con esto a pesar de que no tengo más preguntas; y por eso me levanto y le doy la mano a Matías.

—Gracias por haber hablado conmigo —le digo, esta vez en voz baja, queriendo evitar que su mujer pueda escucharnos—. Laia te quería mucho, sé que en otras circunstancias lo habría dejado todo para empezar una nueva vida contigo. Te prometo que llegaré al fondo de esto.

—Si ha sido alguno de ellos, que se pudran en la cárcel, por favor.

Asiento y me despido con un gesto de la cabeza. Las paredes de esta casa no me parecen nada acogedoras a pesar de la decoración, la pintura y las fotografías que hay colgadas. Cuando salgo y la brisa nocturna me golpea en la cara, respiro hondo y deseo ir directa a casa, con ganas de dormir unas cuantas horas hasta que las obligaciones vuelvan a llamar a mi puerta; pero cuando levanto la vista veo a Jordi de brazos cruzados al borde su propiedad.

No se piensa dos veces el caminar hacia mí, con paso firme y esa chulería que se refleja en cada fibra de su ser.

—¿Marina no tiene bastante con meter las narices en mi vida que también tiene que joder la de otra mujer?

—Vaya, no sabía que fueras tan amigo de Silvia —contraataco yendo hacia mi coche, sin darle la cara hasta que estoy ahí—. Deberías de preocuparte más por tu pellejo.

Enseguida me arrepiento de lo que he dicho. Él no es hombre de dejar pasar algo así y me lo demuestra encarándose conmigo, a sabiendas de que no puedo hacerle nada sin jugarme la placa.

—¿Qué coño es lo que buscas? ¿Crees que vas a poder conmigo?

—Pienso demostrar que nos mentiste, sé que estuviste aquí el día en que Laia murió y no voy a descansar hasta joderte la vida. —Lo aparto de un empujón y me meto dentro del coche.

La respiración se me acelera y me doy cuenta de que he cometido un error gravísimo por culpa del odio que siento hacia hombres como él. Jordi se me queda mirando con expresión fría, cierra los puños y, por un momento, creo que va a venir a por mí para darme una paliza. Sin embargo, me pongo el cinturón y arranco el motor dispuesta a marcharme a casa, deseando que esto no me vaya a pasar factura.

38

MARINA

Cuelgo el teléfono y echo la cabeza hacia atrás. El silencio me rodea un rato y no puedo evitar pensar que tendría que haber estado con Raquel anoche. Acaba de decirme que tuvo un enfrentamiento con Jordi y que puede que eso mande a la mierda todo nuestro esfuerzo porque todavía no tiene las pruebas necesarias en caso de poder hacer una acusación. Al pensarlo, el corazón se me paraliza y vuelvo a sentir náuseas, todo a mi alrededor se enfría y empiezo a meterme en un bucle que tendría que evitar a toda costa. Después de la crisis que sufrí en Porto Cristo, no quiero volver a dejarme llevar por ese sentimiento, pero a veces creo que es imposible.

—¿Qué te ha dicho Raquel? —Elena se pone de cuclillas frente a mí y me agarra de las manos, consciente de que algo pasa.

—Creo que está muy cansada de dar vueltas sin sentido, tiene mucha presión por mi culpa y anoche le dijo algo a Jordi que no debía. —Con todo lo que ha estado pasando, me doy cuenta de que no le había dicho nada sobre él, por lo que intento estar lo más tranquila posible—. Estuvo en Palma el día que Laia murió, mintió a la policía.

Elena se queda blanca y pierde el equilibrio. Esta es la razón por la que no quería que lo supiera. Ahora, no solo veo tristeza en sus ojos además de sorpresa, sino un odio que puede agujerearte por dentro. Le doy mi mano y viene conmigo al sofá. Descanso en su pecho y ella me abraza enseguida, acariciándome la mejilla mientras aparta unos cuantos mechones de ahí. Las dos nos quedamos en silencio unos segundos, procesando todo esto.

Nunca es fácil darte cuenta de que alguien a quien quieres es tan mala persona, y es algo que ni yo misma he aceptado todavía.

—Qué hijo de puta —musita con voz rabiosa—. Esto es horrible, tantas personas alrededor de Laia y ninguno…

—Lo sé, pero ahora no podemos hacer nada, y seguro que ella no querría que nos estuviéramos culpando todo el rato. Tenemos que dejar que Raquel haga su trabajo; si Jordi le hizo algo, conseguirá demostrarlo, y si ha sido otra persona, lo averiguará.

Elena suspira y me da un beso que logra recomponerme. A veces siento unas ganas tremendas de llorar, sigo escuchando la misma voz en mi cabeza, intentando convencerme una y otra vez de que salga de aquí y lo busque por mí misma. Incluso he vuelto a ver con más claridad a Laia en mis sueños, como queriendo darme un mensaje; sin embargo, sé dónde está mi límite y no quiero volver a recaer en un pozo oscuro.

—Necesito decirte algo… —La voz de Elena adquiere cierto temor que puedo ver en sus ojos al levantarme y observarla.

«Esto no te va a gustar», me digo, y aunque busco su mano, creo que no va a ser suficiente para calmar mis nervios.

—¿Qué pasa? —pregunto con un nudo en la garganta, intentando que esto no me supere.

—El otro día, cuando Salma vino a casa… —Hace un esfuerzo enorme por seguir hablando, traga saliva y agacha la vista, que no pueda mirarme a los ojos me asusta a pesar de que no espero lo que dice a continuación—: Me besó.

Me quedo impactada, sin saber muy bien qué decir. Elena vuelve a mí, aprieta los labios, acaricia mis manos y veo cómo traga saliva de nuevo. Hay algo dentro de mí que enciende un fuego convertido en enfado; en cambio, otra parte estaba segura de que en algún momento iba a pasar algo así y no me termina de sorprender del todo.

—¿Por qué no me lo has dicho? Si llego a entrar en ese momento, le habría partido la cara.

—Has estado sometida a mucho estrés últimamente, no quería ser yo quien te hiciera… daño. —El arrepentimiento cruza su expresión y aunque debería de estar cabreadísima, me acerco aún más a ella.

Poder verme una vez más en sus ojos es lo único que me importa, saber que sigue a mi lado y que, poco a poco, vamos a superar los malos momentos que hemos atravesado. Yo he sido la culpable de muchas cosas, pero que Elena continúe eligiéndome es algo que nunca voy a terminar de agradecer. Otra persona me habría dejado, se habría apartado de mí y ya estaría firmando el divorcio, así que no puedo hacer otra cosa que sonreír, aunque esto le pille a ella por sorpresa.

—Esperabas que montara un espectáculo, ¿a que sí? —Soy capaz de bromear y ella afirma, sin encontrar las palabras adecuadas.

—Me ha sorprendido tu serenidad teniendo en cuenta lo que odias a Salma.

—En realidad no me importa en absoluto. Entiendo que sea tu amiga y que esté en la empresa porque es muy buena en su trabajo, nunca voy a decir lo contrario, pero ya sabía que buscaría la oportunidad de lanzarse encima de ti. Ha esperado el momento perfecto para hacerte tambalear, y aquí estás. —Miro nuestras manos y me llevo una a la cara, besándole el dorso, compartiendo con ella otra sonrisa que me duele en las mejillas—. ¿Le pegaste por mí?

Elena rompe a reír y me contagia enseguida, después niega soltando un suspiro de alivio. Puede que todavía no se crea mi reacción, pero la verdad es que no tengo ganas de pelear por alguien tan insignificante como Salma.

—No, no le pegué; pero si le dejé las cosas claras, si vuelve a hacer algo así romperé nuestra sociedad. —Se encoge de hombros, acaricia mi cuello y me da un beso después.

—Sin duda, si lo hace otra vez, seré yo quien le borre esa estúpida sonrisa de la cara. —Formo una mueca viendo cómo levanta una ceja antes de que yo ría con diversión—. Supongo que tendré que volver a la empresa, solo para ver cómo van las cosas y dejarle claro que tú siempre serás mía.

—También puedes hacerlo en la fiesta que está organizando Nuria. —La propuesta me encanta y se lo dejo saber con un mordisco en su labio inferior.

Antes de que Elena pueda decir nada, la agarro de las manos y entrelazo nuestros dedos, empujándola hacia el sofá. Mis labios buscan los suyos enseguida, en un beso pasional que me hace suspirar de placer. Su cuerpo se mueve bajo el mío y, aunque quiere soltarse, lo evito llevando sus brazos arriba de su cabeza. Puedo ver mi sonrisa pícara reflejada en sus ojos y cómo el deseo se expresa con mi forma de mirarla y buscar su piel con la boca, con los dientes y con las manos cuando presiento que no voy a poder aguantar un segundo más sin tocarla.

Elena echa la cabeza hacia atrás y deja la extensión de su cuello a la merced de mi boca. La acaricio con mi lengua, despacio, sintiendo como la piel se le eriza con un delicioso recorrido que me lleva hacia su clavícula. La ropa empieza a estorbarme y le quito la camiseta sin perder la oportunidad de marcar su cuerpo con pequeños mordiscos que reparto en su pecho y también en su costado. Empieza a suspirar y hay un momento en que noto cómo el corazón le golpea contra el pecho, frenético, deliciosamente pasional. Nuestras bocas se buscan y también lo hacen nuestros cuerpos, explorando cada centímetro, las curvas, los lunares y las imperfecciones que encajan como un puzle perfecto. Estoy tan enamorada de esta mujer que no puedo evitar sonreír de felicidad cuando nos unimos en algo más que un acto donde el deseo dirige la orquesta de nuestros movimientos.

Ella grita mi nombre, se abraza a mi espalda, se mueve queriendo más, golpeando nuestras caderas con las ganas de encontrarme más en su interior. Y cuando temblamos, siento que esto nunca va a ser suficiente, que voy a necesitar de sus labios a cada momento, y también de ver sus ojos inyectados en deseo, en amor, en esa promesa que sellamos cuando dimos el «sí, quiero». Lo es todo y yo también quiero serlo para ella, por el resto de nuestras vidas.

Pasan los minutos y se lo demuestro hasta que el cansancio nos deja sin fuerzas y a mí tumbada a su lado, tan pegada a su boca que puedo sentir la caricia del aire que respira. Me sigue encantando como el azabache de su pelo destaca sobre su piel cuando cae sobre uno de sus hombros, lugar en el que jugueteo con los dedos.

—¿De verdad tenemos que ir mañana a esa fiesta? Me encantaría quedarme contigo en casa, ponernos al día con alguna serie, o lo que sea. —Levanto la cabeza y la miro, ella me sonríe de la forma más bonita que he visto nunca.

—Ojalá pudiera decirle que no, pero Nuria va a invitar a personas que colaboran con ella. Me dijo que iba a ser algo discreto, aunque ya veo que no. —Suspira—. Yo tampoco tengo muchas ganas de ir, pero seguro que esto me ayuda a impulsar la marca, encontraré alguna manera de recompensártelo, ¿quieres?

—Contigo lo quiero todo, ya sabes que no me gusta tener que estar pendiente de personas que no conozco, pero por ti haría lo que fuera, incluso meterme de lleno en la línea contigo.

—¿Lo dices en serio? —Abre los ojos con asombro y afirmo sin pensarlo.

—Se me dan bien los números y la gestión empresarial, aunque dejara la carrera a medias. Dar clases me encanta, pero después de perder a Laia… no sé, siento que no quiero estar toda la vida en el instituto y allí no paran de mirarme como si les diera pena. Tampoco me apetece buscar plaza en otro sitio, ni tener que ver cómo mis alumnos me vigilan. —Dejo ir todas las dudas que rondan por mi cabeza y que han estado metidas en un baúl a la espera de encontrar el momento para salir.

Pienso también en Alberto y cómo lo metí en algo que nunca debí y que todavía guardo conmigo. El bienestar que siento al decir todo esto en voz alta no pasa desapercibido y ella sonríe al darse cuenta de que voy muy en serio.

—Me encantaría que trabajaras conmigo, además, así podemos ir pensando en lo que queremos en el futuro. —Solo me basta con mirarla a los ojos para saber a qué se refiere—. Creo que ya estoy lista, quiero ser madre, aunque tengamos que acudir a más fiestas que nos roben un poquito de tiempo juntas.

—Esto es… maravilloso —susurro y la beso una y otra vez, haciendo que rompa a reír.

Mi mano busca la suya y entrelazo nuestros dedos sin dejar de mirarla a los ojos—. El futuro va a ser maravilloso contigo, estoy segura.

39

MARINA

La mesa para más de veinte comensales está preparada cuando Elena y yo llegamos a Syndeo, un restaurante donde los salones están listos para este tipo de cenas. Los nervios vuelven a aparecer en mi estómago y revolotean por ahí sin descanso, como los he sentido desde que me he despertado esta mañana, envuelta en una sensación que no sabría muy bien cómo describir. La cultura de la elegancia y la comodidad se respira en el ambiente que nos acompaña, con música suave que añade un toque delicioso a los murmullos y risas que empiezo a escuchar desde aquí. No hay mucha gente que me suene y eso me pone un poco tensa, hasta que Elena me acaricia el brazo y me da un tierno beso.

—No te preocupes por nada, seguro que lo vas a pasar muy bien. Además, así te haces una idea de cómo van a ser las cosas a partir de ahora. —Sus labios brillan por el *gloss*, igual que sus bonitos ojos maquillados en tonos tierra que siempre le dan un aspecto sexi y atrayente.

Llevo la mirada al frente y veo a Salma acercarse a nosotras, con su contoneo de caderas y esa sonrisa arrogante que le va a desaparecer en cuanto sepa las nuevas noticias.

—Me alegra que hayas venido, se te echa de menos por talleres —comenta repasando a mi mujer de arriba abajo. Levanto una ceja y carraspeo, recibiendo su sonrisa. Y tú… te ves más tranquila.

—Lo estoy, las cosas han ido a mejor.

Salma se acerca a mí y me da un beso en la mejilla que poco tiene de agradable. Pensé que sería capaz de contener la rabia que siento hacia ella, pero me entran ganas de decirle cuatro cosas, aunque me contengo por el lugar donde estamos y, sobre todo, por mi mujer.

Su amiga carraspea y se cruza de brazos mientras echa un vistazo a su espalda antes de continuar hablando, como si yo tuviera interés en escucharla.

—Entonces, ¿cuándo vas a volver? Adoro trabajar con los demás, pero a este paso van a salirme canas y no me apetece tener que teñirme tan joven. —Levanto una ceja y estoy a punto de suspirar.

Por suerte para Salma, Nuria repara en nosotras y se acerca enseguida con un cóctel entre las manos.

—Qué alegría teneros por aquí, chicas, hay muchas cosas de las que hablar, pero eso será después de la cena. ¿Te encuentras mejor, Marina? —Ambas nos damos un beso en la mejilla y, cuando se separa, me sonríe de manera especial, dándome la bienvenida a un mundo al que voy a tardar en acostumbrarme pero que sé que voy a adorar—. Ya tengo ganas de verte por la oficina, seguro que tu presencia da mucho más color a las futuras colecciones.

—¿Por la oficina? —La cara de Salma no tiene precio y tengo que esforzarme en no sonreír a placer.

Procuro apretar los labios y dejo que mi mujer haga el resto.

—Se va a sumar a la firma, a partir del mes que viene ya no seremos dos socias, sino tres.

La bomba cae y la deja sin habla, hasta diría que la sangre le hierve por dentro. Salma mira a Elena sin poder creerlo, pero no es capaz de articular palabra y menos cuando se da cuenta de que Nuria está encantada con la idea. Si ya odiaba que las cosas entre nosotras hayan acabado bien, ahora va a tener que soportar la idea de quedarse en un segundo plano, a pesar de que no me guste pensar así.

—Pues qué bien, seguro que lo haces de maravilla —comenta sin mostrar ningún tipo de alegría. Se preocupa más por girar la cara y cuando ve a alguien en la distancia, llama la atención de Nuria—. Ahí está tu hermano, vamos a saludarle.

—Joder, qué poca gracia le ha hecho —bromea Elena en cuanto las dos nos dejan a solas. Al momento, se gira y apoya las manos en mi cuello. Cuando me besa siento mariposas y, al ver sus ojos repletos de alegría, deseo abrazarla y no separarme jamás—. Lo vas a hacer de maravilla, ven, que te voy a presentar a los que trabajan con Nuria.

Afirmo y me dejo llevar por ella. A pesar de que estoy nerviosa consigo apartar el sentimiento de malestar que me ha acompañado toda la mañana y soy capaz de entablar conversación con desconocidos y personas que, como mi mujer, aman el mundo de la moda. No tenía idea de que Nuria fuera tan influyente hasta que un par de diseñadores me hablan de como ella les cambió la vida tras hablar de sus colecciones en su blog o redes sociales en la actualidad.

Ver sus sueños cumplidos es algo que me maravilla y me lleva a preguntarme cuántos me habré dejado yo por el camino en los últimos meses. Hay un momento en que giro la cara y miro hacia un ventanal enorme por el que se ve la piscina del edificio. La silueta de Laia aparece de repente y me asiente sonriente, hasta que ese gesto se borra por la imagen de ella con el pelo húmedo y su piel llena de cortes y sangre. La impresión hace que la copa que llevo en la mano se me caiga y el resto no tarda en prestarme atención, como si no fuera bastante sentirme abrumada. Para colmo, el teléfono me suena y tengo miedo a que sea Raquel, aunque en realidad, se trata de un número desconocido.

—¿Marina? —Escucho una voz femenina al otro lado de la línea, con la respiración acelerada—. Soy Silvia, la mujer de Matías, he buscado tu número en su móvil.

—Hola… —murmuro con una enorme presión en el pecho—. ¿Qué quieres?

—Necesito hablar contigo, ¿puedo ir a tu casa? Se trata de algo importante que ya no puedo mantener en secreto, esta sensación… voy a morirme si no se lo digo a alguien.

—¿Qué…? Espera, espera, ¿qué es lo que pasa? —Veo a un camarero llegar a mí, pero niego con un gesto y me muevo sin importarme pisar los cristales o el vino que he derramado.

Busco a Elena por todas partes, pero no la encuentro, a lo mejor está hablando con alguno de sus compañeros, así que prefiero dejarlo estar e irme a un lugar apartado, lejos de los murmullos y la música que hay en el salón.

—¿Estás en casa? —vuelve a preguntar Silvia.

—No, he salido con mi mujer a una cena importante, en el restaurante Syndeo. ¿Sabes cuál es? Está en el carrer Camino José Cela, número cinco. ¿Puedes venir aquí?

—Vale, llego en veinte minutos. —Silvia cuelga la llamada y me quedo paralizada un momento, sin saber muy bien qué hacer.

Mis piernas quieren correr, buscar a Elena y hablar de esto, pero cuando veo el buen ambiente que hay dentro del restaurante desecho la idea de estropearle una noche como esta sin saber nada en concreto. Necesito otro vino y parece que uno de los camareros me lee el pensamiento cuando llego a la barra que está al otro extremo del salón, listo para servirme una copa. A mi lado, Guillem Vidal se bebe la suya en silencio, acariciando el borde del vaso con un dedo, ajeno a lo que ocurre a nuestro alrededor. Le veo tan calmado que quiero contagiarme de ese estado en cuanto nuestras miradas se encuentran y recae en mi presencia.

—Pensaba que estabas con tu mujer —dice, acercándose a mí.

—La he dejado con tu hermana y sus compañeros para que se pongan al día, creo que llevan mucho tiempo esperando reunirse todos y no quería estar preguntando todo el rato. —Asiente y bebe despacio.

—Te entiendo muy bien, me encanta ser socio de mi hermana e invertir en las diferentes firmas con las que trabaja, pero a veces siento que estoy en un mundo distinto, ¿no te da esa sensación? —Guillem sonríe sin sentirse mal por decirlo y expresar sus sentimientos.

—Al principio sí, quiero decir, está claro que no voy a tener la misma visión que mi mujer, los diseñadores o cada persona que trabaja de forma directa en el proceso creativo, pero con el tiempo he aprendido a disfrutar de cada etapa. Tanto, que voy a sumarme al equipo de la firma a partir de agosto —lo digo con nueva alegría, dejando que la realidad me recorra el cuerpo, disfrutando del vino mientras me olvido por un momento de la llamada de Silvia—. Ahora queda saber si lo haré bien o si seré una molestia más.

Mi acompañante detecta enseguida la tristeza que me envuelve, el peso que sigue creando un agujero en mi interior cada vez que recuerdo lo que hemos vivido Elena y yo en los últimos meses. Guillem pone una mano en mi hombro y me sonríe bastante tranquilo, transmitiéndome una calma con la que parece estar habituado.

—Tu mujer te adora, tendrías que haberla visto hablar de ti las pocas veces que nos hemos encontrado. Incluso Nuria me lo ha dicho, que sumarías mucho a la firma estando con ella. Digamos que cuando estáis juntas el ambiente cambia por completo, se tiñe de otro color; es lo mismo que pasa con nosotros, trabajamos muy bien juntos, siempre estamos ahí para apoyarnos, siendo el escudo del otro cuando se necesario, esa pieza fundamental sin la que no puedes vivir.

—Me pasaba también con mi hermana —digo con nostalgia, dejo la copa de vino a la mitad y me giro para mirar a la puerta, recorriendo el salón de un vistazo con los nervios a flor de piel—. Estábamos muy unidas, su pérdida me ha enseñado que no puedo dejar atrás las cosas que deseo hacer, quiero esto de corazón.

Me pongo de espaldas y apoyo las manos en la barra, con la mirada en mis zapatos, casi cubiertos por un pantalón ancho de vestir que salió en la colección de hace dos años. Mis ojos van a parar a la zona de la piscina, donde veo a Elena riéndose con Nuria y Salma, acompañadas de dos de las diseñadoras que me han presentado esta noche. La veo tan feliz, que no puedo evitar sonreír mientras me quedo en silencio y grabo su imagen en mi corazón.

—Tendríamos que brindar por esto, ¿no te parece? —sugiere Guillen, tras haberme dado espacio para encontrar la estabilidad que necesito.

—Claro que sí. —Vuelvo a girarme, levanto el vino y los dos chocamos nuestras copas antes de beber. Al momento, respiro hondo y le pido al universo o a lo que sea que está con nosotros que las cosas vayan bien—. Tengo que dejarte, ha sido un placer hablar contigo.

Me lo acabo todo y dejo la copa en la barra en cuanto veo aparecer a Silvia por la puerta del salón. Su expresión no me dice nada bueno y otra vez se me instala esa sensación rara en el estómago, un presentimiento al que no puedo poner control por más que intente decirme que no va a pasar nada malo. El aire que me rodea recorre el escenario y choca conmigo, moviéndome el pelo a la vez que giro la cara, y veo el agua de la piscina como si fueran olas rompiendo contra un acantilado. Silvia parece alterada y a punto de llorar, la boca le tiembla y mira a todas partes como si tuviera miedo de que alguien la pudiera ver aquí.

Lo mejor que se me ocurre es que hablemos fuera del salón y la ayudo a caminar hacia la entrada del restaurante, donde el fresco de la noche pueda ayudarnos a respirar. Una vez allí ella me mira y levanta una mano para acariciarme la mejilla, está al borde del llanto y no sé cuánto va a poder soportar las lágrimas.

—¿Qué pasa? —quiero saber, y me doy cuenta de que está como en trance, viendo a alguien, ya he percibido esta sensación en todas las personas que me he encontrado y que conocían a Laia.

—Yo tuve la culpa… —balbucea y la espalda se me enfría. Silvia agacha la vista y no se atreve a mirarme hasta unos segundos después—. Estaba tan cabreada con ella por lo de Matías que no me lo pensé cuando lo hice.

—¿Hiciste? —Afirma apretando los labios y aunque no me gusta ser dura con la gente cuando se encuentra así, pongo las manos en sus hombros y la obligo a mirarme—. ¿Qué hiciste, Silvia? ¿Por qué dices que tienes la culpa?

—La noche en la que nos peleamos, Laia se dejó el coche abierto y yo vi unos papeles en el asiento del conductor. Eran informes y una especie de acusación escrita, donde ella señalaba al hombre que violó a Rosa y a otras mujeres dentro y fuera de la clínica. La odiaba tanto que yo…

—Que tú, ¿qué?

Silvia se lleva las manos a la cara casi sin fuerzas. Cuando vuelve a mirarme puedo ver lo mucho que se arrepiente, las dudas se le instalan en la punta de la lengua y no me pienso el zarandearla, sintiendo que el mundo a mi alrededor empieza a caerse en pedazos.

—Se los envié a él, le hice fotografías y me puse en contacto con ese hombre con la intención de que supiera que Laia iba a joderle. Solo quería que le dieran un escarmiento, jamás pensé que a lo mejor eso pudiera acabar… matándola. Raquel vino el otro día a casa y joder… no pude decirle nada, no pude. ¿Y si la mataron por mi culpa?

Las lágrimas toman el control y se arrodilla, dejándome como una estatua. El corazón se me va a salir del pecho y siento un nudo en el estómago. Mi alrededor empieza a moverse y creo que estoy a punto de sufrir otro ataque de ansiedad; aunque pensar en mi hermana es lo que me da fuerzas para preguntárselo, a pesar de que tengo que apoyar la mano en el muro que da entrada al restaurante; me encuentro tan mal que puede que me desmaye nada más decir esto.

—¿A quién se lo enviaste?

40

LAIA

EL DÍA DE SU MUERTE

SEPTIEMBRE DE 2016

Estoy de rodillas, con las manos apoyadas en la taza del váter después de vomitar todo lo que llevo en el estómago. En la cabeza tengo las palabras que Jordi me ha dicho por teléfono y noto cómo el cuerpo me tiembla sin control. «Como se te ocurra dejarme te juro que te mato, ¿entiendes? Iré ahora mismo y te dejaré claro lo que va a ocurrir si se te pasa por la cabeza irte con ese cabrón». Rafaela se ha empeñado en venir y llevarme con ella a Camp de Mar hasta que me encuentre segura. Las fuerzas me flaquean, aunque en el fondo sé lo que tengo que hacer. No puedo permitir que mi marido siga amenazándome, que tenga el poder de controlar mi vida y de dejarme tan asustada como para no poder ponerme en pie. Voy a denunciarle y pedir una orden de alejamiento en cuanto salga del trabajo.

El primer pensamiento que tengo es llamar a Martín, pero sé que si lo hago voy a meterle en problemas y eso es lo que menos quiero. Mentirle de manera constante sigue pesando en mi corazón, cada vez que le he mirado a los ojos y le he dicho que no pasaba nada se me ha roto un poco más el alma.

—Vamos, tienes que poner buena cara y seguir —me digo, cojo el teléfono del suelo y lo guardo en el bolsillo.

Necesito tanto el abrazo de Marina que algunas lágrimas se deslizan por mis mejillas al pensar en ella. Sin embargo, niego con la cabeza y me miro en el espejo del lavabo mientras abro el grifo. Primero me mojo la nuca y luego me arreglo el pelo en una coleta.

Cuento hasta treinta y pongo mi mejor sonrisa al salir del aseo. El pasillo está vacío y lo agradezco. Algunos de los pacientes están en la sala de estudio y voy hacia allí con ganas de tener mi charla habitual con ellos, dándoles apoyo y consejo en esta fase de su rehabilitación. Sonrío durante lo que me queda de turno dejando a un lado el dolor, el miedo que siento hacia Jordi y a cada una de las sombras que me persiguen y se empeñan en anclarse a mi espalda. Ver ese ánimo, ese ansia de superación hacen que me dé cuenta una vez más de que este trabajo merece la pena y que lo voy a sentir mucho cuando tome la decisión de irme.

El pensamiento sigue conmigo mientras camino escaleras abajo para ir al vestuario y cambiarme de ropa antes de salir. Las manos me tiemblan y tengo un nudo en la garganta, la acidez en el estómago sube y baja dejándome un regusto amargo en la boca y, cuando me estoy quitando la bata creo que voy a perder las fuerzas. El silencio me rodea por el siguiente pasillo, se siente tan frío que me cala hasta los huesos. Saludo a un par de compañeros y por fin puedo respirar. Pero entonces siento un vuelco al mirar al frente, donde me parece ver el coche de mi marido y, al subir al mío, espero unos segundos y me doy cuenta de que este desaparece cuando vuelvo a mirar al mismo punto. «Creo que me estoy volviendo loca».

Me pongo el cinturón de seguridad y arranco, dirigiéndome hacia la parte de atrás de la clínica, y me doy cuenta de que no llevo el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Mierda, me lo habré dejado en el vestuario.

Vuelvo a aparcar en el primer hueco que encuentro y corro hacia la zona donde están las salas médicas y entro por ahí. Las prisas provocan que choque con alguien sin que me dé cuenta y, al caer, una mano me atrapa de la muñeca.

—¿Por qué quieres joderme la vida, Laia?

—Raúl… ¿Qué coño haces? ¡Déjame en paz! —espeto, soltando su agarre—. ¿De qué hablas? —Me pongo de pie y hago el amago de caminar, pero él me lo impide poniéndose delante de mí. Lo empujo y forcejeamos, puedo ver en sus ojos que está aterrado y aunque quiero preguntar qué le pasa, ya no quiero enfrentarme a él—. Apártate, tengo algo importante que hacer.

—No puedo dejarte, lo siento mucho. —Me agarra otra vez del brazo cuando estoy a punto de ir a la puerta que da el pasillo y, al girarme, le pego un tortazo—. ¡A ti qué te pasa!

—No puedes hacer esto, si se lo dices a la policía, me van a joder la vida. No puedo volver allí dentro, ¿no lo entiendes? —Los labios le tiemblan y me mira a los ojos con dudas, como si dentro de él se debatieran dos personas, dos elecciones que pueden acabar de formas muy diferentes—. Juré que me portaría bien.

—Tú… eres un hijo de puta. —El odio que siento me deja paralizada y no puedo hacer otra cosa que enfrentarme a él a pesar del mido que siento—. ¿Te das cuenta de lo grave que es esto? ¡Debería darte vergüenza! Das asco, Raúl. Joder, no me esperaba eso de ti —añado igual de decepcionada—. ¿Por eso siempre estabas vigilándome, para cubrirte tú también las espaldas?

—Es que no tienes idea, Laia, lo que pasé ahí dentro fue un infierno. Juraron que acabarían conmigo si ponía otra vez un pie en la cárcel y van a cumplirlo, no voy a volver.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti, voy a ir a la policía. —Le miro a los ojos y el asco que me inspira me hace escupirle a los pies.

La rabia que siento me da las fuerzas con las que enfrentarme a esto y denunciar a Jordi de una vez por todas. Tengo que cambiar mi vida a mejor, no solo por mí, sino también por las personas a las que he estado mintiendo durante este tiempo: Martín, Marina, su mujer y los amigos que tenemos en común. Me siento tan decidida que no digo nada más a Raúl, pero al mirarle a los ojos lo veo entrar en pánico y, al girarme, me encuentro con la última persona que esperaba ver por aquí.

—¿Qué es este jaleo? —pregunta y mira directo a Raúl.

Mis pies se mueven de forma automática y doy dos pasos hacia atrás hasta quedar a la altura de su primo, que me mira sin saber lo que hacer.

—Adrià… no es nada, solo estábamos hablando de algo.

—¿De ir a la policía a delatarme? —Mi cintura choca con una de las mesas y no puedo evitar buscar con mis manos algo que me ayude a enfrentarme al hombre que tengo delante, quien sonríe con una tranquilidad pasmosa. Sabe que va a salir de aquí como ganador de este juego y lo demuestra acercándose a mí—. Laia Mascaró, una de las mejores enfermeras que ha tenido la clínica, dicen muy buenas cosas de ti; de hecho, la directora estuvo de acuerdo conmigo en ampliar tu contrato y hacer mejoras en tu horario y sueldo. Pero ahora resulta que te has

inventado que soy un violador y que uso a las mujeres que tanto cuidamos.

—Cabronazo… si te crees que me vas a amedrentar con esta intimidación, no me conoces.

—Claro que lo hago, tu marido me ha contado unas cuantas cosas de ti. Hace unos meses estuviste de baja por depresión, también has cambiado tu actitud con él, le engañas y has sufrido más de un episodio de ansiedad. Creo que este trabajo te está viniendo grande y que necesitas unas vacaciones. —Lo veo cruzarse de brazos y ni así pierde la galantería que destila por cada poro de su piel—. Una pequeña rehabilitación antes de volver con más fuerza.

Sus ojos me observan como un cazador a su presa, esperando el momento indicado para actuar, aunque sea con un montón de amenazas que no van a cambiar el final de esto.

—Voy a ir a la policía, me importa una mierda lo que hagas. Igual que Jordi.

—Ya… —Él chasquea la lengua y descruza los brazos, apartándose de la puerta, dejándome salir sin problemas—. Supongo que te lo pensarás antes de que el escándalo salga en todas las noticias; no solo vas a perder tu trabajo, a tu hermana le van a hacer la vida imposible en el instituto… A los críos no les gustan las zorras mentirosas.

Los huesos se me enfrían y siento un escalofrío al pensar en Marina. Estoy a un metro de la puerta y mis pies parecen un par de rocas que acaban de caer al fondo del mar con un peso descomunal. Mi cuerpo va a hundirse, lo presiento. El abdomen me da un pinchazo y vuelvo a recordar la última pelea que tuve con Jordi, una paliza que me ha dejado marcas que sigo maquillando para que el resto no vea. Y aquí es cuando me doy cuenta de que ya no quiero permitir que ningún hombre me manipule, nunca más.

—Me da lo mismo, sé que juntas podremos superar cualquier cosa —amenazo y giro sobre mis pasos, saliendo de aquí.

—Lo siento, pero no.

Escucho una nueva voz que va acompañada del fuerte golpe que recibo en la cabeza. No sé con qué me han dado, pero enseguida noto cómo la sangre resbala por mi cara. Me llevo las manos ahí con miedo, notando la brecha, intentando enfocar la mirada al frente, a la persona que entra en la sala y que empuña algo entre las manos. No sé qué es. Giro sobre mis pasos queriendo huir de aquí, busco a Raúl y mis dedos se arrugan sobre la camiseta de su uniforme mientras noto cómo las piernas me tiemblan.

—Pero, ¿qué haces? —grita Adrià, o al menos es a él a quien creo escuchar.

—¡Ayúdame! —balbuceo con la voz rasgándome en la garganta—. Ayuda…

—Qué imbécil eres, no sabes hacer nada bien. No pienso permitir que esta puta joda tu prestigio, el de la clínica y también el mío. ¿No te das cuenta de lo que eso significaría?

La veo venir hacia mí y el pánico toma el control de mi cuerpo. Los músculos se me entumecen y aunque quiero salir corriendo, no lo consigo. Lo último que hago es agarrarme de nuevo a la ropa de Raúl y suplicarle que detenga esto, que me ayude igual que yo lo he hecho durante todos estos meses; pero cuando choco con sus ojos y la mirada bañada en sangre, veo un terrible miedo que sé lo que significa. No va a hacer nada.

Pienso en mi hermana, en todas las veces que me ha tendido su mano, en la cantidad de abrazos que nos hemos dado a lo largo del tiempo, en su mirada repleta de orgullo, en la bonita sonrisa que siempre esboza cada vez que nos vemos. Pienso en Marina, y también en Martín, y

cómo ha cambiado el curso de mis días. Retengo en la mente a los dos amores de mi vida antes de recibir otro golpe que me tira al suelo. Veo mi sangre correr por el suelo de forma lenta y esta se une a las lágrimas que abandonas mis ojos durante un último suspiro, pensando en ellos y en lo destrozados que se van a quedar.

41

MARINA

Pero el miedo es algo interior que no tiene nada que ver con

la realidad. Morir es como nacer: solo un cambio.
Isabel Allende.

AGOSTO DE 2017

—Tienes que llamar a Raquel ahora mismo, cuéntale lo que me has dicho y dónde estamos, que no venga sola. Yo voy a buscar a mi mujer. —Silvia asiente, aunque le cuesta reaccionar y dar el primer paso.

Soy yo quien la insta a marcharse, la veo desaparecer ante mí tan rápido que siento estar metida en un bucle sin sentido atravesando una ilusión de la que despertaré en cualquier momento, muy lejos de aquí. Estoy hiperventilando y noto el latido de mi corazón en las sienes, golpeando con tanta fuerza que la cabeza me va a estallar. Necesito coger aire con más calma, respirar con tranquilidad, pero el pánico se agarra a mi cuerpo, me sube por las piernas y los brazos, se instala en cada rincón impidiéndome andar, aunque lo que más deseo es ir con Elena.

«¿A quién se lo enviaste?»

«Se llama Guillem, Guillem Adrià Vidal».

La mirada de ese hombre se me clava en la cabeza, tan tranquilo, agradable, un mar de paz. Cuando estás con él, es como sentirse a salvo, sabe bien cómo tratarte, buscar las palabras correctas con las que mantenerte a gusto; como si fueras abrazada por un amigo, consolada por alguien que en el que puedes confiar sin la necesidad de haber tenido contacto durante días. Pienso en Laia y su voz viene hacia mí «Ya sabes lo que pasó», dice, pero confirmar que tenía razón, que ella nunca se suicidó es algo que en el fondo no quería ver hecho realidad.

Necesito ir con Elena, ponerla a salvo de ese hombre, advertir a todas las mujeres que están aquí, incluso a Nuria. Dios, le voy a destrozar la vida y no sé si estoy preparada para hacerlo. Intento dar un paso, pero todo a mi alrededor se nubla y la garganta se me seca. Pierdo el control de mis piernas y empiezo a marearme como si algo me hubiera sentado mal. Y entonces, cierro los ojos y vuelvo a ese hombre, al ruido de nuestras copas chocando y el momento en el que le di la espalda a mi vino, los segundos suficientes…

—Joder…

—Vaya, estabas aquí, creí que no iba a encontrarte —dice una voz, y conforme se acerca a mí, reconozco a Guillem.

Quiero luchar y salir corriendo, huir de él, gritarle a cualquiera que esté por aquí que me ayude, que este hombre es un violador, pero mi cuerpo no reacciona a las peticiones de mi

cerebro y él se las arregla para pasar mi brazo por su cuello y cargar conmigo. Los pies caminan solos en mitad de este desconcierto, aunque en realidad se medio arrastran por el suelo, creo que he perdido un zapato, pero no estoy segura.

—Déjame… suél…

—A la pobre le ha sentado mal el vino, todos le hemos dicho que llevara cuidado de beber con el estómago vacío. —Los ojos se me cierran solos, todo me da vueltas, aunque alcanzo a ver a una persona acercándose a nosotros—. ¿Me da la llave de mi reserva? —El corazón se me dispara. «¡Que alguien me ayude!», pido a gritos, pero nadie me escucha pues lo hago en silencio—. No te preocupes, le diré a tu mujer que no te encontrabas bien.

«¡No, por favor, no!», vuelvo a gritar, aunque tengo la sensación de que no hablo y eso me rompe por dentro. Cada paso es como acortar la distancia al infierno, lucho de manera constante por mantenerme despierta, y hay un momento en que creo conseguirlo cuando, en realidad, estoy metida en una profunda oscuridad, hundida en el fondo del mar. Estiro la mano y encuentro un agarre fuerte. Los dedos de Laia se entrelazan con los míos y, al mirarla a los ojos, siento las lágrimas caer por mis mejillas, quemando, llevándose el dolor que todavía queda.

Me abrazo a ella y la pego a mi cuerpo hasta el punto en que siento el latido de su corazón, o quizás sea el mío metiéndose directo en su pecho.

—Vas a estar bien, eres fuerte —promete con una sonrisa y aparta un mechón de mi cara—. Tienes que luchar, por Elena, por mí y por ti. Siempre estaré muy orgullosa de ti, por las cosas que has conseguido y por tu manera de cuidar a los que amas. Créeme, me diste tu aliento hasta el último momento.

—Lo único que he hecho estos meses es destrozar las vidas de todos, no he sido buena persona.

—Claro que sí, no digas tonterías. —Laia se acerca a mí y me da un beso en la frente. Cuando se aparta soy capaz de ver el miedo que expreso caer en sus ojos, no quiero perderla otra vez, no quiero que se marche—. Solo estabas perdida, pero ahora ya sabes que yo jamás te abandonaría, y nunca lo haré. Te quiero mucho, Mar.

Rompe nuestro agarre y mi alrededor se tambalea, es la única persona que me ha llamado por ese apodo a lo largo de los años. Laia empieza a alejarse y quiero salir corriendo, ir a su encuentro y traerla de vuelta a mi mundo, donde más me hace falta. Ella mantiene su sonrisa, no deja de mirarme y, al final, se abraza a sí misma, como tantas veces lo hizo conmigo. Al abrir los ojos ya no está aquí, pero tampoco la oscuridad. A pesar de que todo me da vueltas soy capaz de enfocar la vista y darme cuenta del techo que hay sobre mí. Me rodea un tenso silencio, el frío cala mis huesos, sube por mis brazos y se me instala en la garganta, impidiéndome gritar. Todavía estoy paralizada, con los músculos entumecidos pero consciente de lo que hay a mi alrededor, la droga no debe de haber funcionado como debía.

—Siempre me pareció muy bonita, una pena que no pudiera hacerla mía, supongo que deberé conformarme contigo. —Escucho a Guillem y me esfuerzo por ver dónde está.

Lo veo de espaldas a mí, quitándose la chaqueta, desabrochándose un poco la camisa y el pantalón que lleva puesto. Cuando se gira cierro los ojos y me quedo tal cual estoy, sin moverme un solo centímetro. Intento contener la respiración, evitar que se me acelere otra vez y estar lo más calmada posible a pesar de que parece que me apuñalen cuando me abre las piernas con la ayuda de sus rodillas. Su cuerpo cae sobre el mío, notar cómo sus manos se deslizan por encima de mi blusa me da tanto asco que tengo ganas de vomitar y volver a gritar a pesar de que

consigo hacer un último esfuerzo. Laia es quien me da el último aliento.

Soporto el roce de su lengua en mi cuello, el aliento a vodka pegándose a mi piel, aguanto la manera en la que mete su mano por debajo de mi ropa, quemando como el fuego. Su cuerpo serpentea sobre el mío y cuando lo tengo a la altura de mi cintura le doy un rodillazo en las pelotas que le hace apartarse lanzando un quejido de dolor. La sorpresa de estar despierta lo aturde más que el golpe. No sé de dónde recojo las fuerzas para quitármelo de encima y rodar por la cama, aunque al intentar ponerme de pie caigo de rodillas contra el suelo. La muñeca derecha me cruje y el dolor me atraviesa haciéndome gritar.

—Por favor… —musito, enfocando la mirada, viendo la puerta delante de mí.

Me arrastro por el suelo y vuelvo a intentar levantarme. Trastabillo varias veces y llego al pomo, pero él me atrapa por la cintura y me tira de vuelta a la cama.

—Deberías de estar dormida, maldita zorra, sabía que tendría que haber ajustado la dosis antes de venir.

—Suéltame, cabrón. —Intento moverme bajo su cuerpo, pero las fuerzas me fallan y cuando me agarra de las muñecas vuelvo a gritar de dolor.

—¡Cállate! —escupe y pega su boca a la mía intentando que no diga una palabra más. Notar su lengua me da náuseas y me muevo sin parar, aunque no consigo más que enfadarlo. El peso de su cuerpo y su fuerza son superiores a las mías—. Me has puesto cachondo… cómo me gustan las zorras que dan pelea —añade y noto su entrepierna abultada.

Me quedo sin respiración, hago todo el esfuerzo del mundo por salir de esta, pero hay un momento en el que no puedo más y cierro los ojos. La primera persona que veo en mitad de la oscuridad es otra vez a Laia. Las lágrimas corren por mis mejillas y dejo que este cabrón recorra mi cuerpo con las manos y con la lengua. Usa a su antojo mi cuerpo y empieza a quitarme la ropa sin que pueda hacer nada. Me odio tanto por no haber podido evitar la muerte de mi hermana, por no tener idea de lo que estaba pasando en mi vida que el arrepentimiento me consume y se une al dolor, quizá también me merezca esto.

«Sí, me lo merezco», me digo, y simplemente permito que el demonio se lleve lo poco bueno que queda de mi persona. Laia se planta ante mí y me vuelve a sonreír.

—Nunca permitiré que te hagan daño —susurra, y la escucho como si estuviera aquí de verdad.

—¡Que abras, joder! —Creo oír la voz de mi mujer y, de repente, la puerta se abre de golpe chocando con la pared. Guillem se levanta y se aparta de mí de golpe—. Vuelve a tocarla y juro que te mato, hijo de puta.

Elena entra junto a Nuria y un hombre que no conozco, debe ser alguien del personal del hotel. El pánico se arrastra por mi cuerpo pero soy capaz de bajar de la cama y correr con mi mujer. Me abrazo a ella rompiendo a llorar, sin poder decir una sola palabra. Quiero arrancarme la piel, hacer desaparecer cada una de las zonas donde ese cabrón ha puesto sus labios.

—Raquel llega en dos minutos —anuncia una voz y, al levantar la mirada, veo a Silvia aparecer por la puerta—. Cuando quise avisarte ya no estabas en la entrada. No tenía idea de que este cabrón estaba en la fiesta así que fui a buscar a tu mujer. Perdóname, no debí dejarte sola, yo…

—No es tu culpa —digo con dificultad, intentando no echarme a llorar. El cuerpo todavía me tiembla y de no ser por el abrazo de Elena, ya me habría caído de rodillas al suelo. El

dolor que tengo en la muñeca, no es nada comparado a cómo me siento por dentro—. Fue él, ha sido este cabrón.

—¡Yo no maté a tu hermana! —grita Guillem, con el pánico puesto en sus palabras y sus ojos destilan un profundo miedo.

—¿Por qué no podías dejar tu maldita polla metida en el pantalón, Guillem? Estoy harta de arreglar tus putos desastres. —Elena se tensa y abre la boca sin poder creer lo que escucha.

Me separo de ella y me arreglo la ropa en un intento por borrar lo que ha pasado, aunque siento que va a ser imposible. Nuria camina hacia su hermano y le cruza la cara de un tortazo, la fuerza provoca que el labio le sangre y, por un segundo, creo que estoy en una especie de sueño del que voy a despertar en cualquier momento.

—¿Lo sabías? ¿Sabías lo que hacía tu hermano? —Mi mujer se encara con Nuria y esta le sonríe con asco, perdiendo por completo la simpatía que siempre ha demostrado ante las dos.

—¿De verdad creías que me acerqué a ti porque quería trabajar contigo? Cuando Salma me contó que estabas jodida porque tu mujercita estaba metiendo las narices donde no la llamaban, tuve que hacer algo. Asegurarme de que no iba a más. —Nuria se gira y vuelve a mirar a su hermano—. Pero está claro que eres imbécil, solo tenías que hacer un maldito trabajo, joder.

Estoy a punto de caerme por la impresión. La cabeza me va a estallar y pierdo por completo el control de mi cuerpo.

—Por eso mató a mi hermana… —susurro casi sin fuerzas.

—Él no lo hizo. —La voz de Raquel nos sorprende y entra a la habitación junto a Manuel. Cuando se saca las esposas del pantalón la veo caminar hacia ella y no a Guillem—. Nuria Vidal, queda detenida por el asesinato de Laia Mascaró. Tiene derecho a guardar silencio, no está obligada a declarar y cualquier declaración que haga podría ser utilizada en su contra…

A mi alrededor todo se nubla, Manuel pone las esposas a su hermano y ambos se los llevan leyéndoles sus derechos. Cuando Raquel pasa por mi lado se me queda mirando y dibuja una pequeña sonrisa a pesar de lo ocurrido. Vuelvo a temblar sin control y Elena tiene que abrazarme para evitar que me caiga. También siento una mano en mi espalda, pero no sé si es la de Silvia o la de otra persona. Lo único que he querido durante este tiempo es que esto se acabara y llegar al final; pero ahora que sé la verdad, el dolor se profundiza con más fuerza.

Rompo en llanto y mi mujer me limpia las lágrimas que caen por mis mejillas. Me besa y pega su frente con la mía, protegiéndome de todo mal a pesar de que parezca imposible.

—Ya ha terminado todo —susurra, y yo asiento sin poder decir nada—. Vamos, las asistencias están en la puerta del restaurante.

Me dejo llevar por ella dando la espalda al infierno que he vivido esta noche y cuando enfoco la mirada al final del pasillo, Laia está ahí, con su bonita presencia frente a nosotras. Ya no hay heridas en su cuerpo y sonríe como siempre lo ha hecho al verme antes de alejarse, agradecida, con lágrimas en los ojos, en paz por completo.

42

ELENA

Aparco el coche frente a nuestra casa y apago el motor. Marina está en silencio, mirándose la escayola que le han puesto en la mano, pero sé que el dolor debe ser mínimo en comparación a lo que debe estar removiéndosele por dentro. Todavía no consigo procesar que Nuria nos haya estado mintiendo durante este tiempo, ni mucho menos que sea la asesina de Laia. Cada vez que lo pienso tengo ganas de vomitar y me odio por haber creado un lazo de amistad con alguien tan horrible. El teléfono suena y veo un mensaje entrante de Noelia, nuestros amigos están muy preocupados, pero ahora mismo no tengo ganas de hablar con ellos y contarles todo lo que ha pasado.

—Cariño, ¿entramos?

—Por fin ha terminado —susurra Marina sin conseguir levantar la cabeza—. Se ha acabado.

Me deshago del cinturón y me giro. Mis manos acarician sus mejillas con cuidado, me gustaría sonreír, pero no soy capaz de hacerlo y ella tampoco. Nuestras miradas se encuentran y basta con eso para saber lo que tenemos que decirnos. Estamos juntas, hemos batallado una lucha sin descanso y hemos conseguido ser el escudo de la otra. Vamos a afrontar esta dolorosa verdad juntas y conseguir superarlo, aunque nos cuente un millón de lágrimas. Marina se abraza a mi cuerpo y suspira, las lágrimas acuden a mis ojos y no puedo evitar que me entren ganas de pedirle perdón.

—Si te llega a hacer algo más…

—Pero llegaste a tiempo. —Me sorprende que trate de esbozar una leve sonrisa después de lo que ha vivido esta noche. Imaginarme en su piel me pone los pelos de punta, no puedo ni ver esa situación con claridad y siento asco al pensar en los labios de ese hombre en el cuerpo de mi mujer—. Y te quiero mucho por eso.

Deseo ir a por Guillem y destrozarlo, ahora mismo le cogería del cuello y le quitaría todo el aire con mis propias manos, pero sé que estar aquí con Marina es lo más importante. Ella echa la cabeza hacia atrás y respira profundo antes de salir del coche y caminar hacia casa con los pies descalzos. Soy yo quien abre la puerta y, al entrar, siento que el calor de nuestro hogar nos abraza queriendo arrancar las heridas que llevamos sobre la piel.

Acompaño a Marina hacia la ducha y le cubro la escayola. Sigue sin decir nada de lo que siente, pero no lo necesito porque puedo verlo en sus ojos. Mientras el agua cae sobre nuestros cuerpos desnudos, me dedico a lavarla con tranquilidad, a besar sus hombros, su espalda y también su cuello. Mis dedos delinean cada una de sus curvas y cubren el tacto de ese cabrón por algo maravilloso. Ella me provoca un millón de sensaciones en cuanto se gira y me mira con sus ojos llenos de lágrimas. Varias caen por sus mejillas y se mezclan con el agua en el plato de ducha, viajando muy lejos de aquí. Verla así me abruma, pero, a la vez, soy capaz de enamorarme otra vez de su vulnerabilidad, de la manera en la que me mira y me pide que no me aleje nunca de ella.

Nuestros labios se encuentran y la beso durante minutos; entre tanto, limpio su cuerpo, sano su alma y recompongo su corazón. Me convierto en el hogar que abrió las puertas para ella cuando más perdida estaba, en tierra firme por la que caminar con los pies descalzos, sin miedo a perder el rumbo porque solo una sonrisa es capaz de reconducir sus pasos. Marina llora y sonríe a la vez, pega su frente a la mía y me jura amor eterno sin necesidad de decirlo en voz alta, porque su abrazo son las raíces que nos anclan al suelo. Y sé que en un tiempo van a florecer cosas maravillosas, días nuevos en los que sonreír y seguir soñando con la vida que siempre hemos querido.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurro y vuelvo a besarla, acariciándole la frente y la cabeza, y la abrazo con ganas de quedarnos así por siempre.

La burbuja se rompe un rato después, cuando alguien llama a la puerta y veo que es Raquel. Las ojeras que carga consigo demuestran que está agotada, pero que se haya tomado la molestia de venir a casa me indica que no es una profesional cualquiera y que se merece algo más que largas noches luchando contra demonios como Nuria y Guillem.

—¿Cómo está Marina? —se interesa preocupada.

—Más tranquila, está tomándose un té en el salón, ¿te preparo uno? Sé que es tarde pero no podíamos dormir.

—Me encantaría algo que me quite el cansancio que llevo encima. —Lo agradece y se quita la chaqueta que lleva puesta.

—Pues ahora mismo estoy con vosotras.

La dejo ir hacia el salón y veo como se sienta frente a Marina, quien levanta la vista emocionada, a punto de romper a llorar. Me concentro en preparar la infusión y cuando vuelvo con ellas me pongo al lado de mi mujer, ofreciéndole la taza a la inspectora. Las cicatrices que veo en sus muñecas y brazos me dejan fría y hasta triste, y ella se da cuenta al momento.

—Yo las llamo líneas de vida, cada vez que las miro me recuerdan por qué estoy viva.

Esboza una sonrisa e intento hacer lo mismo, aunque me cuesta, supongo que todavía tenemos las emociones a flor de piel. Las tres bebemos en silencio y, al final, soy yo quien carraspea y habla.

—¿Cómo supiste que fue Nuria?

—Por Raúl, también ha sido detenido como cómplice, él estuvo presente cuando asesinaron a Laia, fue el que ayudó a trasladar el cuerpo a Cap de Formentor. —Me llevo una mano a la frente y la acaricio como excusa para no tirar la taza que tengo que dejar sobre la mesa —. Los testigos vieron salir a tu hermana de la clínica, lo que no sabían era que se dejó el teléfono en los vestuarios y que volvió a entrar por la parte de atrás. Murió en una de las salas de enfermería, a esa hora de la tarde las rondas ya habían acabado por lo que tampoco hubo testigos cercanos.

—¿Y el coche? —Marina habla por primera vez, aunque apenas se la escucha. Las manos le tiemblan y agarro una de ellas, diciéndole que estoy aquí.

—Nuria se lo llevó de allí, pero como no conocía la ruta que seguía Laia, decidió aparcarlo cerca de su casa. Usó guantes y procuró no dejar señales de su presencia en el coche, por eso la científica no encontró nada sospechoso. Supongo que también hubo un factor suerte. —Raquel suspira y se toma unos segundos para beber de su té antes de seguir, a pesar de lo doloroso del relato—. Guillem y Raúl usaron una furgoneta vieja que ya se está analizando,

esperaron a que anocheciera y fueron al faro a tirar el cuerpo de tu hermana. La caída le produjo tantas fracturas que durante la autopsia se dio por hecho que murió por el golpe contra las rocas, tendrás una compensación por el dolor que se te ha causado.

—No es eso lo que busco —aclara Marina—. Solo quería que se me escuchara, que alguien buscara la verdad. Laia jamás me habría hecho algo así.

—Ahora lo sé, y siento mucho lo que ha pasado. Mañana mismo voy a presentar mi dimisión. —Mi mujer niega y yo no sé bien qué añadir, pero Raquel nos sonríe tranquila—. Necesito alejarme de este mundo, tanta muerte, tanto dolor… me está consumiendo y tengo miedo de recaer en viejos hábitos, pero estaré bien. Me alegra que este haya sido mi último caso.

—Todavía no entiendo por qué lo hizo… —musita Marina, intentando darle sentido a todo esto.

—Nuria tiene una obsesión férrea por proteger a su hermano. Tenían padres adictos y se criaron casi solos, supongo que sentía miedo a perderlo también. Aquel día, Guillem le dijo que iría a hablar con Laia para que no lo denunciara, la chantajeó mientras ella escuchaba toda la conversación a escondidas y cuando se dio cuenta de que no serviría de nada la golpeó con una llave inglesa que también tiraron al mar. Primero lo hizo en el hueso frontal y después en la región temporal, según ha vuelto a analizar nuestra forense, murió poco después.

Siento un escalofrío que me recorre la espalda y aunque tengo la mano de Marina agarrada fuerte no puedo evitar que el dolor nos atraviese. Ella se suelta y se echa a llorar, igual que yo a pesar de que intento aguantar la compostura. Incluso los ojos de Raquel se anegan en lágrimas por mucho que sea una mujer que convive con esto en el trabajo; sin embargo, se levanta y abraza a mi mujer. Después lo hace conmigo y borra el llanto de sus ojos con las manos, no queda mucho que añadir que pueda ayudarnos a procesar esto ahora mismo.

—Gracias por venir a contárnoslo —digo caminando con ella a la salida.

La inspectora afirma y echa un vistazo hacia el salón antes de abrir la puerta y ponerse la chaqueta otra vez.

—Espero que podáis superarlo, si necesitáis cualquier cosa, aquí estaré.

—Lo tendremos en cuenta. —Nos damos un apretón de manos y espero a que se suba al coche para cerrar la puerta.

Vuelvo con Marina y la abrazo. Ella se tumba sobre mí y las dos nos quedamos en el sofá sin decir nada, las palabras se nos han agotado y también el llanto; el dolor se profundiza dentro de nosotras y nos estruja el corazón. Sé que nos va a costar salir adelante, pero cuando beso su frente y me pego a ella con más fuerza tengo muy claro que lo vamos a conseguir, porque a pesar de haber caído en el abismo, Laia ya puede descansar en paz y mi cuñada va a ser la que nos proteja a partir de ahora.

EPÍLOGO

MARINA

CINCO MESES DESPUÉS

ENERO DE 2018

Las máquinas de coser suenan rítmicas, creando una melodía que atraviesa el taller de punta a punta y que me trae una sonrisa. Nunca me había dado cuenta de lo relajante que resulta este sonido, y que se haya convertido en parte de mi día a día me llena de un sentimiento que a veces me cuesta describir con claridad. Supongo que se trata de felicidad, esa que acude a ti cuando avanzas y logras dejar atrás todo aquello que te ha hecho daño.

Tal y como nos dijo, Raquel presentó su dimisión al día siguiente de venir a hablar con nosotras y tengo entendido que está aprovechando su tiempo sabático para viajar y ver donde acabará. Las siguientes semanas fueron duras, estuve a punto de caer en un pozo lleno de oscuridad, pero tener a Elena y a mis amigos con nosotras es lo único que necesito. Además de mi propia fortaleza. La emoción acude a mis ojos cuando recuerdo cómo Luisa vino a casa para abrazarme y volver al punto de partida de una amistad que sigo atesorando, como cada una de las enseñanzas que me han dejado los últimos meses.

—Buenos días, Marina, ¿qué tal ha ido el médico? —me pregunta una de las costureras.

—De maravilla, luego os contamos, que Elena quiere daros una sorpresa. —Le guiño un ojo y sigo paseándome por todo el taller a pesar de que tengo mucho trabajo atrasado en el despacho.

Mientras espero a que mi mujer termine con su reunión echo un vistazo a las telas que se van uniendo, creando vestidos y trajes que van a desfilar en la semana de la moda del próximo día veintisiete en Madrid. Las mariposas acuden a mi estómago y no puedo evitar suspirar de felicidad al pensar en ello y recordar a las personas que nos acompañan y a los que hemos tenido que dejar atrás para encontrar la felicidad.

Salma rompió la sociedad con Elena al enterarse de todo a pesar de que ella le pidió que no lo hiciera. Ahora, lleva una cuenta de Instagram dedicada a la moda, que tiene cientos de miles de seguidores y también nos ayuda en el proceso, digamos que no somos amigas, pero en el fondo he descubierto que no es tan mala persona. No como Jordi, quien se marchó de Palma debido a la presión por no haber hecho nada que evitara la muerte de Laia después de acudir a la clínica el día de su muerte para vigilarla, dejándola estar sin más, consumido por el odio que sentía hacia ella y Matías.

De él no sé mucho y supongo que es mejor así, cada uno cura sus heridas a su manera y aunque puede que las mías no estén cerradas del todo, sé que voy bien.

—Aquí estás… —susurra Elena y me abraza por la cintura, atrayéndome a su cuerpo y besando mi cuello con dulzura—. ¿No deberías estar trabajando en los informes que me prometiste?

—Quería darme un descanso, ya sabes que el taller me relaja mucho. —Me encojo de hombros y me giro sin ningún tipo de arrepentimiento. Elena levanta una ceja, pero lo deja estar y me besa sin importarle donde estamos—. ¿Cómo ha ido la reunión?

—Bastante bien la verdad, las modelos ya están seleccionadas y solo tenemos que terminar con los últimos ajustes. Salma me ha dicho que podríamos vernos antes de viajar a Madrid y preparar varias publicaciones especiales sobre la firma, ¿qué te parece?

Sé que Elena la echa de menos por aquí, que era una figura muy importante para ella y cada uno de los procesos que se llevaban a cabo, pero incluso así, creo que nos llevamos mejor con ella que antes.

—Podría venir a cenar mañana a casa y hablamos cómo hacerlo, que invite a Tania también. —Sonrío encantada ante la idea, dándome cuenta de cómo han cambiado las cosas. Elena afirma y yo llevo la mano a su vientre, dejando unas cuantas caricias ahí, notando el pequeño bulto que ya se está formando—. Estoy deseando saber qué es.

—Y yo también —susurra sobre mi boca dedicándome un guiño antes de girarse y mirar así hacia donde están los demás—. ¡Chicos, un poco de atención! —El movimiento de las máquinas cesa a la vez, creando un contraste que me hace sonreír. Las miradas están puestas sobre nosotras y mi mujer entrelaza sus dedos con los míos—. Me acaban de informar de que hay un cambio importante en nuestra noche, vamos a cerrar el desfile y tendremos la atención de todos los medios. ¡Seremos la firma principal!

La alegría se refleja en las miradas de todos y no tardamos en aplaudir, disfrutando de un logro que no nos esperábamos hace unas semanas. Elena se abraza a mí y yo la beso encantada; estoy orgullosa de su trabajo, del mío, del de cada trabajador que hace posible que las prendas lleguen a su destino. La extrema felicidad lo inunda todo y siento un cosquilleo en mi estómago, mariposas que revolotean ahí y que abandonan mi cuerpo para viajar al otro extremo de la sala, donde veo a mi hermana sonriendo, compartiendo con nosotras este momento y cada uno de los que estén por llegar.

Siempre en mi mente, siempre en mi alma, curando un corazón que se rompió en mil pedazos y que ahora vuelve a latir con normalidad.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí ¡gracias! Es un placer que siempre te encuentres con mis letras y personajes, tu apoyo me acompaña a diario y ayuda a crecer más como escritora. Gracias a todas las personas que siguen conmigo en este camino y también a las que se marcharon, pero siguen latiendo en mi corazón.

A Marina, por ser un personaje increíble, con una resiliencia que me ha hecho aprender un poquito más. A Rocío, porque sus correcciones siempre me hacen mejorar. A mi mujer, por vivir conmigo este fantástico mundo de la escritora. A todas las amigas que aguantan mis penas y se suman a cada una de mis alegrías. Mely, Cris, sois maravillosas.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*
Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer en Amazon todas mis novelas publicadas hasta **2024**.

Verde entre las flores.
Flores en nuestro camino.
Los puentes que nos unen.

Quiero ser tu canción.
Quiero ser tu estrella.

La obra de Ictero.
Las voces perdidas.
El final del engaño.

La cosmonauta: Ciudad perdida.
La Caída.

Siempre soñé contigo.

Traición en la sombra.

ÍNDICE

LO QUE SEA QUE CAMINÓ POR AQUÍ, NO SE MARCHÓ PARA SIEMPRE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA